PERRY MASON

EL CASO DEL RETRATO FALSO





ERLE STANLEY GARDNER

Perry Mason conoce a la señora Newberry en un crucero de vacaciones. Ella y su marido no escatiman en gastos para ayudar a su hijastra Belle a entrar en los círculos de la alta sociedad. Sin embargo la señora Newberry sospecha que las repentinas ganancias de su marido provienen de un desfalco en la empresa en que trabajaba y pide ayuda a Mason. Durante la travesía un testigo presencia como empujan al señor Newberry por la borda, y la policía detiene a su mujer como autora del homicidio al encontrarle todo el dinero. Perry Mason se hará cargo de su defensa.



Erle Stanley Gardner

El caso del retrato falso

Perry Mason - 12

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Substitute Face*
Erle Stanley Gardner, 1938
Traducción: Eduardo Macho Quevedo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ADAMS Adela: Telefonista de la firma «Products Refining Company».
AMBOY HUNGERFORD Roy: Joven acaudalado y pretendiente de Belle.
BEVINS Frank: Camarero de un buque.
BODFISH: Inspector de policía.
BORGE Christopher: Perito criminalista.
BUCHANAN míster: Sobrecargo del mismo vapor.
DAIL Celinda: Hija de Charles Whitmore.
DENTON ROONEY C.: Interventor jefe de la razón social «Products Refining Company».
DRAKE Paul: Detective de Los Angeles, al servicio de Perry Mason.
EVENS Morgan: Ex presidiario y marido de Evelyn Whiting.
FELL Aileen: Maestra de Santa Barbito y pasajera del aludido barco.
FOSS Mabel: Dueña de un establecimiento fotográfico.
HANSON Joe: Capitán del buque en que se suceden los principales episodios de esta novela.
JACKSON: Empleado de Perry Mason.
MASON Perry: Abogado, protagonista de esta obra.
MOAR C. Walker: Nombre que encubre a Carl Newberry, tenedor de libros de la «Products Refining Company».
NEWBERRY Belle: Hijastra de Walker.
NEWBERRY mistress: Madre de Belle.
OSCAR: Al servicio del comedor del buque.
CARTMAN P. Roger: Enfermo inválido al cuidado de Evelyn.

ROMLEY: Juez, presidente de sala.
SCUDDER Donald: Abogado fiscal.
STREET Della: Secretaria de Perry Mason.
TRENTON Margie: Amante de Rooney.
WHITING Evelyn: Enfermera diplomada.
WHITING Marian: Hermana de la anterior.
WHITMORE DAIL Charles: Propietario de la firma «Products Refining Company».

Capítulo 1

Perry Mason se apoyó en la barandilla mientras una cinta de agua negruzca se ensanchaba entre el costado del buque y el muelle. El estridente alarido de la sirena llenó el espacio y los espectadores agitaron sombreros y pañuelos en despedida. Las hélices batieron el agua formando remolinos de espuma que se aquietaron después.

Las estrofas del *Aloha Oe,* cantadas por las suaves voces de las isleñas, llegaron a los oídos de los silenciosos pasajeros.

Minutos después, mientras los ruidos de la costa quedaban atrás, Mason observó cómo el faro de Aloha extinguíase sobre el fondo de luces de la ciudad, mientras los negros contornos de la montaña se elevaban en silenciosa silueta hasta las estrellas. El silbido del vapor, al escaparse por el costado del buque, fue haciéndose más audible.

Della Street, su secretaria, agarró con nerviosos dedos la mano apoyada en la borda.

—Nunca olvidaré esto, jefe. Es algo grandioso y solemne —murmuró.

Él asintió arreglándose los floridos *leis* que le rodeaban el cuello con sus bandas rojas, blancas y púrpuras.

—¿Quiere quedarse? —preguntó.

—No…, pero es algo que nunca olvidaré.

La voz de Mason reveló su inquietud.

—Ha sido un maravilloso intermedio, pero quiero volver a la lucha. Aquello —extendió su brazo en dirección a Waikiki Beach— es algo que la civilización ha mercantilizado, pero que no puede matar; un pueblo amigo, un clima suave y templado, donde el tiempo se desliza inadvertido. Yo lo abandono para volver al ruido de la ciudad, al repiqueteo de los teléfonos, a la algarabía de las

bocinas de los automóviles, al parpadeo de las señales de tráfico, a los clientes que me mienten y, sin embargo, esperan que yo sea leal con ellos… y estoy deseando verme otra vez allí.

—Lo comprendo, jefe —dijo ella con simpatía.

Las máquinas impulsaban al enorme buque con vibrante velocidad. Una brisa tropical agitaba los pétalos de las flores que rodeaban sus cuellos. Mason contemplaba la franja de luces que marcaba la línea de la costa y el chorro de agua blanca que surgía de uno de los costados del buque.

Empezaron a arrojar *leis* desde el puente inferior; quedaban detenidos un momento, formando un círculo de color sobre el negro del agua, y después se hundían rápidamente en remolino. Los viajeros cumplían así la vieja costumbre hawaiana.

Mason dijo con tolerancia del que ha aprendido hace tiempo a aceptar la naturaleza humana como un hecho consumado:

—Son novatos, *malihinis*. Esos *leis* irán a parar al puerto. Los pasajeros deberían esperar a encontrarse frente a Diamond Head.

Con los codos en la barandilla, miraron hacia abajo, a las cabezas y espaldas de la gente asomada a las bordas de la cubierta inferior.

—Ahí está la pareja que vimos anoche en el restaurante chino —observó Mason.

Della Street siguió la dirección de su mirada con toda curiosidad.

—A ella la voy a tener por compañera de camarote —dijo—. Estaba en él cuando trajeron mi equipaje.

—¿Quién es, Della?

—Se llama Belle Newberry. Sus padres están también a bordo.

—¿Quién es su galán? —preguntó Mason.

—Roy Amboy Hungerford —dijo Della Street—, y no es su galán.

—No sea usted inocente —replicó Mason—. He visto la expresión de sus ojos cuando bailaba con ella anoche.

—Se sorprendería usted de lo que los hombres saben hacer con los ojos en los trópicos —dijo ella, riendo—. ¿Se ha fijado usted en aquella joven alta, de cabellos castaños y ojos azules, la de la blusa blanca, cargada de *leis*, que está ahora hablando con su padre?

—Sí, me he fijado —dijo Mason—. ¿Qué hay?

—Creo que tiene algunas pretensiones sobre Hungerford —contestó la secretaria—. Es Celinda Dail. Su padre es Charles Whitmore Dail y habrá usted oído hablar de él. Nadan en riqueza y viajan en un camarote de lujo.

—Veo que curiosea usted —dijo Mason, sonriendo—. ¿Qué le parecería si arrojásemos nuestros *leis*, Della?

—Yo reservaré uno para la noche de la cena del capitán —confesó la joven—. Haré que el camarero lo ponga en el frigorífico.

Ejecutaron la ceremonia de confiar sus flores a las oscuras aguas.

—¿Cómo es —preguntó Della, mientras el último *leí* de Mason desaparecía en las tinieblas— que todas estas cosas que consideramos supersticiones en el continente parecen tan reales aquí?

—Porque hay muchísima gente que cree en ellas —contestó él—. La creencia de las masas es una fuerza psíquica tangible. Recuerde las auténticas historias de los que han violado los ritos de la isla y han sufrido su castigo. Millares de personas se enteraron del *tabú* violado. Millares de imaginaciones creyeron que algún mal iba a caer sobre el violador y acabó por suceder.

—¿Cómo el hipnotismo? —preguntó ella.

—Puede usted llamarlo así.

—Ahí vienen los padres de Belle —dijo Della Street—. Supongo que querrán ser presentados.

Mason se volvió para observar a un hombre bajo y huesudo, de frente elevada y ojos grises y penetrantes. Tendría unos cincuenta y cinco años. La mujer que iba a su lado parecía mucho más joven y conservaba todavía una figura esbelta y graciosa. Sus oscuros ojos estudiaron el rostro de Mason con interés y se trasladaron luego al de Della. Se inclinó y sonrió. El hombre, sin sombrero, no hizo otra cosa que levantar la mirada.

Mason les observó mientras se alejaban. El hombre contemplaba con preocupación la cortina de la noche tendida delante del buque; la mujer curioseaba la cubierta inferior.

—Belle Newberry —dijo— hará bien en darse prisa o se encontrará con que alguien le ha arrebatado sus derechos. Por cierto, me parece conocer a esa muchacha. La he visto antes en alguna parte.

Della Street se echó a reír.

—Anoche dijo usted lo mismo, jefe, y yo también empecé a pensar que la he visto antes. Hoy se lo pregunté.

—¿Ha estado alguna vez en el despacho? —preguntó Mason—. ¿O quizá formó parte de uno de mis jurados?

—No —contestó Della Street—. Es un simple caso de parecido con…

—¡Con Winnie Joyce, la actriz de la pantalla! —exclamó Mason.

Della Street asintió.

—Es un parecido natural —dijo—. Y miss Newberry lo acentúa con la manera que tiene de peinarse. Creo también que, más o menos conscientemente, imita a Winnie Joyce en sus modales. Está un poco hipnotizada por Hollywood.

—Bien —dijo Della—, voy a ver si cazo a un camarero para que ponga mi *lei* en el refrigerador. Nos veremos por la mañana, jefe.

Se alejó rápidamente, dejando a Mason apoyado en la barandilla, observando el intermitente relampagueo de las luces de señales, inhalando los aromas del cálido aire tropical. Las cubiertas estaban silenciosas y desiertas, pues los viajeros, fatigados por un atareado último día en las islas y por la emoción de las despedidas, buscaron sus camarotes.

Mason se volvió bruscamente al oír pronunciar su nombre por una voz de mujer.

—Soy mistress Newberry, míster Mason —dijo ella—. Mi hija comparte el camarote con su secretaria, por eso sé muchas cosas de usted. Al pasar le vi junto a la barandilla… y quiero consultar con usted.

—¿Profesionalmente? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—¿De qué se trata?

—De mi hija Belle.

Mason sonrió.

—Me temo que me haya confundido, mistress Newberry. No me ocupo de casos generales. Estoy especializado en procesos, la mayor parte por asesinato. Seguramente Belle no ha hecho nada que requiera mis servicios.

—No se niegue, por favor —suplicó la mujer—. Estoy segura de que usted puede ayudarme. No le ocupará mucho tiempo y podrá cambiar el porvenir de Belle.

Mason advirtió un indicio de histeria nerviosa en su voz y dijo:

—Prosiga. Cuente de qué se trata; al menos la escucharé. Quizá pueda sugerirle algo. ¿Qué es lo que hace Belle?

—Nada, es mi marido quien está haciendo cosas raras.

—Su marido, o sea, el padre de Belle…

—No es padre de Belle —interrumpió la mujer—. Belle es hija de un matrimonio anterior.

—¿Y lleva, no obstante, el apellido de Newberry? —preguntó el abogado, intrigado.

—Somos nosotras las que lo llevamos —contestó la mujer.

—No comprendo.

—Verá usted lo que ha pasado —prosiguió ella, hablando rápidamente—. El apellido de mi esposo es Moar. Hasta hace dos meses yo era mistress Moar. Un buen día mi marido cambió de nombre. Cesó de ser C. Waker Moar y se convirtió en Carl W. Newberry. Para ello no tuvo más que abandonar su empleo como tenedor de libros de la «Products Refining Company». Después nos trasladamos apresuradamente a otra ciudad, vivimos bajo el nombre de Newberry, e hicimos un viaje a Honolulú, donde hemos pasado seis semanas. Mi marido nos dio órdenes estrictas de que bajo ninguna circunstancia mencionásemos nunca el apellido Moar.

La mirada de Mason mostró su interés.

—¿Abandonó su empleo bruscamente?

—Sí, sin siquiera volver a la oficina.

—Es un poco extraño —murmuró Mason.

La mujer se aproximó más a él. Apoyó la mano en su muñeca, y los dedos se tensaron lentamente hasta que la piel le blanqueó en los nudillos.

—Belle —dijo— no sospecha nada. Es una joven moderna, mezcla extraña de sentimentalismo y de cínica aceptación de la vida. Desde hace más de un año no tenía otro deseo que llevar el apellido Moar. Decía que era molesto presentar a su madre como mistress Moar y luego tener que explicar que Carl era su padrastro. Así que cuando mi marido decidió que nosotros adoptáramos su apellido, se alegró mucho.

—¿Se lleva bien con su marido? —preguntó Mason, recalcando las palabras.

—Está muy encariñada con él. A veces creo que le entiende

mejor que yo. Carl siempre ha sido algo enigmático para mí. Es frío y reservado. Pero adora la tierra que Belle pisa. Nunca hasta hace poco se quejó de falta de oportunidades en la vida. Luego empezó a rezongar. No podía conseguir esforzarse lo suficiente para que Belle alternase con la gente que le corresponde. Mi hija no vestía como él juzgaba que debía vestir. No viajaba…

—Pues ahora viajan ustedes —observó Mason con una sonrisa.

—Ahí está el toque —repuso ella—. Desde hace dos meses nos hemos vuelto repentinamente opulentos.

—¿Y eso fue cuando cambió de nombre?

—Sí.

—¿Muy opulentos?

—No lo sé. Él llevaba su dinero en un cinturón, cuyo interior no he visto nunca, y de vez en cuando va a un banco y se hace cambiar un billete de mil dólares.

Continuaba oprimiendo la muñeca del abogado, y ahora su mano temblaba nerviosa.

—Naturalmente —prosiguió— que a mí no me engaña. Por algo he vivido ya treinta y nueve años.

—¿Le dirigió usted alguna vez alguna pregunta sobre la razón de sus actos, sobre la procedencia del dinero? —preguntó Mason.

—Sí, naturalmente.

—¿Qué le dijo él?

—Que había ganado un pleno en cierta lotería… Pero yo no lo creo. Los periódicos publican los nombres de los ganadores, ¿no es así?

Mason asintió.

—Sólo algunas personas compran *tickets* con nombre supuesto.

—Bien, pues él me dijo que había ganado uno de los plenos y que quería empezar una nueva vida, adoptar otro nombre, viajar y hacer que Belle trate con personas distinguidas.

—¿No creyó usted lo de haber ganado a la lotería? —preguntó Mason.

—Le creí en el primer momento. Recientemente empecé a dudar. En Honolulú alguien de Los Ángeles me sopló al oído que la «Products Refining Company» había nombrado peritos para revisar los libros. Estoy preocupada… Tengo casi la seguridad de que… Y luego Belle…

—Perfectamente —interrumpió Mason—. Hábleme de Belle.

—Se acostumbró a esta vida como un pato al agua. Es una muchacha alegre, vivaz, impulsiva y sociable. La emociona mucho verse alternando con turistas ricos, con la gente que ella llama presumida. Hace unos días conoció a Roy Hungerford en el «Royal Hawaian». Es hijo de Peter Coleman Hungerford, el millonario del petróleo. Parece ser que era asidua pareja de baile de miss Dail, pero desde que conoció a Belle no se separa un momento de ella.

—¿Y qué dice miss Dail a eso? —preguntó Mason.

—No dice nada —contestó mistress Newberry—. Es demasiado astuta. Aparentemente, se interesa cada vez más por Belle. Ya sabe usted que algunas mujeres se hacen muy amigas de sus rivales.

—¿Y cree usted que considera a su hija como una rival? —preguntó Mason.

—Sí, lo creo, míster Mason.

—Supongo —prosiguió Mason— que miss Dail habrá preguntado a su hija cosas relacionadas con su pasado, dónde ha vivido y su ocupación.

—Sí —contestó mistress Newberry—, pero hasta ahora Belle ha sido lo suficientemente lista para no soltar prenda. Dice que es solamente una Cenicienta que representará su papel hasta medianoche y después desaparecerá.

—Eso podría satisfacer al joven Hungerford —dijo Mason—, pero presumo que habrá aumentado la curiosidad de miss Dail.

—Así ha sido —convino mistress Newberry.

—¿Qué opina su esposo de eso, ahora que han atraído tanto interés sus antecedentes y su ocupación?

—Mi marido puede decirse que está escondido. Me cuesta un trabajo enorme hacer que salga a dar una simple vuelta por cubierta. Ahora se encuentra en su camarote.

—Aclaremos bien esto —dijo Mason—. ¿Usted sospecha que su marido ha desfalcado dinero en la «Products Refining Company»?

—Sí.

—¿Sospecha algo su hija?

—Nada, por supuesto.

—¿De dónde cree que viene el dinero?

—Cree que mi marido lo ganó en una lotería, pero que no hay que mencionar nunca el hecho, porque la lotería es ilegal y puede

ocasionarnos molestias. Mi hija se ha estado divirtiendo demasiado para pensar mucho en asuntos financieros.

—Supongo —dijo Mason— que nada agradará tanto a miss Dail como hacer de detective *amateur*, para presentar a Belle como hija de un desfalcador.

Mistress Newberry rompió a llorar. Mason posó sobre su brazo una mano tranquilizadora.

—Cálmese —dijo—. Las lágrimas no remedian nada. Después de todo, nada puede suceder mientras estén ustedes a bordo. ¿Por qué no aplaza este asunto hasta que lleguen ustedes al continente? Para entonces su hija habrá tenido la oportunidad de intimar más con el joven Hungerford y…

—Me temo —dijo ella— que sea demasiado tarde para eso.

—¿Por qué?

—Porque alguien robó el retrato de Belle.

Mason levantó las cejas en silenciosa interrogación.

—Alguien robó su retrato de la maleta de mi marido entre las tres de la tarde y las diez de la noche.

—¿Y qué? —preguntó Mason—. No veo que el retrato de su hija…

—¿No se da usted cuenta? —interrumpió ella—. El *Clíper* sale de Honolulú mañana al amanecer. Alguien pudo robar el retrato de mi hija, enviarlo por correo al continente y hacer que los detectives investiguen y lo descubran todo.

—Pero seguramente —objetó Mason— que no creerá usted que miss Dail sea capaz de recurrir a semejante táctica.

—Sí que lo creo —replicó mistress Newberry—. Miss Dail es egoísta, caprichosa, rica y cruel.

—¡Pero si es una chiquilla! —exclamó Mason.

—Tiene veinticinco años —replicó mistress Newberry— y ha vivido mucho. Juega al polo, tiene licencia de aviadora, posee un yate, es campeona de tenis… Bien; una joven de veinticinco años en nuestros días tiene energías para todo. Yo la considero muy capaz de no detenerse ante nada.

—Cuénteme más del robo del retrato —dijo Mason.

—Hicimos el equipaje temprano —explicó mistress Newberry—. Yo arreglé la maleta de mi marido. Belle le había dado un retrato con la dedicatoria: «A papá con el cariño de Belle». Yo no sé, míster

Mason, si habrá usted observado que mi hija se parece a Winnie Joyce, la actriz, pero…

—Ya he observado y comentado esa semejanza —dijo Mason—. Y cree usted que su hija trata de acentuarla, ¿no es así?

—Así es —convino prontamente mistress Newberry—. La gente lo comenta y a ella le halaga. Pidió a los estudios una fotografía de Winnie Joyce. Luego hizo que un fotógrafo la retratase a ella en la misma postura y con los mismos efectos de luz. Fue uno de esos retratos el que ella dedicó y dio a mi marido. Estaba en un marco ovalado. Yo personalmente lo metí en su maleta poco antes de las tres de la tarde. Y no volvimos a abrirla hasta las diez de la noche, media hora antes de que zarpase el barco. Yo estaba desempaquetando en el camarote y él sacó las llaves de su bolsillo y la abrió.

—¿Y el marco había desaparecido? —preguntó Mason.

—No —contestó ella—. El retrato de Belle había sido sacado del marco y reemplazado por una fotografía de miss Joyce.

Mistress Newberry sacó de su bolso un marco ovalado y lo entregó a Mason. Éste lo sostuvo de manera que la luz de una de las lámparas de cubierta iluminase la fotografía.

—Observe la fotografía —añadió mistress Newberry.

Mason la descifró: «Sinceramente vuestra, Winnie Joyce».

—Quizá la fotografía fue sustituida antes de que usted hiciese la maleta —sugirió Mason.

—No. Me fijé bien. Como usted comprenderá, la felicidad de mi hija no se aparta de mi imaginación desde que me enteré de lo de la «Products Refining Company». Yo guardé el retrato cuando hice la maleta y deseé desde el fondo de mi alma que mi hija fuese siempre tan feliz y sonriente como la veía en él.

—Bien —dijo Mason—; es inútil andarse por las ramas. Busque a su marido. Provoque una explicación. Después de todo, mistress Newberry, quizá se alarma usted innecesariamente. Es posible que haya ganado su dinero a la lotería.

—Pero si ya he hablado con él. Y no saqué nada en limpio. Se limita a repetir que lo ganó en la lotería. Eso es todo.

—¿Le acusó usted alguna vez de haber desfalcado dinero en la «Products Refining Company»? —preguntó Mason.

—No con esas mismas palabras, pero le insinué que creía que lo

había hecho.

—¿Y qué contestó él?

—Me dijo que estaba loca, que el dinero procedía de donde me había dicho.

—¿No sabe usted en qué lotería lo ganó?

—Una vez me habló de un pleno de apuestas y otras de la lotería.

—Bien, provoque una explicación —dijo Mason impaciente—. Pregúntele en qué lotería fue. Después de todo, es usted su esposa y tiene derecho a saberlo.

—De nada me serviría hablar con Carl de ese modo —dijo mistress Newberry—. Saldría al paso con una mentira y empeorarían las cosas. Cuando vuelva a hablar con él, quiero tener todas las cartas en la mano para jugarlas. Por eso necesito enterarme.

—¿De qué quiere usted enterarse? —preguntó Mason.

—Quiero estar absolutamente segura de que desfalcó ese dinero. Y para eso necesito su ayuda.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Póngase en comunicación con su oficina. Ordene que sus auxiliares hagan una discreta investigación y averigüen si Carl desfalcó realmente el dinero.

—Y si fue así, ¿qué?

—Entonces —dijo mistress Newberry— haré lo necesario para proteger a Belle y salvaguardar su felicidad.

—¿De qué modo? —preguntó Mason.

Ella empezó a decir algo, pero se contuvo. Pasado un momento, añadió:

—No lo sé…, todavía. Necesitaría su consejo.

Mason se inclinó sobre la borda y miró hacia la cubierta inferior. Las figuras de Belle Newberry y Roy Hungerford se habían aproximado hasta aparecer como una silueta oscura.

—Muy bien —prometió Mason—. Veré lo que puedo averiguar.

Dicho esto cortó las expresiones de agradecimiento de la mujer para dirigirse al cuarto de la telegrafía sin hilos.

Utilizando su clave confidencial, Mason envió un radiograma a Paul Drake, de la «Agencia de Detectives Drake», en Los Ángeles, pidiéndole que investigase los antecedentes de un tal C. W. Moar

que había trabajado para la «Products Refining Company»; que averiguase los ganadores de plenos en los pasados cuatro meses, si uno de ellos era C. W. Moar, utilizando su propio nombre o uno ficticio, y si Winnie Joyce, la actriz de la pantalla, tenía una hermana.

Capítulo 2

Chispeaba el sol en las crestas de las inquietas olas cuando Perry Mason paseaba por cubierta, disfrutando del aire fresco de la mañana. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos de una americana cruzada y sus zapatos de suela de goma recorrían ligeros el piso de madera de teca. La cálida brisa agitaba sus ondulados cabellos. Había recorrido la cubierta por tercera vez cuando la pesada puerta de uno de los camarotes de proa se abrió una o dos pulgadas. Della Street acabó de abrirla empujando con el hombro y se detuvo un momento, con las faldas agitadas por el viento, mientras Belle Newberry trasponía el umbral.

Al soltar la puerta el viento la empujó fuertemente contra el cierre automático, y Mason, que volvía de uno de sus paseos, gritó a Della Street:

—¡El otro lado está más abrigado!

Della asintió, mientras el viento le echaba mechones de pelo sobre el rostro.

—Belle —dijo—; éste es el amo. Jefe, tengo el placer de presentarle a Belle Newberry, mi compañera de camarote. Vamos a hacer un poco de ejercicio para abrir el apetito antes del desayuno.

—En marcha, pues —dijo Mason.

Avanzó por cubierta con una muchacha de cada brazo. Al dar vuelta a la proa, el viento los empujó hacia la banda de sotavento. Belle Newberry se arregló los alborotados cabellos, sonrió y dijo:

—Esto es lo que llaman un golpe de viento. He oído hablar mucho de usted, míster Mason.

—Si fue algo malo —repuso él—, puede usted creerlo. Si fue bueno, tómelo como calumnia, no lo dude.

Ella le miró con sus negros ojos sonrientes, entreabiertos los labios para mostrar unos dientes que destellaban al sol como

cabrillas. La blusa de seda, abierta en el cuello, descubría la tersura de su garganta y la redondeada curva de los firmes pechos.

—Anoche le vi a usted hablando con mamá —dijo—. Apuesto a que mamá le habló a usted del misterio familiar.

—¿Misterio? —preguntó Mason.

—¡Oh, no se haga el inocente! —rió ella.

Della Street lanzó a Mason una rápida mirada.

—¿Qué misterio es ése, Belle? —preguntó.

—El retrato desaparecido —explicó la joven—. Mamá metió un retrato mío dedicado, en la maleta de papá, y la cerró. Cuando desempaquetamos, mi retrato había desaparecido del marco, y alguien había puesto otro de Winnie Joyce, mi doble. ¿No lo sabía usted?

—No sabía nada —contestó Della, dirigiendo una mirada de reproche a Perry Mason—. ¿Y su madre qué opina del asunto?

—Está haciendo de él un tenebroso misterio —dijo Belle—. No la prive usted de su emoción. Si se lo cuenta, hágase la asustada.

—¿Usted no lo toma en serio, entonces? —preguntó Mason.

—¿Yo? —la joven levantó la barbilla y se echó a reír en su cara —. Yo no tomo nada en serio… vida, libertad, amor. Soy de la petulante joven generación, míster Mason, nacida sin prejuicios, y educada sin gazmoñería, gracias a Dios.

—¿Y su padre? ¿Cómo tomó el asunto? —inquirió Mason.

—Oh, papá es un pensador que lleva el mundo sobre las espaldas. Sólo que de vez en cuando hago que lo deposite en el juego para jugar conmigo.

—Pero eso no contesta a mi pregunta —replicó Mason.

—¡Miren el temible abogado! —rió ella—. Me olvidé de que estaba siendo interrogada. ¿Cómo le llamaremos a esto, míster Mason? ¿El caso de la fotografía robada?

—No fue robada —repuso él—, sino sustituida.

—Perfectamente. Entonces, «El caso del rostro sustituido». ¿Qué le parece?

—No está mal por el momento —dijo él—. ¿Qué opina su padre del asunto y cuál es, incidentalmente, la opinión de usted?

—Yo no tengo opinión —replicó la muchacha—. Soy demasiado joven… A usted no le gustará que le tomen el pelo, ¿verdad, míster Mason? Porque si le gusta, no tiene más que decírmelo y verá

usted… Y ahora, hablando en serio, papá y yo creemos que se trata de una broma de alguien del hotel. Ya habrá usted oído a mamá. Jura que mi retrato estaba en el marco cuando arregló la maleta, pero mamá se excita mucho cuando viajamos. Como habrá usted visto, miss Joyce y yo nos parecemos muchísimo, aunque ella no quiera reconocerlo. Desde que he empezado a viajar, la gente de los restaurantes y clubs nocturnos no hace más que mirarme, cuchicheando.

—Podría usted explotar eso —dijo Mason.

—Igual opino yo —convino la joven, desaparecida instantáneamente la expresión burlona de sus ojos y ligeramente anhelante la voz—. Creo que sería una buena oportunidad para mí presentarme en Hollywood, pero papá dice que no hay nada que hacer, que tengo que seguir con él hasta que cumpla los veintitrés años, y eso será dentro de seis meses ¡Dios mío me parece que voy a tener veintidós años toda la vida!

Mason se echó a reír.

—¿Le gustó a usted Honolulú?

—¡Con locura! ¡Qué trabajo me costó salir! Jamás vi nada tan bello y sugestivo. Supongo que no debería expresar así mi entusiasmo, para imitar a la gente elegante del hotel, que levantaba las cejas y ahogaba un bostezo cuando alguien les preguntaba si se divertía en las islas.

—Sí —rió Mason—; conozco esa hipocresía que pasa por distinguida. ¿Es éste su primer viaje por mar, miss Newberry?

—No sólo mi primer viaje por mar —contestó la joven—, sino positiva y absolutamente la primera vez… Bueno, espere un momento, mejor será que no haga esta confesión. No hay nada tan desilusionante como una mujer con un pasado gris, y yo…

Calló al observar que se abría la puerta de la banda de sotavento, y Roy Hungerford, todo vestido de blanco, salió a cubierta y miró ansiosamente a derecha e izquierda. Luego, al verlos, sonrió y se dirigió rápidamente hacia ellos. Belle Newberry se le enganchó del brazo y procedió a las presentaciones.

—Ustedes dos tienen que pasear para abrir el apetito —dijo Della Street—. Yo tengo que resolver muchos asuntos con el jefe. Se lo adivino en la cara. No debió usted hablar de misterios, Belle. Ahora le ha recordado que tiene que volver a su despacho.

Belle Newberry le dirigió una mirada de gratitud y se alejó del brazo de Roy Hungerford. Della Street se quedó mirando al abogado.

—De acuerdo, jefe —le dijo—; vuelque lo que sea.

—¿Volcar qué? —preguntó Mason.

Ella se echó a reír.

—Vamos, no finja usted conmigo. Cuénteme lo del misterio de familia… «El caso del rostro sustituido».

—Ya sabe usted todo lo que hay que saber —contestó Mason—. Las fotografías fueron sustituidas.

—¿Quién hizo la sustitución y por qué? —preguntó Della.

—No lo sé —confesó Mason—. Hay factores que complican el asunto. Subamos al puente y se lo contaré.

Treparon por las escalerillas, pasaron por delante del gimnasio, atravesaron la pista de tenis y se encontraron junto a los camarotes utilizados como hospital. Mason dio cuenta a Della Street de la conversación sostenida con mistress Newberry.

—Así que ha enviado usted un radiograma a Paul Drake —dijo ella cuando terminó él de hablar.

Mason asintió.

—¡Va a ser un buen entretenimiento preliminar para Paul! —rió la joven—. Ya ha descansado bastante mientras nosotros correteábamos por Oriente. ¿Qué le parece si desayunásemos?

—Espere un poco —contestó Mason—. ¿Qué opina usted de ella?

—¿De quién?

—De su compañera de camarote.

—Oh, es una chiquilla. Una chiquilla observadora y llena de vida. Se desvive por todo lo nuevo y no es demasiado afectada para mostrar su entusiasmo. Tiene el espíritu juguetón y saltarín de una pelota de goma.

—¿Le habló a usted algo del joven Hungerford?

—No. Toma el asunto con bastante seriedad. Trata las cosas mundanas a la ligera, pero el joven Roy forma para ella capítulo aparte. Vamos a desayunar, jefe; me estoy muriendo de hambre.

Estaban a la mitad del desayuno cuando se recibió el primer radiograma de Drake. Decía simplemente:

«Products Refining Company» tiene un desfalco de veinticinco mil dólares. Detectives privados buscan a Moar, el desaparecido empleado. No se ha presentado denuncia todavía. Al parecer peritos y abogados carecen de pruebas suficientes para concretar acusación.

—Esto es trabajar de prisa, jefe —dijo Della Street, tomando el radiograma de manos de Mason.

—No mucho —rezongó el abogado—. Recuerdo que es más tarde allí que aquí. Ha empleado en el trabajo dos o tres horas.

Se dedicaron a pasear por cubierta, sacando instantáneas con la pequeña cámara de Mason. Al poco rato llegó el segundo radiograma de Drake. Decía así:

Moar no figura entre los ganadores de ninguna apuesta ni lotería. Revisamos nombres de los ganadores durante los cuatro últimos meses.

Y este tercer radiograma fue recibido hacia el mediodía:

Winnie Joyce no tiene hermanas. Preferible olvide novela y se dedique al negocio. Regrese, todo está abandonado.

Mason dobló el mensaje y exclamó:

—¡Maldito perillán! Ya le ajustaré yo las cuentas.

—Ahí viene mistress Newberry —dijo Della Street.

Mason respondió a los buenos días de mistress Newberry y añadió:

—Tengo algunas noticias para usted.

—¿Puede comunicármelas ahora? —preguntó ella, mirando de soslayo a la secretaria.

—No tengo secretos para Della —dijo Mason—. ¿Quiere usted que ande con rodeos o que vaya directo al asunto?

—Cuanto más directo, mejor.

—Perfectamente. La «Products Refining Company» tiene un descubierto de veinticinco mil dólares. Los detectives privados buscan a su marido. No ganó ninguna apuesta ni lotería.

Mistress Newberry escuchó la noticia casi vuelta de perfil, con la mirada fija en el océano. Tenía en su rostro una mueca de cansancio.

—Es lo que yo esperaba —murmuró.

—Creo que haría usted bien en hablar con su marido, mistress Newberry —insinuó Mason.

—De nada serviría.

—Quizá si yo asistiese a la entrevista podría ayudarle en algo —sugirió el abogado.

—¿En qué? —preguntó ella.

—Le obligaría a decir la verdad.

—Bien —replicó la mujer—. Supongamos que ya la sabemos. ¿Qué pasaría después?

Mason guardó silencio unos momentos.

—Mire, mistress Newberry —dijo al fin—. Yo no quiero representar a su marido en este escabroso asunto.

—Ni yo lo pretendo —replicó ella.

—¿Está usted segura de ello?

—Naturalmente.

—Entonces, quizá podamos llegar a un acuerdo. Yo trataría de proteger a Belle, si queda definitivamente entendido que no representaré a su esposo.

La mujer miró a Mason con ojos brillantes de esperanza.

—Su marido —continuó Mason— ha embarcado con el nombre de Newberry. Todos los que van a bordo le conocen solamente por tal. Por otra parte, desfalcó el dinero de la «Products Refining Company» bajo el nombre de Moar. El personal de la compañía no le conoce otro apellido. Yo podría sacar partido de eso. Ahora bien, si yo representase a su marido y tuviera que tratar con la «Products Refining Company», alguien podría alegar que trato de cometer una felonía. Pero si no tengo nada que ver con su marido, y únicamente la represento a usted en defensa de Belle, tendré las manos libres para hacer que su esposo restituya el dinero que le quede y recibir en cambio algunas concesiones. En otras palabras, la compañía puede prestarse a cooperar con nosotros, quizás hasta el punto de llegar a un acuerdo para preservar a usted y a su hija de toda publicidad. Si conseguimos eso, ¿cree usted que su marido accederá a confesar y restituir lo que pueda?

—Hará cuanto esté en su mano para ayudar a Belle —contestó la mujer—. Esa es la única razón que le impulsó a apoderarse del dinero.

—Bien —dijo Mason—, pues si me encargo del asunto en esas condiciones, que quede bien entendido que no represento a su esposo. Le represento a usted y nada más que a usted. ¿De acuerdo?

Mistress Newberry hizo un gesto afirmativo.

—Y hasta que el asunto esté más adelantado, no quiero que su marido se entere siquiera de que intervengo en él. No quiero hablar con su esposo. No quiero que él trate de hablarme a mí.

—De acuerdo —dijo la mujer.

—¿Tiene usted idea de cuánto dinero le queda todavía?

—No. Lo lleva siempre en el cinto.

—Suponiendo que la cantidad desfalcada fuese de veinticinco mil dólares, ¿cuánto supone usted que han gastado?

—En los últimos meses más de cinco mil dólares —contestó la mujer.

—Con veinte mil dólares podríamos hacer bastante —observó Mason, con la mirada fija en el horizonte azul.

—Existe otro peligro del que tendrá que guardarse usted, míster Mason —dijo mistress Newberry.

—¿De qué se trata? —preguntó Mason.

—¿Se ha fijado usted en el hombre del cuello roto?

—No. ¿Quién es?

—No se trata de él, sino de su enfermera. Carl la conoce.

—¿Y qué? —preguntó Mason.

—¿No comprende lo que eso significa? La trata desde antes de casarse conmigo. Ella le conoce como Carl Moar. Si llega a encontrarse con él, seguro que le llamará por su nombre.

—¿Qué sabe usted de ella? —preguntó Mason.

—Se llama Evelyn Whiting. Es… Aquí viene.

Una joven y atractiva enfermera, con un almidonado uniforme, avanzaba empujando una silla de ruedas. El hombre que iba en ésta llevaba la cabeza metida en un armazón almohadillado sujeto a los hombros. Sus ojos estaban protegidos del sol por un gran par de anteojos oscuros.

—Pobre muchacho —comentó mistress Newberry bajando la voz —. Fue en un accidente de automóvil. Tiene el cuello fracturado.

Quizá tenga que llevar esa armazón durante dos o tres años. No puede volver la cabeza, ni siquiera hablar. Cuando ella hace una pregunta, le pone una mano en la suya, y él la oprime una vez para decir sí y dos para decir no. Tampoco puede utilizar las piernas. Piense en el martirio que significa no poder volver la cabeza para evitar el resplandor del sol.

Mason estudió a la enfermera. Representaba unos treinta años y era muy atractiva, buen tipo y con los cabellos de un castaño rojizo. Ella sintió su mirada y volvió hacia él los ojos, que mostraron un franco interés antes de volver a posarse solícitos sobre su paciente. Luego detuvo la silla y preguntó:

—¿Hace aquí demasiado sol para usted, míster Cartman? ¿Le gustaría que fuésemos al otro lado?

La joven metió la mano bajo la ligera manta que cubría las rodillas del inválido, y Mason vio moverse la manta mientras el hombre rozaba la mano una vez. La enfermera dio la vuelta a la silla y buscó la banda de sombra de la cubierta.

—¿Cómo espera su marido evitar ese encuentro? —preguntó Mason.

—No lo sé —confesó mistress Newberry—. Solamente subirá a cubierta cuando ella se encuentre en el camarote. La circunstancia de que tenga que cuidar a ese señor favorece a Carl.

—¿No sería mucho mejor que le hablase y le explicase que utiliza otro nombre y…?

—Me temo que no —interrumpió mistress Newberry—. Mi marido hizo en cierta ocasión una inversión de dinero por cuenta de esa muchacha. La inversión no resultó bien y Carl cree que podría desconfiar si le ve manejando tanto dinero como ahora.

Mason se dirigió a Della Street.

—Cifre un radiograma para mi despacho, Della. Diga a Jackson que averigüe qué estaría dispuesto a hacer la «Products Refining Company» si Moar se entregase y devolviese intactos aproximadamente veinte mil dólares del dinero desfalcado. Adviértale que hace tales preguntas en nombre de la parte interesada, pero que no representa a Moar ni sabe dónde se encuentra. Lo único que pretendemos es alguna información. Que maneje el asunto diplomáticamente y nos informe del resultado.

Mistress Newberry le estrechó la mano, agradecida.

—Me voy —dijo—. Será mejor que no me vean con usted frecuentemente. No me agradaría que Belle sospechase que consulto con usted como profesional.

—Mi oficina tardará dos o tres días en conseguir algo concreto —dijo Mason—. Entretanto, esté usted tranquila y no se preocupe mucho.

Se alejó para rodear la cubierta. Celinda Dail, ataviada con un vaporoso traje, que dejaba al descubierto gran parte de sus largas y bronceadas piernas, jugaba al *ping-pong* con Roy Hungerford.

Capítulo 3

El barco debía de llegar a San Francisco a última hora de la noche del domingo y atracar en el muelle el lunes por la mañana. El sábado recibió un radiograma que se expresaba en estos términos:

> *C. Dentón Rooney, interventor jefe de la «Products Refining Company», encargado de la oficina de Los Ángeles accedido a cablegrafiar al presidente ahora en Honolulú. Rooney diez grados más frío que el hielo. Opinión francamente desfavorable. Informaré por correo.*

—¿No le parece una actitud algo desacostumbrada, jefe? —preguntó Della Street cuando Mason hubo acabado de leer el mensaje.

—Yo diría que sí —contestó Mason—. Es la primera vez que veo que una Compañía desprecia veinte mil dólares.

—Pero queda la cuestión de la ética, jefe. Quizá no quieren establecer un predecente…

Mason se echó a reír.

—No se preocupe, Della. Generalmente, les gusta colgar al desfalcador. Pero cuando éste ofrece la restitución, no dudan en hacer deslumbradoras promesas. Hasta la policía se presta a ello. Cuando detiene a un estafador que ha puesto a buen recaudo unos miles de dólares, le promete la absolución, o una sentencia benévola, o la probabilidad de escapar con sólo que demuestre su arrepentimiento revelando el lugar donde tiene escondido el dinero. Luego, tras haber puesto mano en los billetes, canta una canción muy diferente. Se descubre entonces que el policía que habló con el delincuente no tenía autoridad alguna para hacer promesas, o que el juez se resiste a cooperar, o algo por el estilo.

—¿Entonces por qué dio usted a la «Products Refining Company» la oportunidad de atrapar a Moar de ese modo? —preguntó Della Street.

—Porque una vez que hagan las promesas, yo me cuidaré de que las cumplan.

—¿Cómo?

—Se sorprendería usted. Tengo unos cuantos trucos en la manga y los utilizo siempre que se me antoja.

—¿No quiso usted por eso representar a míster Moar?

—En parte, sí —contestó Mason—. La otra razón es que no me gusta representar a personas culpables. Claro es que todo el mundo tiene derecho a defenderse o, lo que es lo mismo, a nombrar abogado, pero prefiero que a individuos como Moar los defiendan mis compañeros. Por supuesto que no siempre sé elegir inocentes y a veces me llevo un chasco.

—¿Qué va a hacer usted ahora? —preguntó la secretaria.

—Ahora —dijo él— va usted a cifrar otro radiograma para Jackson diciendo lo siguiente:

> *Haga que «Agencia Drake» se encargue de vigilar a Rooney. Averigüe algo que permita aumentar la presión sobre él. Avive ingenio y comunique resultados.*

—Este asunto acabará por volver loco a Jackson —rió el abogado.

—Después de todo —remachó Della Street— no puede usted censurarle. Lo hace lo mejor que puede.

—Jackson es un mal luchador —replicó Mason—. Se contenta con lo que Rooney le da y así no va a ninguna parte. Un buen boxeador mantiene a su rival en la defensiva, falla el primer as que juega y después no le da oportunidad de sacar los otros.

—¡Qué lástima que no supiera usted que el presidente estaba en Honolulú! —dijo Della, guardando en el bolso su cuaderno de taquigrafía.

—Es cierto —contestó Mason—. Sin embargo, no hay duda de que dirá a Rooney que siga adelante y que haga las promesas necesarias para recuperar los veinte mil dólares. Rooney es, probablemente, un oficioso badulaque que quiere poner a Jackson

en un aprieto. ¿Cómo va el idilio, Della?

—Exteriormente parece ir viento en popa —dijo la secretaria—. Él divide su tiempo casi en partes iguales entre Celinda Dail y Belle Newberry, pero si me pide usted mi opinión, le diré que se divierte mucho más con Belle que con Celinda. Ésta es para él como un deber. Pertenece a su medio social. Los dos tienen muchos amigos comunes y sobre todo, él no quiere que parezca que deja a Celinda simplemente porque ha encontrado una muchacha que le interesa más.

—Usted está influida —dijo Mason a Della.

—Probablemente —confesó la secretaria.

—¿Cómo la trata a usted Celinda Dail?

Della sonrió.

—Al principio no pareció enterarse de mi existencia. Luego descubrió que yo era compañera de camarote de Belle y se puso muy cordial. Siempre que estoy con ella me habla de lo mucho que aprecia a Belle y de lo fascinadora que es, y aprovecha la ocasión para añadir que siente no haberla conocido antes y que le gustaría saber si Belle se interesa por el polo y las regatas de yates.

—Vamos, sí, que trata de sonsacarle a usted los antecedentes de Belle —dijo Mason.

—Eso parece —sonrió Della.

—Muy bien. Ponga ese mensaje en clave y envíelo a Jackson. Paul Drake empezará así a trabajar a Rooney. No obstante, no creo que tengamos que ejercer mucha presión. Verá usted cómo el presidente cae en la trampa y promete todo lo que queramos. Luego, cuando tenga los veinte mil dólares en la mano, se saldrá del cuadro, y Rooney se presentará ante los tribunales y pedirá al juez que aplique todo el peso de la ley a Moar.

Mason estaba acostado en su camarote leyendo un libro cuando Della Street le llevó a última hora de aquella tarde la respuesta de Jackson. Decía así:

> *Rooney aconsejará a la compañía que no trate con estafador Stop Insiste en que perseguirá a Moar hasta el límite sin aceptar ni ofrecer concesión alguna Stop Afirma haber tratado asunto con presidente pero creo que miente Stop Rooney arrogante y orgulloso detestado por todo el personal conserva supuesto*

gracias al parentesco con el presidente de la compañía ahora de vacaciones en Honolulú Stop Se llama Charles Whitmore Dail Stop Dirección Royal Hawaian Hotel Stop ¿Debo ponerme en comunicación con él? Stop Drake empezado trabajar a Rooney ahora sin resultado Stop Telegrafíe instrucciones.

Mason acabó de leer el mensaje y descolgó el teléfono.

—Póngame con Charles Whitmore Dail —dijo al telefonista—. Tiene su camarote en la cubierta A. Así lo creo.

Mientras le daban las comunicaciones dijo Della:

—Jefe, ¿se ha parado usted a considerar que Celinda Dail *puede* haber descubierto que Moar está a bordo y haberlo comunicado a Rooney?

—Voy a solicitar una entrevista, Della —dijo—. ¡Hola! ¿Es míster Dail? Aquí míster Perry Mason. Desearía verle a usted para un asunto de negocios… algo que le interesa a usted… Preferiría que la entrevista fuese lo antes posible… Muy bien, a las seis entonces… En su camarote. Gracias, míster Dail.

Mason colgó el receptor, hizo una mueca a su secretaria y añadió:

—Nunca se va a ninguna parte aplazando una lucha, Della.

—¿Cree usted que si está enterado de lo de Moar y sabe quién es realmente Belle, va usted a poder ayudar a Moar?

—No a Moar —corrigió Mason—. A Belle.

—¿Y podrá usted hacer algo, jefe?

—No lo sé. Pero hay una cosa segura: que los ahumaré hasta que salgan al descubierto.

—No lo estoy tanto de que lo consiga usted, jefe —dijo Della en tono de duda—. Celinda Dail no tiene nada de tonta, y si fue ella quien sustrajo el retrato de Belle y lo envió a Rooney…

—¿Por qué a Rooney? —preguntó Mason.

—Porque el radio de Jackson dice que Rooney está emparentado con el presidente. Eso significa que Celinda tendrá confianza con él y será una de las personas a quien haya acudido en primer lugar. Así se explicaría por qué Rooney es tan opuesto a hacer alguna concesión a Moar a cambio de una restitución parcial.

—Bien —dijo Mason—; eso lo averiguaremos dentro de un par de horas. Telegrafía a Jackson que Dail está a bordo y que yo me

entenderé con él. Dígale que Paul Drake dedique un par de sabuesos a Rooney y me comunique si descubre algo interesante.

* * *

Charles Whitmore Dail, majestuoso dentro de su *smoking* y de su almidonada camisa, dijo:

—Entre y siéntese, míster Mason. Creo que ya conoce usted a mi hija.

Celinda Dail vestía un traje oscuro, de noche, que revelaba las largas y esbeltas líneas de su atlética figura. Los brazaletes de coral negro que rodeaban su muñeca derecha hacían resaltar la cremosa suavidad de su piel. Sonrió al abogado y sus azules ojos le miraron con curiosidad.

Mason se inclinó.

—Ya he tenido ese placer —dijo—. Buenas tardes, miss Dail.

Ocupó una silla. No se había vestido todavía para la cena, y su americana de tejido tropical contrastaba con la severidad del atavío de los otros, como si quisiera recordar que la visita era para asunto de negocios.

Miró indiferente en torno suyo, a los muebles del regio camarote, estiró las piernas, cruzó los tobillos y añadió:

—Usted es el presidente de la «Products Refining Company».

Dail hizo un gesto afirmativo.

—Tiene usted un empleado que se llama C. Walker Moar —prosiguió Mason.

El rostro de Dail se hizo inexpresivo.

—No estoy familiarizado con todos los empleados de la «Products Refining Company».

Mason le observaba con concentrada atención.

—No le pregunto a usted eso —dijo—. Tengo razones para creer que el nombre de C. Walker Moar pudiera haberse grabado en su imaginación durante las últimas semanas.

La inexpresividad del rostro de Dail no cambió.

—¿Para qué deseaba usted verme? —preguntó.

Mason lanzó una mirada a Celinda Dail.

—Si tenían ustedes proyectos de ir a tomar un aperitivo —dijo

—, y no es oportuno discutir el asunto ahora, podemos vernos después de cenar.

—No se preocupe —dijo Dail—. Puede usted confiar en la discreción de mi hija. ¿Qué deseaba usted comunicarme?

—Tengo entendido que existe un importante descubierto en su compañía, míster Dail, cosa de veinticinco mil dólares, y este desfalco fue descubierto… bien, diremos que coincidió con el abandono de míster Moar de su empleo.

—Prosiga —dijo Dail—. Le escucho.

—Tengo también razones para creer —continuó Mason— que pudiera ser posible que su Compañía recuperase unos veinte mil dólares del dinero desfalcado.

—¿Representa usted a Moar? —preguntó Dail.

—No.

—¿A quién entonces?

—A partes interesadas —dijo Mason.

—¿No puede usted decirme quiénes son?

—¿Influiría en su actitud en el asunto? —inquirió Mason.

—Es posible —dijo Dail.

—¿Puedo preguntar en qué modo?

Dail titubeó un momento. Luego contestó:

—No pactaría con un delincuente. Ni tampoco con quien lo representase.

—¿Sería bien recibida por su compañía la devolución de los veinte mil dólares?

—Quizá.

—¿No le importa que fume? —preguntó Mason, dirigiéndose a Celinda y sacando una pitillera del bolsillo.

—En absoluto —contestó ella—. Fumaré con usted, míster Mason.

Mason encendió el cigarrillo y después el suyo. Charles Whitmore los contemplaba pensativo y cabizbajo.

—Todavía no me ha dicho, míster Mason, a quién representa usted.

—Ya le he dicho que no represento a míster Moar —repuso Mason.

—¿Cómo puede usted garantizar la restitución del dinero si no lo representa?

—No le represento, en efecto, ni garantizo tampoco la devolución del dinero. Me limito a hacer unas preguntas.

—Específicamente, ¿cuáles son?

—¿Accedería su compañía a hacer algunas concesiones para recuperar veinte mil dólares aproximadamente del dinero sustraído?

—Opino que a mi compañía le agradaría, naturalmente, recuperar su dinero —dijo Dail—. Y estoy completamente seguro de que para ello haría algunas concesiones sustanciales.

—¿De qué categoría? —preguntó Mason.

—¿Qué desea usted?

—En primer lugar, que quede definitivamente entendido que no se hará el menor intento de detener a Moar hasta que él se entregue por su propia voluntad. Esto le permitiría confesarse culpable bajo el nombre que elija y ser condenado con él.

—¿Debo entender —preguntó Dail— que usted quiere que nos comprometamos a no realizar ninguna gestión para detener a Moar fiándonos únicamente de su sugestión de que el dinero quizá sea pagado?

Mason negó con un gesto.

—Ustedes tendrían mi palabra a cambio de la suya. Yo haré que se depositen veinte mil dólares, aproximadamente, en mi banco, y cuando ese dinero esté en mis manos, pediré a ustedes que se abstengan de intentar detener a Moar durante un período de tiempo determinado, pongamos dos semanas.

—Claro que podríamos llegar a un acuerdo —dijo lentamente Dail.

—¿Debo entender que todavía no se ha dictado ninguna decisión contra Moar? —preguntó Mason.

—No estoy calificado para contestar concretamente a eso —contestó cautamente Dail.

—¿Pero usted podría darme la concreta seguridad de lo que está dispuesto a hacer para conseguir ese dinero?

—Sí —elijo Dail—. Nosotros estaríamos dispuestos a acceder a su petición. Haríamos todo lo que estuviese en nuestra mano para que Moar fuese absuelto, bien entendido, naturalmente, que él nos pagaría el resto del dinero. Y a propósito, míster Mason, ¿por qué dice usted que *aproximadamente* veinte mil dólares?

—Porque no sé exactamente qué cantidad queda en poder de Moar.

—Su oferta fue a base de veinte mil dólares.

—No fue una oferta, sino una pregunta, y dije que aproximadamente veinte mil dólares —corrigió Mason.

—Bien, entenderé que recuperaremos veinte mil dólares, aproximadamente, de la suma desfalcada.

—No estoy haciendo una proposición concreta —insistió Perry Mason—. Me limito meramente a hacer una pregunta. La proposición vendrá después. Y entonces fijaré exactamente lo que puedo ofrecer. Por el momento sólo sé que hay aproximadamente veinte mil dólares disponibles.

—Muy bien —dijo Dail—, ya conoce usted mi actitud, míster Mason.

—Parece extraño —intervino Celinda Dail— que llevemos algunos días juntos a bordo, y hasta hoy no se haya usted dirigido a papá con esta proposición.

—Es que yo ignoraba que su padre fuese presidente de la «Products Refining Company» —replicó Mason.

—¿Es que los clientes a quienes usted representa están a bordo? —preguntó inocentemente Celinda.

—Creo —dijo sonriente Mason— que hasta ahora he evitado cuidadosamente contestar a ninguna pregunta acerca de mi cliente, limitándome a afirmar que no represento a míster Moar.

—¿Entonces, su cliente no está a bordo? —volvió a preguntar Celinda.

—Debió dedicarse a abogado —rió Mason.

—Eso no contesta la pregunta efectuada por mi hija, míster Mason —intervino Dail.

Mason se le quedó mirando con aire de ostensible regocijo.

—¿Verdad que no? —preguntó a su vez, eludiendo la cuestión.

Guardaron silencio unos segundos. Luego Dail se puso en pie.

—Muy bien, míster Mason. Ya conoce usted mi actitud —repitió.

—De acuerdo —repuso Mason—. Ahora hablemos claro. No me haga usted en nombre de su Compañía promesa alguna que aquélla no pueda cumplir al pie de la letra. Como yo pienso obrar lealmente en este asunto, quiero que se me corresponda de la misma manera.

—¿Qué quiere usted decir, míster Mason? —preguntó fríamente

Dail.

—Quiero decir que su interventor, C. Dentón Rooney, no parece tomar tan a pecho los intereses de la Compañía como usted. Si llegamos a un acuerdo, no quiero que él interprete mal sus condiciones y, en su lugar, tomaría medidas para evitarlo.

—No se preocupe —dijo Dail—. Rooney está casado con una hermana de mi mujer. Debe su empleo a ese parentesco y a mí.

—Quiero estar seguro de que no habrá ninguna mala jugada con Rooney —insistió Perry Mason.

—No la habrá —aseguró Dail.

—¿No crees, papá —dijo Celinda, cuando ya Mason apoyaba la mano en el tirador de la puerta—, que sería conveniente fijar un tiempo límite a míster Mason? ¿Un tiempo durante el cual se vea obligado a presentar una oferta concreta?

—Sí —dijo instantáneamente Dail—. Pongamos un tiempo límite.

—Desgraciadamente —dijo Mason, sonriendo a Celinda Dail— eso es imposible. Tendré que expedir y recibir radiogramas antes de estar en condiciones de presentar esa oferta.

—¿Pero cree usted que podrá hacerlo antes de que atraque el buque? —preguntó Dail.

—Espero que sí —contestó Mason abriendo la puerta.

* * *

Mason se vistió para cenar, entró en el salón donde se servían los aperitivos, y encontró a mistress Newberry sentada a una mesa algo apartada.

—Bien —dijo, lenvantado la voz para que pudiera oírle cualquier pasajero que estuviera escuchando—, mientras espera a su familia, ¿puedo invitarla a que tome un aperitivo conmigo?

Ella asintió.

Mason ocupó un asiento a su lado.

—¿Algo nuevo? —preguntó ella en voz baja.

—¿Le dijo Della que Dail es el presidente de la «Products Refining Company»?

—Sí. Me dijo que iba usted a verle. Le estaba esperando a usted

para que me comunique el resultado.

—Dail quiere recuperar el dinero —le informó Mason—. Está dispuesto a prometer algo. Después que tenga el dinero pasará el asunto al Consejo de Directores y les dejará asumir la responsabilidad de la traición.

—¿Cómo podemos evitar eso? —preguntó ella con ansiedad.

—Deje que tenga yo el dinero y me las arreglaré de tal modo que no habrá traición. Como yo no represento a su marido, tendré las manos libres.

—¿Estaba Celinda presente cuando habló usted con su padre?

—Sí, Celinda estaba allí.

—No me gusta eso —rezongó mistress Newberry—. No me agrada esa muchacha. Siente un odio mortal hacia Belle.

—Bien —dijo Mason—. Lo que tenemos que hacer ahora es obrar rápidamente. Averigüe cuánto dinero le queda a su marido y póngalo en mis manos. Puede usted decir a su esposo lo que proyectamos, pero no le revele quién la representa a usted.

—¿No quiere que él hable con usted?

—No. No deseo tener relación alguna con él. Con usted exclusivamente.

—¿Y cómo recibirá usted el dinero?

—Él se lo dará a usted y usted me lo dará a mí. Y cuando yo lo tenga, no quiero saber que es dinero robado. Será sencillamente dinero que usted me ha dado para restituir a la «Products Refining Company» bajo ciertas condiciones. Dinero suyo, exclusivamente. ¿Entiende? Para mí es como si no viniera de su marido. Es un dinero que usted me entrega para gestionar determinado asunto. No me cansaré de insistir en eso.

—De acuerdo —dijo mistress Newberry—. Mire, míster Mason, Celinda nos está observando.

Mason se echó a reír ruidosamente, cogió su vaso de aperitivo, lo inclinó ligeramente hacia mistress Newberry, como si le propusiera un brindis, y dijo en voz baja:

—Muy bien; no ponga usted esa cara tan seria y, sobre todo, no se preocupe. Ría y obre como los demás.

Mistress Newberry levantó su vaso. Su sonrisa era visiblemente forzada.

—¿Ha vuelto a hablar de este asunto con su marido? —preguntó

Mason.

—No.

—¿Sabe él que Dail es el presidente de la «Products Refining Company»?

—Aparentemente, no. Carl no ha hecho nada para rehuirle. Hemos pasado varias veces por delante de míster Dail y Celinda y no dijo nada. En cambio, toma grandes precauciones para no encontrarse con la enfermera. Yo creo que ha pagado a alguien para que la vigile y le comunique cuándo sube a cubierta, porque siempre se esconde cuando lo hace y no sale hasta que desaparece.

—Bien —dijo Mason— la «Products Refining Company» es una gran empresa. No es extraño que su presidente no conozca a un tenedor de libros, pero sí que Carl no haya visto su retrato u oído mencionar su nombre.

—Quizá lo haya oído —repuso mistress Newberry—, pero se considera seguro porque sabe que Dail no le conoce, excepto de nombre, mientras que la enfermera sabe que su verdadero apellido es Moar, y probablemente le llamaría por él si se la encontrase.

—No se ponga usted tan seria —advirtió Mason— Celinda nos está observando. Ríase. Mire a su alrededor y, de pronto, consulte su reloj de pulsera, póngase en pie y abandone la mesa para dirigirse a cubierta. Dos palabras más —añadió—. Sería una verdadera desgracia que Carl fuese reconocido ahora. Hasta que hayamos llegado a un acuerdo con Dail, tenemos atadas las manos. Si Dail descubre que el hombre que busca está a bordo y que tiene el dinero en su poder, le hará detener y se reirá de mí cuando trate de conseguir algunas concesiones.

—Entonces, ¿sería mejor que Carl no tuviese el dinero encima? —preguntó ella.

—Mucho mejor —contestó Mason.

Ella consultó su reloj de pulsera, se puso bruscamente en pie y exclamó:

—¡Oh, tengo que irme!

Mason se levantó, se inclinó y dijo en voz baja:

—Ríase.

Mistress Newberry hizo un débil intento de reír, se volvió y abandonó el salón.

Mason continuó sentado a la mesa, jugueteando con la copa del

aperitivo. De pronto dirigió una mirada hacia la puerta donde había estado Celinda. Ya no se encontraba allí.

Capítulo 4

Domingo por la tarde. Un viento huracanado del Sudoeste cogía al buque de popa y rechazaba el humo de las chimeneas hacia un mar alborotado. La lluvia torrencial azotaba la cubierta y un olor a petróleo quemado hacía la atmósfera casi irrespirable. Mason, al atravesar el crujiente pasillo de la cubierta C, se encontró con Belle Newberry, que avanzaba tambaleándose y sosteniéndose de vez en cuando con las manos.

—¡Hola! —dijo ella—. Le estoy buscando por todas partes.

—¿Hace mucho? —preguntó el abogado.

—Todo el día.

—Pues he estado en mi camarote, leyendo. ¿Por qué no me llamó por teléfono?

—Quería que el encuentro fuese casual —dijo ella, riendo.

—¿Y ahora empieza usted por decirme que me estaba buscando?

—Perdone mi candidez. Siempre me está traicionando.

La joven hizo un ligero mohín.

—Aborrezco el fingimiento y la hipocresía. Vamos al saloncito, deseo hablar con usted.

Mason la cogió del brazo y, juntos, avanzaron tambaleándose hacia la popa.

—Mal tiempo para la fiesta de esta noche —comentó Mason.

—A mí me parece admirable —dijo la joven—. Me divierte mucho. Subiendo a cubierta y situándose en un lugar abrigado se oye el aullido del viento en torno a los mástiles. Yo creí que sólo se podía oír eso en las caracolas.

—El aparejo de los buques trepida mucho en días como éste. ¿Le asusta a usted?

—No. ¡Me parece maravilloso! Tiene algo de alucinante y fascinador. Es como un largo alarido, uniforme, profundo… No se

puede describir.

—Lo conozco y no me canso de escucharlo —dijo Mason—. Me encanta la borrasca. Pero no me ha buscado usted para hablar de esto, ¿verdad, miss Belle?

—No. Quiero hablarle de mamá.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mason.

—¿Qué le ha contado a usted de papá?

—¿Qué le hace creer que me haya hablado de su padre?

La joven esperó a que se produjese un bandazo favorable para tirar del abogado hacia el mullido sillón.

—Siéntese —le dijo—. Me parece que la nuestra va a ser una de esas entrevistas en que yo le haré unas preguntas y usted me responderá con otras.

—Después de todo —dijo Mason—, si quiere usted detalles, puede pedírselos a su madre.

—Podría —repuso la joven—, pero no lo haré.

—¿Por qué no?

—Porque ella… Espere un momento, por poco le doy a usted una respuesta directa. No debo hacerlo. Tengo que pensar una pregunta… ¿Por qué debo interrogar a mi madre?

—¿A quién si no?

—¿Me lo diría usted si lo supiese?

—¿Hay alguna razón para que no lo hiciera así?

Belle se echó a reír.

—Tiene gracia. No nos decimos nada. ¿Cuánto tiempo supone usted que podremos continuar de este modo?

—Toda la noche —contestó Mason con cómica seriedad.

—Eso es lo que temo. Dígame, míster Mason, ¿le habló a usted mi madre de que papá renunció a su empleo y no volvió a la oficina?

—¿Qué le da a usted esa impresión? —preguntó Perry Mason.

—Verá usted —dijo la joven—. Mamá es buena, pero algo ingenua, como todos los de la vieja generación. Los últimos días, cuando ustedes hablaban apoyados en la barandilla, se producía un extraño silencio siempre que pasaba yo. Ahora bien, ésa es una técnica muy pobre. Como miembro de la preciosa y joven generación, sé que ustedes están discutiendo algo que no quieren que yo sepa, y creo que se refiere a papá y a nuestro repentino flujo

de riquezas.

—¿Tendrá usted la bondad de decirme por qué se le ha metido esa idea en la cabeza? —preguntó Mason.

—Veo que usted puede sostener esa actitud toda la tarde —dijo ella suspirando—. Trato de interrogarle, míster Perry Mason, pero hasta ahora sólo recibo otras preguntas como respuestas y soy yo la que le estoy dando la información que le interesa.

—Pero es que no comprendo por qué se dirige usted a mí en primer lugar —protestó Mason—. ¿Es que ocurre algo?

—Por favor, no me pregunte más —le interrumpió ella—. Veo que será mejor que guíe la entrevista yo misma si quiero conseguir algo. Ahora yo diré: «¿Trata mi madre de ocultarme algo, míster Mason?». Y usted contestará: «¿Qué cree usted que le oculta, Belle?». Y yo diré: «Algo acerca de papá». Y usted replicará: «Pero, ¿qué puede haber acerca de su padre que tenga que ocultárselo a usted?». Y yo le explicaré «Es que mi padre, míster Mason, ha hecho algunas cosas raras durante los últimos meses. Es decir, pueden parecer raras si no se conoce a papá». Y usted preguntará: «¿Qué cosas?». Y yo responderé: «¿No se lo ha contado mamá?». Y usted… No, no me interrumpa ahora, míster Mason, porque le estoy arrinconando a fuerza de preguntas. Y usted dirá: «¿No cree que debería preguntárselo a su madre y no a mí?». Y entonces míster Perry Mason, me habrá usted dado la oportunidad que busco, pues diré: «Míster Mason, ¿no cree usted que, en justicia hacia todos los interesados, debería escuchar también a papá?». Y antes de que pudiera dirigirme otra pregunta añadiría: «Pues yo sí, y voy a procurar que se entreviste con él. Personalmente creo que mamá está equivocada. Papá es raro y excéntrico, pero no ha hecho nada de que tenga que avergonzarse y no hay necesidad de que mamá se atormente pensando lo que no es. Así, pues, míster Perry Mason, voy a pedirle que hable con papá y escuche sus explicaciones antes de formar una opinión o de llegar a un acuerdo con mi madre».

—¿No cree usted que su padre estará predispuesto contra mí? —preguntó Mason.

—En absoluto —contestó la joven—. Es el hombre de más sano juicio que he conocido. Sabe que ha estado usted hablando con mamá y…

—Y su padre —interrumpió Mason— ha procurado rehuirme.

Por lo que su madre me ha dicho, he deducido que siente prejuicios contra los abogados.

—¡Eso demuestra lo poco que le conoce mamá! —exclamó Belle indignada—. Papá siente prevención contra los que él llama abogados criminalistas, pero eso es desde que actuó de jurado en el proceso de un individuo por asesinato. El hombre era inocente, dice papá, pero su abogado, un tal Van Densie, parecía estar vendido. Pero no pudo engañar a papá. Papá abogó por la absolución, aun contra el parecer de los otros once jurados, y al fin logro convencerles de que el hombre era realmente inocente. Aquello causó una gran impresión a papá. Dice que cualquiera puede ser acusado de un crimen y las pruebas estarán aparentemente contra él, pero que los abogados que defienden a un hombre deben ser más hábiles. A su parecer, Van Densie era incompetente y, además, un pillo. Mi padre siempre termina diciendo que si alguna vez se le acusa a él de un delito, quiere que le represente un buen abogado.

—Al parecer, su padre tiene ideas propias —dijo Perry Mason.

—¿Le escuchará usted entonces? —preguntó la joven.

—Mire, Belle —dijo Mason—, voy a ser franco con usted. No quiero ver a su padre ni hablar con él.

—¿Por qué?

—No puedo explicarlo.

—¿Tiene el asunto algo que ver con mi felicidad?

—Puesto que va usted tan lejos, preferiría que hablase usted con su madre.

—Mire, míster Mason, no soy una chiquilla. Olfateo algo en el aire. Tengo idea de que me afecta. Papá ganó algún dinero a la lotería. Si eso fue una cosa ilegal, tendrá que devolver el dinero. Pero yo preferiría…, preferiría muchísimo que no se diga ni se haga nada hasta que atraque el buque. Creo que sabe usted por qué.

—Lo sé —dijo Mason— y quiero que tenga usted entendido que su madre obra con su mejor interés.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—¡Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes! —exclamó—. No habría conocido a Roy. Ya sabe usted lo que quiero decir, míster Mason. Él no es de mi clase. Yo he representado una pequeña comedia y esta comedia está a punto de terminar. No he dejado de darme cuenta del precio que había que pagar y siempre estuve

dispuesta a ello. Pero me temo que Carl, o mamá o ambos se propongan llevar adelante la farsa, pensando que pueden darme una oportunidad. No pueden. Yo no pertenezco al mundo de Roy ni él al mío. Podemos fingirlo mientras estemos a bordo como lo fingimos mientras estuvimos en Honolulú… Dígame, míster Mason, ¿pretende mamá divorciarse de Carl?

—No hemos hablado de eso —contestó Mason.

Un bandazo del buque casi hizo perder el equilibrio a Belle. Mason se apresuró a sujetarla.

—No permita que mamá haga sacrificios inútiles por mí —suplicó la joven—. Ella no ve el asunto tan claramente como yo. Mañana por la mañana, cuando desembarquemos, todo habrá terminado.

—¿No cree usted que Roy tratará de seguir en contacto con usted? —preguntó Mason.

—No se lo permitiré —replicó ella—. Me saldré de su vida y cerraré de golpe la puerta detrás de mí. No podemos seguir con esta comedia. Yo pude representar un acto porque papá tuvo la suerte de ganar algún dinero a la lotería. De no haber sido por eso, yo habría seguido arrastrando una existencia gris, quizá con una o dos semanas de vacaciones en alguna playa, donde habríamos alquilado una casita barata… Por favor, míster Mason, no permita que mamá haga nada para darme una oportunidad que no podría utilizar.

Mason la acompañó hasta la puerta.

—Habla usted como una cobarde —dijo—. Si le quiere, ¿por qué no lucha por él? Si él la ama, no le importará que su padre sea un tenedor de libros o…

—Usted no comprende —le interrumpió ella—. Roy no me conoció como hija de un tenedor de libros. Papá me dio la oportunidad de alternar con la aristocracia. Ya sabe usted lo que pasa en las islas. Aparenté que era una de ellos. Permití que Roy creyese que yo ocupaba en la vida una posición que era falsa. Yo no imaginaba que iba a significar tanto para mí. Ahora no puedo retroceder. Si él me hubiese conocido tal como soy, podría haber dicho a su familia «Conocí a Belle Newberry. No es de nuestra clase, pero la quiero». Eso habría sido diferente. Pero exponerse a que Celinda Dail se entere de todo… ¡Oh, no puedo explicarlo! Tendría usted que conocer a Roy para comprender… No le agradan las

farsas. Aborrece a las muchachas que fingen para atraerle. Nunca me perdonaría. Creería que planeé las cosas deliberadamente…

Se interrumpió bruscamente, quebrada la voz por los sollozos.

—Comprendo su manera de pensar, Belle —dijo Mason—. Pero los triunfos están en sus manos. Juéguelos. Personalmente, yo empujaría todas mis fichas hacia el centro de la mesa. Hable con su madre, Belle. Podrá usted explicarle…, sí, hágalo en seguida.

Los ojos con que ella le miraban reían a través de las lágrimas.

—No —dijo—. Hágalo usted. Ésta es mi última noche de felicidad. Le dejo a usted, Perry Mason, esa misión tan desagradable.

Capítulo 5

Hubo muchos asientos vacíos en la «cena del capitán». Cortinas de lluvia cubrían los ventanillos. Los pasajeros, que metían bulla con gorritos de papel de colores, globos y cuernos de cartón, carecían de espontaneidad. Su alegría parecía meramente un forzado intento de cumplir con las costumbres marítimas. Los camareros avanzaban lentamente y con mucho cuidado, llevando en profundas bandejas platos a medio llenar.

Mason que cenaba con Delta Street, miró hacia el sitio en que Carl Newberry y su esposa e hija obsequiaban a Roy Hungerford.

—¿No es ya hora de que consiga usted algo concreto de ellos? —preguntó Della Street.

—Sí —dijo Mason—. He advertido a mistress Newberry que tengo que saber a qué atenerme antes de las diez de esta noche. Ella me contestó que estará en su camarote a las nueve y media y que tendrá ya el dinero. Después solicitaré una nueva entrevista con Dail y le haré mi proposición.

—Moar…, ¡ay!, nunca me acuerdo de que tengo que llamarle Newberry, no parece particularmente preocupado —observó Della.

—No —confesó Mason—. Parece que disfruta mucho. Es una suerte para él que Evelyn Whiting tome todas sus comidas en el camarote de su paciente.

—Tengo el presentimiento —dijo la secretaria— de que Newberry ha llegado a un acuerdo con esa mujer.

—¿Qué le hace creerlo así?

—Ayer por la tarde le vi salir de su camarote y parecía sonriente.

—¿Está usted segura de que era Newberry?

La secretaria hizo un gesto afirmativo.

—Quizá sea ésa la causa —dijo Mason— de que obre tan

libremente ahora. Me preocupaba cómo iba a arreglárselas cuando los pasajeros pasen mañana por las aduanas y la sanidad. Casi es seguro que se encuentre con ella cara a cara.

—Se me figura que ha previsto esa contingencia. Al fin y al cabo, todo lo que tenía que hacer era buscarla, provocar una explicación y pedirle que guardase silencio.

—El único inconveniente —objetó Mason— es que ella charle con alguna amistad de a bordo y deje escapar el gato del saco. Si Celinda Dail sospecha que Evelyn Whiting sabe algo del padre de Belle, revolverá cielo y tierra para enterarse.

—Belle, la pobre, se da cuenta de que nunca podrá entrar en la vida de Roy.

—¿No cree usted que, así y todo, él tratará de seguir sus relaciones con ella? —preguntó Mason.

—No podrá, jefe. Ella le va a decir que se volverán a ver en las carreras de Santa Rita el próximo martes. Le ha hecho creer que su familia tiene un palco allí. Pero no le volverá a ver en cuanto abandone el buque.

—Si está enamorada de él, no veo…

—Sé exactamente cómo piensa Belle… —interrumpió Della Street—. Caminando a su paso, tratando con él en términos de igualdad ha podido interesarle. Pero en el momento que él se dé cuenta de que no es de su clase, empezará a perder todo su interés. Ella y Dail han estado corriendo cuello contra cuello. Dé usted a Celinda Dail el *handicap* de poder proteger a Belle, y Belle quedará excluida de la carrera.

—No estoy tan seguro —murmuró Mason.

—Yo sí —insistió Della—. Dail es muy astuta. No la borrará de sus amistades. En lugar de ello, tratará de arrastrarla a toda clase de actos sociales, donde todos se conocen con esa intimidad que da el tacto de codos durante años, y Belle se encontrará en aquel mundo extraño completamente descentrada.

—Bien —dijo Mason—, creo que Belle debería decir a su madre lo que piensa hacer.

—¿Por qué?

—Porque si Belle está dispuesta a alejarse de Roy, no hay razón para que yo me tome la molestia de tratar de arreglar las cosas con la «Products Refining Company».

—¡Ah, sí que la hay! —replicó Della—. Sería la mayor tragedia de su vida que los detectives saliesen al encuentro de su padre mañana en la pasarela y le pusiesen las esposas a la vista de todos. Y, particularmente, si ha desfalcado dinero a una Compañía presidida por el padre de Celinda Dail. Jefe, usted *tiene* que impedir eso, suceda lo que suceda. ¿No comprende? Ella quiere que Roy la recuerde como a una mujer misteriosa, pero que no la compadezca. Y no podría sufrir que Celinda Dail se riese de su desgracia.

—Bien, me entrevistaré con mistress Newberry a las nueve y media —dijo Mason—. Para esa hora ya tendrá una contestación definitiva. Entretanto voy a dar una vuelta por cubierta. ¿Le agradaría a usted respirar unas bocanadas de tempestad?

—No —contestó la secretaria—. Voy a pasar unos minutos con los Newberry. Prometí a Belle que lo haría. Ahora son las ocho treinta y cinco. Le cazaré a usted hacia las nueve. Así tendremos tiempo para tomar un licor y luego podrá usted reunirse con mistress Newberry a las nueve y media.

Mason asintió, se puso en pie y apartó con cuidado su silla.

—Estaré por el lado de sotavento —dijo—. Probablemente en la cubierta de paseo.

Mason fue a su camarote, se puso un abrigo, se lió al cuello una ligera bufanda de seda y salió a cubierta.

Las puertas del costado de barlovento estaban cerradas. A sotavento la lluvia caía a torrentes, formando pequeños geiser, donde las enormes gotas chocaban con el entablado. La luz eléctrica, encerrada en sus globos de cristal, esparcía rojizos rayos que se reflejaban sobre la húmeda cubierta para perderse en la masa de niebla barrida por el viento. El rugido de las alborotadas aguas ahogaba todo otro sonido.

* * *

Mason encontró la cubierta de paseo un poco expuesta y se trasladó a la inferior. Se dedicó a pasear lentamente, sorteando una pila de sillas de lona plegadas y atadas para mayor seguridad. Se le filtraba el agua por las delgadas suelas de sus zapatos de charol. Las rociadas de lluvia corrían por su rostro y burbujeaban en sus

cabellos. Abombó el pecho, inhaló la impetuosa frescura de la galerna, escuchó el estruendo de las olas, el aullido del viento… y se sintió feliz.

La campana del buque tocó dos veces. Las nueve. El viento flageló el sonido y lo dispersó, del mismo modo que arrancaba el humo de las chimeneas del buque, lo desgarraba en negros cintajos y lo disolvía en la noche. A lo lejos, un faro parpadeaba intermitentemente.

El buque daba grandes bandazos y Mason tuvo que agarrarse a un puntal buscando apoyo. De pronto, entre el fragor del oleaje, le pareció oír un grito y luego un ruido explosivo… Permaneció inmóvil, escuchando. El grito se repitió. Parecía venir de las dos cubiertas de la parte superior.

El buque se enderezó lentamente de su último bandazo, y Mason se inclinó sobre la borda, tratando de ver lo que ocurría más arriba. La lluvia le cegó los ojos y corrió a raudales por su cara y cuello. No pudo ver nada…

El buque se inclinó perezosamente hacia estribor. Las olas, como si se hubiesen concentrado para el ataque por sorpresa, se precipitaron contra su vacilante casco. Mason oyó el débil sonido de una campana en alguna parte; luego la sirena lanzó cinco alaridos cortos y rápidos. El buque escoró violentamente y retembló en sacudidas, como un automóvil que corre sobre un neumático desinflado.

Mason se dio cuenta de que una de las hélices había sido invertida, mientras la otra giraba a toda velocidad hacia delante, haciendo virar al buque. Un salvavidas cruzó las tinieblas. Chocó con el agua y casi inmediatamente un reflector empezó a explorar las olas con su abanico de luz.

Mason avanzó tambaleándose hacia una puerta que se abrió repentinamente. Un oficial uniformado gritó:

—¡Adentro todo el mundo!

—¿Qué pasa? —preguntó Mason.

—¡Hombre al agua! —gritó el oficial y se alejó corriendo, agarrándose al pasamanos para no resbalar en el húmedo suelo.

Mason se sacudió el agua de los zapatos, corrió a una escalerilla y empezó a descender.

Una vez abajo, se dirigió directamente al camarote de mistress

Newberry. Llamó con los nudillos. Nadie contestó. Intentó hacer girar el pestillo. La puerta estaba cerrada. La aporreó con el puño, y luego, al ver que nadie respondía, la golpeó con la punta del pie.

Pasado un momento, oyó la voz de mistress Newberry:

—¿Quién es?

—Mason —contestó el abogado.

—Espere un momento y le abriré.

Mason agitó el tirador.

—Abra la puerta ahora —ordenó.

La mujer descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

—Entre, si corre tanta prisa —dijo.

Estaba en ropa interior y, mientras Mason cerraba la puerta, se echó un vestido sobre la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Dónde está su marido?

Ella terminó de deslizarse el vestido, lo alisó en las caderas y empezó a abrochárselo.

—Tuvo que ver a un individuo —contestó—. Prometió que volvería dentro de cinco minutos. ¿Qué le pasa a su reloj? ¿No son las nueve y media todavía?

—¿Cuánto tiempo hace que lo vio usted?

—Cinco minutos. Nuestra reunión se disolvió cuando mi marido recibió una nota. Dijo que tenía que ver a un individuo para cierto asunto.

—¿Y qué hizo usted?

—Vine a mi camarote. Me quité el vestido, porque se me había vertido en él un poco de vino. Carl y yo vamos a tener una explicación. Volverá dentro de un minuto. Pero, ¿qué pasa? Este buque hace unos movimientos que apenas puedo sostenerme en pie. ¿Hemos chocado con algo? Mire, brilla una luz en el agua. Y los reflectores no hacen más que explorar el mar.

Mason la observaba mientras se abrochaba el vestido.

—Estoy particularmente interesado —dijo— en averiguar dónde fue su marido y a qué.

—Mire, míster Mason —dijo ella encarándosele—, me he casado dos veces y no soy precisamente una gazmoña, pero no estoy acostumbrada a que nadie entre en mi habitación mientras me visto. Le permití a usted entrar porque su voz indicaba que quería

hablarme de un asunto urgente. Ahora, si tiene usted la bondad de explicarse…

—Oí el ruido de un disparo —dijo Mason—. Un oficial me dijo que había caído un hombre al agua. ¿Significa eso algo para usted?

Durante un momento, ella le miró con ojos de espanto; luego se aproximó al tocador, abrió un cajón y miró dentro.

—¿Qué es? —preguntó Mason.

—El revólver de Carl —dijo ella—. Ha desaparecido.

—Aclaremos bien esto —repuso Mason—. ¿Usted y Carl iban a tener una explicación?

—Sí.

—¿Le dijo usted de lo que deseaba hablarle?

—Le dije que no estaba dispuesta a seguir conformándome con vagas generalidades; y que quería saber exactamente de dónde había sacado aquel dinero y que tenía que entregármelo.

—¿Qué dijo él?

—Que hablaríamos del asunto más tarde.

—¿No lo quiso discutir entonces?

—No. Estábamos acabando de comer y un botones le entregó una nota. Carl dijo que tenía que ver a un individuo para cierto asunto. Esto deshizo nuestra pequeña reunión. Carl y yo vinimos al camarote. Yo le dije que quería aclarar las cosas y que, por el bien de Belle, tenía que entregarme el dinero. Él insistió en que estaría de vuelta dentro de cinco minutos, pues tenía que ver a alguien para un asunto de la mayor importancia.

—¿Había un revólver en ese cajón? —dijo.

—Sí.

—¿Cuándo lo vio usted por última vez?

—Esta tarde.

—¿Cuánto tiempo hace que lo tenía su marido?

—Unos dos meses. Cuando empezó a llevar encima grandes cantidades de dinero, pensó que necesitaba un revólver para defenderse.

—He tenido ocasión de enterarme —dijo Mason— de que su marido se ha entrevistado con Evelyn Whiting, la enfermera. Supongo que habrá tratado de llegar a algún acuerdo con ella para que no descubra su verdadera identidad. No sé lo que ella le contestaría. Es una estupenda situación para explotar un *chantaje*…

si la muchacha es de ese tipo. ¿Supone usted que haya ido a verla… llevándose el revólver?

—No lo sé —su mano oprimió el brazo del abogado—. Míster Mason, quiero que me prometa que estará usted a mi lado… por el bien de Belle.

Mason titubeó un instante.

—De acuerdo —dijo al fin—. Ya trataremos de eso. Ahora permita que le haga unas preguntas más antes de que llegue Carl. ¿De qué cosas le ha hablado usted?

—Le he dicho que míster Dail, el presidente de la «Products Refining Company», está a bordo. Parece que no era nada nuevo para él. Le dije también que míster Dail estaba dispuesto a hacer algunas concesiones a cambio de la restitución del dinero, y me contestó que si me acercaba a Dail con una proposición semejante me mataría, pues él no se había llevado un céntimo de la «Products Refining Company». Le repliqué que Celinda Dail estaba buscando la oportunidad de desenmascarar a Belle… y aquello le puso furioso.

—¿Qué más? —preguntó Mason.

—Nada más —dijo la mujer—. Eso es todo lo que tuve tiempo de decirle.

—¿Fue eso antes o después de haber recibido la nota?

—Después. Nos habíamos separado de los otros para venir al camarote. Yo hablé con él nada más que uno o dos minutos. Luego, me metí en el ropero para sacar otro vestido y le oí que cerraba la puerta de golpe.

—¿Y le dijo a usted que iba a ver a un individuo?

—Sí. Y que estaría de vuelta dentro de cinco minutos y hablaríamos.

—Mejor será que subamos a cubierta a ver lo que ha sucedido —dijo Mason—. ¿Está usted segura de que Carl se llevó el revólver?

—Sí. Le oí abrir y cerrar el cajón del tocador. En aquel momento no me di cuenta de lo que buscaba. Si…, si ha caído antes al agua, ¿podrán encontrarlo?

—Es un trabajo un poco difícil —contestó Mason—. La mar está un poco gruesa. Tendrán que hacer maniobrar el buque para botar las lanchas a sotavento, pero no creo que lo hagan hasta que tengan algo concreto que buscar. Explorarán las aguas con los reflectores,

arrojarán bengalas y mantendrán una vigilancia alerta, pero no arriesgarán las vidas de los hombres en un bote descubierto, a menos que haya indicios de que la persona está todavía viva… y no olvide que se hizo un disparo.

—¿Supone usted que pudiera ser míster Dail? —preguntó ella—. ¡Oh, Dios mío! ¡Carl no pudo hacer eso!

—Es inútil hacer suposiciones. Vamos a cubierta. Necesito encontrar a Carl.

—¿Pero seguirá usted defendiéndome? —preguntó ella.

—Lo haré en obsequio a Belle —contestó el abogado—. Pero que conste que no represento a su esposo.

Al abrir la puerta, mistress Newberry lanzó de pronto una exclamación de desmayo.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason, volviéndose.

—Acaba de ocurrírseme una cosa —dijo ella, con voz poco más fuerte que un susurro.

—Hable pronto —le apremió Mason—. ¿De qué se trata?

—Carl sabía que íbamos a tener una explicación. Sabía que no podía seguir engañándonos y que la felicidad de Belle dependía de él. ¡Oh, míster Mason! ¿No cree usted que subiera a cubierta y… y…?

—¿Se suicidara?

Asintió ella.

—¿Y por qué? —inquirió Mason.

—No lo sé. Me temo… Eso beneficiaría a Belle, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que así ya no podrían hacer nada por lo del desfalco.

—Claro que no pueden detener a un muerto, si es eso a lo que se refiere.

—Precisamente.

—Pero si Carl dejó algún dinero, podrían incautarse de él.

—¿Y el seguro que tiene concertado mi marido? ¿Podrían tocarlo?

—¿De cuánto es el seguro?

—De cincuenta mil dólares.

—¿En favor de quién?

—Mío.

—¿Cuándo se lo hizo?

—Hace dos meses.

—Vamos a ver, mistress Newberry —dijo Mason—, ¿estaría usted dispuesta a reembolsar a la Compañía con el dinero del seguro, caso de que se pruebe que su marido hizo el desfalco?

—No, a menos que se me obligue.

—He hecho la pregunta para ver su punto de vista. La póliza contendrá indudablemente una cláusula por la que se anulará si se comete suicidio dentro de un año, a partir de la fecha de expedición.

Los ojos de la mujer expresaron desmayo.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—Vamos, míster Mason, subamos a cubierta. No se aparte de mí, por favor.

Mason abrió la puerta del camarote. Avanzaban por el pasillo y estaban ya cerca de la escalerilla cuando Della Street apareció en un recodo y casi tropezó con ellos. La capa que llevaba sobre los hombros dejaba en el suelo regueros de agua. Bajo el ala del gorrito, el cabello se le pegaba a las sienes.

—Le he estado buscando por todas partes, jefe —dijo jadeante.

—He estado arriba, en cubierta —contestó él—, pero cayó un hombre al agua y vine…

—Lo sé —interrumpió ella—. ¡Dios mío, qué espanto!

—Dijo usted que estaría en la cubierta de paseo y no le pude encontrar. Supongo que se apresuraría a bajar al camarote de mistress Newberry.

—Así fue.

Ella le miró a los ojos, sorprendida, de un modo significativo.

Apareció un oficial en el pasillo.

—Tengan la bondad los señores pasajeros de meterse en sus camarotes —dijo—, y esperar en ellos hasta que se les avise. Ha caído un hombre al agua. Estamos haciendo todo lo que se puede hacer. Los pasajeros no harían más que estorbarnos. El sobrecargo está pasando lista para ver quién falta.

Mason cogió a mistress Newberry del brazo y la hizo volver hacia el camarote.

—Después de todo —dijo—, es lo mejor que se puede hacer.

—Pero yo no puedo seguir en esta incertidumbre —replicó ella

—. No puedo limitarme a esperar los acontecimientos.

Mason bajó la voz y dijo:

—No querrá usted que se sepa que Belle es la hija de un desfalcador, ¿verdad?

—No. Claro que no.

—¿Qué le parecería si fuese la hija de un asesino?

—Pero, no comprendo…

—Es preciso —le interrumpió Mason—, no hacer nada que pueda atraer la atención sobre Carl. Usted tiene que obrar exactamente lo mismo que cualquier otra pasajera.

La mujer titubeó un momento, luego se volvió y empezó a retroceder hacia el camarote. Della Street se aproximó a Perry Mason.

—¿Va usted a representarla? —le preguntó al oído—. ¿Y si está complicada en lo ocurrido sobre cubierta?

—No está complicada en nada —contestó Mason—. No representaré a su marido, pero a ella no la abandonaré ahora.

—¡Ojalá no se hubiese usted comprometido! —musitó Della.

Mistress Newberry se detuvo al oír sus cuchicheos.

—¿Es algo que deba yo saber? —preguntó con ansiedad—. ¿Algo que me ocultan ustedes?

—No —repuso Della, con una tranquilizadora sonrisa.

Mason mantuvo abierta la puerta del camarote para que pasasen las dos mujeres, y se disponía a entrar detrás de ellas cuando oyó unos pasos apresurados, y Belle Newberry, enrollada al brazo la cola de su traje de noche, apareció en el pasillo. De pronto osciló, se apoyó en las paredes al dar el buque un bandazo, y luego se enderezó y siguió corriendo.

—¡Oh, míster Mason! —exclamó—. ¿Está mi madre ahí dentro?

Mason hizo un movimiento afirmativo, mantuvo abierta la puerta y la cerró detrás de la joven.

—¡Oh, mamá! —dijo Belle—. ¡Alguien ha caído al agua! ¡Qué susto he pasado! Pensé que quizá… ¿Dónde está papá?… Estoy calada hasta los huesos; corrí por todas partes buscándole y no le encontré.

—¡Oh, no tardará un minuto en volver! —contestó mistress Newberry.

—¿Dónde está ahora?

—Subió a ver a alguien… en el bar, probablemente.

—Pero, mamá, un nombre ha caído al agua. Papá subió y yo he recorrido medio loca todo el buque, incluso la cubierta y…

—No pienses tonterías, Belle —la atajó la madre—. Bien sabes que tu padre no saldría a cubierta con este tiempo, y si lo hizo iría con el suficiente cuidado para no caer al agua. Probablemente se tratará de algún pasajero de segunda clase, o de alguien que estuvo bebiendo demasiado.

—Bien, ¿pero dónde está papá? Ya debería estar aquí. Están enviando a todos los pasajeros a sus camarotes.

—Precisamente —dijo mistress Newberry, sacando de su bolso una pitillera de marfil—. Carl estará perdido entre el barullo de gente en las escaleras. Ya sabes que es incapaz de abrirse paso a codazos. No, gracias, míster Mason, tengo fósforos. No se moleste.

Rascó un fósforo con hábil movimiento y lo aplicó al cigarrillo. Su mano temblaba ligeramente.

—Desearía que ya estuviese aquí… —repitió Belle—. Dios mío, ¿dónde estará Roy? —preguntó de pronto.

—En su camarote, probablemente —contestó Mason.

—En seguida vuelvo —dijo Belle, abriendo la puerta y lanzándose al pasillo.

Mistress Newberry fue a reunirse con Mason y Della Street frente al ventanillo. Los reflectores enviaban a las aguas haces de luz que se entrecruzaban. Bengalas flotantes bailaban fantásticamente sobre las enfurecidas olas. Mistress Newberry posó una mano sobre el hombro de Mason.

—Me enloquece pensar que hay un ser humano en ese espantoso abismo. Yo…

Calló, ahogó un sollozo y se alejó.

Mason permaneció parado delante del ventanillo, contemplando absorto las agitadas aguas. Sus piernas muy abiertas, afirmaban su cuerpo contra el movimiento del buque.

Con la disminución de velocidad de las máquinas se habían intensificado los sonidos, los crujidos del casco, el estruendo de las olas contra los costados, el ruido de pies corriendo sobre las cubiertas.

Della atravesó el camarote, se asomó al pasillo y dijo:

—El capitán y el sobrecargo vienen hacia aquí, jefe… Aquí está

Belle… ¿Sin novedad, Belle?

La joven asintió, sin aliento.

—¡Dios mío, qué susto…! Sí… Está en su camarote… ¿Y papá?

—No tardará en venir —la tranquilizó la madre.

El capitán y el sobrecargo pasaron por delante de Della Street y entraron en el camarote.

—Lamento —dijo el capitán— tener que cumplir un deber desagradable. Todos ustedes conocen la causa de esta visita.

—Hemos oído que ha caído un hombre al agua —contestó mistress Newberry.

—Sí —dijo el capitán—. ¿Cuándo vio por última vez a su esposo, mistress Newberry?

—Nos separamos inmediatamente después de cenar.

—¿Dónde?

—Vino al camarote conmigo y se marchó casi en seguida. ¿Por qué me lo pregunta, capitán? ¿Es que…? Pero no es posible…

—Creemos que falta su marido —dijo el capitán con voz lúgubre —. ¿Sabe usted algo?

—Pero…, ¿cómo? ¿Qué quiere usted decir?

El capitán miró al sobrecargo.

—Mistress Newberry, ¿está usted absolutamente segura de que no vio a su marido desde que abandonó este camarote?

—¡Oh, sí, naturalmente!

—¿Y vinieron ustedes directamente aquí después de abandonar el comedor?

—Directamente.

—¿Sabe usted adonde fue su marido?

—Creo…, creo que subió al bar a ver a un individuo. No estoy segura.

—¿No fue usted con él?

—No.

—¿Ni subió usted con él a cubierta?

—Ciertamente que no.

Una vez más, el capitán cambió unas miradas con el sobrecargo.

—Recuerda bien cuando abandonaron ustedes la mesa, mistress Newberry. Eran alrededor de las ocho cincuenta. ¿No es cierto?

—Me parece que un poco más tarde —dijo ella—. Hacia las ocho cincuenta y cinco.

—Creo que puedo ayudarle a usted en eso, capitán —intervino Della Street—. Míster Mason abandonó el comedor a las ocho y treinta y cinco. Yo me trasladé entonces a la mesa de Newberry. Permanecí allí quince minutos. Cuando la reunión se disolvió, consulté mi reloj y eran las ocho y cincuenta y dos.

—¿Alguna razón particular para mirar su reloj? —preguntó el capitán.

—Sí. Míster Mason estaba sobre cubierta y yo tenía que reunirme con él a las nueve.

—¿Abandonó usted entonces el comedor con los Newberry?

—No, charlé con ellos un rato; luego míster Newberry recibió una nota con un botones. Dijo que tenía que ver a un individuo para un asunto de negocios. La reunión se disolvió entonces y yo me dirigí a mi camarote.

—¿Qué hizo después? —preguntó el capitán.

Los ojos de la secretaria mostraron la mayor sorpresa.

—Pues, me puse un abrigo y un sombrero y subí a buscar a míster Mason.

—¿Y estaba sobre cubierta?

—Sí.

El capitán, pensativo, miró a Mason unos momentos, luego se dirigió a mistress Newberry.

—Observo que se ha cambiado usted de vestido, mistress Newberry —dijo.

Los ojos de la mujer llamearon de indignación.

—¿Tendrá usted la bondad de decirme por qué le interesa eso? —preguntó.

—Necesito saber por qué se cambió usted de vestido —insistió el capitán.

—Me quejaré de usted por impertinente —dijo ella con altivez.

El capitán titubeó un momento, pero pareció tomar una resolución.

—Voy a inspeccionar el ropero… con su permiso —dijo.

—¡Qué descaro! —exclamó ella—. Mi permiso no lo tendrá.

—Lo siento —dijo el capitán—, porque voy a registrarlo de todos modos.

Mason avanzó hacia la puerta del ropero, mirando al capitán con expresión de perplejidad.

—Un momento, capitán. Creo que tenemos derecho a oponernos —dijo Mason—. Recuerde que la ley mantiene la propiedad de una persona a cubierto de todo registro injustificado.

—Me tiene sin cuidado la ley, míster Mason —replicó secamente el capitán—. Este es mi barco. A bordo *yo soy* la ley. Respondo de mis actos. Voy a registrar ese ropero. Quítese de en medio.

Perry Mason y el capitán se miraron unos momentos. El atezado continente del capitán expresaba irrevocable determinación. El rostro de granito del abogado carecía de expresión. Luego Mason se apartó a un lado y exclamó:

—Caerá sobre usted la responsabilidad de esto.

—La acepto —contestó secamente el otro.

Mistress Newberry se abalanzó sobre la puerta del ropero.

—¡No puede usted hacer eso! ¡Es un ultraje! —exclamó—. Míster Mason, ¿por qué no lo impide usted?

El abogado, acostumbrado por largos años de práctica ante los tribunales a apreciar instantáneamente los caracteres, se limitó a decir:

—No puedo, mistress Newberry. Deje que registre el armario.

La mujer continuó con la espalda apoyada en la puerta y los brazos extendidos.

—¡Bien, pues yo lo impediré! —afirmó.

El abogado la miró intensamente hasta que los ojos de la mujer se fijaron en los suyos.

—Si hay algo significativo en ese armario mal lo disimula usted —dijo.

—No sé lo que busca ni me importa —replicó la mujer—. Es el origen de este asunto lo que me indigna. El capitán debe estar ahora sobre cubierta salvando al hombre que ha caído al agua en lugar de curiosear mis cosas.

—Tengo que registrar ese ropero —insistió el capitán, avanzando—. ¿Quiere usted quitarse de esa puerta, señora?

—Capitán, ¿tendrá usted la bondad de decirnos qué es lo que espera encontrar? —preguntó Mason, una vez más.

El capitán hizo un gesto negativo.

—Es algo que no estoy dispuesto a discutir hasta que termine el registro —declaró.

—Pongamos fin a esta escena —aconsejó Mason a mistress

Newberry.

La mujer se apartó de mala gana de la puerta y fue a colocarse junto a Mason, apoyando la mano derecha en su brazo.

—De todos modos, la habrían obligado —le dijo Mason en voz baja—. Es mejor de este modo. ¿Hay algo de particular en el armario?

—Nada —contestó ella, desafiadora—. Es que no me gusta que me registren mis cosas.

El capitán abrió la puerta del ropero, registró unos momentos entre las ropas, y luego se arrodilló para examinar el suelo. Un instante después se puso en pie mostrando en una mano un vestido de encaje negro y un par de zapatos de raso en la otra, uno y otros empapados en agua.

—¿Son éstos el vestido y los zapatos que llevaba usted durante la cena, mistress Newberry? —preguntó.

—Sí —contestó ella, tras titubear un momento.

—Puesto que no salió usted a cubierta, ¿cómo es que estas prendas están mojadas?

Mason se adelantó a contestar.

—Usted me perdonará, capitán, pero aquí debo intervenir yo. ¿Qué importa que subiese a cubierta o que se dirigiera a su camarote? No veo razón para que se le exija que dé cuenta de sus acciones.

—Lo siento, míster Mason —dijo el capitán sin apartar la mirada del rostro de mistress Newberry—, pero hay cosas que usted desconoce.

—¿Sería demasiado preguntarle qué cosas son ésas? —inquirió Mason.

—Lo sería —contestó el capitán secamente—. ¿Tiene usted la bondad de explicar, mistress Newberry, cómo se le mojó el vestido?

—Perfectamente, capitán —volvió a intervenir Mason—, usted es indiscutible en su campo y yo lo soy en el mío. Como capitán de este barco asumió usted la responsabilidad de registrar ese armario. Yo, como abogado de mistress Newberry asumo la de decir que esto ya ha ido demasiado lejos. Si quiere que mistress Newberry coopere, dígale exactamente lo que busca y por qué lo busca.

—He hecho una pregunta —replicó el capitán, con la mirada fija en mistress Newberry— y exijo que se me conteste.

—No tengo la menor intención de hacerlo —dijo mistress Newberry, irguiéndose desafiadora.

—Registraremos todo el camarote, sin olvidar nada, míster Buchanan.

—¿Significa eso que van ustedes a seguir adelante? —inquirió Mason.

—Precisamente —contestó, lacónico, el capitán.

Mason rodeó a mistress Newberry con su brazo, oprimiéndole la muñeca con los dedos. La mujer estaba fría como el hielo.

—Tranquilícese —murmuró a su oído.

—¡No estoy dispuesta a consentirlo! —saltó Belle Newberry—. ¡Esto es un ultraje y un insulto a mi madre y a mí! ¡Exijo una explicación! ¡Y quiero saber dónde está mi padre y por qué cree usted que ha desaparecido!

—Lo siento —dijo el capitán enfrentándose con ella—. Bien puede no haber sido un accidente. ¿Comprenden ustedes ahora?

—Quiere usted decir… que…

—Aclaremos esto, capitán —intervino Mason—. ¿Insinúa usted que míster Newberry puede haberse suicidado?

La mirada del capitán se encontró con la de Perry Mason.

—Poseo informes —dijo lentamente— que me inducen a creer que Carl Newberry fue asesinado.

Mistress Newberry ahogó un grito. Belle corrió al lado de su madre.

—¿No sería mejor, capitán —dijo Mason—, que concentrase sus esfuerzos en tratar de encontrar al hombre que cayó al agua, aplazando para más adelante este registro ilegal?

—Estoy haciendo todo lo posible —contestó el capitán—, pero no hay muchas probabilidades de salvar al caído con este mar. Tengo preparado un bote, con una tripulación voluntaria a los remos, pero no quiero arriesgar vidas innecesariamente. El barco ha retrocedido. Hemos lanzado bengalas y salvavidas. El primer oficial tiene mis instrucciones sobre lo que debe hacer, y lo está haciendo. Esta investigación que realizo aquí es algo que no puedo delegar en nadie. Si ustedes quieren cooperar facilitarán mi labor. Si no quieren, seguiré adelante de todos modos.

Metódica, cuidadosamente, el capitán y el sobrecargo abrieron cajones, inspeccionaron su contenido, y revolvieron baúles y

maletas. El sobrecargo levantó el colchón de uno de los dos lechos gemelos.

—Espere un momento, míster Buchanan —dijo el capitán, metiendo el brazo bajo el colchón y sacando un cinturón de cabritilla. Estaba también mojado. El contenido abultaba en las cerradas carteras.

—¿Puede usted decirnos lo que es esto, mistress Newberry? —preguntó.

—Ciertamente —contestó ella—; es un cinturón monedero.

—¿Qué hay en él?

—No tengo por qué dar explicaciones.

—¿Puede usted decirnos cómo se mojó?

—Puedo, pero no quiero.

—Yo lo averiguaré —dijo el capitán—. ¿Desea usted ayudarnos a contar el dinero, mistress Newberry?

Ella guardó desafiador silencio.

El capitán trasladó la mirada a Perry Mason.

—¿Es usted abogado?

—Sí.

—¿Quiere ayudarme a contar esto?

—Eso es cosa suya, capitán —dijo lacónicamente Mason.

El capitán hizo un gesto al sobrecargo.

—Muy bien, lo contaremos nosotros, míster Buchanan.

Abrieron las carteras del cinturón. El capitán colocó sobre la mesa el contenido de cada una, bien a la vista de todos los que se encontraban en la habitación. Sus ágiles dedos contaron los billetes de mayor valor.

—Dieciocho mil setecientos cincuenta dólares —dijo al final del recuento—. ¿Es suyo este dinero, mistress Newberry? —preguntó.

—¿Tiene alguna importancia que le pertenezca a ella o a su esposo, capitán? —preguntó Mason.

—Es posible —contestó el capitán—. Necesito que la señora conteste a mi pregunta.

—Es… —empezó a decir ella, pero Mason la interrumpió.

—No tiene usted por qué contestar a ninguna pregunta que no le agrade.

—Es mi dinero —declaró ella vehemente.

—¿De dónde procede? —preguntó el capitán.

—Eso es algo de lo que no tengo que dar cuenta a nadie —replicó la mujer.

El capitán contempló el cinturón que tenía en la mano.

—¿Cómo se mojó? —preguntó una vez más.

Ella guardó silencio.

—¿Puede decirme cuánto tiempo llevaba bajo este colchón?

Mistress Newberry siguió sin contestar.

El capitán levantó el colchón.

—Observará usted que no está mojado, excepto en uno o dos sitios donde tocó el cinturón —hizo notar a la mujer.

Mistress Newberry continuó en su desafiador mutismo.

El capitán dejó caer el colchón.

—Lamento tener que tomar algunas medidas, mistress Newberry. Me encargo de la custodia de este dinero. El sobrecargo le dará un recibo y el dinero quedará guardado en la caja del barco.

El sobrecargo sacó un cuaderno del bolsillo, garrapateó un recibo, lo firmó y lo presentó a mistress Newberry. Esta se lo arrebató de la mano, lo desgarró, tiró los pedazos al suelo y los pisoteó.

—¡Es usted un…! —empezó a decir, pero la mano de Mason le tapó la boca.

—¡Cállese! —ordenó.

La mujer consiguió dominarse con gran esfuerzo.

—Vamos, míster Buchanan —dijo el capitán, encaminándose hacia la puerta. Al llegar a ella se volvió, dirigiéndose a mistress Newberry—: Estoy haciendo todo lo humanamente posible para encontrar a su esposo.

Salió al pasillo y cerró la puerta. Belle echó los brazos al cuello de su madre.

—Mamá, ¿qué significa esto? —preguntó.

La madre movió la cabeza. Temblaban sus labios. Mason la condujo hacia el lecho. Se sentó en él y, repentinamente vencida, hundió la cabeza en la almohada y empezó a sollozar. Belle se arrodilló a su lado, acariciándole los cabellos.

—Mamá, mamá —suplicó—, ¿por qué no me lo cuentas todo?

Mason hizo una seña a Della Street y ambos se deslizaron fuera del camarote.

Ya en el pasillo, Della Street se volvió a Perry Mason. El buque,

con las hélices girando con la indispensable velocidad para mantener su ruta, remontaba lentamente las olas, luego se hundía en los senos crujiendo como en son de protesta.

—¿Por qué no quiere que ayude a esa mujer? —preguntó Mason.

Ella titubeó un momento, luego levantó los ojos hacia los del abogado.

—Jefe —dijo—, no me agrada que se comprometa con esa mujer. Ayudar a la hija estaba bien. Pero la madre me parece que no se lo merece.

Mason se echó a reír.

—¡Por Dios, Della! No se deje influir por la actitud del capitán. Francamente, no sé lo que pretende, pero si cree que mistress Newberry llevó a su marido a cubierta y luego lo arrojó por la borda, se va a llevar un chasco.

—De acuerdo, jefe, vamos a su camarote y tomaremos un refresco.

—Acepto —dijo Mason—; a ver si el licor borra de su imaginación ese absurdo prejuicio contra mistress Newberry, que en verdad no comprendo en qué lo funda.

Capítulo 6

La mañana del lunes sorprendió al buque avanzando a lenta marcha hacia los muelles mientras los representantes del *sheriff* celebraban misteriosas conferencias con los oficiales.

Los pasajeros, emocionados por la tragedia, comentaban el suceso formando grupos sobre cubierta, y con cada repetición, los detalles iban agrandándose y deformándose.

Roy Hungerford abordó a Perry Mason.

—Escuche, míster Mason —le dijo—, no pretendo enterarme de lo que hay en el fondo de este asunto, pero quiero que sepa usted cuál es mi posición.

—Perfectamente, ¿cuál es su posición? —preguntó Mason.

—Mistress Newberry me da la impresión de ser una mujer digna, incapaz de haber asesinado a su marido. Y Belle… Belle es única entre un millón.

Mason asintió.

—¿No le parece a usted —preguntó Hungerford— que se podría conseguir que el capitán desistiera de este estúpido asunto y…?

—No en el estado en que se encuentra —interrumpió Mason—. Sé que hay un testigo que afirma haber visto al matrimonio Newberry sobre cubierta poco antes de las nueve. Los oficiales se muestran particularmente reservados. Al parecer no quieren que yo me entere de quién es este testigo o…

—Yo puedo decirle quién es, si le sirve de algo —interrumpió Hungerford con ansiedad.

—Ya lo creo que me serviría —afirmó Mason.

—Es Aileen Fell —declaró Hungerford.

—¿La maestra de las gafas?

—Sí, la de Santa Barbito, que disfrutaba una licencia de seis meses.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Mason.

—Hablé con la joven que comparte su camarote. Me dijo que miss Fell padece de histerismo y que el doctor le ha recetado un soporífero. Además le recomendó que no hablase con nadie de lo que vio, pero ella ya se lo había contado a su compañera de camarote cuando el doctor llegó. Está muy nerviosa. Personalmente, yo creo que está loca.

—Veamos —dijo Mason—. ¿Se refiere usted a una mujer de unos treinta y cuatro o treinta y cinco años, de ojos saltones y piel barrosa?

—Ella dice que tiene veintinueve años. La conocerá usted sin duda. Siempre está paseando sola por cubierta.

—Sí, la he visto algunas veces. Usa zapatos de tacón bajo, falda corta, y recorre a grandes pasos la cubierta todas las noches después de cenar.

—La misma. Dicen que camina dos millas por noche.

—Conozco el tipo —rió Mason—. Sabe las vueltas que componen una milla y las cuenta religiosamente… ¿Pero vería realmente a mistress Newberry sobre cubierta?

—Jura que sí. Estaba parada junto a un bote, ajustándose el impermeable, cuando vio que se abría una puerta y aparecieron los Newberry. Luego pasaron por su lado sin verla, aunque ella estaba a cuatro pasos de ellos, y oyó a Newberry que decía no sé qué acerca de que era necesario llevar las cosas de aquel modo, y que ella debía guardarse de meter baza en sus asuntos. Luego siguió avanzando hacia la escalerilla y mistress Newberry le siguió pero él la rechazó diciendo: «¡Márchate!». No obstante, ella subió tras él a la cubierta superior.

»Pasado un rato, Aileen Fell oyó un forcejeo en la cubierta de arriba. Se decidió entonces a subir, y encontrándose en las escalerillas oyó una detonación. Al llegar a la cubierta vio a mistress Newberry inclinada sobre el cuerpo de su marido y luego empezó a arrastrarle hacia la borda. En aquel momento el buque dio un fuerte bandazo y Aileen Fell creyó que iba a caer al mar. Al mismo tiempo oyó un segundo disparo y se puso a gritar. Cuando logró enderezarse vio a mistress Newberry corriendo por cubierta. Newberry había desaparecido.

—¿Y siguió chillando miss Fell? —preguntó Mason.

—Eso dice.

—En la cubierta de arriba tenía que estar muy oscuro. No hubiera podido…

—Pues ahí está lo más extraño —le interrumpió Hungerford—. Aileen Fell jura que había una luz en la enfermería y que la puerta de ésta estaba abierta. Usted sabe que la enfermería es realmente un cobertizo. Está un poco más allá del gimnasio, junto a los camarotes de los oficiales.

—¿Y había una luz en el interior de la enfermería? —insistió Mason.

—Eso es lo que dice Aileen Fell. Claro que yo lo sé por segunda mano. Estaba histérica cuando se lo contó a su compañera de camarote. Personalmente no doy el menor crédito a lo que dice que vio. Pero ello obligó al capitán a registrar el camarote de Newberry y pondrá a la madre de Belle en una mala situación.

—¿Registró el capitán la enfermería? —preguntó Perry Mason.

—De momento, no —contestó Hungerford—. Pero tengo entendido que lo hizo más tarde.

Mason frunció el ceño.

—Usted comprenderá, Hungerford, que todo esto no tiene sentido.

—Claro que no —declaró Hungerford—. Miss Fell está loca. Ida Johnson, su compañera de camarote, hará lo que pueda por ayudar a Belle. No le agrada Aileen Fell y simpatiza mucho con Belle. Dice que miss Fell es una de esas personas tercas que hacen toda clase de afirmaciones absurdas y luego mienten para apoyarlas, si es necesario.

—¿Tiene usted, por si acaso, su dirección? —preguntó Perry Mason.

Hungerford sacó del bolsillo un pedazo de papel.

—Me la escribió aquí su amiga. Dijo que prefería hablar con usted después que atraquemos. Está dispuesta a hacer por Belle cuanto sea preciso.

Mason tomó el pedazo de papel.

—Voy a hablar ahora con mistress Newberry —dijo.

—Yo también querría, pero no me permitieron verla —repuso Hungerford—. ¿Tendría usted inconveniente en decirle… mi posición, míster Mason?

—Se lo diré —prometió el abogado, estrechando la mano de Roy Hungerford—, y le deseo a usted mucha suerte, Roy.

Había un vigilante delante del camarote de mistress Newberry. Mason se acercó a él.

—Necesito ver a mi cliente —le dijo.

El vigilante se apartó a un lado. Mason dio unos golpecitos en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó mistress Newberry.

—Mason.

Abrió la puerta. Sus ojos revelaban que había pasado la noche sin dormir.

—Entre —dijo, y se dejó caer desmayadamente en un sillón, mientras el abogado cerraba la puerta.

Mason se sentó a su lado.

—Vamos a desembarcar dentro de media hora —dijo—. ¿Está usted preparada para ello?

—Tan preparada como siempre.

—La policía la rodeará. Los periodistas se obstinarán en conseguir unas palabras. La interrogarán sin darle un momento de descanso.

—Lo supongo, y creo que podré resistirlo.

—¿Va usted a hablar? —preguntó Mason.

—¿Debo hacerlo?

—No.

—Muy bien; entonces no hablaré.

—Necesitará usted gran fuerza de voluntad.

Ella levantó la voz nerviosamente.

—He dicho que no hablaré… *¡Y no hablaré!*

Mason la estudió unos momentos. Luego preguntó:

—¿Quiere usted enterarse de una cosa?

—¿Buenas noticias o malas?

—Malas.

—Muy bien. Vengan.

—Aileen Fell, la maestra de Santa Barbito, afirma que vio a usted y a su marido subir a la primera cubierta. Iban ustedes discutiendo sobre cierto asunto. Al poco rato ella les siguió. Al subir por la escalerilla oyó un disparo. Después vio que usted se inclinaba sobre el cuerpo de su marido y lo arrastraba hacia la borda. Luego

oyó un segundo disparo.

—¡Es una embustera! —exclamó mistress Newberry.

—Pensé que quizá quisiera usted modificar el relato que me hizo —dijo Mason.

—No tengo por qué variarlo —replicó ella, indignada—. ¡Esa mujer es una embustera! O está loca. Le he dicho a usted la verdad. Subí a cubierta con mi marido. Quería hablar con él, y él trataba de rehuirme. Le dije que podía salvar la felicidad de Belle si me entregaba el dinero y me dejaba manejar el asunto a mi manera. Me contestó que volviese al camarote y le esperase.

—¿Y el cinturón? —preguntó Mason.

—Me lo dio.

—¿Cuándo?

—Después de subir a cubierta. Me dijo: «Aquí tienes el dinero, pero no hagas nada con él hasta que yo vuelva. Quiero que sea para Belle. Recuerda que es suyo…». No puedo reproducir sus palabras exactas. Traté de conseguir que volviese al camarote conmigo. Él quiso pegarme. Ya era demasiado. Bajé corriendo las escalerillas, vine a mi camarote y me cambié de vestido.

—¿Por dónde abandonó usted la cubierta?

—Por la escalerilla delantera, situada en la banda de estribor.

—¿La vio a usted alguien?

—No.

—¿Se encontró usted con alguien mientras se dirigía a su camarote?

—No recuerdo.

—¿Por qué dijo usted al capitán que no había estado en cubierta?

—Porque estaba segura de que Carl se había tirado al agua y no quería verme complicada en el asunto.

—Entonces, cuando le abandonó, ¿creyó usted que él iba a…?

—No desatine —le interrumpió ella—. No me tenga usted por tan necia. Cuando me encontraba en el camarote y oí las cinco cortas pitadas del silbato, comprendí que alguien había caído al agua. Naturalmente, sospeché quién pudiera ser. Estaba yo con las ropas mojadas y el cinturón de mi marido en la mano, y como sabía lo que iba a suceder, decidí cambiarme de ropa y esconder el cinturón.

—¿Dónde estaba su marido cuando usted se apartó de él?

—En la primera cubierta.

—¿Sabe usted que está allí la enfermería?

—Sí, en aquel pequeño grupo de camarotes…

—¿Había luz en la enfermería?

—No. Estaba a oscuras.

—¿Vio usted a alguien sobre cubierta?

—No.

—¿Está usted segura de que no había luz en la enfermería?

—Completamente segura.

—Míreme —dijo Mason—. Necesito grabar una cosa en su imaginación.

—Dígamela —pidió ella, rehuyendo su mirada.

—No, míreme a los ojos.

La mujer levantó hasta él unos ojos sombríos y desafiadores.

—Quiero que escuche cuidadosamente lo que le voy a decir —insistió Mason.

—Dígamelo ya y no ande con rodeos —le apremió ella impaciente.

—Usted dijo al capitán que no subió a cubierta. Usted insistió en que después de abandonar el comedor se dirigió a su camarote y su marido la dejó en él. Ahora bien, usted va a cambiar esa declaración. El sentimiento público es una cosa graciosa. Usted puede cambiar su historia y seguir adelante, si tiene alguna explicación de por qué no dijo la verdad la primera vez. Pero nunca cambie usted su relato *dos veces*. Cuando vuelva a hablar, tendrá que contar la verdad, y necesitará usted alguna buena explicación de por qué no la dijo desde un principio. Ahora bien, no haga usted ninguna otra declaración hasta que esté usted preparada para sostenerla definitivamente. Necesito la verdad y toda la verdad… ¿De dónde sacó usted ese dinero?

—Mi marido me lo dio.

—¿Cuándo?

—Después de subir a cubierta.

—¿Por qué se lo dio?

—Porque le dije que lo necesitaba para proteger los intereses de Belle.

—¿La amenazó él con suicidarse? —preguntó Mason.

—Nada de eso.
—¿Sospechó usted que iba a arrojarse al agua?
—En aquel momento, no.
—¿No trató de saltar por la borda mientras estaba usted con él?
—Rotundamente, no.
—¿Tenía usted un revólver?
—No, naturalmente que no. Esa mujer es una embustera.
—Escuche, mistress Newberry, supongamos que su marido le dijo que iba a suicidarse. Supongamos que usted trató de detenerle. Supongamos que él sacó un revólver y se pegó un tiro, a pesar de sus esfuerzos para impedirlo. Supongamos que usted le arrastró hacia las escalerillas para socorrerle, y supongamos que el buque, en aquel momento, dio un fuerte bandazo que la envió a usted rodando hacia la borda, sujetando todavía el cuerpo de su marido. Usted sabe que tenía que pedir socorro. En tales circunstancias, ¿no habría usted decidido que era mejor quitarle el cinturón antes de dar la alarma?
—Probablemente —dijo ella—, pero no es eso lo que sucedió.
—¿Y si hubiese sido así?, y si su marido hubiese recobrado el conocimiento, poniéndose a luchar con usted y cayendo por la borda, ¿qué habría hecho para justificarse?
—No lo sé.
—¿No habría usted dado la alarma de «hombre al agua»?
—Es posible.
—Bien —dijo Mason—, yo creo que dio usted la alarma.
—Pues yo —repuso ella— le aseguro que no la di. Se lo aseguro.
—Aileen Fell —añadió Mason— se encontraba en la cubierta y se puso a gritar. Sus gritos no se oyeron en el puente, pero la telefonista dice que una mujer la llamó desde el saloncito para decirle que avisase al puente que había caído un hombre al agua, y luego colgó el teléfono sin dar más detalles. Parecía tener mucha prisa por ir a algún sitio o hacer algo. ¿Era usted aquella mujer?
—No.
—Yo creo que sí —afirmó Mason, mirándola pensativo.
—¿Qué le hace a usted pensarlo? —preguntó ella, rehuyendo su mirada.
—Es usted la única mujer a bordo que pudo hacer aquella llamada y que tiene razones para no confesarlo.

—Bien, pues yo no fui.

—Tiene usted dos maneras de defenderse. Una de ellas es decir que discutió con su marido sobre cubierta. El trató de defenderse. Usted bajó a su camarote. Después de abandonar usted la cubierta alguien surgió de la enfermería y disparó sobre Newberry. Esta podría haber sido su defensa si no hubiese mentido al capitán y tratado de ocultar el cinturón con el dinero. La otra es que su marido se pegó un tiro y cayó al agua después de entregarle el cinturón. Pero no puede defenderse de ese modo, a menos que pruebe la falsedad de la declaración de Aileen Fell.

—¿Qué me aconseja, entonces? —preguntó ella.

—De momento, nada, hasta que yo sepa dos cosas —dijo Mason lentamente.

—¿Qué cosas son ésas?

—Una, si el relato de Aileen Fell resistirá la prueba de un careo. La otra, por qué niega usted que llamó desde el saloncito.

—¿No confía usted en mí? —preguntó ella.

—Temo hacerlo —contestó Perry Mason—. Arriesgo demasiado. Me da miedo dejarla que declare hasta que sepa si dice usted la verdad. Mintió una vez porque creyó que podía llevar adelante la mentira. Volverá usted a hacerlo si cree salvarse con ello. No olvide que no podrá contar su versión a las autoridades sin decirles para qué quería el dinero. No podrá hacerlo sin descubrir que su marido era Carl Moar y que usted creyó que el dinero procedía de un desfalco.

—Eso va a tener que salir a relucir de todos modos —dijo ella con acento sombrío.

—Va a salir a relucir que era Carl Moar —replicó Mason—, pero eso no sucederá hasta pasadas unas cuantas horas. Y durante esas cuantas horas voy a tener mucho que hacer con la «Products Refining Company». Hay algo extraño en este desfalco. Rooney, el interventor jefe, debe su empleo a su parentesco con el presidente. No sé por qué me parece que es un hombre incompetente y que los libros se llevaron de tal forma que no revelan quién se llevó el dinero. Ahora bien, si tal es el caso, y Rooney se entera de la muerte de Moar, presentará una acusación concreta y quizás amañe los documentos para hacerla prevalecer. Eso le salvaría a él. Pero si hay alguna razón legal que explique por qué la «Products Refining

Company» temió presentar una acusación contra Carl Moar, yo voy a averiguarlo y les clavaré dos cañones antes de que se enteren de que ha muerto.

—¿Entonces, cree usted que nunca se hablará del desfalco?

—Nunca.

—Esa sería una gran noticia para Belle.

—Sí —convino Mason—, pero tengo que descubrir si hay alguna parte débil en el sistema de contabilidad y aprovechar esa debilidad antes de que se enteren de que el muerto es Carl Moar. Eso significa que tendré que empezar a actuar en cuanto desembarquemos. Y significa, también, que tendré que dejarla a usted a merced de la policía y de los periodistas.

—No importa —dijo ella avanzando la barbilla—. Haga usted cuanto sea necesario para salvar a Belle.

—Verá usted lo que tengo decidido —dijo Mason—: Un detective se reunirá conmigo en el muelle. Volaremos hacia Los Ángeles y me pondré a trabajar de firme. Cuando yo lucho, no me limito a resistir y bloquear los puñetazos de mi contrario. Trato de encontrar su punto débil y allí golpeo. Ahora bien, tenga usted en cuenta que el fiscal basará su acusación en que usted necesitaba apoderarse del dinero de Carl para lograr la inmunidad de su marido y salvar así a Belle de un desdichado incidente. Pero al fiscal le llevará algún tiempo reunir las piezas de su rompecabezas y para entonces yo habré presionado lo suficiente a la «Products Refining Company» para que no se atreva a presentar la acusación por desfalco.

Mason se encaminó a la puerta. Mistress Newberry se puso a su lado. Había más animación en sus ojos.

—Puede usted confiar en mí, míster Mason —dijo—. Me mantendré firme. No me sacarán ni una palabra.

—Perfectamente —dijo Mason—. No conteste ninguna pregunta acerca de su pasado. No les proporcione la pista que les permita relacionar a su marido con Carl Moar. Cada minuto que pueda usted ganar, será uno más del que dispondré para mi trabajo. Y lo necesitaré mucho —añadió mientras abría la puerta.

Mason encontró a Belle Newberry en su camarote, con Della Street.

—¿Qué tal, Belle? —le preguntó.

—Muy bien hasta ahora —contestó la joven—. Me acosaron a preguntas por ambos costados.

—¿Y qué les dijo usted?

—Les dije que no eran agentes de la autoridad, sino acusadores. Me negué a contestar a ninguna de sus preguntas. Dije que el que acusase a mi madre de semejante crimen era un monstruo irresponsable.

Mason la observaba con simpatía.

—Lamento —dijo— que tuviera que aconsejarla que se comportase de ese modo, pero por ciertas razones era lo único que cabía hacer.

—¿Se refiere usted a que si les hubiese dicho el verdadero apellido de Carl se habría descubierto lo de la lotería y…?

—Algo por el estilo —dijo Mason—. Para organizar la defensa, necesito unas cuantas horas durante las cuales nadie deberá sospechar siquiera que Carl Newberry era realmente Carl Moar.

—¿Bastarán unas cuantas horas? —preguntó ella, dudando.

—No lo sé —contestó Mason—, pero haré todo lo posible.

—Celinda Dail ha tratado de verla —dijo Della Street—. Está movida de compasión y…

—Guarde a Belle de Celinda —recomendó Mason—. Diga a todo el mundo que Belle está indispuesta y no puede hablar; que lo siente, pero que no puede ver a nadie.

—Eso es lo que he hecho —dijo Della Street—. Por supuesto que ya los oficiales insistieron en entrar.

—Dígame, míster Mason —preguntó Belle—. ¿Qué tal mamá? ¿Se mantiene firme?

—Muy firme —contestó el abogado.

—¿Qué hay de ese testigo que dice haberla visto sobre cubierta?

Mason hizo un gesto de indiferencia.

—No tiene importancia, Belle. Oirá usted toda clase de historias. Escuche, Della —añadió dirigiéndose a su secretaria—, necesito averiguar quién envió aquella nota a Carl Newberry. El botones dice que se la entregó el sobrecargo. El sobrecargo dice que estaba haciendo unas anotaciones en los libros, cuando levantó la vista y encontró la nota en la ventanilla. En el sobre había escrito: «Para entregar urgentemente a Carl Newberry». El sobrecargo llamó a un botones y le ordenó que la entregase.

—Me parece que sé lo que decía la nota, míster Mason —dijo Belle.

—¿Qué?

Había solamente tres palabras escritas con lápiz en un pedazo de papel. Decían simplemente: «Paseo babor, conforme», y no tenía firma.

—¿Era letra de hombre?

—No lo sé. Estaba escrita con lápiz. Me dio la impresión de que era letra de mujer. Por eso me abstuve de mencionar el detalle, por temor de que mamá sospechase.

—No habría tenido importancia que se lo hubiese usted comunicado al capitán —repuso Mason—, pero tenga mucho cuidado de no decirles nada sobre su pasado, dónde fue al colegio, dónde ha vivido y demás. También convendría que variase usted de peinado. Con el pelo de esa manera se parece usted demasiado a Winnie Joyce. Las autoridades pudieran identificarla por ese parecido.

Della Street cogió un peine.

—Verá usted qué pronto arreglo yo eso —dijo.

Capítulo 7

Paul Drake, director de la «Agencia de Detectives Drake», esperaba en el muelle. Sus largas piernas mantenían su rostro, de ojos inexpresivos y gesto burlón, sobre las cabezas de la multitud que se apretujaba contra la valla de la Aduana.

Mason guiñó disimuladamente un ojo al detective, se apresuró a hacer despachar su equipaje, evitó las preguntas de un grupo de periodistas y se metió con Della en un taxi.

Paul Drake, parado en la acera como un inocente transeúnte, se coló también en el coche un momento antes de que el conductor cerrase la puerta de golpe.

—Al aeropuerto a toda velocidad —ordenó Perry Mason.

—Tengo un aeroplano esperando —dijo Drake—. Verdaderamente que debieran ustedes tomarse unas vacaciones cada seis meses. Les quita años de encima. Della parece una colegiala.

—No sigas, Paul —le interrumpió Mason—. Se ha sometido a un tratamiento de belleza y eso es todo. ¿Qué noticias hay? Escúpelas de prisa.

—¿Se confirmó por fin lo del asesinato? —preguntó a su vez Drake.

—Ya te lo contaré cuando me entere de tus gestiones sobre la «Products Refining Company».

Drake sacó del bolsillo un cuaderno de notas.

—Hay un déficit de veinticinco mil dólares. Fue descubierto por C. Dentón Rooney, el interventor jefe, un par de días después de que Moar dejase de aparecer por la oficina. Rooney acusó a Moar de desfalco y quiso que la Compañía le denunciase inmediatamente, pero el abogado que la representa es un individuo que camina con pies de plomo. Al parecer encontró una anomalía en alguna parte.

No sé en qué consistirá. Han contratado contadores de fuera para que revisen los libros, y a una agencia de detectives para que siga la pista de Moar. Por lo que tengo entendido, los detectives han fracasado hasta el momento presente.

»No me he entrevistado personalmente con Rooney. Comisioné a Jackson para que lo hiciera y no adelantó nada. Jackson le odia, dice que es un globo lleno de aire, absolutamente incompetente, que cobra cuatrocientos sesenta dólares al mes por estar casado con una hermana de la mujer del presidente.

—Murió, ¿no es cierto? —preguntó Mason.

—¿Quién? ¿La esposa de Dail?

—Sí.

—Sí, murió. La mujer de Rooney está demasiado viva. Maneja a Rooney con mano de hierro. En casa, él no es más que un Don Nadie. En la oficina es un dictador. Ya conoces el tipo.

—¿No le habéis descubierto nada feo? —preguntó Mason.

—Que compra flores para una rubia —contestó Drake despectivamente—. Eso es todo lo que hemos podido averiguar de él.

—¿Quién es la rubia?

—Una tal Margie Trenton, que vive en el departamento catorce B, del número treinta y tres dieciocho de Pinerow Drive. ¿Tiene algún interés para ti?

—Ninguno —dijo Mason—. La rubia, que yo sepa, no tiene nada que hacer en el asunto.

—Bien, de todos modos, puse un hombre a vigilarla, pero sin resultado. Aquí tienes una instantánea tomada con una cámara de bolsillo.

Mason contempló la fotografía ampliada que el detective le entregó, sonrió y dijo:

—¡Esto es un adefesio! ¿Dónde la tomasteis?

—Mientras tomaba baños de sol en la playa.

—Parece mujer ostentosa —observó Mason, y añadió pasado un momento—, y muy interesante, además, si bien se mira.

Della Street contempló el retrato con ese escepticismo que las mujeres tienen para las otras.

—Gasta mucho dinero en sí misma —dijo—, y no lleva ese traje para atraer al sol, sino la atención. ¿Se ha fijado en ese reloj de

pulsera?

Mason estudió el reloj.

—¿Dices que la sigue uno de tus esbirros, Paul? —preguntó.

—No se despega para nada de ella —contestó Drake—. ¿Por qué?

—Vamos a hacer un juego con ese reloj de pulsera y tenemos que trabajar de prisa.

—¿Qué clase de juego?

—No lo sé todavía, pero vamos a poner a Rooney en un apuro. Y la única manera que tendrá de salir de él será diciéndonos la verdad sobre lo del desfalco, y con ella como espantajo obligaremos a la «Products Refining Company» a que cierre la boca.

—Voy a decirte en qué consiste la broma, Perry. La «Products Refining Company», y otro par de compañías, tienen directivas unidas, y defienden mutuamente sus intereses. Algunas de las compañías subsidiarias pagan sus cuentas en dinero, y otras lo piden prestado y expiden pagarés por sus deudas. Luego las retiran gradualmente y aquel dinero lo toma a préstamo otra compañía… ¡y así sucesivamente, y todos tan felices!

—¿Quieres decir que burlan así el impuesto sobre los beneficios? —preguntó Mason.

—Naturalmente. La «Products Refining Company» es una de las que entran en el juego. Creo que a espaldas del asunto se mueve un abogado, pero, como comprenderás, no está dispuesto a salir a escena para recibir los aplausos.

—Comprendido —dijo Mason con un guiño picaresco—. Si Charles Whitmore Dail trata de traicionarme, haré caer sobre él como una tonelada de ladrillos a los inspectores del impuesto.

—Tendrás que forrarte bien de pruebas antes de poder hacer eso —objetó Drake.

—Rooney me las proporcionará —aseguró Mason—. Le obligaremos a ello con algo.

—¿En qué consistirá ese algo? —preguntó Drake.

—No tengo tiempo de entrar en detalles, Paul —replicó el abogado—. Lo que te aseguro es que le cogeré atado de pies y manos. Empezaremos por el reloj de pulsera y después…

—Un momento, Mason —interrumpió Drake—. Te advierto que ese Rooney es un ciudadano respetable e influyente. No podemos

censurarle que se distraiga con una rubia. Si vamos a meter en la cárcel a todos los casados que compran flores a sus amiguitas, no quedarían en libertad ciudadanos suficientes para pagar los impuestos al Estado.

—De todos modos no los pagan —dijo burlonamente Mason.

—Escucha, Mason, vas a hacer una tontería. A la muchacha le puede haber regalado el reloj su madre o un pretendiente. A ti se te da un botón y en seguida coses a él un chaleco. Te digo que vas a jugar con dinamita.

—Si los ingenieros no jugasen con dinamita —replicó Mason—, no construirían ferrocarriles, y, después de todo, lo mismo da decir que el botón se cose al chaleco que el chaleco al botón.

—Es inútil discutir con él, Paul —intervino Della Street—. Su sistema mental tiene exceso de vitaminas, de misterio y de calorías combativas y habrá que someterle a una dieta especial si se quiere que recobre el equilibrio.

Mason consultó su reloj de pulsera y dijo al chófer:

—Un poco más de prisa, muchacho, que apremia el tiempo.

—Mala ocasión es ésta, Perry, para llevar un caso de asesinato a San Francisco —dijo Drake, con abatimiento—. El otro día Baldwin van Densie actuó ante un jurado que no llegó a un acuerdo y que pareció sospechoso al fiscal del distrito. La policía se dedicó entonces a «trabajar» a un par de individuos que habían abogado por la absolución y parece ser que ha conseguido pruebas suficientes para empapelar a Van Densie por soborno. Esto ha asustado a la gente y no se encuentra ahora un ciudadano que se atreva a votar la inculpabilidad de un procesado por temor de que se le crea vendido. Y el fiscal se ha aprovechado de este estado de ánimo y está haciendo ver sus casos más importantes y consiguiendo condenas a granel.

—Eso durará una semana —dijo Mason—. Siempre ocurre lo mismo.

—Esta vez no —aseguró Drake—. La Asociación de Abogados se ha declarado contra Van Densie. Van a depurar a todos los abogados criminalistas. Ya están investigando lo del jurado de Van Densie.

—A mis jurados pueden «investigarlos» tanto como quieran —dijo Mason—. Si yo no puedo salvar a un cliente utilizando mi

ingenio, lo dejaré pudrirse en la cárcel.

—Van Densie no tiene ingenio alguno que utilizar —repuso Drake.

—¿Ha dicho alguien algo de mí? —preguntó Mason.

—El fiscal del distrito ha hecho algunas observaciones sobre los métodos espectaculares empleados por un abogado de gran reputación, que ha convertido la administración de justicia en una parodia burlesca.

—En otras palabras —dijo Mason—, que tú tratas de convencerme de que desista de mi jugada con el reloj de pulsera.

—Es que me dolería que te metieran en la cárcel apenas desembarcado —dijo Drake.

—Vamos a jugar una combinación en que todas las probabilidades están contra nosotros —dijo Mason—. Newberry, el que fue asesinado en el barco, es realmente Carl Moar. Su hijastra tiene amores con el hijo de un millonario. Y, además de eso, es una encantadora muchacha. Esta tarde los periódicos publicarán su retrato. Por la noche el fiscal del distrito sabrá que su padrastro era C. Walker Moar en lugar de Carl Newberry. Y cuando Rooney se entere, salvará sus errores en los libros de contabilidad echándole la culpa al muerto. Y si ha habido algún enjuague para evitar el impuesto sobre los beneficios, será un poco más de ropa sucia que meter en el ataúd de Moar. Pero yo me cuidaré de impedirlo.

Della Street sonrió al detective.

—Es inútil, Paul —dijo—. A menos que nuestro aeroplano entre en barrena, Margie Trenton va a pasar una tarde muy desagradable… Te lo aseguro.

Capítulo 8

Drake detuvo su coche, miró la formidable fachada de la casa de vecindad y dijo:

—Aquí es treinta y tres dieciocho Pinerow Drive.

—Estos pisos deben rentar bastante —observó Mason—. ¿Qué averiguaste del pasado de esa joven, Paul?

—Una insignificancia —contestó Drake—. Pasa por tener veintiocho años, pero probablemente ronda los treinta; lleva bien sus trajes y tiene muchos que llevar. Si tiene pasado, no hemos podido descubrirlo. Aquí se hace llamar Marjory Trenton.

—¿Joyas?

—Bastantes.

—¿Estás seguro de lo del reloj?

—Sí. Mi hombre dice que lo lleva hará unas seis semanas.

—¿No habéis podido averiguar dónde fue comprado?

—Claro que no, Perry. Me telefoneaste a mi despacho desde el aeropuerto de San Francisco. Eso fue no hará tres horas. Un detective particular no puede hacer las mismas cosas que la policía. En primer lugar, no tiene su organización. En segundo, no tiene su autoridad. En tercero…

—Sé lo que vas a decir —le interrumpió Mason, abriendo la portezuela del coche—. Pero puedes callártelo, porque no es nada nuevo. Es el problema de siempre. Una persona es acusada de un crimen, e inmediatamente toda la maquinaria de la Ley se pone en movimiento para desenterrar las pruebas de su culpabilidad. En cambio, cuando se trata de conseguir las de su inocencia, tropieza con un muro de piedra. Las autoridades se muestran hoscas, indiferentes o francamente hostiles. Se ve entonces obligada a alquilar sus investigadores y, naturalmente, no puede pagar, por muy rica que sea, toda una fuerza de policía. He ahí por qué tengo

yo que recurrir a lo que el fiscal del distrito califica de «prácticas espectaculares que han hecho una parodia de la justicia».

—En lo que a mí respecta —dijo Drake—, no me siento muy feliz con estas comedias de aficionados. ¿Estás seguro de que no vamos a dar muy pronto con los huesos en la cárcel?

—Razonablemente seguro —contestó Mason.

—Bien, ya conoces la ley —observó Drake con acento de duda.

—No se trata de la ley —replicó Mason—, sino de la naturaleza humana. En lo que a la ley concierne, vamos a meter en nuestros pescuezos un nudo corredizo; en lo que respecta a la naturaleza humana, saldremos triunfantes. Hay un riesgo legal y ninguno virtual.

—Eso es lo que tú crees —repuso Drake.

—De lo único que necesito estar completamente seguro —añadió Mason—, es de que no hemos equivocado el tipo de muchacha con quien vamos a tratar.

—Bueno —dijo Drake, mientras cruzaban la acera hacia la casa —, los tiempos han cambiado un poco desde que una muchacha podía aceptar solamente flores, bombones y libros de sus amigos, pero ésta sabe de qué lado tiene el pan la manteca.

Mason empujó la puerta del vestíbulo.

—¿Estará en casa, Paul?

—Por supuesto —contestó el detective—. La he hecho vigilar desde que entró esta mañana, a eso de las tres y media, para ser exacto. Mi hombre es el que está en el *roadster* al otro lado de la calle. Me hizo una seña al pasar.

Mason se aproximó a la portería.

—¿Quiere usted avisar a miss Trenton? —preguntó al soñoliento empleado—. Dígale que míster Drake desea verla en seguida para tratar de un asunto importante.

El portero metió una clavija en el cuadro, y un momento después decía:

—Hay en el vestíbulo dos caballeros que desean verla, miss Trenton. Uno de ellos se llama míster Drake… ¿Cómo? Un asunto de negocios… Espere un momento.

Se apartó el teléfono de la boca y preguntó a Mason:

—¿Para qué clase de asunto desean verla?

—Para tratar de ciertas joyas —contestó el abogado.

—Tendrá que concretar más —insistió el portero.

Mason levantó la voz, de modo que fuese audible para la persona situada al otro extremo de la línea.

—Dígale que queremos verla para tratar de ciertas joyas; que es un asunto privado y personal; que si quiere que se entere todo el vecindario, allá ella. Yo le doy la oportunidad de reservar para sí sus asuntos privados.

El efecto fue instantáneo. El receptor carraspeó unos instantes y el portero dijo:

—Muy bien, miss Trenton. —Luego arrancó la clavija y añadió, dirigiéndose a los visitantes—: Suban. Departamento catorce B, quinto piso.

Mason y Drake cruzaron hacia el ascensor. Mason dijo al negrito que manejaba el control:

—Quinto piso. Date prisa.

La jaula salió disparada hacia arriba. Mason se lanzó al pasillo y llamó con perentorios golpecitos a la puerta 14 B. La puerta se entreabrió lo indispensable para dejar ver dos ojos azules de mirada interrogadora, una cabeza de cabellos rubios, una boca de labios llenos, muy pintados, y una mano blanca que sujetaba una bata contra el pecho.

—No les conozco a ustedes —dijo Marjory Trenton en un tono que implicaba que el obstáculo no era infranqueable.

—Ni nosotros a usted —replicó Mason.

—Bien, ¿qué desean ustedes?

—¿Quiere que hablemos en el pasillo? —preguntó Perry Mason.

—Pueden estar seguros de que no pienso invitarles a pasar —dijo ella con acritud—. Estoy vistiéndome y no tengo la menor idea de quiénes son ustedes ni de lo que quieren.

—Perfectamente —dijo Mason, alzando la voz—. Hablaremos aquí mismo. Le presento a míster Paul Drake. Su esposa tenía un reloj de pulsera de platino. Ese reloj le fue robado. Usted lo tiene en su poder. Queremos hablar sobre él. ¿Desea que lo hagamos públicamente o quiere evitar la publicidad?

Los ojos de la mujer revelaron su temor.

—No, no… —dijo—. Entren… Hagan el favor.

Abrió la puerta. Mason penetró seguido de Paul Drake.

—¿Son ustedes detectives? —preguntó ella, cerrando.

—No importa lo que somos —replicó Mason—. Permítame echar un vistazo a su reloj de pulsera.

En los ojos de la mujer brilló una repentina sospecha.

—¡Nada de eso! —dijo—. No piensen ni por un momento que con el pretexto de una historia fantástica les confíe yo mi reloj. ¡Si tal es el truco, ya se están largando antes de que…!

Mason dio unos pasos hacia el teléfono.

—Lo haré yo por usted —dijo—. Llamaré a la Jefatura de Policía. Creí que podríamos arreglar esto entre nosotros, pero si usted quiere que se haga con todas las formalidades, por mí que no quede.

—Usted no puede denunciarme por el reloj, aunque sea el mismo que busca —dijo la joven, no muy convencida.

—Eso es lo que usted cree —replicó Mason—. Concedamos que alguien le dio el reloj y que usted no sabía que fuese robado. Ahora lo sabe usted. ¿Qué se propone hacer?

—Usted no puede probar que sea el mismo reloj —objetó ella.

—Un reloj de platino, orlado de diamantes, con cuatro esmeraldas a cada lado. ¿Cómo me demostrará que le pertenece?

—Tiene razón, Perry —intervino Drake—. No puedes esperar que te entregue el reloj nada más que porque tú lo digas.

—De acuerdo —dijo Mason—. Llamemos a la Jefatura de Policía y que envíen un agente de la Brigada de Robos. Se llevarán a esta joven, tu mujer identificará la joya, iremos después a comprobarla a la joyería… Me parece que a tu mujer no le gustará que aparezca su retrato en los periódicos.

—Claro que no —convino Drake—. Nosotros preferiríamos…

—Espere un momento —dijo Marjory Trenton al ver que Mason volvía a aproximarse al teléfono—. A mí tampoco me agradaría que mi retrato apareciese en los periódicos.

Mason titubeó, ya con una mano en el teléfono.

—A mí el reloj me lo regaló alguien —añadió la joven—. Permítame que le telefonee. Creo que así podremos aclarar este asunto.

—¿A quién va usted a telefonear? —preguntó Mason.

—Al hombre que me regaló el reloj —contestó ella.

—¡Ah, no! —explicó Mason, retirando el teléfono—. No estoy conforme con eso.

—¿Por qué no? Es la única manera de arreglarlo.

—Pudiera ser el individuo que lo robó —repuso Mason—. Usted me parece toda una dama y no quiero comprometerla, pero no puedo prestarme a que avise al pájaro que le regaló el reloj, dando lugar a que se nos escape. Insisto en que lo mejor es ir a la jefatura y allí lo arreglarán todo, desde luego.

—Pero si estoy absolutamente, positivamente segura de que se trata de una equivocación —protestó ella—. Si el mío es un reloj robado, el ladrón tuvo que venderlo a cierta reputada joyería, que lo vendió a su vez al caballero que me lo regaló. Este caballero es muy rico. Ejerce uno de los primeros cargos en una importante compañía y no es posible que…

—Le diré a usted lo que vamos a hacer —interrumpió Mason—. Usted le llama y le dice que se presente aquí inmediatamente para un asunto de la mayor importancia, pero sin explicarle de qué se trata ni decirle que hay alguien además de usted. ¿Comprendido?

La joven hizo un gesto de conformidad.

—Perfectamente —dijo Mason, apartándose del teléfono—. Ya puede telefonear. Pero recuerde lo convenido o la policía intervendrá diez segundos después de que usted falte a ello.

La joven marcó un número.

—Haga el favor de ponerme con míster Rooney —dijo.

Y añadió, pasado un momento:

—Hola, Custer; aquí, Margie. Escucha, querido. Necesito que vengas inmediatamente… Es algo que no puedo explicarte por teléfono… No, no es eso… No puedo decírtelo, pero es importante… ¿Cuánto tardarás…? Muy bien, ven lo antes posible… ¡Claro que sí, corazoncito, ya lo sabes…! ¡Muy bien, cariño!

La joven colgó el teléfono y dijo a Mason:

—Estará aquí dentro de unos minutos.

Mason se acomodó en un sillón y cruzó las largas piernas. Drake se sentó en el borde de una mesa. Marjory Trenton arrastró una silla, se sentó y se arregló la bata por encima de las cruzadas rodillas.

—¿Quiere usted vestirse? —preguntó Mason.

La joven hizo un gesto negativo.

—No voy a dejarles solos —dijo—. Esperaré así hasta que llegue.

—¿Tomamos un refresco? —propuso Drake.

—Yo creo que ustedes son detectives —insistió la joven.

—Ésa no es razón para que deje de obsequiarnos con un refresco —repuso Mason.

—De acuerdo —accedió ella—. Entremos en la cocina a buscar el hielo.

—Vamos, Paul —rió Mason—. Es trabajo para dos y la señorita no querrá dejarte aquí solo.

—¿Me censura usted? —preguntó ella.

—Es usted un poco desconfiada —dijo Mason.

—También lo sería usted si hubiese pasado por lo que yo —replicó ella, mientras Mason abría la nevera y sacaba una bandeja con pedazos de hielo.

—¿Cosas graves? —preguntó.

—No estoy dispuesta a contarle la historia de mi vida —contestó ella.

—De algo tenemos que hablar —repuso Mason.

La joven se echó a reír, nerviosa.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene usted el reloj de pulsera? —preguntó Mason con indiferencia.

—¿Cuánto tiempo hace que le fue robado a la señora Drake? —preguntó ella a su vez.

—Unos tres meses —contestó Mason.

—Pues parecía nuevo del todo cuando me lo regalaron a mí.

—Écheme un poco de *Scotch* —interrumpió Drake—, y olvidemos el reloj hasta que llegue su amiguito.

—¡Yo no dije que fuese mi amigo! —saltó ella en seguida.

—Claro que no —convino Mason, poniendo hielo en los vasos—. Probablemente se trata de un muchacho que llamó a la puerta con una braza de revistas. El pobre chico se paga sus estudios vendiendo periódicos, y usted, por ayudarle, se suscribió a media docena y le regalaron el reloj de pulsera como premio.

Ella retiró la botella de *Scotch* con que iba a llenar los vasos.

—Siga usted con sus sarcasmos —dijo—, y se queda sin refresco.

—En este caso —le aseguró Mason, sonriendo—, interrumpiremos los sarcasmos.

La mano que sostenía la botella de whisky la inclinó sobre los vasos.

—Usted no es lo que finge —dijo la joven mirando a Mason—.

¿Por qué no habla claro? ¿Qué pretende usted? ¿Asustarme?

Mason pareció desconcertado un momento, luego se echó a reír y dijo:

—Usted es la que no habla claro. Yo procuro portarme como un caballero. No me ponga tanta cantidad de whisky.

Ella continuó vertiéndolo hasta que el licor alcanzó dos dedos en el fondo de la copa.

—¡Espléndido! —dijo Drake—. Ponga los tres iguales.

Ella midió cuidadosamente el licor de los tres vasos.

—Ya está bien —dijo el detective—. ¿Lo bebemos aquí o volvemos a la otra habitación?

—Volvamos a la otra habitación.

Cuando estuvieron sentados, Drake miró a su alrededor.

—Bonita instalación —comentó.

—A mí, al menos, me gusta —dijo la joven.

—¿Hace mucho que habita el piso?

—Tres meses.

—Debe pagar mucha renta.

—Si le interesa, puede usted hablar con el casero.

Mason se echó a reír. Ella le miró a los ojos.

—¿Por qué no es usted franco conmigo? —repitió—. Podríamos ser buenos amigos.

—Gracias —dijo lacónicamente el abogado.

Ella continuó mirándole fijamente, mientras apuraba su bebida a pequeños sorbos.

—Usted ha montado esta comedia para asustarme. ¿Con qué objeto? ¡Vamos, dígamelo!

—Necesitamos averiguar lo que hay de ese reloj —contestó Mason.

—Ten cuidado, Perry —intervino apresuradamente Drake—. Esta señorita te está dando ahora un poco de jabón. Personalmente, no quiero acusarla de aceptar propiedad robada, porque no creo que ella lo supiera, pero no desisto de llegar hasta el fondo del asunto. Ya sabes lo que sucedería si prescindimos de esta joven y luego resulta que es una compradora de géneros robados. Se nos acusaría de complicidad con un delincuente.

Miss Trenton trasladó la mirada a Drake.

—Cuanto más reflexiono, más absurdo me parece este asunto —

dijo—. Míster Rooney es un hombre respetable y no tolerará que pongan en duda su honorabilidad.

—¿En qué se ocupa ese Rooney? —preguntó Mason, agitando el hielo en el vaso.

—Es un alto cargo.

—¿En dónde?

—En una gran compañía.

—¿Qué clase de compañía?

—Vamos, señor, usted quiere hacerme hablar —replicó la joven —. Lo robado fue el reloj y no míster Rooney. Hablemos solamente de aquél.

—Es mera curiosidad —dijo Mason—. Me interesa cuanto se refiera al amigo de una joven tan interesante. ¿Está usted comprometida con él, diga?

—Me parece que estábamos hablando de relojes.

—Volvamos, pues, a ellos —dijo Mason—. Si su amigo compró éste de buena fe, es una cosa; si lo compró a un maleante, sabiendo que era robado, es otra. Este reloj vale mil quinientos dólares. Si lo adquirió en cien o doscientos, será buena señal de que conocía su procedencia con seguridad.

—Puede usted estar seguro de que lo adquirió por esa cantidad —dijo ella enfáticamente—. Míster Rooney es un hombre rumboso y galante.

—Hablaremos con él cuando venga —dijo Mason—. ¿Qué opina usted de la situación europea en sus diversos aspectos?

—No opino nada.

Siguieron varios segundos de silencio. Luego Marjory Trenton añadió:

—¿Quiere que hablemos de usted?

—¿De mí? —preguntó Mason.

—¿Es usted abogado?

—Sí.

—¿Por qué quiso asustarme?

—Ten cuidado, Perry —advirtió Drake otra vez.

Ella acercó más su silla a la de Mason. La bata se entreabrió sobre la seda de sus medias.

—¿Se trata de alguna broma? —preguntó—. Porque si lo es, ya ha durado bastante y debe usted franquearse conmigo.

—Todo lo que nos interesa es ese reloj —intervino apresuradamente Drake.
—No creo que su mujer tuviera jamás un reloj de pulsera —replicó ella.
Se oyó girar una llave en la puerta de la escalera. Marjory Trenton fue a ponerse en pie, pero desistió. Drake sonrió burlonamente ante su desconcierto. Ella le lanzó una desdeñosa mirada y se arregló la bata en torno al cuerpo. Se abrió la puerta y apareció un hombre bien entrado en los cuarenta años, con bigote oscuro, ojos muy negros y cabellos que se habían vuelto grises en las sienes. El recién llegado retrocedió, sorprendido, al ver a los dos hombres.
—Entre, Rooney, y cierre la puerta —invitó Perry Mason.
Rooney, indignado, cerró la puerta de golpe.
—¿Qué sucede? —preguntó a Marjory Trenton—. ¿Por qué no me dijiste que estaban aquí estos hombres? ¿Quiénes son y por qué diablos…?
—Cálmese —le aconsejó Drake—. Hemos hecho esto por su conveniencia. Queremos evitarle a usted los peligros de la publicidad.
La expresión del rostro de Rooney se hizo más fría y cauta.
—¿A qué publicidad se refiere usted? —preguntó.
—Sencillamente a la que daría lugar lo que voy a decirle. El reloj de pulsera que regaló usted a esa damita fue robado a mi mujer. Y lo que necesito saber es desde cuándo trafica usted con propiedad robada.
—¡Usted está loco! —exclamó Rooney.
—¡El loco es usted! —replicó Drake.
Rooney se dirigió a Marjory Trenton.
—El juego está claro. Estos hombres tratan de asustarte para conseguir algo. Son chantajistas. Sugiero que llames a la policía.
—Eso es ponerse en razón —dijo Mason.
La joven lanzó a su amigo una significativa mirada.
—Es lo que ellos han querido hacer desde el primer momento —le advirtió—. Mejor será que evitemos que el asunto trascienda a los periódicos.
Rooney se calmó instantáneamente y tomó asiento.
—Miren, señores, aquí debe haber alguna equivocación. Yo

compré ese reloj.

—Si quiere usted decirnos en qué casa de empeños… —sugirió Mason.

—No fue en una casa de empeños. ¿Qué clase de hombre cree usted que soy? Lo compré en casa de un respetable joyero.

—Ya le comprendo a usted —dijo—. Usted quiere presumir con esta amiguita. Pero el cuento no le va a servir de nada… Está usted en un apuro y ella también, y la única manera de salir de él es hablar claro.

—Anda, Custer, dile la verdad —le animó Marjory Trenton—. Esa jugarreta ya me la han hecho a mí otra vez. Un individuo compra una ganga en una casa de empeños, se proporciona un estuche de una joyería de primera clase y entonces…

—¡Te digo que no hice tal cosa! —exclamó Rooney altivamente —. Ese reloj lo compré en casa de «Coontz y Cutter», ¡pagué mil trescientos cincuenta dólares por él!

Mason bostezó.

Marjory Trenton dio muestras de impaciencia.

—Escucha —dijo—. No estoy dispuesta a comparecer ante el fiscal del distrito para explicarle cómo llegó hasta mí el reloj. Y ver mi retrato en los periódicos, me haría poquísima gracia.

—¡A ver si crees que me la hará a mí ver el mío! —gritó Rooney.

—Bien —interrumpió Mason—; o nos ponemos de acuerdo o me voy a dar parte a la policía. Bien sabe Dios que he querido evitar un escándalo. ¿Que ustedes prefieren que se entere todo el mundo? ¡Por mí no hay inconveniente!

—Espere un momento —dijo Rooney—. ¿Cómo diablos vamos a saber que este reloj es el suyo? ¿Lo identificaron, Margie?

—Lo describieron con toda exactitud.

—¿Han dado número o algo por el estilo?

La joven hizo un gesto negativo.

Rooney se engalló.

—¡Ah, bandidos! —exclamó—. Os he descubierto la jugada. Probablemente habréis visto a Margie con ese reloj en alguna parte y ahora tratáis de hacernos creer lo del robo para sacarnos dinero.

—Bien; basta —dijo Mason, con acento de cansancio—. Vamos a la Jefatura de Policía.

—¡No, no iremos a la Jefatura de Policía! —vociferó Rooney—.

Vosotros sois los que tenéis que largaros de aquí y cuanto antes mejor.

—Y si no, ¿qué? —desafió Mason.

Rooney trató de discurrir una alternativa, y el pensamiento le hizo palidecer ligeramente.

—Podemos hacer una cosa —sugirió Drake a manera de un conciliador imparcial—. Vayamos a la joyería de «Coontz y Cutter» y llevemos el reloj. Quizás el ladrón fue lo suficientemente hábil para venderles como legítima una alhaja robada. Ya se sabe que esas joyerías no dejan de aprovechar las gangas cuando se presentan.

—No me agrada mucho la idea —dijo Rooney—. Sería como permitirles inmiscuirse en mis asuntos privados.

—¡Lo que demuestra que compró el reloj en una casa de empeños! —acusó Drake, triunfador.

—Vístete, Margie —decidió Rooney, cogiendo el sombrero.

—Vigila a estos dos —dijo ella.

—No te preocupes, que no los perderé de vista.

—No tardaré más de tres minutos —aseguró la joven, corriendo a su dormitorio, con gran revuelo de su bata abierta.

Rooney consultó nerviosamente su reloj.

—Soy un hombre de negocios —dijo—. Tendré que estar de vuelta en mi despacho antes de las cinco.

—Yo también tengo mucho que hacer —repuso Mason—. Y a Drake tampoco le sobra el tiempo.

Rooney permaneció en sombrío silencio, con la mirada fija en la puerta del dormitorio. A los pocos minutos, Marjory Trenton, ataviada con un vestido azul claro, abrió la puerta y dijo:

—Bien, vamos ya.

En el taxi, la joven trató de entablar conversación, pero Rooney estaba taciturno y preocupado, por lo que ella también guardó silencio, que sólo interrumpió cuando el coche se detuvo al borde de una acera.

—Bien, potentado —dijo a Perry Mason—; usted que discurrió esto, pagará el viaje.

Mason sonrió ante la salida de la joven y entregó un billete al conductor.

—Encontraron a Arthur P. Cutter en su despacho. Saludó con

efusiva cordialidad a Rooney, lanzó a Marjory Trenton la mirada de aprobación del que ha aprendido a apreciar las cosas bellas e inclinó la cabeza ante Drake y Perry Mason.

—Necesitamos saber —dijo Mason— si míster Rooney compró a ustedes un reloj de pulsera.

—Nos ha hecho varias compras —dijo cautamente Cutter—. Quizá…

—Enséñele el reloj, Margie —ordenó Rooney.

La joven mostró el reloj, Cutter lo examinó y luego miró a Rooney.

—¿Desea que conteste a esa pregunta? —consultó.

Rooney asintió con un gesto.

—Míster Rooney compró este reloj en esta casa —declaró Cutter —. Lo compró hará aproximadamente seis semanas.

—¿Qué pagó por él? —preguntó Mason.

—Tendría que mirarlo en nuestros libros para decir el precio exacto —contestó Cutter—. No recuerdo esas cosas. Recuerdo, sí, el reloj y la transacción. Creo que fue entre mil doscientos y mil trescientos dólares.

—Estos dos hombres insisten en que el reloj ha sido robado —manifestó Rooney— ¿Qué tiene usted que decir a eso?

La mirada de Cutter se clavó en frío examen sobre el abogado y el detective. El joyero cogió luego el teléfono y exclamó:

—¡Va usted a ver lo que tengo que decir! ¡Al habla con la Comisaría de Policía!

Rooney sujetó el brazo de Cutter.

—No queremos ninguna publicidad —dijo con voz temblorosa.

—No la habrá —le tranquilizó Cutter—. Conozco a los estafadores de este tipo. He visto el retrato de este individuo en alguna parte… probablemente en una circular enviada por… Hola, aquí Cutter, de la casa «Coontz y Cutter». Tengo aquí un par de prójimos para que les interroguen. Envíen pronto un coche de patrulla… Gracias… Sí, parece una tentativa de estafa. No lo he averiguado todavía. Ustedes harán el interrogatorio.

Volvió el receptor al gancho y dijo a Mason:

—Ahora siéntense los dos y esténse muy quietecitos. Si tratan de escapar, nuestro detective privado, que tiene facultades oficiales, se encargará de su custodia.

Mason se dejó caer en un sillón y dijo lúgubremente a Drake:

—Parece que tendremos que sentarnos, Paul.

—Lamento que se haya molestado usted para esto —se excusó Cutter, dirigiéndose a Rooney y una vez más su mirada recorrió aprobadoramente la figura de Marjory Trenton.

—Yo ya sabía que estaban representando una comedia —dijo la joven—. Pero lo que no puedo imaginarme es lo que pretenden con ello. No los creo tan tontos como para suponer que yo les iba a entregar un reloj de mil trescientos dólares, sólo porque me contasen una historia.

—No se puede decir nada —comentó Cutter—. Hay gentes muy crédulas y algunas se intimidan fácilmente, en particular en… en determinadas circunstancias.

—Escuche un momento —le interrumpió Rooney malhumorado—. Supongo que no habrá ninguna publicidad.

—Puede usted dejarlo enteramente en mis manos —le aseguró Cutter—. El Departamento de Policía coopera con nosotros, y nosotros con él. Lo único que aparecerá en los periódicos será la noticia de que han sido detenidos dos individuos que trataban de hacer víctima de una estafa a una conocida joyería. Los nombres de ustedes no aparecerán para nada. ¿Este individuo alegaba que el reloj se lo habían robado a su mujer?

—Así es —dijo Marjory Trenton.

—Eso es todo lo que necesito saber —sonrió enigmáticamente Cutter—, y lo que también necesitará saber la policía.

Se asomó a una ventanilla de su despacho, que dominaba el establecimiento situado debajo, y anunció:

—Aquí vienen los agentes de un coche patrulla.

Sonaron fuertes pisadas en la escalera y, a continuación, en el pasillo. Se abrió la puerta y aparecieron dos agentes uniformados, con las armas bien visibles.

—¿Qué ocurre? —preguntaron, aproximándose a la mesa de Cutter.

Cutter señaló hacia Mason y Drake.

—Esos dos pájaros —se limitó a contestar.

Los agentes giraron sobre sí mismos. Uno de ellos dio un paso hacia Mason, pero se detuvo repentinamente.

—Espere un momento: éste es Perry Mason —dijo.

—Buenas tardes, señores —saludó Mason.

El agente se encaró con Cutter, intrigado.

—¿No ha oído usted hablar de Perry Mason, el abogado? —preguntó.

El rostro del joyero se mantuvo impasible.

—Me interesa muy poco quién sea. Abogado y todo, ha tratado de estafar a un cliente mío.

El policía pareció titubear.

—¿Va usted a presentar la acusación? —preguntó.

—No veo por qué no —contestó Cutter—. Este individuo afirma que un reloj comprado aquí por míster Rooney es robado.

—No creo —repuso el policía— que el jefe se eche a llorar si usted tiene realmente algo de que acusarlo, pero yo me lo pensaría mucho, míster Cutter. Este es el abogado que defendió a aquella mujer en el caso del canario cojo y el que descubrió un asesinato por un perro aullador.

Cutter miró a Mason y frunció el ceño.

—Quizá —dijo— míster Mason tendrá la bondad de explicarse.

—Tal como yo entiendo la situación —dijo Mason—, todo depende de la identificación de un reloj. Si a usted le parece, trataremos el asunto como cuestión de negocios y procederemos a identificarlo de manera concienzuda.

—Ya ha sido identificado —dijo Cutter.

—Sólo por su recuerdo del aspecto del reloj. Supongamos que lo identificamos por números. Se ahorraría usted así una denuncia.

Cutter titubeó un momento, luego oprimió un botón. Una joven abrió la puerta del despacho inmediato. El tecleo de las máquinas de escribir y el chasquido de las de sumar llenaron de ruidos la habitación.

—Tráigame la cuenta de míster D. Rooney —ordenó el joyero.

La joven desapareció y volvió a poco con una tarjeta. Cutter la colocó sobre la mesa, quitó la tapa del reloj, se ajustó una lente de aumento y empezó a hacer movimientos afirmativos con la cabeza.

—Es el mismo —dijo.

—Creo —repuso Mason— que existe una equivocación en alguna parte. —Se inclinó sobre la mesa y recogió la tarjeta, que estudió un momento. Luego se volvió a Marjory Trenton y preguntó:

—¿Sabía usted que era casado, Margie?

Rooney se puso en pie de un salto.

—¡Oiga —exclamó—; no creo que haya necesidad de que…!

—Usted —dijo Mason, paralizándole con la mirada— ha comprado en los dos últimos meses, y solamente en este establecimiento, joyas por valor de cuatro mil seiscientos cincuenta y dos dólares con veinticinco centavos. ¿Puede usted decirnos, míster Custer Dentón Rooney, de dónde sacó el dinero para pagar esas compras?

Cutter apartó violentamente su silla y se arrojó sobre Mason, intentando arrebatarle la tarjeta. Mason se alejó de las garras de Cutter y éste gritó a los agentes:

—¡Detengan a este hombre! ¡Me tiene sin cuidado quién sea!

Uno de los agentes dio un paso. Mason retrocedió otro, conteniendo al agente con un brazo extendido, mientras su mano derecha mantenía la tarjeta a la espalda.

—No haga tonterías —dijo al agente—. Mire a Rooney.

Rooney se había derrumbado en un sillón, como si las rodillas se le hubiesen desarticulado de pronto. Estaba pálido como la muerte.

—Usted es interventor jefe de la «Products Refining Company» —continuó Mason—. Gana usted un salario de cuatrocientos sesenta dólares al mes. Hace dos o tres meses, Carl Moar, que trabajaba a sus órdenes como tenedor de libros, desapareció misteriosamente. Usted llamó entonces la atención de los directores sobre la posibilidad de que existiesen algunas anomalías en los libros. Sabía usted que el desfalco se descubriría de todos modos y quiso usted hacer méritos anticipándose a denunciarlo. Ahora bien, quizá tendrá usted la bondad de explicar a estos señores cómo se las arregló para poder ahorrar dinero suficiente para comprar alhajas por valor de casi cinco mil dólares con un salario de cuatrocientos sesenta al mes.

Rooney hizo un gesto depreciatorio con las manos.

—Muy bien —dijo—, me ha cogido usted.

—¿Cuánto tiempo ha durado la sustracción de fondos? —preguntó Mason.

Arthur Cutter se sentó lentamente en un gran sillón giratorio.

—¡Por Dios! —dijo—. Esta escena no puede ser más desagradable.

—Nadie le ha preguntado a usted —le atajó Mason. Luego volvió a encararse con Rooney—. ¿Cuánto tiempo ha durado la combinación, Rooney? ¡Diga!

—Mire —dijo Rooney—, podemos arreglar este asunto. Nadie necesita enterarse, excepto nosotros. Yo soy pariente de Charles Whitmore Dail, el presidente de la Compañía. Me mandará al diablo, pero pondrá el dinero para evitar el escándalo.

Uno de los agentes avanzó un paso, pero Mason le contuvo.

—Pero tenemos que tener a alguien a quien echar la culpa, Rooney.

La mirada de Rooney, hosca y desafiadora, se encontró con la de Mason.

—Ese alguien podría ser Moar —murmuró.

—¿Y qué supone usted que Moar diría a eso? —inquirió Mason.

—No diría nada —contestó Rooney—. Ha muerto. Le mataron anoche a la llegada a San Francisco de un buque procedente de Honolulú.

—¿Está usted seguro? —preguntó Mason.

—Claro que sí. Míster Dail y su hija viajaban en el mismo buque. Celinda empezó a sospechar de la hijastra de Moar. Me envió un radiograma pidiéndome que averiguase todo lo referente a Belle Newberry, graduada en la Universidad de California. Descubrí que su madre era Ann Newberry, casada con Carl Moar.

—¿Y se lo notificó a Celinda?

—Sí. Y esta mañana Celinda me telefoneó para comunicarme lo sucedido. Ahora podemos nosotros arreglar este asunto para que no haya publicidad.

—No podemos, Rooney —dijo Mason—. Y cuando vea a míster Charles Whitmore Dail puede decirle que Perry Mason le recuerda que los pollos tienen la costumbre de venir a su casa ya asados. Vamos, Paul, que tenemos mucho quehacer.

Capítulo 9

Cuando se encontraron en la acera, frente al establecimiento de «Coontz y Cutter», Drake se enjugó la frente con un pañuelo, lanzó una mirada de reproche al abogado y dijo:

—Perry, me dijiste que sólo representaríamos la comedia hasta conseguir sacar a Rooney de su madriguera.

—Bien, pero cambié de manera de pensar —repuso Mason.

—Por lo visto, te tiene sin cuidado que yo me muera un día de un susto —dijo Drake—. ¿Cómo te enteraste de que era el autor del desfalco?

—No me enteré —confesó Mason—. Fue una corazonada. Cuando le sentí abrir la puerta del piso, se me ocurrió que era una buena ocasión para hacerle hablar.

Un coche que cruzaba, a una seña de Mason, se aproximó al bordillo.

—¿Qué hubiera sucedido si no hubiésemos conseguido acorralarle? —preguntó Drake.

—Pues que, probablemente, tú hubieras cenado esta noche en la cárcel, Paul.

—Mira, Perry, tienes bromas muy pesadas —dijo Drake mientras entraban en el coche.

Faltaban veinte minutos para las cinco cuando Mason abrió la puerta de su despacho particular e introdujo en él a Paul Drake.

Della Street, sentada ante una centralilla telefónica, con unos auriculares en la cabeza, levantó la vista al oírlos entrar.

—¿Qué noticias hay, jefe? —preguntó.

—Lo del desfalco está aclarado ya —contestó Mason.

—¿Consiguió usted asustar a Rooney?

—Hice más que eso. Rooney confesó. Él es el autor del desfalco. Y usted, ¿qué noticias tiene?

Della Street consultó un cuaderno de notas.

—Belle Newberry está detenida en San Francisco, sin que haya cargos contra ella. La madre está también detenida por sospecha de asesinato. Encontraron un revólver del calibre treinta y ocho en la cubierta de los botes. Tenía dos cápsulas disparadas. Han identificado a mistress Newberry como mistress Moar, y un periódico de San Francisco publica una historia sobre el desfalco. Roy Hungerford está aguardando en el gabinete.

Mason se sentó en un sillón giratorio detrás de la mesa y miró su reloj.

—Hemos aprovechado unos minutos preciosos —dijo—. Temí que perdiéramos el asunto por cuestión de segundos. ¿Qué quiere Hungerford?

—No lo sé. He estado demasiado ocupada para salir a hablar con él. He mandado reservar unas habitaciones en San Francisco y tengo un aeroplano esperándonos.

—Consígame comunicación con la oficina del fiscal en San Francisco —ordenó el abogado—. Averigüe quién se ha encargado del caso y póngame inmediatamente al habla con él.

—El encargado es Donaldson P. Scudder —le informó la secretaria—. Espere un minuto y le pondré en comunicación.

Se llevó la embocadura a los labios, accionó un conmutador y empezó a lanzar llamadas.

—Espérame aquí, Paul —dijo Mason—. Voy a ver a Hungerford.

—¿Quieres que salga y te deje el despacho libre? —preguntó Drake.

—No —contestó Mason—. Le recibiré en la biblioteca.

Cruzó la biblioteca, se asomó a la puerta del gabinete y dijo:

—Entre, Hungerford.

Hungerford se puso en pie, estrechó la mano de Mason y éste le condujo hasta un sillón.

—¿Qué hay? —le preguntó mientras tomaba también asiento al otro lado de una mesa de nogal.

—Quería hablar con usted sobre Belle —dijo Hungerford.

—¿Qué quiere usted saber? —preguntó Mason.

—He venido en aeroplano. Hace media hora estuve hablando con San Francisco por teléfono. Me he enterado de que los periódicos publican la noticia de que Carl Newberry, haciéndose

pasar por un turista adinerado, era en realidad C. Walker Moar, un empleado fugitivo de la «Products Refining Company», en la que trabajaba con un salario bien modesto de ciento ochenta y cinco dólares al mes.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Los periódicos de San Francisco publican también una entrevista con Charles Whitmore Dail, en la que dice que Moar se fugó con veinticinco mil dólares de los fondos de la compañía; que de haber vivido, los detectives le hubieran esperado en la pasarela para conducirle a la cárcel acusado de desfalco; que había muchas razones para creer que el dinero que tenía Moar en el cinturón monedero era parte de los fondos desfalcados a la «Products Refining Company».

—Prosiga —dijo Mason, encendiendo un cigarrillo.

—Necesito saber lo que opina usted —terminó diciendo Hungerford.

—¿Ha hablado usted con Belle?

—No. No puedo. La tienen detenida en San Francisco.

Mason sostuvo la ansiosa mirada de Hungerford.

—Perfectamente —dijo—. Newberry era Moar. Y estuvo empleado en la «Products Refining Company».

—¿De dónde sacó el dinero con que viajaba? —preguntó Hungerford.

—Dijo que lo ganó en la lotería —contestó Mason.

—¿Y hubo un desfalco de veinticinco mil dólares en la «Products Refining Company»?

—Sí, creo que es cierto.

Durante algunos segundos, Hungerford guardó silencio. Su mirada se posó en los estantes cargados de libros con lomo de cuero. Luego se encontró una vez más con la de Mason.

—Ella me dijo —murmuró— que me vería en las carreras de caballos de Santa Rita. Al parecer, pensaba seguir la farsa…

Mason le observaba pensativo.

—Veamos si le he comprendido bien, Hungerford. Usted viene a mí con todo este cuento esperando que yo le contradiga, que le cuente algo bueno de ella, ¿no es ello cierto?

—No —dijo Hungerford.

—¡Guárdese ese no! —replicó Mason—. Usted está interesado

por Belle, pero no sabe cuánto. Está usted tan envuelto en convencionalismos, que no puede separarla a ella de su ambiente familiar. Piénselo bien y verá cómo no es de Belle de quien duda, sino de usted mismo.

Hungerford enrojeció y estuvo a punto de replicar airadamente, pero la serena mirada del abogado desarmó su ira.

—Creo que tiene usted razón, míster Mason —dijo—. No me he detenido a analizar mis propios sentimientos…, pero puedo asegurarle que esta corta conversación me ha ayudado a comprenderme. Ahora ya sé lo que siento.

Mason le observaba con simpatía.

—Le diré una cosa, míster Hungerford. Belle no se proponía seguir la farsa, como usted ha dicho, porque nunca pensó volver a verle.

El rostro de Hungerford expresó la mayor sorpresa.

—Y, además, retenga esto —prosiguió Mason—: si hubo algo ilegal en la manera de adquirir Carl Moar aquel dinero, Belle no lo sabía. Él dijo a su familia que lo había ganado en la lotería. Y Belle lo creyó. Moar había estado trabajando y ahorrando de un pequeño salario. Gran parte de su vida la pasó soltero… No era el padre de Belle. El marido de mistress Newberry la abandonó cuando la chiquilla tenía tres años. Nunca volvieron a saber de él. La madre puso a Belle en un colegio. Entonces se casó con Carl Moar. Naturalmente que Belle sentía poca simpatía por su padre natural, y en cambio se encariñó luego con Carl Moar. Era el único padre verdadero que había conocido. Luego la familia tuvo este golpe de suerte. La joven pudo viajar. Le conoció a usted. Usted se sintió inclinado a aceptarla como de su clase. La encontró muy interesante, y como los padres parecían ser unos acaudalados turistas, usted obró bajo el supuesto de que realmente lo eran.

»Sólo en esas circunstancias pudo Belle tratarle y disfrutar de su camaradería, de otro modo, usted se habría limitado a protegerla, a ignorarla o a compadecerla. Ella era lo suficientemente inteligente para comprender que la camaradería quedaría rota en… cuanto usted se reuniese con sus amigos del continente. En consecuencia, pensó abandonar el buque y no volver a verle. Nunca se le pasó por la imaginación que su padrastro fuese un estafador. Si hubiese creído que aquel dinero tenía un origen ilegal, jamás habría tocado

un céntimo.

—Estoy completamente seguro de ello —murmuró Hungerford.

—Yo no sé de dónde sacó el dinero Moar —prosiguió Mason—. Sólo puedo decirle que no era el padre de Belle y que ésta creía que el dinero había sido ganado a la lotería.

—¿Quién le pagará a usted sus honorarios? —preguntó bruscamente Hungerford.

—Mistress Moar —contestó Mason—. Pero todavía no he hablado con ella de este asunto.

—Yo deseo contribuir —dijo Hungerford con mucho optimismo.

—¿Por qué?

—Porque quiero a Belle… la quiero más de lo que creía.

—¿No estará usted sugestionado y confundirá el amor con la compasión? —preguntó Mason.

—Creo que no me habría dado cuenta de este cariño de no ser por lo que ha pasado —dijo el joven—. He tratado a muchas jóvenes. Supongo que me considerarían como un buen partido. Sus madres no hacían más que ponérmelas ante los ojos, hasta que yo sentía que las había visto demasiado. Belle es diferente. Las otras muchachas eran petulantes y bachilleras. Es la actitud que adoptan para parecer modernas. Belle es diferente. Es toda naturalidad. Está ansiosa de vivir y de hacerle frente a la vida…

—Prosiga, que me gusta escucharle —le animó Mason.

—Sólo tengo que añadir que quiero casarme con ella —terminó rápidamente el joven.

—¿Un Hungerford casarse con la hija de un criminal? —preguntó Mason.

—Hijastra —corrigió Hungerford.

—¿Qué diría su padre? —insistió Mason.

—Supongo que lo que es natural que dijera —contestó el joven —, pero me tendrá sin cuidado. Si le digo a usted esto, míster Mason, es porque quiero que comprenda por qué tengo interés en contribuir a sufragar sus honorarios. Le ruego, naturalmente, que lo que le he dicho lo tenga por una sagrada confidencia, pues mi propósito es… es…

—¿Comunicárselo directamente a Belle? —preguntó el abogado con una sonrisa.

—Algo por el estilo.

—Muy bien —dijo Mason—, pues en cuanto se lo haya comunicado y escuchado lo que ella tenga que decir, hablaremos de su contribución a mis honorarios. Entretanto, seguiremos como hasta aquí. Una cosa, no obstante, puede interesarle. Carl Moar no desfalcó cantidad alguna a la «Products Refining Company».

—¿Puede usted probar eso? —preguntó ávidamente Hungerford.

—No lo afirmaría si no pudiese hacerlo —contestó Mason—. Y para su información personal —añadió con una sonrisa—, le diré que parte de los fondos necesarios para la defensa de mistress Moar serán sufragados por su amigo Charles Whitmore Dail… si fue él quien concedió a los periodistas esa entrevista en que acusa a Moar de desfalco.

—¿Entonces Moar no ganó el dinero a la lotería? —preguntó Hungerford.

—No lo sé; me temo que no —dijo Mason.

—¿De dónde lo sacaría?

—Eso es lo que falta por averiguar. Todavía no sabemos si el dinero encontrado en un cinturón, debajo del colchón, pertenecía a Moar o a su mujer.

—¿Qué dice ella? —preguntó Hungerford.

—No dice nada en absoluto —contestó lacónicamente Perry Mason.

Hungerford guardó silencio un momento.

—Quiero, Hungerford, que sepa usted estas cosas antes de que queme sus puentes —añadió Mason en tono bondadoso.

—Mis puentes ya están quemados en lo que a este asunto concierne —repuso el joven—. Hay solamente una persona en el mundo que puede hacerme dichoso, y ésa es Belle.

—Otra cosa que no debe usted pasar por alto es que en la actualidad su madre está acusada de asesinato. Las pruebas contra ella son algo graves.

—La madre de Belle no pudo cometer este delito —afirmó Hungerford.

—En estos asuntos las opiniones difieren —dijo Perry Mason—. El fiscal de San Francisco opina lo contrario que usted.

—Esto me recuerda, míster Mason, que he descubierto algo que quizá le interese a usted.

—¿De qué se trata?

Della Street abrió la puerta, sonrió a Hungerford y dijo:

—Míster Scudder, el comisario del fiscal de San Francisco, está al teléfono.

—Póngamelo aquí, Della —dijo Mason, cogiendo el aparato colocado sobre una mesita de la biblioteca.

Della volvió a cerrar la puerta y Hungerford continuó hablando:

—El mensaje que míster Newberry, o mejor dicho, Moar, recibió poco antes de abandonar la mesa, se lo envió una tal miss Evelyn Whiting, una enfermera que acompañaba a un individuo que tenía el cuello fracturado.

Mason oyó un chasquido en la línea y luego la voz de un hombre:

—Sí… Hola. Aquí míster Scudder.

—Mason al habla, míster Scudder —dijo el abogado—. Quiero un examen preliminar de testigos en el caso Newberry.

—Cuando usted guste —contestó Scudder—. No obstante, me voy a permitir informarle de algo que quizá no sepa usted. Los periódicos de San Francisco publican la noticia de que míster Moar desfalcó veinticinco mil dólares a la «Products Refining Company». El dinero encontrado en el cinturón entregado por el capitán formaba parte, indudablemente, de la suma desfalcada, y mistress Moar lo retiró del cadáver de su esposo antes de arrojarlo al agua. Por tanto, no puede ser empleado por mistress Moar ni siquiera para sufragar el importe de los gastos legales.

—Eso no cambia mi posición en lo más mínimo —replicó Mason —. Exijo un inmediato examen de los testigos y la libertad de Belle Newberry, si es que continúa detenida.

—Me temo que será imposible —contestó Scudder.

—Muy bien —dijo Mason—. Voy a solicitar un mandamiento de *habeas corpus* y saldré con él para San Francisco esta noche, por vía aérea. Tendrán ustedes que dictar auto de procesamiento contra Belle o ponerle en libertad.

Colgó bruscamente el receptor, miró a Hungerford y preguntó:

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Lo de miss Whiting? —preguntó a su vez Hungerford.

—Sí.

—Uno de los camareros vio a miss Whiting deslizar un pedazo de papel por la ventanilla del sobrecargo. Está seguro de que era la

misma nota que le fue entregada a Moar.

Mason quedó pensativo unos momentos.

—¿Cómo iba vestida? —preguntó al fin—. ¿Se fijó el camarero en ese detalle?

—No ha dicho nada. Mencionó solamente que la vio poner el sobre allí. El camarero se llama Frank Bevins. Todavía no ha dicho nada a la policía. Por lo que he podido deducir de sus palabras, no tiene grandes deseos de ponerse en contacto con ella. No sé por qué me parece que tiene algo que temer. A mí me ofreció esta información por cincuenta dólares.

—¿Y se los pagó usted?

Hungerford hizo un gesto afirmativo.

—¿Y ese individuo no quiere servir de testigo? —preguntó Mason.

—Cogió los cincuenta dólares y desapareció —contestó el joven —. Me dijo que había aceptado el puesto de camarero para estar escondido una temporada.

—Entonces no se trata nada más que de una confidencia que no podré utilizar como prueba. ¿Sabe usted algo más?

—Tengo entendido que miss Fell va contando una historia que difiere algo de lo que declaró al principio. Ahora dice que realmente vio a mistress Newberry disparar contra su marido y empujarlo después por la borda.

—La cosa va adquiriendo volumen con la repetición —comentó Mason.

—Así parece.

Mason descolgó el teléfono y oprimió el botón que le ponía en comunicación con Della Street.

—Della, dígale a Paul Drake que telefonee a sus corresponsales en Honolulú y les encargue que averigüen lo que puedan sobre Evelyn Whiting, la enfermera que vino en el buque con nosotros. Que envíe también un agente a ver a Ida Johnson, la compañera de camarote de Aileen Fell, y que procure conseguir de ella una declaración por escrito. La señorita Johnson es muy amable. Mis aspiraciones quedarán colmadas plenamente si Paul procura, además, una fotografía de Aileen vestida en traje de noche.

—Espere un momento —dijo Della Street.

Mason continuó con el aparato aplicado al oído y oyó que su

secretaria transmitía su mensaje a Drake y volvía a ponerse al teléfono.

—Drake dice que puede conseguir un rápido informe de Honolulú, pero que no sabe cómo se las va a arreglar para proporcionarse esa fotografía de Aileen Fell en traje de noche. Dice que el fiscal del distrito tendrá un par de detectives guardando a la joven y que…

—Que busque algún politicastro que dé una fiesta a los detectives —interrumpió Mason—; que les diga que es de gala y que tendrán que presentarse de *smoking*. Luego el fotógrafo de Drake puede hacerse pasar por reportero gráfico y sacar una instantánea. Ningún detective desaprovechó nunca la oportunidad de hacerse retratar con el *smoking*… ¡A ver si tengo yo que decir a Drake cómo tiene que dirigir su agencia!

Della se echó a reír.

—Precisamente Paul me estaba diciendo que sus padres cometieron una equivocación, que él debió nacer quintuplicado —dijo la secretaria.

—Lo dirá porque así podrá presentarnos también quintuplicado las cuentas de gastos —replicó Mason, colgando el receptor. Luego se acercó a Roy y le estrechó la mano—. Gracias, Roy. Si fuese necesario acudir a usted para una contribución financiera se lo haría saber. No creo que llegue el caso. ¿Le agradaría volar a San Francisco con nosotros, inmediatamente, urgentemente, después de cenar?

—No, gracias —contestó Hungerford—. Tengo mis propios planes. Pero le veré a usted allí.

Mason escoltó a Hungerford hasta la puerta, penetró en el despacho exterior, estrechó la mano de los empleados, charló unos minutos con China y Bali y luego pasó con Jackson a la biblioteca.

Jackson le miraba con curiosidad desde detrás de sus lentes de concha, como queriéndole decir algo.

—Ese Rooney le va a dar mucho trabajo, míster Mason —se atrevió a decir al fin—. Creo mi obligación advertírselo.

—Parece que no le aprecia usted mucho —sonrió Perry Mason.

—Es un individuo arrogante, dictatorial, obstinado, petulante…

—Usted, verdaderamente, debería cambiar de profesión. En ésta sufre usted mucho, Jackson.

—¿Lo dice por mi poco éxito en esta ocasión? —preguntó Jackson con voz dolorida—. Pues ha de saber que hice todo lo humanamente posible. No dejé piedra sin remover, míster Mason. Dije a míster Rooney lo que quería, en términos que no dejasen lugar a dudas, y cuando rehusó acceder a mi petición le acusé abiertamente de traicionar los intereses de la corporación.

Mason abrió un cajón, sacó una botella de whisky y dos vasos.

—Jackson —dijo—, cuando se ponga usted a pelear nunca golpee a su enemigo donde él espera recibir el puñetazo. Y una vez que empiece la pelea, no ceje hasta que el otro se rinda. Si no es por las buenas, por las malas. Y a propósito, ¿conoce usted a una tal Marjory Trenton?

—No, señor.

Mason llenó los vasos de whisky.

—Ahí es donde cometió usted su equivocación, Jackson.

Capítulo 10

El martes amaneció con el cielo nublado y una lluvia menuda y fina. Mason, establecido provisionalmente en sus habitaciones del hotel, acababa de dictar a su secretaria el escrito de solicitud de un mandamiento de *habeas corpus*.

—Perfectamente, Della; póngalo en limpio y envíelo inmediatamente —dijo cuando terminó.

Sonó el teléfono. Della descolgó el receptor y sonrió a Mason.

—Míster Charles Whitmore Dail está en el vestíbulo —dijo.

—Dígale que suba —ordenó el abogado.

Drake, que había estado por otro teléfono en comunicación con su sucursal de San Francisco, apareció en la puerta de la habitación inmediata.

—Tengo un informe sobre Evelyn Whiting, Perry —anunció—. Es enfermera diplomada. Estuvo casada, se divorció, recobró el nombre de soltera; tiene sus opiniones particulares sobre los maridos como clase y como individuos.

—¿Sí, eh? —rió Mason—. Pues no me causó la impresión de que aborreciese a los hombres por las trazas.

—Yo no dije que aborreciese a los hombres, sino a los maridos —corrigió Drake.

—¿Y qué quieres indicar con eso? —preguntó Mason.

—Pues que cuando Moar se enamoró de ella y le propuso casarse, ella le dijo que no había nada que hacer, que serían amigos y nada más.

—¿No era demasiado mujer para un tipo como Moar? —preguntó Mason.

—No lo sé —contestó Drake—. Tú conociste a Moar, no yo. Pero se supone que Moar consiguió entrevistarse con ella una vez a la semana. Las noches las empleaba miss Evelyn en trotar por los

clubs. En otras palabras, que sus intenciones no eran honorables ni serias, y las de Moar sí.

—¿Dónde conseguiste esos pormenores? —preguntó Mason.

—Tiene una hermana en San Francisco, una tal Marian Whiting.

—¿Hablaron tus hombres con la hermana?

—Sí.

—¿Qué más averiguaron?

—Eso es todo lo que dice el informe.

—¿Se mostró la hermana un tanto desconfiada o reservada?

—Parece ser que no. Se emocionó mucho al saber que mistress Moar está acusada de asesinato, y se preguntó qué diría Evelyn cuando se enterase…

—Espera un momento, Paul —interrumpió Mason—. Eso no tiene sentido. ¿Está miss Evelyn aquí en San Francisco?

—Bueno… verás —interrumpió Drake, hojeando su cuaderno de notas—. Puede haber algo de eso, Perry. ¿Quieres que mis hombres hagan una nueva investigación? Pueden ir a ver a la hermana y…

—Déjame que lo piense bien —le interrumpió Mason—. Puede ser un detalle sin importancia o tenerla grandísima; no lo sé. Si es importante haremos mal en confiar en nadie. Lo averiguaremos nosotros mismos. Hay otra cosa que me preocupa —añadió Mason —; poco antes de que el barco abandonase Honolulú, alguien abrió la maleta de Moar, sacó un retrato de Belle Newberry y lo sustituyó por otro de Winnie Joyce.

—¿Qué se propondría? —preguntó Drake.

—El objeto de la sustitución —dijo Mason— era evidentemente impedir que se descubriese el robo del retrato de Belle Newberry. Al parecer existe una asombrosa semejanza entre Belle y la actriz de la pantalla. El retrato sustituido mostraba casi la misma postura y efectos de luz.

—¿Cómo pudo ser eso? —preguntó un tanto desorientado Drake.

—Belle pidió por correo una foto de Winnie Joyce y luego se hizo retratar en la misma postura y con los mismos efectos de luz. Alguien se hizo con una fotografía de Winnie Joyce destinada a la publicidad y realizó el cambio.

—¿No crees que Winnie Joyce tenga que ver con ello? —preguntó Drake.

—No, no lo creo —dijo Mason.

—Podrías armar una revolución haciendo saber a los estudios de Winnie Joyce que vas a sacar a relucir su nombre y que…

—No juego a la pelota de ese modo —le interrumpió Mason—. Por lo que he visto de Winnie Joyce en la pantalla, es una lindísima muchacha. Belle no sólo se parece a ella en el rostro y en la figura, sino en los ademanes y en el temperamento. Las dos tienen vigorosas personalidades. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—¿Y crees que ese retrato sustituido tiene algo que ver con el asesinato?

—No lo sé, Paul. Hasta ahora he estado obrando bajo el supuesto de que Celinda Dail, que al parecer tiene designios matrimoniales sobre Roy Hungerford, robó el retrato y lo envió por correo aéreo a Rooney para que investigase. Pero no estoy muy seguro de que sea acertada mi suposición. Rooney confesó que ha hecho una investigación por encargo de Celinda, pero no habló nada del retrato. Insinuó que Belle había hecho una observación que dio a Celinda la pista de que se había graduado en la Universidad de California. Me agradaría averiguar algo sobre esa fotografía. Haz que tus hombres se presenten en el «Road Hawaian Hotel» de Honolulú y vean si pueden descubrir algo. Quizás alguno de los empleados haya visto a alguien merodeando por la habitación de Moar. Pero recuerda que figuraba en el registro con el nombre de Newberry.

—Conforme, Perry, en marcha —dijo Drake, desapareciendo rápidamente por la puerta de su habitación.

Alguien llamó a la puerta del gabinete.

—Ese es Dail —dijo Mason—. Hágalo pasar, Della.

Della Street abrió la puerta y dijo:

—Entre, míster Dail.

El aspecto de Charles Whitmore Dail distaba mucho de ser tranquilo.

—Buenos días, míster Mason —saludó—. Buenos días, miss Street. Lamento venir a importunarles.

—Siéntese —le invitó Mason.

—Gracias —contestó Dail, paseando la mirada por la habitación llena de dictáfonos, máquinas portátiles y libros de leyes.

—Mi cuartel general —explicó Mason.

—Lo organizó usted rápidamente —observó Dail.

—No dejo crecer la hierba bajo mis pies cuando trabajo en un caso de asesinato —confesó Mason.

—Ya supondrá usted a lo que vengo, míster Mason. Debo confesar que me ha ganado usted la carrera.

—¿De qué modo? —preguntó Mason.

Dail se echó a reír nerviosamente.

—Ha galopado usted demasiado de prisa para mí, míster Mason. No puedo correr al mismo paso que usted.

—¿Lo intentó? —preguntó Mason.

—Creo que convendrá usted conmigo en que tenía todas las razones para creer a Carl Moar culpable de desfalco.

Mason encendió un cigarrillo.

—No veo que tuviera usted razón alguna para creerlo —repuso.

—¿Cómo que no? —replicó Dail—. Cuando un individuo ha estado empleado, abandona repentinamente su empleo sin una palabra de explicación y se descubre la falta de veinticinco mil dólares, puede haber al menos una razonable sospecha de que es el culpable del desfalco.

—Ésa es la más débil de las pruebas —replicó Mason—. Podría justificar una revisión de los libros, pero no justificaría ciertamente una acusación descarada.

—Bien —atajó Dail—, consideremos las otras circunstancias. Estamos en un buque en alta mar. Usted va a bordo. Moar va a bordo, también, viajando con un nombre falso. Usted se me presenta y me ofrece la restitución de veinte mil dólares…

—Perdóneme —interrumpió Mason—. Yo no ofrecí nada. Dije que iba a hacer unas preguntas. Insistí en que se entendiese así específicamente.

—Bien, la cosa viene a ser lo mismo —insistió Dail.

—Hablo como abogado y me permito hacerle notar que hay una gran diferencia.

—Bien —dijo Dail—, no he venido aquí a discutir. Reconozco que si mistress Moar quiere sacar partido de mi situación, me pondrá en un apuro.

—Se lo propone —dijo lacónicamente Mason.

—¿Quiere usted decir que va a denunciarme?

—Exactamente.

—Pero tenga usted en cuenta, míster Mason, que yo no la acusé

a ella de nada. Acusé a su marido, que está ya muerto.

—Usted dijo, no obstante, que el dinero encontrado en poder de mistress Moar había sido robado a la «Products Refining Company». Ahora parece resultar que su pariente es el culpable de aquel desfalco. Moar era inocente.

—Entonces, ¿por qué diablos se marchó Moar de la manera que lo hizo? —preguntó Dail.

Mason se encogió de hombros.

—¡No me da usted muchas facilidades! —murmuró Dail.

—¿Esperaba usted que se las diera? —preguntó Mason.

—Pensé que sería usted razonable.

—Siempre trato de serlo.

—Mire, Mason, yo no quiero que se sepa públicamente que Rooney desfalcó ese dinero. Bajo las peculiares circunstancias en que me encuentro, perjudicaría mi prestigio ante los accionistas de la compañía. He dispuesto, por tanto, que se reintegre la cantidad desfalcada y no vuelva a hablarse del asunto.

—Celebro saberlo —dijo Mason.

—La estructura financiera de la «Products Refining Company» es de una naturaleza… Bueno, es algo complicado.

—Comprendido.

—Si mistress Newberry emprende una acción contra mí, y alega en su demanda que ha habido realmente un desfalco cometido por el interventor… Bueno, Mason, necesito que lleguemos a un acuerdo.

—¿Sobre qué bases? —preguntó el abogado.

—No creo que se le haya perjudicado mucho a mistress Moar —contestó Dail—, pero si debo asumir la responsabilidad de pagarle a usted sus honorarios, lo aceptaría gustoso.

—Mis honorarios son muy elevados —sonrió Mason.

—Ya me lo temía —confesó Dail.

—¿Hasta dónde está usted dispuesto a llegar?

—¿Ponemos cinco mil dólares?

—Lo consultaré con mi cliente.

—¿Puede darme usted una respuesta concreta?

—Estoy completamente seguro de que mi cliente contestará que no puede aceptar un céntimo menos de diez mil dólares.

—¿Y sus honorarios? —preguntó Dail.

—¡Oh! Pongamos cinco mil dólares por mis honorarios y otros cinco mil para que ella disponga de fondos con que cubrir los gastos adicionales.

—No puede decirse que sea una pobre —observó Dail.

—Sí, pero gracias a las circunstancias y a su entrevista periodística, Dail, el fiscal le ha retenido todos sus fondos.

Dail se puso en pie bruscamente y se dirigió hacia la puerta. A mitad del camino se detuvo y se volvió.

—Diez mil es demasiado —dijo.

—Evidentemente —repuso Mason—, usted estaba enterado de la identidad de Moar cuando me dirigí a usted para averiguar su actitud en el caso de una restitución. Sé, además, por una observación hecha por míster Rooney, que la policía debía esperar el buque y detener a Moar en la pasadera, en circunstancias que hubiesen sido excesivamente humillantes tanto para mistress Moar como para su hija. Teniendo en cuenta todo eso, creo que diez mil dólares es una cantidad excesivamente razonable. En caso de que usted no lo considere así, recuerde lo prontamente que habría quedado rota cualquier promesa que usted me hubiera hecho.

—Esa es una de las cosas que no acabo de comprender —dijo Dail—. ¿Por qué diablos ofreció Moar restituir veinte mil dólares si no había desfalcado el dinero?

—El no hizo tal oferta —replicó Mason.

Dail continuó hasta la puerta, la abrió y se detuvo en el umbral para decir al abogado:

—Comprenda, míster Mason, que cuando nos encontrábamos en el buque combatíamos con armas iguales. Yo no tenía la menor obligación de descubrirle a usted que conocía la verdadera identidad de Newberry.

—Exactamente —dijo Mason—, y en la actualidad continuamos combatiendo con las mismas armas.

—Perfectamente. Estoy en su poder. Comuníqueme lo que acuerde con su cliente y hablaremos.

Dail salió al pasillo y cerró la puerta.

Della Street dirigió una ansiosa mirada al sonriente rostro de Mason.

—Dígamelo a mí, jefe. ¿Por qué quiso Moar devolver aquel dinero? —preguntó.

—No fue Moar. Fue su mujer.

—Bien… ¿Por qué quiso ella devolverlo?

—Porque creyó que él lo había desfalcado.

—¿Cree usted que ella pensó realmente eso?

Della se volvió para contemplar por la ventana las nubes grises que dejaban caer una fría llovizna que resbalaba por los cristales. De pronto, volvió a dirigirse a Perry Mason.

—Jefe —le dijo—, usted es hábil discurriendo pruebas y comprendiendo caracteres. Pero hay algo en esta mujer que no creo haya tenido en cuenta.

—¿Qué? —preguntó Mason.

—Es atractiva, y se ve en seguida, por la manera que tiene de destacar su personalidad, que está acostumbrada a confiar en ella. Una mujer que utiliza sus encantos para conseguir de la vida lo que desea, se vuelve peligrosa cuando se aproxima a los cuarenta. Le digo a usted, jefe, que esa mujer es astuta, inteligente e intrigante. Atrapó a Moar para casarse, no porque le interesara él, sino porque le interesaba un hogar para su hija y un venero de respetabilidad para sí misma. Moar era suficientemente cándido para ser complaciente. Usted nunca quiso escuchar a Moar. Ya nunca podrá. Estoy segura de que si hubiese usted escuchado la historia de Moar, habría usted dado a este asunto un sesgo completamente distinto. Creo que Belle se dio cuenta de ello cuando se empeñó en que hablase usted con su padre, y creo también que mistress Moar hizo todo lo posible para impedir que lo hiciera usted.

Mason la escuchaba pacientemente.

—Prosiga, Della —dijo—. Dígame lo que falta.

—Usted ha comprobado ahora que Moar no desfalcó nada en la «Products Refining Company» —agregó Della.

—Pero eso no explica de dónde sacó el dinero —objetó Mason.

—¿Qué le hace a usted creer que tenía dinero?

—Un tenedor de libros no renuncia repentinamente a su empleo y se pone a viajar alrededor del mundo sin tener algún dinero, y un individuo que guarda dieciocho mil setecientos cincuenta dólares en un cinturón monedero…

—Un momento, jefe —le interrogó Della—. ¿Cómo sabe usted que tenía eso?

—Porque el capitán lo contó en mi presencia y… —se detuvo

bruscamente para mirar a Della—. Prosiga. Diga de una vez lo que piensa.

—No pienso nada —repuso la joven—. Solamente trato de hacer resaltar que todos los hechos que conoce usted en este caso proceden de mistress Moar. Supongamos que fue ella quien tuvo el repentino flujo de riqueza. Supongamos que ella le dio el dinero a su marido para costear la excursión a Honolulú. Supongamos que ella le indujo a abandonar su empleo. Supongamos que fue ella quien sugirió que sería mucho más conveniente para Belle que cambiase el apellido Moar por el de Newberry.

—Un momento —interrumpió Mason—. ¿Qué me dice de aquel cinturón monedero?

—¿No ve usted —preguntó a su vez la secretaria— que ella nunca pensó que su marido llegase vivo a la costa? Pensaba hacer aparecer su muerte como suicidio. Hasta que usted se lo dijo, no se dio cuenta de que las pólizas de seguro de vida no se pagan en caso de suicidio. Cuando se enteró, era demasiado tarde, tuvo que seguir adelante con su plan. Suicidado aparentemente su marido, no tenía nada de particular que ella «encontrase» más tarde el cinturón monedero. El hecho de que él se quitase éste y lo colocase debajo del colchón, habría sido perfectamente consecuente con su subida a cubierta para suicidarse. Todo lo que mistress Moar tenía que hacer era jurar que no había estado en cubierta con él. Tal es lo que hubiera hecho, de no haber sido por la declaración de miss Fell, y el registro que el capitán efectuó en el ropero de su camarote.

—¿Se le ha ocurrido a usted —preguntó Mason— que esta teoría que está usted bosquejando presupone que mistress Moar planeó deliberadamente la muerte de su marido durante algún tiempo?

—Claro que sí.

—Pues entonces carece absolutamente de sentido —dijo Mason.

—Ya lo creo que lo tiene —replicó la secretaria—. Y justifica, además, todos los hechos. Ella sabía que Evelyn Whiting estaba enterada de que Carl Newberry era realmente Carl Moar. Tenía razones para creer que Celinda Dail lo sabía también. Montando la escena con usted, consiguió convencerle de que Moar era culpable de desfalco. En tales circunstancias, la desaparición de míster Moar por fuerza tenía que parecer un suicidio.

—Eso no coincide con la idea que yo tengo del carácter de

mistress Moar —expuso Mason.

—Lo sé —replicó Della Street—, pero coincide con la mía.

—¿Se le ha ocurrido a usted alguna vez que si el testimonio de Aileen Fell resultase falso, el fiscal no tendría en qué apoyarse?

—Pero existen pruebas de que mistress Moar estuvo en cubierta con su marido: su vestido y sus zapatos mojados y el cinturón monedero.

—Muy bien, supongamos que subiese a cubierta con su marido. Eso no significa que le matase.

Della Street quedó pensativa con la mirada fija en la alfombra.

—Jefe, si usted pudiese desvirtuar el testimonio de Aileen Fell, ¿la sacaría usted libre?

—Descartado el testimonio de Aileen Fell, el jurado dictaminaría que lo mismo pudo ser suicidio que asesinato.

—¿Qué le hace a usted creer que podría desvirtuar el testimonio de Aileen Fell?

—La declaración que hizo a su compañera de camarote, que no coincide con lo que anda diciendo ahora. Recuerde que esa mujer tiene una personalidad algo mórbida. Estuvo sobre cubierta, sola, emocionándose con la tormenta. Yo me fijé en ella la primera hora de aquella noche. Estaba sola sentada a una de las mesas, vestía un traje azul y engullía con formidable apetito.

—Será una mujer difícil de interrogar —observó Della.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—No sentirá demasiado interés por los hechos. Considerará el interrogatorio como un duelo personal con el abogado defensor. Y cuando vea que usted duda de sus palabras, se aferrará más y más a ellas. Conozco el tipo.

—No se preocupe por eso, Della. Esa mujer se rendirá en el interrogatorio.

—Muy seguro parece usted, jefe.

—Lo estoy —sonrió Mason—. Es decir, si Drake consigue aquel retrato en traje de noche que le encargué.

—¿Qué va usted a hacer con él?

—Es un secreto.

Sonó el teléfono.

Della Street descolgó el receptor y recibió un mensaje de la portería.

—Oscar está abajo —anunció—. Quiere verle a usted.

—¿Oscar? —replicó Mason.

—Sí, el muchacho que servía a nuestra mesa.

—Ah, sí. Salga y hable con él, Della. Si se encuentra apurado y necesita un préstamo, déle veinticinco dólares y mis recuerdos. Si trae alguna información, hágale pasar.

Della abandonó la habitación. Mason se puso a pasear, con la cabeza inclinada y las manos hundidas en los bolsillos.

A los pocos momentos se detuvo junto a la ventana y contempló abstraído los dibujos que hacía la lluvia en los cristales. Se volvió al abrirse la puerta. Della Street entraba acompañando al camarero.

—Hola, Oscar —saludó Mason.

—Buenos días, míster Mason. No le robaré mucho tiempo. Sólo he entrado a hablar con usted un minuto. Fue usted tan bondadoso conmigo en el buque que pensé… Bueno, creí que podría ayudarle en algo.

Mason lanzó a Della una mirada interrogadora. Ella le contestó con una seña casi imperceptible.

—¿De qué se trata, Oscar? —preguntó Perry Mason.

El hombre parecía algo intranquilo.

—Mire, míster Mason, yo no sé si obraré bien en este asunto, pero allá va. Recordará usted aquel barullo que se armó en la cubierta cuando ya estábamos preparados para arriar los botes en busca del hombre que se cayó. Bueno, pues a la mañana siguiente, al amanecer, nos dedicamos a poner las cubiertas de lona a los botes y a dejarlo todo en orden. Uno de nuestros hombres encontró allí un revólver y lo entregó al primer oficial.

—¿Qué clase de revólver? —preguntó Mason.

—Uno del calibre treinta y ocho, de acero azul. No pude ver la marca. Parecía un arma de valor.

—¿Algo más? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

El hombre se hurgó en los bolsillos y sacó un pedazo de papel doblado.

—Encontré esto, señor —dijo—. Le pregunté al primer oficial si era importante, y me dijo que no, que lo tirase al agua. Usted sabe que el primer oficial manda, pero yo pensé que quizá… Bueno, decidí guardármelo. Y cuando me enteré de que era usted el

abogado de mistress Moar me dije: voy a llevárselo para que le eche un vistazo.

El hombre desdobló el papel y sacó de él un trozo irregular de seda azul estampada.

—Encontré esto en una de las cornamusas —explicó.

Mason cogió el trozo de tela.

—Parece un trozo desgarrado del vestido de una mujer —comentó.

Oscar asintió.

—¿Tiene usted idea de dónde procede? —preguntó Mason.

—No, señor, pero estaba en una cornamusa por la parte exterior de la batayola.

—¿En el *exterior* de la batayola? —repitió Mason.

—Sí, señor.

—¿Babor o estribor?

—Babor, señor; un poco a popa.

—Aclaremos bien esto —dijo Mason—. Usted ha dicho que la cornamusa estaba por el exterior de la batayola, ¿no es eso?

—Sí, señor. Y por la manera de estar cogido, yo diría que esta parte del dobladillo se enganchó en la cornamusa y luego se desgarró del resto dejando este trozo triangular.

—¿Qué cantidad de tela estaba enganchada en la cornamusa?

—Esta parte del dobladillo daba un par de vueltas al gancho y luego había como ocho o diez pulgadas de tela ondeando con la brisa. Quizá yo debí dar cuenta de esto a la policía, pero trabajaba a las órdenes del primer oficial y éste me dijo que lo arrojase al agua. Si ahora lo entrego a la policía se verá comprometido por mí. Por eso se lo confío a usted, rogándole lo considere como algo confidencial.

—Muchísimas gracias, Oscar —dijo Mason—. Se lo agradezco mucho. Guardaré la mayor discreción y usted debe hacer lo mismo. Ha sido usted muy amable en tomarse la molestia de venir hasta aquí, y quizá quiera usted aceptar…

—No, señor —dijo el hombre apresuradamente—. Se portó usted tan amablemente conmigo en el buque, que es una satisfacción para mí poder hacer algo por usted en correspondencia.

Mason le estrechó la mano y le acompañó hasta la puerta de la escalera.

—Bien, Oscar —dijo al despedirle—, quizás algún día yo también pueda hacer algo por usted.

—Mil gracias. Espero que volveremos a navegar juntos otra vez.

Mason cerró la puerta, regresó al despacho y se aproximó a Della Street.

—¿Qué le dice a usted este bonito trozo de tela? —preguntó.

—Recuerdo haberlo visto antes. Alguna mujer llevaba ese vestido, pero no caigo ahora en quién era. No es extraño, porque éramos un par de centenares de pasajeros de primera.

Mason cogió de su estuche de aseo un par de tijeritas. Estaba cortando la tela en tres pedazos, cuando Paul Drake abrió la puerta de su habitación y preguntó:

—¿Te vas a dedicar a modista, Perry?

—Paul, aquí tenemos algo: un trozo de tela desgarrado del vestido de una mujer —dijo Mason—. Necesito que hagas algunas discretas investigaciones entre los pasajeros y veas si puedes descubrir quién llevaba un traje de este tejido.

—¿No lo sabes tú? —preguntó Drake—. Estabas en el buque…

—¡Gran Dios, no! —contestó Mason—. Yo vi que las señoras iban vestidas, pero nada más.

—Yo me he fijado en algo más —intervino Della—, pero no puedo precisarlo. Más tarde me vendrá a la memoria.

—Tengo un puñado de noticias, Perry —anunció Drake.

—¿Buenas o malas?

—La mayor parte, malas.

—Vengan.

—Hay otro testigo, Perry.

—¿Quién es?

—No lo sé todavía. El fiscal tampoco lo sabe, pero está sobre la pista. Resulta que la alarma de «hombre al agua» no fue dada por miss Fell. Ella no hizo otra cosa que gritar, pero cierta mujer telefoneó a la telefonista para decirle que avisase al puente. Aquella mujer debió ver caer al hombre, porque en su aviso mencionó que había sido «empujado» al agua. La telefonista dice que reconocerá la voz si la oye otra vez y cree que podrá localizarla. Está repasando la lista de pasajeros para recordarla.

—No me preocupa particularmente esa testigo, Paul —dijo Mason.

—¿Por qué no?

—Creo que fue mistress Moar quien dio el aviso. Que quede esto entre tú y yo, Paul.

—Bien, pues supongo que la telefonista reconocerá la voz de mistress Moar cuando la llamen al estrado de testigos y jurará que mistress Moar dijo que un hombre había sido «empujado» al agua.

—Eso ya no me tiene tan sin cuidado —confesó Mason.

—Han identificado como propiedad de Carl Moar el revólver encontrado sobre cubierta. Han descubierto también las huellas digitales de mistress Moar en el cañón.

—¿En el cañón? —repitió Mason.

—Sí.

—¿Y ninguna en la culata?

—Ninguna.

—¿Algo más? —preguntó Mason.

—Estas son todas las noticias. La hermana de Evelyn Whiting está en su casa, si quieres ir a verla. Hasta ahora mis hombres no han podido localizar ni a la enfermera ni al individuo de cuello roto. Una ambulancia los esperaba en el muelle y se los llevó. Localizaremos esa ambulancia dentro de una o dos horas. Entretanto, ¿quieres hablar con la hermana?

—Vamos ahora mismo —dijo Mason, poniéndose la gabardina.

Capítulo 11

La llovizna se había convertido en franca lluvia cuando Mason y el detective bajaron de su coche frente a los Departamentos Wavecrest.

—¿Llevarás tú la voz cantante o yo? —preguntó Drake.

—La llevaré yo —contestó Mason.

—¿Le meteremos el susto en el cuerpo o lo tomaremos con calma? —inquirió Drake.

—Con toda calma, si ella me lo permite —dijo Mason, mientras consultaba el índice de los vecinos en una tablilla colocada en la fachada. Encontró el nombre de Marian Whiting frente al departamento mil trescientos veintinueve y oprimió el botón. Un momento después un zumbador eléctrico soltó el pestillo de la puerta.

—Bien, esto te revelará su carácter —dijo Drake, entrando en el portal—. Si esta mujer fuese desconfiada, habrían ido y venido preguntas y respuestas por el tubo acústico.

Mason asintió. Tomaron el ascensor hasta el piso decimotercero, encontraron el departamento que buscaban y llamaron a la puerta. La mujer que la abrió tenía los ojos castaños muy vivaces, cabellos oscuros, nariz ligeramente respingona y labios delicados. Vestía un pijama negro y anaranjado, y por las sandalias mostraba pintadas las uñas de los pies.

—¿Qué desean? —preguntó.

—Hablar con usted —dijo Mason.

La mujer observó un momento a los dos hombres, luego se echó a un lado y dijo:

—Entren.

—Es acerca de su hermana —explicó Mason cuando estuvieron sentados.

—¿Se refiere usted a Evelyn?

—Sí.

—¿Son ustedes periodistas?

—No. Estamos comprobando algunos hechos. Necesitamos averiguar detalles de la amistad de su hermana con Carl Moar.

—¿Por qué? —preguntó Marian Whiting, con ojos repentinamente desconfiados.

Mason le sostuvo la mirada, sonrió y dijo:

—Usted gana. Soy Perry Mason, abogado representante de mistress Moar. Estoy reuniendo datos para su defensa.

—¿Qué tiene que ver mi hermana con eso?

—No lo sé —dijo Mason—. Probablemente nada. Estoy investigando simplemente.

—¿Qué desea usted saber?

—¿Cuánto tiempo hace que conoció a Carl Moar?

—No lo sé. Espere… Quizá cinco o seis años.

—¿Hasta cuándo continuó la amistad?

—Hasta dos o tres meses antes de que Carl se casase.

—¿Está segura de que no continuó después del matrimonio?

—Claro que lo estoy. Mi hermana le vio en la calle, en Los Ángeles, hace dos o tres meses, pero fue un encuentro casual.

—¿Hubo alguna razón particular para que su hermana terminase su amistad con Carl Moar poco antes de su matrimonio? —preguntó Mason—. En otras palabras, ¿se interpuso alguna mujer entre ellos?

—No, por Dios. Si usted quiere saber la verdad, creo que Carl dio a mi hermana un mal consejo financiero. Claro que Carl no lo hizo con intención, pero ya sabe usted cómo son estas cosas. Mi hermana tenía ahorrados cerca de mil dólares y Carl le dijo que creía poder proporcionarle un cien por cien en beneficio. Ella le entregó el dinero y recibió los intereses durante algún tiempo de su amigo. Eso es todo.

—¿De qué naturaleza fue la inversión? —preguntó Mason.

—No estoy muy segura. Era algo que Carl estaba organizando. Él perdió todos sus ahorros junto con los de Evelyn, pero esto no consoló a mi hermana. Usted sabe que cuando un hombre dice a una muchacha que conoce una buena inversión para su dinero, no puede esperarse que garantice el éxito; luego es natural que una vez desaparecidos los ahorros, las relaciones no sean ya tan cordiales.

Mi hermana perdió la buena opinión que tenía de su amigo. Eso es todo.

—¿Dónde está ahora, ya que hablamos de ella? —preguntó Mason.

—En Honolulú.

Drake disparó una significativa mirada al abogado, pero Mason sacó un cigarrillo y preguntó con toda naturalidad:

—¿Puedo fumar?

—Ya lo creo —contestó la mujer—. Yo le acompañaré.

Tomó ella un cigarrillo y Drake otro.

—¿Los tres con un fósforo? —preguntó Mason.

Ella se echó a reír ruidosamente.

—Oh, sí, ¿por qué no? ¡Como si quiere usted seis con un solo fósforo!

Se inclinó y aceptó el fuego. Drake se echó hacia atrás, puso cara de asustado y dijo:

—Sigue adelante, Perry. Yo me encenderé el mío.

—Es un pesimista empedernido y es inútil tratar de reformarle —dijo Mason a Marian Whiting—. ¿Cuánto tiempo lleva su hermana en Honolulú, miss Whiting?

—Justamente dos semanas.

—¿Trabaja usted? —inquirió Mason—. Perdóneme, no trato de inmiscuirme en sus asuntos, pero…

—No tiene nada de particular, míster Mason —repuso ella—. No, no trabajo ahora. Estoy buscando un puesto de secretaria. Tengo dos o tres ofertas, pero no son lo que necesito y todavía puedo resistir una temporada.

—No es eso lo que me interesa —dijo Mason—. Le pregunto si dispone usted de su tiempo.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Bajó usted al muelle a despedir a su hermana? —inquirió Mason en tono deliberadamente casual.

—Naturalmente. Cuatro o cinco amigos le llevaron una cesta. Tenía frutas y nueces encima y estaba toda cubierta de celofán; pero por debajo estaba llena de toda clase de chismes con sorpresa. Fue una gran broma.

—¿Le gustó a ella? —preguntó Mason.

—¡Figúrese! Quisiera que hubiese usted visto la carta que nos

envió por el *Clipper*.

—Bien, muchas gracias por esos detalles —dijo Mason, poniéndose en pie—. Una última pregunta. ¿Sabe usted dónde para en la actualidad su hermana en Honolulú?

—Sí. ¿Quiere usted sus señas?

—Si no tiene inconveniente…

—Es algo así como Alewa Drive… No tengo memoria para los números. Espere un momento y le traeré su última carta.

Abandonó la habitación, y Drake abordó inmediatamente a Mason.

—¿Qué lío es éste, Perry? —le preguntó.

—Es buena muchacha, Paul —dijo Mason—. No estoy tan seguro de su hermana. Esta se diferencia mucho físicamente. Labios más gruesos, ojos de brasa, cabellos de…

Se interrumpió al ver entrar a Marian con algunas cartas en la mano.

—En Alewa Drive, número mil noventa y uno —dijo la muchacha.

—¿En Honolulú? —preguntó Mason.

—Naturalmente.

Mason observó los sobres y se echó a reír.

—Veo que no es usted coleccionista de sellos —dijo el abogado.

—Se engaña usted; sí que lo soy —replicó la joven.

—Pues no ha despegado usted los del *Clipper*.

—Es que guardo los sobres. Así tengo el cuño completo.

Mason alargó la mano como involuntariamente y ella le entregó los sobres sin titubear. Mason observó los sellos y estudió los cuños.

—Ésta salió de Honolulú anteayer —comentó.

—Sí, yo la recibí ayer —confirmó la muchacha—. Es la última carta que he recibido de mi hermana.

—Interesante escritura —dijo Mason—. Revela bien a las claras el carácter.

—Oh, ¿averigua usted el carácter por la escritura, míster Mason? Eso me interesa muchísimo.

—Sí —contestó Mason, pavoneándose—, es una de mis habilidades. Claro que no se puede leer el carácter con sólo unas pocas palabras, tales como la dirección del sobre, pero si tuviera una página de escritura, no tendría inconveniente en apostar con

usted a que adivino el aspecto de su hermana, dónde ha estado recientemente, en qué se ha ocupado y… bueno, un sinfín de detalles.

—¿De veras que puede usted hacer eso? Me parece maravilloso.

Mason sacó de su cartera un billete de diez dólares.

—Le apuesto a usted diez dólares contra diez centavos —desafió.

—Pruebe usted —dijo Marian Whiting.

Mason desdobló el pliego.

—Espere un momento —le contuvo la joven—. No puede usted leerla porque dice en ella muchas cosas de lo que ha estado haciendo, cosas que va usted a adivinar por la escritura.

—Oh, ciertamente —concedió Mason—, sólo voy a echar un vistazo a la letra. Míster Drake tendrá en su poder la carta mientras yo hablo. En primer lugar, su hermana es más joven que usted. También es más alta y tiene cabellos rubios. Sus ojos son azules, con un ligero matiz verdoso. Sus labios son más bien gruesos. Es atractiva y…

Marian Whiting le interrumpió riendo.

—Mejor será que eche usted otro vistazo a la escritura, míster Mason. Va usted a perder los diez dólares.

Mason frunció el ceño.

—Pues juraría que no me he equivocado —aseguró. Luego se volvió a Marian Whiting y afirmó rotundamente—: Esta carta está escrita por una mujer alta y delgada, con un temperamento nervioso. Su hermana puede tener el aspecto externo de una muchacha alegre y despreocupada que lleva una existencia feliz, pero interiormente es otra cosa. Tiene muchas preocupaciones y se siente desgraciada. Espero que la excursión a las Islas le sentará bien a ella.

—Se equivoca usted —repuso Marian—. Mi hermana no se parece en nada a lo que usted ha dicho. Hábleme ahora de lo que está haciendo.

—Está cuidando a alguien —contestó Mason.

Marian se sentó en una esquina de la mesa.

—Nada de trucos —dijo—. Usted sabía que era enfermera. No tiene mérito. Prosiga y dígame algo más que deduzca de la escritura, algo íntimo. ¿A qué ha ido a Honolulú?

—Se ocupa en un caso especial, el caso de un hombre que

resultó herido quizás en un accidente de automóvil, un individuo que lleva una especie de armadura sobre los hombros, sosteniéndole el cuello… Bueno, miss Whiting —añadió riendo—, comprenderá usted que yo soy poco más que un *amateur* en estos asuntos psíquicos, y no veo las cosas demasiado claramente.

—Ya me he dado cuenta, míster Mason —rió ella—. No ve usted nada en absoluto.

—¿Pero no es un individuo así el que está cuidando su hermana? —preguntó Mason.

—No. Mi hermana no se ocupa de nada en la isla. No hizo la excursión para trabajar.

El rostro de Mason expresó la más estúpida perplejidad.

—¿No estará usted tratando de birlarmelos diez dólares? —preguntó.

—Ciertamente que no —explicó ella indignada.

—Pues entonces ésta no es la escritura de su hermana, o…

—No le quepa a usted duda de que lo es —insistió la joven.

—¿No será una falsificación?

—¿Y quién iba a tener interés en falsificar la letra de mi hermana, míster Mason? No, por Dios. Esta carta está llena de pequeños detalles íntimos. Sé absolutamente que es de mi hermana.

—¿Comparte usted con ella este piso? —preguntó Perry Mason.

—Sí.

—¿Y cuándo espera usted que regrese?

—Ella dijo que estaría de vuelta dentro de dos semanas. Si logra que le reserven plaza, podría regresar un buque antes. Me enviará un cablegrama tan pronto como lo sepa.

—Bien —dijo Mason—, me parece que tiene usted derecho a los diez dólares, aunque sigo creyendo… Bueno, no importa.

La joven enrojeció.

—¿Cree usted que no he jugado limpio? Tome sus diez dólares. No los quiero.

—¡Oh, no! No es eso —dijo Mason apresuradamente—. Quise decir que no comprendo cómo mis deducciones pueden ser tan completamente erróneas. ¿Qué aspecto tiene, entonces, su hermana, miss Whiting?

—Le traeré un retrato —ofreció Marian—. Usted lo apreciará por sí mismo.

Mason lanzó una mirada a Paul Drake.

—Pero no me traiga usted una fotografía de «pose» —dijo a la muchacha—. Traiga algo que revele su carácter y…

—Ciertamente. Espere un momento.

Los dejó solos y penetró en su dormitorio.

—¿Qué dice la carta, Paul? —preguntó Mason en voz baja.

—Habla de las Islas, de la gente que ha conocido, de lo que ha bailado, de las fiestas indígenas, de que comen con los dedos y…

—Nada de eso me interesa —le interrumpió Mason—. ¿Qué hay de detalles íntimos, personales?

—Dice a Marian que olvidó enviar a la tintorería su vestido de noche para hacerlo limpiar y planchar, que tiene una mancha en la manga sobre la que debe llamar la atención, que se propone sacar en cuanto regrese su abrigo de pieles del almacén, y… se me olvidaba lo principal, Perry, menciona a su marido…

Marian volvió con un álbum de fotografías, que colocó sobre la mesa. Mason y el detective se pusieron a su lado, mientras ella volvía las hojas.

—Aquí está Evelyn… Es un viejo retrato de Evelyn y Carl Moar. Otro de Evelyn. Aquí estamos en traje de baño… Aquí —se echó bruscamente a reír y volvió la hoja—. Mejor será que no la vea usted. Aquí estamos en una excursión campestre. Ésta es Evelyn con un muchacho amigo. Ésta… Oh, espere un momento. ¿Dónde está aquel retrato que nos hicimos cuando embarcó Evelyn?

Volvió una docena de páginas y les mostró una fotografía de tamaño ocho por diez.

—Ésta es. La hice ampliar por ser tan buen negativo. ¿La ven apoyada en la barandilla? Es la que está sosteniendo las serpentinas…

—Perdóneme —dijo Mason, cogiendo el álbum y llevando la fotografía a la luz para poder estudiarla cuidadosamente—. Soy bastante entendido en fotografía y me gusta contemplar las obras maestras como ésta. Debe usted tener una cámara muy buena, miss Whiting.

—Bonísima —afirmó la joven—. Me la regaló un tío mío que tiene un comercio de artículos fotográficos en el Este. Tiene lente anastigmática y obturador de plano focal…

—Veo que también es usted una experta —rió Mason.

—Sí, soy muy aficionada —confirmó la joven—. Y lo que más me entusiasma es la fotografía en colores.

—Yo compré en China una cámara miniatura —dijo Mason— y llevo sacadas centenares de instantáneas en colores. Quizá cuando regrese su hermana, le interesará ver las que tomé en Honolulú y durante la travesía en el buque. Y a propósito, ¿quién es ese joven que está detrás de su hermana? Parece tener mucha amistad con ella y…

Marian cogió el álbum y fue a decir algo, pero se contuvo.

—Supongo que algún compañero de viaje —dijo la joven.

—Parece tener mucho interés por ella —insistió Perry Mason.

—Oh, mi hermana en seguida se hace amiga de todo el mundo. Recuerdo que una vez al ir…

—Noto que tiene la mano apoyada en su hombro —observó Mason.

—Mire, míster Mason, no supuse que se fijaría usted en ese detalle, pero puesto que ha sido así…

—No quiero inmiscuirme lo más mínimo en los asuntos privados de su hermana —se apresuró a disculparse Mason—. ¿Quedamos en que ese joven es un amigo suyo?

—Es su marido.

Mason guardó silencio.

—Mi hermana se casó secretamente —siguió explicando la joven — y se fue a Honolulú. Allí está pasando la luna de miel. Ése es Morgan Eves, su marido. Ella no puede hacer público el matrimonio todavía.

—Comprendido —dijo Mason—. ¿Entonces, se encuentra aún en las Islas pasando su luna de miel?

—Sí.

—¿Y su marido continúa con ella?

—Naturalmente.

—Parece inteligente. Yo lo hubiera tomado por corredor de Bolsa.

—No es nada de eso —dijo la joven—. Si he de decirle la verdad, no me es nada simpático.

—Pues el muchacho no parece malo —repuso Mason—. Tiene un rostro muy agradable.

—Desde que conoce a mi hermana —prosiguió Marian

apasionadamente— ha ejercido una falsa influencia en su vida. Yo deseaba ciertamente que no se casase nunca con él.

—¿En qué se ocupa? —preguntó Mason.

—No lo sé. Esa es la parte más misteriosa. Tiene mucho dinero y un concepto de la vida desvergonzado y cínico. Yo creo que es un chantajista y no me inspira la menor confianza.

—Supongo que su hermana no vivirá con usted cuando regrese.

—Sí, viviremos juntas por lo menos un par de meses. Todavía no pueden hacer público su matrimonio. Por lo visto están pendientes de una resolución, interlocutoria o algo por el estilo. Mi hermana se muestra algo reservada sobre el asunto. Ese hombre la ha cambiado. Yo habría jurado que nunca se decidiría a volverse a casar. Le gustaba divertirse, como a mí, y las dos habíamos decidido que era mucho mejor conservar la independencia, y no tener que obedecer a un hombre. Mi hermana tenía una triste experiencia del matrimonio, y no sé cómo… Bueno, prométame que no dirá nada en los periódicos.

—¿Acerca del matrimonio de su hermana?

—Sí. No debí decírselo a usted.

—Bien, vamos a hacer un trato. Si me da usted una fotografía de su hermana, no diremos una palabra.

—¿Hay alguna que le interese en particular? —preguntó ella.

—¿Qué le parecería esa en que su hermana está subiendo al automóvil? —preguntó Mason—. Donde está con una mano apoyada en la portezuela. Es una fotografía particularmente inmejorable.

—Sí. Creo que tengo algunas copias de ella.

La joven volvió una vez más al dormitorio.

—¿Es ésa la muchacha? —preguntó Drake.

—Sí, ésa es —contestó Mason.

—El individuo con quien se casó es un petardista. Ha estado complicado en dos o tres asuntos feos. Hace tres meses le procesaron por asesinato en Los Ángeles, pero consiguió salir libre. Yo le reconocería en cualquier parte. Le vi…

Marian Whiting regresó con la fotografía.

—Encontré la copia —dijo—. Realmente pertenece a mi hermana, pero haré sacar otra para ella.

—Tendré mucho gusto en pagar… —dijo Mason.

—No, no —protestó apresuradamente Marian—. No lo he dicho por eso.

Mason indicó con un gesto el billete de diez dólares.

—Ese dinero es suyo —dijo—. Ganó usted la apuesta.

—Oh, no puedo aceptarlo, míster Mason.

—¿Por qué no?

—Porque la apuesta era demasiado desigual. ¡Era interesante verle a usted tratar de describir a mi hermana! Me atraen mucho las cuestiones de telepatía mental y de lectura de carácter.

—Si yo hubiese ganado, aceptaría su dinero —dijo Perry Mason —. Usted debe hacer lo mismo.

La joven cogió el billete y lo dobló lentamente.

—No lo hago muy gustosa —murmuró.

Mason se echó a reír y dijo estrechándole las manos:

—Gracias por su cooperación.

—¿Y guardará usted el secreto de lo de mi hermana?

—Sí —prometió Mason—. No diré nada de lo que me ha contado usted. Pero si recibiera la información por cualquier otro conducto, no podría garantizar…

—Oh, de acuerdo. Lo que yo no quiero es que mi hermana crea que he divulgado el secreto. Mire, míster Mason, ¡todavía no estoy a gusto con estos diez dólares!

Mason se echó a reír, cogió a Drake del brazo y le arrastró hacia el ascensor. Mirian Whiting cerró lentamente la puerta del piso.

—Esta fotografía muestra el número de matrícula del automóvil —dijo Mason a Drake en voz baja—. Es una fotografía reciente y el coche un último modelo. Vayamos a tu sucursal de San Francisco a ver qué noticias tienen.

—Buena idea —dijo Drake—. Quizá puedan ya decirnos algo de Evelyn Whiting.

En el taxi, Drake volvió a reanudar la conversación.

—¿Qué me dices del prójimo con quien se casó, Perry? ¿Venía también en el buque?

—No —contestó Mason—. Y no puedo comprender el objeto de esta coartada fingida. La muchacha tuvo que dejar en Honolulú cartas escritas por anticipado con objeto de que se las enviasen por correo a su hermana, según las fechas.

—¿Con qué idea? —preguntó Drake.

—Maldito si lo sé, a no ser que trate de preparar una coartada de cierta clase.

—Bien pudiera ser eso, Perry. Dentro de dos o tres meses la hermana jurará con toda las de la ley que Evelyn estaba en Honolulú y podrá enseñar las cartas para demostrarlo.

—El único inconveniente —dijo Mason— es que ella embarcó con su propio nombre. En la lista de pasajeros figura como Evelyn Whiting. ¿Qué opina de eso?

—Quizá llevase billete de viaje redondo —dijo Drake—. ¿Y qué supone que fue de su marido?

Mason se encogió de hombros.

—¿Y quién sería el individuo del cuello roto? —siguió pensando Drake.

—Espera un momento —dijo Mason—; aquel individuo del cuello roto era probablemente su marido.

—¿Bajo qué nombre viajaba?

—Roger P. Cartman. Dame una descripción lo más aproximada posible de ese individuo, Paul.

—Su verdadero nombre es James Whitly, pero utiliza frecuentemente el de James Clerke. Es bajo, no pesará más de ciento treinta libras, tiene facciones abultadas y huesos pequeños, y es peligroso como una serpiente de cascabel. Estaba complicado en dos o tres estafas, cumplió condena en San Quintín y Folson. Después se vio procesado por aquel caso de asesinato de que te hablé. El juez bramó contra el jurado cuando le trajeron el veredicto de inculpabilidad, pero ello no impidió que el veredicto prevaleciese. Tiene ojos oscuros, más bien juntos, boca gruesa, pómulos prominentes y…

—Creo que ése es el individuo que ella iba cuidando —interrumpió Mason—. Claro que no le pude ver bien la cara. Tenía que llevar la cabeza en cierta posición debido a la armadura que le sostenía el cuello, se protegía los ojos contra el sol con grandes anteojos y el armazón le rodeaba la barbilla, pero recuerdo que era un individuo pequeño con pómulos abultados y boca gruesa. Su frente estaba cubierta con una tira de gasa… No hay duda de que era nuestro hombre.

—Tuvo que herirse en Honolulú.

—Y ella le traía al continente para someterlo a tratamiento

médico.

—O quizá cometiera alguna fechoría en Honolulú y tratara de ocultarse —dijo Drake—. ¿Quieres que profundicemos algo más en el asunto?

—Mejor será, Paul. A menos que consigamos alguna prueba en contra, mistress Moar va a ser declarada convicta de asesinato en primer grado. Mintió en lo de haber subido a cubierta con su marido. Tenía en su poder el dinero. Poseía una importante póliza de seguros. Se hicieron dos disparos. En un bote de cubierta se encontró un revólver que indudablemente perteneció a Moar y que presentaba las huellas de ella en el cañón. Una testigo jurará haber visto cosas que convencerán al jurado de la culpabilidad de mistress Moar. Es muy posible que sea inocente. Yo lo creo así, o de otro modo no la representaría, pero otra cosa es imbuir esa idea en un jurado. Ahora bien, si añades a eso el hecho de que cuando telefoneó a la operadora para que avisase al puente, dijo que un hombre había sido *empujado* al agua, sus probabilidades de salvarse son absolutamente nulas. Podrán hasta dictar un veredicto sin recomendación, que implica automáticamente la pena de muerte.

—¿Será grave la declaración de ese testigo? —preguntó Drake.

—No lo sé —contestó Mason—. Mañana tendremos un interrogatorio preliminar. Creo que podré utilizar una técnica que obligará al fiscal a mostrar sus pruebas desde un principio. Eso me dará la oportunidad de desconcertar a sus testigos y dejar el caso hecho una criba. Si espero a que Aileen Fell comparezca ante el Tribunal Superior, llevará tan metida en la cabeza su declaración que será imposible lograr que la modifique, mientras que intentándolo ahora, quizá consigamos descubrir un punto débil. Creo que ya tengo uno… si tus hombres consiguen esa fotografía.

—¿Para qué te servirá la fotografía? —preguntó intrigado Drake.

—Es un secreto —dijo Mason.

—Bien, veremos si hay algo en mi oficina. Tengo varios hombres trabajando en ese asunto.

El taxi los depositó frente al despacho de Drake. Mason se arrellanó en un sillón mientras Drake recibía los informes de sus subordinados.

El detective acabó de leer uno de ellos, escrito a máquina, y dijo a Mason:

—De acuerdo, Perry; Aileen Fell asiste a una reunión esta noche en traje de etiqueta. Los muchachos no han podido localizar todavía a Evelyn Whiting. Todas las compañías de ambulancias dicen que ayer no acudió ninguna al muelle.

—Pues allí había una ambulancia, yo la vi —afirmó Mason.

—Yo también —dijo Drake—, pero no le dediqué particular atención. Vi la palabra «Ambulancia» escrita a un lado, bajo la ventanilla del conductor. Tengo idea de que era una ambulancia particular.

—Bien, podremos investigar por ese lado.

—Ya he ordenado que lo hagan así.

—¿Qué hay del equipaje? ¿A dónde se lo llevaron?

—A un depósito. Las señas que la joven dejó en él fueron la de los Departamentos Wavecrest.

—Jamás vi una mujer que dejase detrás un amplio rastro y que se desvaneciese tan completamente después —comentó Mason con cierto malhumor.

Sonó el teléfono. Drake descolgó el receptor y escuchó.

—Conforme, Perry —dijo cuando terminó—; hemos encontrado la pista de aquel coche. Está matriculado a nombre de Morgan Eves, que vive en el bulevar Stockton tres mil trescientos dieciocho. ¿Vamos allá?

—Vamos —dijo Mason—, pero antes quiero llamar a Della para decirle lo que vamos a hacer y enterarme de si el fiscal puso en libertad a Belle Newberry.

Drake pasó el teléfono a Mason y éste marcó el número del hotel.

—Aquí míster Mason —dijo—. Haga el favor de ponerme con mis habitaciones.

Pasado un momento se oyó la voz del operador:

—Lo siento, míster Mason. No contestan. No creo que haya nadie allí.

—No puede ser —insistió Mason—. Miss Street, mi secretaria, está esperando instrucciones…

—Miss Street salió a los pocos minutos de marchar usted, míster Mason —dijo el operador—. La vi pasar por delante de mi despacho.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.
—¿Cómo iba vestida?
—Con impermeable y sombrero.
—¿Llevaba un maletín?
—No llevaba nada en las manos, excepto el bolso.
—¿Y no ha regresado?
—No.
Mason quedó pensativo unos momentos.
—Cuando regrese —dijo al telefonista—, dígale que iré dentro de una hora.
Colgó el receptor y dijo a Drake:
—De acuerdo, Paul; en marcha.

* * *

La casa del bulevar Stockton era un edificio de tres pisos. En la planta baja había dos tiendas. Una decía en su muestra: «F. Kranovich, sastrería, quitamanchas y planchado mecánico», y la otra: «Mabel Foss, estudio fotográfico. Ampliaciones, copias, marcos». El escaparate exhibía una serie de fotografías y un surtido de marcos. El segundo piso parecía desocupado, mientras el tercero presentaba todos los indicios de estar ocupado por inquilinos.
Uno de los hombres de Drake había conducido el coche hasta allí y Mason le ordenó que lo estacionase una manzana más abajo. El abogado y el detective subieron media docena de escalones que arrancaban de la calle y miraron los nombres escritos sobre el buzón.
—Aquí está —dijo Drake—. Morgan Eves. Este individuo puede ser duro de manejar, Perry. No caerá por ninguno de los métodos acostumbrados.
—Perfectamente —repuso Mason—, entonces no le trataremos por ninguno de ellos.
Apoyó el dedo en el botón del timbre y oyeron un débil repiqueteo dos pisos más arriba. Pasaron unos segundos y Mason volvió a llamar con el mismo resultado.
—No hay nadie en la casa —dijo.
Mason avanzó hasta el borde de la acera y quedó contemplando

la espejeante superficie del mojado pavimento. Había cesado la lluvia, pero el cielo estaba cubierto de nubes bajas y negras, presagio de nuevos y abundantes aguaceros.

—Me parece que los pájaros han abandonado el nido —murmuró Mason.

—Si Evelyn Whiting reconoció a Carl Moar e intentó explotar su descubrimiento con un chantaje, no se habrá atrevido a permanecer donde pudiera ser localizada…, especialmente después de descubrirse el asesinato —dijo Paul Drake.

—Cuanto más pienso en ello, más deseos tengo de encontrarlos. Averigüemos dónde se encuentran.

—¿Cómo? —preguntó Drake—. El individuo tenía un automóvil. No tuvo más que montar en él y marchar a…

—También tenía el cuello fracturado. No lo olvides —replicó Mason.

—Bien, pero la muchacha, quizá sepa conducir.

—Es cierto —concedió Mason—. Pero observa, Paul, que no hay ningún garaje en este edificio. Lo más probable es que no se llevasen el coche a Honolulú y lo dejasen aquí. Preguntemos por estos alrededores, para ver si podemos descubrirlo.

—No hay muchas probabilidades —dijo Drake—. Lo más lógico es que encerrasen el coche en alguno de los grandes garajes de la parte alta de la ciudad. Desde allí se dirigirían en él al muelle, al marchar, y lo dejarían donde pudiesen tenerlo a mano al regreso.

—Si hubiese sido así —objetó Mason—, probablemente no habrían hecho que les esperase la ambulancia. Miremos por estos alrededores.

Volvieron a subir al coche y recorrieron en él tres manzanas.

—Preguntemos aquí —dijo Mason al pasar por determinado lugar—. Parece el único garaje de la vecindad. ¿Está aquí el coche de Morgan Eves? —preguntó al empleado del garaje.

—No.

—¿Está usted seguro de que no lo encierra aquí? —inquirió el abogado.

—Sí —confesó—, lo encierra aquí.

—¿Cuándo estará de regreso?

—No lo sé.

—Necesito algunos detalles sobre ese coche. ¿En qué estado se

encuentra?

—¿Para qué lo quiere usted saber?

—Estoy interesado en comprarlo. Eves hizo una proposición a una empresa para adquirir un nuevo coche, a condición de venderle el viejo y nos interesa saber si está en buen estado.

—En bonísimo —informó el empleado—. Funciona como un reloj.

—¿Dónde podría echarle un vistazo?

—No lo sé. Eves llevaba en él una pila de maletas cuando se lo llevó. No dijo cuánto tiempo iba a estar fuera.

—¿Marchó su esposa con él? —preguntó Mason en tono indiferente.

—Le acompañaba una mujer. Yo no sabía que estuviese casado.

—¿Sabe usted dónde podría encontrarle?

—No lo sé.

—¿No cree que se dirigiera a Los Ángeles?

—Lo ignoro. No me dijo nada. Él va y viene y no le hacemos preguntas.

—¿Cuándo marchó?

—Ayer por la tarde, quizás a eso de las tres, minuto más, minuto menos.

—Oh, bien. El negocio puede esperar un par de días. Si para entonces no ha regresado, haré otra gestión. Muchísimas gracias.

De vuelta al coche, Drake dijo:

—No conseguirás encontrar el rastro de ese pájaro, Perry. Es perro viejo en estos menesteres.

—Tengo otra idea, Paul —repuso Mason—. La enfermera tenía una máquina fotográfica. Con ella tomó instantáneas de un par de buques que se cruzaron con el nuestro.

—¿Y qué? —preguntó Drake.

—Pues que hay la probabilidad de que diese a revelar las películas a su vecino el fotógrafo.

—No es probable, si se proponía marchar —objetó Paul Drake.

—Pero supón —repuso Mason— que no supiera que tenía que marchar, que contara con instalarse en su piso. Lo primero que habría hecho sería bajar a revelar los films. Después al marchar, dejaría dicho cuándo regresaría a recogerlos o daría su dirección para que se los enviasen, y puede haber en esas fotos algo que nos

dé la pista que buscamos.

—Estás jugando con dinamita en este asunto, Perry —refunfuñó Drake.

—Ya lo sé —confesó Mason.

—Es algo que no puede dejar de comprometerte —insistió Drake —. Mejor será que enviemos a uno de mis hombres a recoger las películas, y si el fotógrafo se pone a graznar, tome el lote y…

—No sigas —le interrumpió Mason—. No puedo consentir que nadie corra peligros que no quiero para mí. Para frente a la puerta. Voy a entrar a ver lo que puedo averiguar.

Había empezado otra vez a llover cuando Mason bajó la media docena de escalones que conducían desde la calle a un patizuelo de cemento. Empujó la puerta que daba a la tienda. Sonó una campanilla al fondo y apareció una mujer de unos cuarenta años, vestida con un blusón azul.

—Vengo a recoger las fotos de la señora Morgan Eves —dijo Mason—. Quizás estén a nombre de Evelyn Whiting.

—Pero si ella ordenó que se las remitiésemos por correo —repuso la mujer.

—Lo sé —repitió Mason—, pero eso fue antes de enterarse de que yo iba a venir. Me encargó que se las recogiese.

—Son seis dólares y sesenta y cinco centavos —dijo.

Mason sacó un billete de diez dólares y echó un vistazo al dorso de los sobres. El nombre de «míster Eves» estaba escrito con lápiz. No seguía dirección.

—Un momento —dijo Mason—. Ella me indicó que no subiría más de cinco dólares.

—Lo siento —contestó la mujer—. Mis precios son mucho más baratos que en el centro de la ciudad. Seis dólares y sesenta y cinco centavos es lo menos que puedo cobrar.

—No lo comprendo… —murmuró Mason—. ¿Cómo pensaba usted cobrar su dinero si llega a remitir estas fotos por correo? ¿Puede decírmelo?

—Pensaba enviarlas a reembolso. Precisamente ahora me disponía a hacerlo.

—Verá usted lo que vamos a hacer —dijo Mason—. Yo no quiero cargar con la responsabilidad de pagar seis dólares y sesenta y cinco centavos, pero prepare usted las fotos y envíelas inmediatamente,

porque a mistress Eves le corre mucha prisa. Puede usted enviarlas a reembolso y yo le avisaré que están en camino.

La mujer hizo un gesto de conformidad, metió las películas en una caja que había contenido papel fotográfico, volvió a la trastienda y reapareció con una etiqueta que pegó sobre el paquete.

—He pensado otra cosa —dijo Mason de pronto—. Después de todo, sólo hay una diferencia de un dólar y sesenta y cinco centavos, y estoy seguro de que ella estará conforme. Enviando las fotos por correo, seguramente que se retrasarán bastante.

—Como usted quiera —dijo la mujer, mientras Mason volvía a ofrecerle el billete de diez dólares—. ¿Cuándo regresará miss Eves?

—Dentro de una semana o así.

—¿Cómo va su enfermo?

—¿El del cuello fracturado? —preguntó Mason.

—Sí.

—No lo sé. No le he visto.

—Es una verdadera pena el pobrecillo. ¡Tener que llevar aquella armazón alrededor del cuello y la cabeza! Por lo visto ya lleva unas semanas con ella. Vino así desde Honolulú y no sé cómo la pobre mujer pudo arreglárselas sola.

—Lo trajo una ambulancia, ¿verdad? —preguntó Perry Mason.

—Sí, y lo subieron en una camilla. No sé si tendría alguien de familia, pues nunca vi salir ni entrar a nadie en el piso.

—Se lo llevarían —sugirió Mason.

—Acaso, pero no vi llegar ninguna ambulancia.

—¿Hace mucho que conoce usted al marido?

—Oh, desde que vivía en la casa.

—¿Antes de… de…?

—¿De casarse? Oh, sí, entraba aquí algunas veces a comprar algo y charlábamos. A propósito, ¿qué tal resultó el marco que le envié? ¿Era lo que mistress Eves quería? Me lo pidió por teléfono y me apresuré a subírselo al piso.

—Me parece que le oí decir que era un poco pequeño —contestó Mason.

—Pues era del tamaño exacto que me pidió. Ella me dijo que le buscase un marco ovalado para una fotografía que había sido cuadrada, del tamaño ocho por diez, y la había transformado en oval.

—No estoy muy enterado —dijo Mason—. Después de todo, no soy más que un vecino.

La mujer le entregó el cambio y el paquete. Mason le dio las gracias, se colocó el paquete bajo el brazo y salió de la tienda.

—¿Sacaste algo? —preguntó Drake mientras Mason abría la portezuela del coche.

—¡Ya lo creo! No sólo dejó los films, sino su dirección. El individuo del cuello fracturado no es Eves.

Mason entró en el coche, colocó el paquete sobre el regazo y se puso a estudiar, en unión de Drake, la dirección escrita en la etiqueta.

—¿Sabes dónde es? —preguntó Mason.

—Sí. En Santa Cruz Mountains.

—¿Cuánto tiempo nos llevará llegar hasta allí?

—Hora y media probablemente, quizás un poco más si llueve.

—Perfectamente; vamos. Mandaremos las fotos por correo.

—A ver si nos metemos en un callejón sin salida, Perry —advirtió Drake—. Después de todo no sabemos si tenía alguna relación con Moar.

—No lo sabemos —convino Mason—, pero fuera de la familia Moar, era la única persona a bordo que le conocía de vista y él la conocía también.

—¿Y miss Dail?

—Celinda Dail descubrió evidentemente quién era, siguiendo la pista de Belle.

—¿Crees que esa pista sería el retrato que robaron a Belle? —preguntó a Drake.

—Probablemente. La sustitución de las fotografías tuvo por objeto enviar la de Belle a Rooney por correo aéreo, para que averiguase quién era la joven.

—Eso no coincide con lo que dijo Rooney —observó Drake.

—También se me ha ocurrido a mí —dijo Mason—. Busquemos un teléfono desde donde pueda llamar a Della. Tengo la idea de que podremos averiguar algo por esta enfermera. Si fue ella quien envió la nota que hizo subir a Moar a cubierta, tendré la seguridad de que estamos sobre la verdadera pista. Evidentemente esa mujer tiene relaciones bastante sospechosas con gente que vive al margen de la ley. Fue a las Islas con su marido. Pero alguien de aquí debió

llamarlo y regresó en aeroplano. En cuanto a ella, vino a reunirse con él, pero aceptó un puesto de enfermera para sufragarse los gastos. En el buque se encontró con Carl Moar. Le reconoció, pero averiguó que viajaba bajo el nombre de Newberry. Era una estupenda ocasión para el chantaje y Carl Moar una víctima inmejorable. Recuerda que llevaba por lo menos dieciocho mil dólares en metálico y que el dinero era robado.

—¿Qué te lo hace creer?

—Su manera de obrar.

—Pudo haberlo ganado a la lotería.

—Pudo —reconoció Mason—; pero dieciocho mil dólares representaban lo que le quedaba después de dos meses de hacer el turista. Probablemente iniciaría la excursión con unos veinticinco mil dólares. Ahora bien, nadie puede ganar veinticinco mil dólares a la lotería, sin dejar algún rastro por alguna parte.

—Queda tu otra hipótesis de que el dinero pudiera ser de su mujer —dijo Drake.

—Esa hipótesis no me parece tan fuerte ahora —replicó Mason, mientras el conductor arrimaba el coche.

—Aquí hay un teléfono, míster Mason.

Mason telefoneó al hotel, pero no consiguió otra cosa que enterarse de que Della Street seguía ausente. Volvió preocupado al automóvil.

—No me gusta esto —dijo—. Della no ha regresado todavía.

—Quizá saliera a arreglarse el pelo —sugirió Drake.

—No conoces a la muchacha —repuso Mason—. Cuando trabaja en un caso así como yo, trabaja día y noche, comiendo un bocado cuando puede. No hay duda de que en estos momentos está haciendo algo relacionado con lo que traemos entre manos.

—¿No tendría algo que ver con su salida el trozo de seda azul? —preguntó Drake.

—Es una idea —dijo Mason.

—Quizás haya recordado quién llevaba el vestido —añadió Drake.

—Es posible —dijo Mason, frunciendo el ceño—; pero es completamente improbable que Della haya abandonado el hotel sin comunicármelo y asegurarse de que ello no entorpecería ninguno de mis planes. Es igualmente incomprensible que no me haya

telefoneado ningún informe. Y no puedo comprender por qué tarda tanto en regresar.

—Bueno, toquemos una tecla cada vez —dijo Drake—. Vamos ahora a intentar esa gestión en Santa Cruz Mountains.

—¿Crees que podremos localizar allí a Morgan Eves?

—Seguro —contestó Drake—. Hay allí una pequeña estafeta de correos y una central telefónica y no nos será difícil adquirir informes.

* * *

La lluvia había cesado cuando el conductor detuvo el coche delante de la estafeta y entró a pedir la dirección que les interesaba. Las nubes se habían desgarrado y asomaba entre ellas el cielo azul de California. El conductor salió al poco rato y dijo, volviendo a sentarse detrás del volante:

—Hay que seguir media milla más por esta carretera, tomar la primera vuelta a la izquierda y preguntar en la primera choza.

Avanzaron por la encharcada carretera, arrojando los neumáticos contra los guardabarros pelladas de grava húmeda.

—Perry —dijo Drake—, ahora te tocará a ti hablar. Yo me limitaré a escuchar. Recuerda que no hay que gastar bromas con este individuo. Va siempre armado y es peligroso.

Mason hizo un gesto de conformidad. El conductor aminoró la velocidad, hizo girar lentamente el coche, echó los frenos y dijo:

—Aquí debe ser.

Estaban frente a una casita rústica levantada bajo los árboles. Su exterior estaba formado por troncos y cortezas sin desbastar.

—Tienen encendida la chimenea —dijo Drake, indicando una columna de humo azul que salía por el techado—. Alguien hay dentro.

—Vamos allá —dijo lacónicamente Mason.

—¿Llevas tu revólver? —preguntó Drake al conductor, y al recibir un gesto afirmativo, añadió—: Bien, cuando entremos, avanza arrimado a la pared, como si tratases de mantenerte en la sombra, pero asegúrate de que nadie puede dispararte por la espalda. Muy bien, Perry, vamos allá.

Evelyn Whiting abrió la puerta en respuesta a la llamada de Mason. Su rostro reveló sorpresa y consternación.

—¡Cómo! —exclamó—. Usted es míster Mason, el abogado.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—¿Tendría inconveniente en que entrásemos? —preguntó—. Queremos hablar con usted.

Ella titubeó perceptiblemente un momento, luego acabó de abrir la puerta y se echó a un lado. Los tres hombres entraron en fila.

—¿Está usted sola?

—Sí.

—Yo quería hablar con míster Eves.

—Pues no está aquí.

—¿Sabe usted cuándo volverá?

—No.

—¿Y dónde está?

—No lo sé tampoco.

—Lamento molestarla —dijo Mason, tomando asiento—, pero usted puede darme cierta información que necesito.

—Yo no sé nada…

—Retrocedamos y empecemos por el principio —la atajó Mason —. Usted conocía a Carl Moar, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuánto hacía que no le veía usted?

—¿Se refiere usted a antes de abandonar Honolulú?

—Sí.

—Hacía años. No le había visto desde que se casó.

—¿Y en el buque, le vio usted?

—Sí.

—A mí me pareció que trataba de rehuirla —dijo Perry Mason.

—Al principio así me lo pareció a mí. Pero me lo encontré por casualidad en la cubierta de paseo, el domingo por la mañana.

—Voy a poner mis cartas sobre la mesa, miss Whiting —decidió de pronto Mason—. He estado siguiéndole la pista porque creo que puede usted servirme de testigo material. Conozco todo lo referente a su matrimonio, a su marcha a Honolulú para pasar la luna de miel…

—No fue mi luna de miel —corrigió ella—, es decir, fue y no fue.

—Entonces, ¿qué debo entender? —preguntó Mason.

—Embarqué para Honolulú con mi marido, pero antes de que abandonásemos el puerto, una lancha rápida atracó al costado del buque. Tiraron una escala de cuerda. Bajó por ella mi marido. Yo no podía haberlo hecho de ese modo aunque hubiese querido. Jamás me llevé tan amarga decepción en mi vida. El me dijo que continuase hasta Honolulú y que iría a reunirse conmigo, utilizando un aeroplano *Clipper* u otro.

—¿Lo hizo? —preguntó Mason.

—No.

—¿Por qué no?

—No creo que le interese a usted lo más mínimo —contestó la mujer.

—¿Y regresó usted sin comunicárselo a su hermana?

—Sí. Se me presentó la oportunidad de acompañar como enfermera a míster Cartman. Resultó herido en un accidente de automóvil y quería regresar al continente. Necesitaba una enfermera experimentada que le cuidase. La ocasión me pareció buena y la aproveché.

—¿Y no comunicó usted a nadie que regresaba?

—No.

—Y no solamente eso; se tomó usted un interés particular por que su hermana creyera que continuaba en Honolulú. Dejó usted cartas para que se las enviasen por el *Clipper* y…

—¿Cómo lo sabe usted? —le interrumpió ella.

—Hemos hablado con su hermana —confesó Mason—. No debo ocultarle que hemos recibido una información bastante completa, mistress Eves.

La joven fue a decir algo, pero se contuvo y clavó la mirada en el suelo.

—Si quiere usted más explicaciones tendrá que esperar a que regrese mi marido —declaró.

—Ah, ¿luego espera que vuelva? —preguntó Mason.

—Bueno… verá usted… yo…

Guardó silencio. Drake y Mason cambiaron una mirada.

—Creo —dijo el abogado— que comprenderá usted por qué le dirijo estas preguntas, mistress Eves. Represento a mistress Moar.

La joven hizo un gesto afirmativo.

—Aparte del hecho de ser el abogado de mistress Moar, no tengo el menor interés en este asunto. Ni quiero tampoco inmiscuirme en su vida privada. Respetaré sus confidencias.

La joven quedó unos momentos pensativa y de pronto pareció tomar una decisión.

—Muy bien, míster Mason —dijo—, le contaré la verdad. Estuve casada otra vez. Aquel matrimonio fue una experiencia nada agradable y me dejó desengañada de los hombres. Desde entonces he conocido a algunos casados y lo que vi en ellos no me animó a desempeñar el papel de esposa que permanece en el hogar mientras el marido se divierte. Cuando llegué a Honolulú me puse a pensar en la manera que tuvo Morgan de dejarme a bordo mientras él regresaba repentinamente, y se me ocurrió que quizá…, bueno, que quizás hubiese por medio otra mujer. Quise volver en seguida y averiguarlo, pero no tenía dinero, por un lado, ni legítima excusa, por otro. Entonces se me presentó la ocasión de acompañar a míster Cartman, que había resultado herido en un accidente de automóvil y tenía que llevar durante meses una armadura de acero. Yo me había puesto en contacto con algunas enfermeras del hospital. Ellas sabían lo que me pasaba, y me dijeron que aquélla era una buena ocasión para regresar por sorpresa al continente. Además de poder pagar mi pasaje, me sobraría algún dinero para un apuro. Decidí, pues, aceptar. Pero, naturalmente, yo no quería que Morgan supiese que regresaba, y por eso le escribí unas cartas y dejé encargado que las enviasen por el *Clipper* después de mi salida. Y como temía que Morgan se pusiera al habla con Marian, hice lo mismo con ella. Esto es todo lo ocurrido.

—¿Y qué hizo usted al llegar aquí? —preguntó Perry Mason.

—Busqué a Morgan, naturalmente. Me fui derecha a su piso. Pensé que quizás estuviese allí con otra mujer. Pero…

Se interrumpió al oír el ruido del motor de un automóvil a toda velocidad. Escucharon todos, mientras la máquina rugía al remontar la cuesta. Luego rechinaron los frenos, resbalaron los neumáticos sobre la grava y el coche se detuvo bruscamente. Un momento después, sonaron pasos en el porche y un hombre alto abrió la puerta. Mason le reconoció en seguida, por la fotografía que había visto, como Morgan Eves.

—Perfectamente —dijo el individuo deteniéndose en el umbral,

con la mano a la altura de la solapa izquierda de su chaqueta—. ¿Qué es esto, una junta general?

—Tranquilícese, Eves. Yo soy Mason, el abogado.

—Eso es lo que dice usted —repuso Eves.

—Sí, que lo es, Morgan —apoyó Evelyn Whiting—. Viajó en el buque conmigo. Recuerda que te hablé de él.

Eves asintió, sin cambiar de postura.

—Bueno —dijo—, ¿y qué?

—Estábamos haciendo unas preguntas a su esposa —explicó Mason.

—Pues no va usted a conseguir ninguna respuesta —repuso Eves, y añadió, dirigiéndose al agente de Drake—: Y usted tenga cuidado con lo que hace con la mano derecha. Si saca ese cacharro, va usted a tener que salir de aquí echando humo.

En el momento de tenso silencio que siguió, Perry extrajo su pitillera, eligió despacio un cigarrillo, golpeó el extremo sobre la tapa, y dijo:

—Hablemos sensatamente, Eves.

—Muy bien —dijo Eves—, hablemos. Empiece usted.

Mason sacó un fósforo, encendió su cigarrillo y dio las gracias cuando Evelyn Whiting le aproximó un cenicero. Luego se retrepó cómodamente en su asiento y empezó a hablar.

—Soy abogado, Eves. Represento a mistress Moar. El fiscal la acusa de asesinato en primer grado. Su esposa de usted venía en el buque cuidando a un individuo con el cuello fracturado. Ella conocía a Moar desde antes de casarse éste. Moar viajaba también en este mismo buque con el nombre de Newberry. Y a mí se me ocurrió que quizá su esposa supiera algo que pudiera ayudarme, y por eso me permití venir a interrogarla.

—Muy bien —dijo Eves, en tono burlón—. Ya la ha interrogado usted. ¿Qué contestó?

Mason lanzó a la enfermera una mirada interrogadora. Ella asintió imperceptiblemente.

—Antes de venir aquí —explicó Mason—, me enteré de algunos detalles referentes a ustedes. Sabía, por ejemplo, que se habían ustedes casado y embarcado para Honolulú a pasar la luna de miel. Ella me ha dicho que a usted le hicieron bajar del buque y que ella siguió el viaje sola. Una vez en Honolulú tuvo la oportunidad de

poder regresar a reunirse con usted y ganar, de paso, algún dinero, y la aprovechó.

Eves se echó a reír brutalmente.

—Conque a reunirse conmigo, ¿eh? ¡Lo que vino es a sorprenderme! Se creyó que estaba con otra mujer.

—Eso me tiene sin cuidado —repuso Mason—. Ustedes pueden arreglar sus asuntos sin mi ayuda. A mí sólo me interesa la defensa de mi cliente.

—¿Qué más le dijiste, Evelyn? —preguntó Eves.

—Nada más —contestó ella—. ¿No es eso todo lo ocurrido?

Eves reflexionó un minuto. Luego cruzó la habitación y se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo, miró fijamente a Mason y dijo:

—De acuerdo Mason, yo tengo muchas cosas que decir y algunas que quizá le interesen. En cuanto dé usted la señal me tendrá a su disposición.

—Ya doy la señal —dijo Mason.

—¿Con qué? ¿Con dinero, con bolas o con tiza? ¿Con qué?

—No compro testimonios, Eves —declaró Perry Mason.

—¿Y por qué diantres hemos de comparecer ante los tribunales a que nos atosiguen los periodistas, sólo por ayudarle a usted?

—Probablemente porque es lo que se debe hacer —replicó Mason—. Tengo entendido que usted mismo se vio envuelto en un proceso por asesinato. Ya sabe lo que es eso.

—¿Quién le ha contado a usted eso? —preguntó Eves furioso.

—Un pajarito —contestó Mason.

Eves fumó en torvo silencio durante unos segundos.

—Conforme, Mason —dijo al fin—; voy a ser franco con usted. Había dicho a Evelyn que cerrase el pico sobre este asunto, pero yo lo voy a abrir en obsequio a usted. He aquí lo que hay: Evelyn conocía a Moar desde antes de que él se casase. Durante el viaje le descubrió en el barco. Moar le hizo seña de que se callase hasta que pudiera verla. La esperó en cubierta y le dijo que la policía le perseguía por un delito de desfalco que no había cometido, pero que si llegaba a prenderle, descubriría que era el autor de algo más grave, y que como estaba preocupado por Belle, iba a entregar el dinero a su mujer y a tomar una decisión radical.

—¿Dijo qué iba a hacer?

—Estaba desesperado y dijo que no le quedaba otro recurso que

quitarse de en medio.

Mason se esforzó por que no se le notase la emoción en la voz.

—Comprenderá usted, Eves, que eso descarta por completo el asesinato.

—No estoy muy seguro —repuso el individuo—. Aquello era lo que Moar *pensaba* hacer. Su esposa desconocía su propósito y también quería quitarle de en medio, y cuando él subió a cubierta, ella pudo adelantarse y… ahorrarle el trabajo.

—Es usted muy malicioso, Eves —dijo Mason.

—Lo seré, pero le estoy diciendo la pura verdad, se lo aseguro.

—¿Cómo lo sabe usted?

—He sumado dos y dos. No olvide que Aileen Fell vio todo lo ocurrido.

—No creo que viera tanto como asegura —repuso Mason—. El testimonio de su esposa pondrá en libertad a mi cliente. ¿Cuento con él?

—Cuenta usted con él —contestó Eves—. Pero le voy a decir algo más. Va usted a encontrarse con una sorpresa y van a condenar a su cliente.

—Yo me encargo de que no sea así —afirmó Mason.

—Va usted a tropezar con una declaración que le sorprenderá —insistió Eves.

—¿Qué declaración? —preguntó Mason.

Eves miró de través a su mujer.

—¿Crees que haríamos bien en decírselo? —preguntó.

—No se lo digas si no lo sabe —contestó ella.

—Conforme; como usted no lo sabe, no se lo diremos.

—Usted declare lo que sepa —dijo Mason a la enfermera—, y yo le garantizo que no habrá jurado que condene a mistress Moar por muy sorprendente que sea el testimonio de que me hablan ustedes.

—Usted desconoce en qué consiste el testimonio —dijo Eves.

—Es cierto, no lo sé —rezongó Mason.

—¿Se lo decimos? —volvió a preguntar Eves a su esposa.

La mujer hizo un gesto negativo.

—Perfectamente; me han puesto por dos veces la señal roja —rió Eves—. Si le parece, hablaremos de otro asunto.

—Hay un par de cosas que quisiera aclarar —dijo Mason—. ¿Envió usted una nota a Moar, diciéndole que subiera a cubierta?

—¿Yo? —preguntó Evelyn.

Mason asintió.

—No, por Dios. Yo dejé un sobre en la mesa del sobrecargo. Era para pagar los extras firmados por mí a bordo.

—Eso sería probablemente —dijo Mason—. Uno de los camareros la vio a usted dejar el sobre. Queda aclarado ese punto. Dígame ahora, ¿qué fue del paciente a quien acompañaba usted durante el viaje?

La mujer lanzó a Eves una rápida mirada.

—El enfermo no tiene nada que ver con este asunto —intervino Eves—. Él no oyó la conversación. Tenía el cuello fracturado y pagó a Evelyn para que le acompañase. Por cierto que mi mujer tuvo un pequeño disgusto con él. Quería retenerle parte del dinero y ella lo trajo a parar a mi casa. Sus parientes tenían que ir a buscarle allí, y en cuanto vieron que trataban con alguien que sabe lo que pesca, cerraron el pico y pagaron sin rechistar.

—¿Dónde está Cartman ahora? —preguntó Mason.

—No lo sé, y, lo que es más, no me interesa. Se lo llevaron sus amigos. Lo único que puedo decir es que no habría salido de mi casa si no me pagan hasta el último centavo de lo convenido con Evelyn.

Mason sacó de su bolsillo una citación en blanco.

—Perfectamente —dijo—; voy a citarle a usted. ¿Qué nombre pongo, Evelyn Whiting o Evelyn Eves?

—Mejor será Eveling Whiting —dijo Eves—. Mi impedimento legal para contraer matrimonio no ha terminado todavía y no quiero que el fiscal se meta conmigo. Le ayudaré a usted mucho más no figurando para nada en el asunto. Tengo un historial de vara y media de largo, si no lo sabía usted.

—Lo sabía —dijo Mason.

—De acuerdo.

Mason llenó la citación.

—No olvide —añadió Eves— que el asunto no va a ser, ni mucho menos, una carrera cuesta abajo, y que si el fiscal utiliza su cabeza va usted a encontrarse con el caso más difícil de su vida. Recuérdelo.

—Gracias por la advertencia —contestó Mason—. Me defenderé como pueda. Evelyn Whiting, queda usted citada para comparecer

mañana por la mañana a las diez, o tan pronto como se reúna el Tribunal, como testigo de la defensa en vista preliminar del caso contra la ciudadana del Estado de California, Anna Moar.

—Conforme —dijo Eves—. Todo está en debida forma. Ahora, señores, lárguense de aquí a los infiernos. Estoy en mi luna de miel.

Capítulo 12

Al entrar en el vestíbulo del hotel, Mason dijo a Drake:

—Paul, he estado reflexionando un buen rato. Me tiene muy intranquilo este asunto de Eves.

—¿Por qué? —preguntó Drake—. Eves es un pillo para ti. Te respeta porque eres el que lleva la voz cantante y hará todo lo que pueda por ti. La declaración de Moar a Evelyn Whiting te proporcionará todo lo que necesitas frente al Jurado. Aunque sea cierto que tu defendida apretó el gatillo y se anticipó a los deseos de su marido, el Jurado nunca dictará un veredicto de culpabilidad contra ella, después de escuchar a Evelyn Whiting.

—Así y todo, Paul, hay que buscar a Roger P. Cartman, aclarar lo del accidente de automóvil en que resultó herido allá en las Islas y averiguar quiénes eran sus amigos y dónde se encuentran ahora.

—De acuerdo —dijo Drake—. Nos ocuparemos inmediatamente de esto.

Mason se detuvo ante el mostrador para pedir su llave. El empleado se la entregó, en unión de varios recados. Examinándolos, vio que eran los de sus llamadas a Della Street.

—¿No ha regresado todavía miss Street? —preguntó.

—No lo creo —contestó el portero.

Mason se dirigió al ascensor.

—Vamos, muchacho —dijo al botones—, a ver lo rápidamente que llevas esta jaula al quinto piso. ¡A prisa!

Emergieron en el quinto piso. Mason se lanzó pasillo adelante, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta de un empujón.

—No ha estado aquí desde esta mañana —dijo—. Algo le ha sucedido, Paul.

—Salió por su propia voluntad —hizo notar Drake.

—Pero ya tendría que estar de vuelta o haber dejado un recado.

¡Por Dios santo, haz algo! No estés ahí mirándome con la boca abierta.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Drake.

—Ponte al teléfono. Ordena a tus hombres que recorran la ciudad. Que comprueben los accidentes de automóvil. Que averigüen las peticiones de ambulancias. Que visiten los hospitales. Que…

Drake traspuso la puerta que comunicaba con sus habitaciones y empezó a lanzar llamadas.

Sonó el teléfono de Mason. El abogado lo arrancó más que lo descolgó.

—¡Hola! —dijo, ya con el receptor al oído.

—¿Es usted, míster Mason?

Oyó la voz de Belle Newberry.

—Sí. ¿Dónde está usted, Belle?

—En mi hotel. Le he estado llamando toda la tarde. Me pusieron en libertad cuando se enteraron de que traía usted el mandamiento de *habeas corpus*.

—¿Sabe usted algo de Della? —preguntó Mason.

—No. Estuve llamando al hotel cada media hora. No contestó nadie. No quise dejar ningún recado porque temía que se enterase algún periodista y los estoy rehuyendo.

—Salte a su coche y venga inmediatamente —dijo Mason—. Necesito hablar con usted.

Colgó el receptor y se dirigió al dormitorio de Della Street. Luego volvió sobre sus pasos y entró en la habitación de Drake. Éste acababa de lanzar su última llamada telefónica.

—De acuerdo, Perry —dijo Drake—. Si le ha sucedido algo, tendrás noticias dentro de media hora.

—Si le ha sucedido algo —repuso Mason—, media hora es demasiado tiempo.

—Bien, nos enteraremos en cuanto consigan la información. He ordenado a la oficina que dediquen a ello todos los hombres que sean necesarios. Llevará un rato tenerlos a todos trabajando, pero recorrerán la ciudad con un peine muy fino. Dentro de cinco minutos sabremos si le ha ocurrido algún accidente o si se encuentra en un hospital.

—Belle Newberry está al llegar —comunicó Mason al detective.

—La soltaron, ¿eh?

—Sí. Su detención fue una arbitrariedad. Pero necesitaban hacerla hablar sobre el dinero. Los dieciocho mil dólares les intrigan más que ninguna otra cosa.

Mason se puso a pasear por la habitación.

—Debí volver más temprano —dijo, como hablando para sí—. ¡Y pensar que mientras yo andaba por ahí en busca de pistas, Della se encontraba, quizás, en un hospital gravemente herida!

—¿Se llevó el bolso? —preguntó Drake.

—Creo que sí.

—¿Qué te parece si llamamos a tu oficina de Los Ángeles? Si le ha ocurrido algo, tuvieron que encontrar en el bolso la dirección de Los Ángeles y…

—Buena idea —convino Mason.

Descolgó el teléfono interior y pidió al operador que le proporcionase comunicación urgente con su oficina de Los Ángeles. Luego reanudó sus paseos una vez más.

Sonó el teléfono. Drake lo atendió.

—¡Diga!

Escuchó durante algunos segundos y añadió:

—Está bien. Echad la barrera y que no quede nada sin tocar —luego se dirigió a Mason para comunicarle las noticias recibidas—. Las ambulancias no la han recogido. Nada en el hospital de urgencias. Ningún informe en los puestos de policía.

—¿Qué otra cosa pudo ocurrirle si no fue un accidente de automóvil? —preguntó Perry Mason.

—Pueden haberla llevado a algún hospital particular —dijo Drake—. Eso lo sabremos dentro de media hora.

—Veamos —reflexionó Mason—. Estaba lloviendo cuando salió de aquí. Eso significa que las calles estarían muy resbaladizas. Alguien tropezó con ella, la derribó y se apresuró a llevarla a un hospital…, pero a estas horas ya tenía que haber dado cuenta del accidente a la policía.

—Es posible que él también resultase herido —sugirió Drake.

—Aun así, la policía se habría enterado del accidente.

Drake asintió.

—¿Qué otra cosa pudo suceder?

—No sé. Acaso… Espera un momento, Perry.

—Prosigue —dijo Mason al ver que el detective titubeaba—. Di lo que sea.

—Ella salió por su propia voluntad —prosiguió Drake—. Ahora bien, en circunstancias normales no lo habría hecho sin dejar un recado para ti o darte un telefonazo para ver si necesitabas que hiciera algo. ¿No es así?

—Cierto —convino Mason.

—Bien, entonces supongamos que salió por algo urgente, por algo que no podía esperar.

—¿A dónde vas a parar, Paul?

—A esto: en donde nos encontrábamos no estábamos inmediatamente a su alcance. Recuerda que nos dirigíamos a visitar a Marian Whiting. Della no te habría llamado allí, a menos de haberse tratado de un caso de la mayor urgencia, porque sabía que tú ibas a tratar de asustar a Marian para conseguir alguna información.

—Prescinde de preliminares —dijo Mason, impaciente.

—Recuerda que, poco antes de salir de aquí, el camarero del buque trajo un trozo de seda azul. Tú lo cortaste en tres pedazos y…

Mason sacó del bolsillo uno de los pedazos a que se refería Drake.

—Sí —dijo—, ya mencionaste antes ese detalle. ¿Crees que haya localizado al vestido a que pertenece esta tela?

—Supongámoslo —dijo Drake—. En ese caso habría salido para asegurarse, si tenía alguna duda. Perfectamente, supongamos ahora que mientras hacía la comprobación se le vio la oreja y alguien se dio cuenta de ello.

—Eso no puede ser —dijo Mason—. Es demasiado improbable.

—Déjate de cosas improbables —replicó Drake—. El secreto está en ese vestido, Perry. Recordemos cómo fue la cosa. El trozo de la tela estaba enganchado en una cornamusa, por la parte de fuera de la batayola. ¿No es eso?

Mason asintió.

—Con la mar que hacía, nadie se hubiera atrevido a saltar a la parte de afuera de la batayola.

—¿Qué quieres deducir de eso? —preguntó Perry Mason.

—Muchas cosas —dijo Drake—. Supongamos que alguien mató a

Moar. Supongamos que Aileen Fell dice la verdad y que una mujer se arrastró hasta la borda y le arrojó al agua. El hombre, al luchar, se agarraría a la mujer y le arrancaría un trozo de su vestido, y luego, al caer, el trozo de tela se engancharía en la cornamusa y se le desprendería de las manos. ¿Crees que pasó así?

—Eso no es más que una hipótesis, Paul.

—Muy bien —dijo Drake—. Dame otra un poco más consciente que explique por qué el trozo de tela estaba en la parte externa del buque.

Mason quedó pensativo, con la mirada fija en la alfombra. Sonó el teléfono. Lo descolgó y le notificaron que estaba en comunicación con su despacho de Los Ángeles. Jackson les dijo unos momentos después que no habían sabido una palabra de Della Street.

Cuando Mason se disponía a colgar, el telefonista del hotel se intercaló en la línea y dijo:

—Míster Mason, una tal miss Newberry pregunta por usted.

—Hágala subir —contestó el abogado.

Estaba abstraído, retorciendo el trozo de tela azul entre sus dedos, cuando Belle Newberry llamó a la puerta. Mason fue a abrir.

—¿Cómo le fue, Belle? —le preguntó, estrechándole la mano.

—Mal, pero no demasiado —contestó la joven—. La pobre mamá es la que me temo que estará pasando muy malos ratos.

—Esta noche iré a verla —dijo Mason—. Quise hacerlo esta tarde, pero estuve muy ocupado. He descubierto un testigo que pulverizará la acusación. Mañana por la noche su madre estará en libertad.

Los ojos de Belle se dilataron de alegre sorpresa.

—¿Está muy seguro, míster Mason? —preguntó.

Mason asintió.

—Esta testigo —dijo— demostrará que Carl estaba acorralado. Sabía que su juego estaba descubierto y había decidido ponerle fin para salvarla a usted del escándalo.

—¿Quiere decir que se suicidó? —preguntó ella.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Me cuesta mucho creer que Carl hiciera eso —añadió la joven.

—Lo hizo porque estaba muy preocupado por usted.

—Pero, ¿por qué?

—Creo que el dinero que tenía era de mala procedencia.

—¿Qué entiende usted por mala procedencia?

—Dinero ilegalmente obtenido, que le hacía temer que le persiguiese la Ley.

—Carl no era capaz de eso —afirmó la joven—. Era muy tímido, como usted sabe, y no le gustaba exponerse.

—Bien —repuso Mason—, la cuestión es que todos los hechos parecen demostrarlo y que la testigo de que le estoy hablando lo jurará.

—¿Qué trapo es ése? —preguntó la joven al observar el trozo de seda que Mason retenía entre los dedos.

—¿Lo reconoce? —preguntó Mason, entregándoselo.

Ella lo examinó, frunciendo el ceño.

—Lo he visto en alguna parte —dijo.

—Lo vio usted en el barco —aclaró Mason—. Una muchacha llevaba un vestido de esta tela, probablemente un traje de noche.

—¡Oh! Ahora recuerdo —dijo Belle—. El vestido me llamó entonces la atención.

—¡Es usted nuestra Providencia! —exclamó Mason—. ¿Quién llevaba el vestido?

—Aquella enfermera.

Mason lanzó una mirada al detective.

—¿Evelyn Whiting? —preguntó.

—Sí, la que cuidaba al individuo del cuello fracturado.

—¿Está usted segura?

—Absolutamente segura.

—Muy bien, Paul; aquí tienes la respuesta —dijo Mason a Drake —. Della reconoció este material y salió a comprobarlo. Recuerda que Evelyn Whiting se encuentra en aquella choza de la montaña desde ayer por la tarde. Eves estuvo fuera toda la noche. Eves es un bandido que no se detiene ante nada. Ahora bien, si Della había descubierto que Evelyn…

Drake descolgó el teléfono.

—¿Qué hacemos, Perry? —preguntó.

—Reunir una partida de hombres bien templados con abundancia de revólveres y municiones. Vamos a volver a la choza, Paul. Ahora recuerdo que Eves se mostró demasiado excitado cuando entró y luego no sabía qué hacer para conseguir mi gratitud. ¡En marcha! No podemos perder ni un instante.

Drake empuñó el teléfono y llamó a su despacho.

—Prepárame media docena de muchachos que no se asusten del coco —dijo a su subordinado—. Me agradaría que figurasen en el lote un par de comisarios del sheriff, y que no se os olviden los revólveres, las balas y los gases lacrimógenos.

—¿De qué se trata? —preguntó Belle, mirando con expresión de temor el pálido rostro del abogado.

—Della Street ha desaparecido —explicó Mason—. Salió esta mañana y no hemos vuelto a saber de ella desde entonces. Una investigación en los hospitales y de los accidentes de automóvil demuestra que no está herida. Cuando salió llevaba el propósito de seguir la pista a este trozo de seda azul.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Belle Newberry.

—Sí —contestó Mason—, espere aquí y haga de secretaria. Reciba todos los recados que lleguen y esté preparada para darme un informe completo siempre que llame. Tú, Paul, ordena a tu oficina que comunique a Belle las noticias que vayan llegando.

Mason abrió su maletín, sacó de él un revólver enfundado, se desabrochó su cinturón y pasó la correa por la trabilla de la funda.

—Vamos, Paul —dijo al detective, que estaba telefoneando—. No hemos terminado el día.

Capítulo 13

Los dos automóviles llenos de hombres ceñudos y silenciosos, corrían veloces por la pavimentada carretera que serpenteaba por la montaña cubierta de pinos. Una luna rojiza parecía suspendida sobre el resplandor de la puesta del sol. Los conductores eran hombres que conocían su oficio, que sabían mantener los coches en segunda, se ceñían en los virajes y utilizaban oportunamente los frenos.

—¿Tiene idea de cómo va a desarrollarse esta fiesta? —preguntó Mason. Tenemos que evitar todo choque innecesario.

—Empezaré por averiguar si Eves sabe algo de Della —contestó Mason—. Y si él inicia algo, lo terminaré yo por mi cuenta.

—Él es muy capaz de iniciar algo —advirtió Drake.

—Y yo de terminarlo —afirmó Mason.

—¿Qué papel cree que desempeña la enfermera? —preguntó Drake.

—Lo ignoro —confesó Mason—. Los dos ocultan algo. ¿Cómo diablos se le engancharía a ella el traje en la cornamusa?

—Podemos preguntárselo —rió Drake.

—Haré otra cosa cuando aparezca Della —dijo Mason—. Tengo idea de que tenemos ante los ojos la solución clara y lógica de todo este asunto, pero yo no la puedo ver en este momento, porque estoy preocupado por lo de Della.

—Cometerás una equivocación si apuras a Eves —le advirtió Drake—. Adelantarás bastante más poniendo las cartas sobre la mesa… ¿Por qué no encargas a Van Densie que se entreviste con él?

—¿Por qué Van Densie?

—Es el abogado que le defendió en su último proceso por asesinato. Quizá pudiera arreglarte el asunto.

—No me sirve ese picapleitos —replicó Mason—. Además, tiene

bastantes quebraderos de cabeza propios para preocuparse de los míos. No cruzaría la calle para hacerme un favor.

—¿Por qué no lo intentas? —insistió Drake.

—No cabe otra cosa que la acción directa, Paul. No puedo explicártelo. Cuando yo hablo con un hombre, me percato en seguiría de si me dice o no la verdad. Si consigo mirar a Eves a los ojos y preguntarle por Della, te apuesto lo que quieras a que podré decir si miente.

—Perfectamente: supongamos que miente. ¿Y qué? —preguntó Drake.

—Entonces le haré detener —contestó el abogado.

—¿Lo harás detener?

—Sí, Paul. Son muy pocos los que lo saben; pero, bajo la Ley, un ciudadano cualquiera tiene derecho a detener a otro cuando se ha cometido un delito y existen razonables fundamentos para creer que lo ha cometido la persona detenida.

—¿Y tú tienes razonables fundamentos? —preguntó Drake.

—Los haré aparecer como tales —contestó Perry Mason.

Viajaron en silencio durante otra media hora. De pronto, Mason se dirigió al conductor.

—Perfectamente, es la próxima vuelta. Saca toda la velocidad que puedas y luego para el motor y deslízate por la cuesta. Cuando llegues al sendero de la izquierda encontrarás un cerro. Apaga entonces los faros y detente. Lo subiremos a pie.

Los coches avanzaron a toda velocidad, y luego se deslizaron cuesta abajo a motor parado.

—Muy bien —dijo Mason—; apaga los faros y detente.

Los coches se detuvieron silenciosamente. Mason saltó a tierra y los demás hombres formaron a su alrededor un grupo compacto.

—Perfectamente —les dijo Mason—; vamos a subir por este camino y a rodear la casa. No disparéis, a menos que os disparen. Yo entraré solo. No dejéis salir a nadie. Tengo razones para creer que una muchacha ha sido secuestrada y que el individuo que habita ahí es el autor del hecho. No utilicéis los revólveres más que en caso de pura necesidad. Servíos primero del gas y de las porras.

—En marcha —dijo uno de los hombres.

Subieron la cuesta. Mason y Drake se detuvieron para apostar sus hombres en las sombras. La choza estaba a oscuras y silenciosa.

Mason consultó su reloj. Transcurridos cinco minutos, hizo una seña a Drake.

—De acuerdo, Paul. Vamos ya. Déjame a mí ir delante.

—Nada de eso —protestó Drake—. Entraremos juntos.

Sonaron sus pisadas en la grava del sendero. Mason subió los peldaños que conducían a la choza y llamó a la puerta. Nadie contestó. Repitió más fuerte la llamada y movió el tirador del pestillo. Estaba echado.

El abogado se aproximó a la ventana, encendió su linterna y dirigió el haz de luz al interior.

—Yo no haría eso, Perry —le advirtió Drake—. Es peligroso. Pueden disparar a la luz y…

—Ahórrate el discurso, Paul —dijo Mason, descargando un puñetazo contra la ventana.

El ruido de los vidrios rotos tuvo caracteres de estruendo en el silencio de la noche. Mason introdujo la mano por la rotura, levantó la aldabilla y abrió la ventana.

—¿Vamos, Paul? —preguntó.

Drake titubeó un momento, luego se deslizó por la ventana, detrás de Mason.

El abogado paseó el haz de su linterna por la habitación, encontró el conmutador y encendió las luces.

—Ya sabes a lo que nos exponemos si nos sorprenden aquí —dijo Drake.

—Lo sé —contestó Mason—, y me tiene sin cuidado, voy a recorrer la casa.

Registraron la choza por completo. Al final del registro, Mason dictó su veredicto:

—De acuerdo —dijo—. Nos han ganado por la mano. Lo de la declaración de Evelyn Whiting no fue más que una treta para deshacerse de mí y evitar que penetrase en sospechas. En cuanto nos marchamos tomaron el portante.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Drake.

—Buscar a Eves.

—¿Cómo?

—Sólo sé que tenemos que buscarlo.

—¿Adónde iremos desde aquí?

—A despertar al encargado de la estafeta y preguntarle si vio

marchar a Eves. Desde allí hará una llamada por teléfono —contestó Mason.

Reunieron a sus hombres, volvieron a los coches, y, tras alguna espera, consiguieron levantar de la cama al encargado de la estafeta. Había visto a Eves y a la que creía su joven esposa abandonar aquellos lugares media hora después de la visita de Mason aquella tarde.

—El coche —añadió— iba lleno de equipaje.

Drake pidió una conferencia con su oficina de San Francisco, habló durante varios minutos y luego llevó a Mason aparte.

—Perry, la cosa se presenta mal —dijo.

—¿Tienes noticias de Della?

—Sí.

—Vengan las que sean.

Drake empezó a comunicárselas con grandes rodeos.

—Después de todo, Perry, no podemos estar seguros de que Della se haya dedicado a investigar lo del trozo de tela. Puede haber tenido razones particulares para…

—No me interesan los preliminares —le atajó Mason—. ¿De qué se trata?

—Mira, Perry, ¿se te ha ocurrido alguna vez que Della tuviera… bueno, que quisiera separarse de ti algún día?

El rostro de Mason se ensombreció.

—Tómalo con calma, Perry. ¿Por qué no puede haber conocido a alguien en el buque, o…?

Mason avanzó hacia él, amenazador.

—¡Habla, ya, Paul, y no me agotes la paciencia!

—Mis hombres no han perdido el tiempo, Perry —dijo Drake—. Acaban de descubrir una agencia que alquiló a Della un coche poco después de mediodía. Tu secretaria dejó un depósito de cincuenta dólares y pagó una semana de alquiler por adelantado. Utilizó el nombre de D. M. Greshaw.

—Si tus hombres se han equivocado… —empezó a decir Mason.

—No se han equivocado, Perry —le interrumpió Drake—. Llevaban una fotografía de Della. El hombre que le alquiló el coche la identificó sin dejar lugar a duda.

—¿Iba sola? —preguntó Mason.

—Completamente sola —contestó Drake—. Vamos, Perry,

volvamos al hotel a descansar. Recuerdo que tienes que actuar ante los tribunales mañana, y para entonces ya sabrás la verdad de lo ocurrido.

Mason miró fijamente al detective un momento, luego giró sobre sus talones.

—Muy bien, Paul —dijo—; vamos allá.

Capítulo 14

En el exterior de la sala de audiencias el sol derramaba raudales de luz sobre los edificios de San Francisco. En el interior, la luz del día luchaba con la sombría dignidad de los muros revestidos de nogal. Las lámparas eléctricas inundaban la sala de suave luz. No todos los asientos estaban ocupados. Los espectadores hambrientos de emociones que acostumbran a frecuentar los tribunales, ávidos de escuchar detalles falaces, no se habían sentido atraídos por un vulgar caso de asesinato.

Perry Mason, acentuadas las líneas de su rostro y enrojecidos ligeramente los ojos por una noche de insomnio, se levantó y dijo, dirigiéndose al juez Romley:

—Estamos preparados para actuar en nombre de la acusada.

—Muy bien —anunció el juez—. Va a celebrarse la vista preliminar del proceso contra la ciudadana del Estado de California, Anna Moar, también conocida como Anna Newberry. Llame a su primer testigo, señor fiscal.

Scudder, un individuo anémico, de piel casi transparente, de reposados modales, como quien está completamente a cubierto de las emociones humanas, se puso en pie.

—Con la venia del Tribunal, nuestro primer testigo será Frank Remington —dijo.

El juez Romley, reconociendo por la voz del acusador que no iba a haber nada espectacular y que se trataba de un mero trámite, se retrepó en su mullido sillón y se puso a observar a la acusada.

Anna Moar, sentada detrás de Perry Mason, alta la barbilla y la mirada ligeramente desafiadora, como retando al mecanismo de la Justicia, no revelaba la menor emoción.

Remington declaró que era agente de la «Products Refining Company», de Los Ángeles; que la compañía había empleado a Carl

Waker Moar; que Moar no ocupaba ya su empleo; que había dejado de asistir a la oficina desde hacía dos meses y no le había vuelto a ver desde entonces.

Scudder abrió su cartera y sacó unos papeles.

—Le enseñaré a usted —dijo— una fotografía para ver si puede identificarle.

—Sí —dijo el testigo—, ésta es una fotografía del individuo a que me he referido en mi declaración: Carl Waker Moar, el empleado nuestro.

—¿La persona empleada en la «Products Refining Company»?

—Sí.

—¿Con qué cargo?

—Como tenedor de libros.

—Pido que se marque esta fotografía para identificación —solicitó Scudder.

—Sin objeción —dijo Mason.

—Puede interrogar al testigo —invitó el representante del fiscal.

—Renuncio —dijo Mason.

—El siguiente testigo será miss Aileen Fell —anunció Scudder.

Aileen Fell, mujer de unos treinta años, se presentó tratando de ocultar su nerviosidad bajo una capa de fría dignidad, prestó juramento y, acto seguido, ocupó el estrado de testigos.

—¿Su nombre? —preguntó Scudder.

—Aileen Lenore Fell.

—¿Ocupación?

—Maestra de escuela.

—¿Dónde se encontraba usted la noche del domingo, día seis del corriente?

—A bordo de un buque, haciendo la travesía de Honolulú a San Francisco.

—¿Iban otros pasajeros?

—¡Oh, sí!

—Llamo su atención hacia la acusada, mistress Anna Newberry Moar para que me diga si se encontraba entre ellos.

—Sí, señor; pero no con el nombre de Moar, sino con el de Newberry.

—¿Por quién iba acompañada?

—Por un tal Carl Newberry, su marido, y por Belle Newberry, su

hija.

—¿Belle Newberry es la joven sentada en el pasillo de la primera fila de espectadores a la izquierda?

—No.

—¿Conocería usted a Carl Newberry si le volviera a ver?

—Sí, naturalmente.

—¿Reconocería su fotografía?

—Creo que sí.

—Entrego a usted una fotografía destinada a la identificación. Dígame si es de alguien que usted conozca con seguridad.

La mujer examinó la fotografía y dijo con reposada dignidad:

—Es la fotografía de Carl Newberry, quien, como marido, compartió durante la travesía el camarote de la acusada señora Moar.

—¿Cuál era el estado del tiempo en la noche del día seis, en aquella parte del océano recorrida entonces por el buque del que usted y el individuo cuya fotografía ha identificado eran pasajeros?

—El tiempo era muy malo —contestó la mujer—. Había temporal.

—¿Puede usted describirme ese temporal?

—Soplaba un viento, me parece que del Sudoeste. Era absolutamente imposible permanecer en el lado derecho del buque sin sentirse empapado por la lluvia y el oleaje. En la parte izquierda sí que era posible permanecer al abrigo de las cubiertas, pero, así y todo, el agua corría por ellas cada vez que el buque daba un bandazo.

—¿Los daba muy fuertes?

—Sí, mucho.

El representante del fiscal del distrito se dirigió a la presidencia y dijo:

—El capitán del buque nos dará más detalles acerca del temporal.

Luego reanudó su interrogatorio a la testigo.

—Dígame, miss Fell, ¿cuándo vio usted por última vez al llamado Carl Moar, o Carl Newberry, como usted le conocía?

—En la noche del seis.

—¿Puede usted decirnos hacia qué hora?

—Sería poco antes de las nueve.

—¿Dónde estaba usted?

—Sobre cubierta, cerca de las escalerillas que conducen a los botes.

—¿Y dónde vio usted a míster Newberry?

—A míster Newberry y a su esposa…

—¿Se refiere usted a la acusada aquí presente cuando dice «su esposa»?

—Sí.

—Prosiga.

—Míster Newberry, o míster Moar, para llamarle por su verdadero nombre, y mistress Newberry, salieron a cubierta. Permanecieron allí un momento, mirando hacia las escalerillas que conducían a la cubierta superior.

—¿A la situada inmediatamente encima de la que usted se encontraba?

—Sí.

—¿Pasaron por su lado míster y mistress Newberry?

—Sí.

—¿A qué distancia?

—A unos cuantos pies.

—¿Cómo iba usted vestida?

—Con un sombrerito y un impermeable oscuro. Yo estaba en una parte abrigada de cubierta, directamente hacia las escaleras y, por tanto, en un sitio en sombras donde ellos no me podían ver.

—¿Les oyó usted decir algo?

—Sí, oí que mistress Newberry, es decir, la acusada, decía algo y que míster Newberry replicaba en tono airado. Deduje segura que mistress Newberry quería que él…

—No me interesa lo que dedujera usted —le interrumpió el juez —. Limítese a decir lo que oyó y a quién se lo oyó.

—Bien, pues míster Newberry, o míster Moar, dijo: «Llevaré el asunto como me parezca. Tú guárdate de meterte en él».

—¿Qué sucedió después? —preguntó el abogado fiscal Scudder.

—Míster Newberry se dirigió rápidamente a la escalerilla que conducía a la otra cubierta y empezó a subir hasta llegar a ella.

—¿Cómo iba vestido?

—De smoking.

—¿Llevaba abrigo o impermeable?

—No.

—¿Estaba la escalerilla expuesta a la lluvia?

—La lluvia caía a torrentes. La escalerilla estaba completamente al aire libre. Yo veía cómo el agua rebotaba sobre las espaldas de míster Moar mientras subía.

—¿Y qué hizo la acusada?

—Echó a correr detrás de él. Míster Moar se volvió y protestó, y dijo a mistress Moar que regresase a su camarote.

—¿Y qué hizo mistress Moar?

—Esperó hasta que él acabó de subir y luego subió ella también.

—¿Cómo iba vestida?

—Con un vestido de noche de color oscuro.

—¿Con abrigo de alguna clase?

—No, era un vestido sin espalda. La lluvia caía sobre su piel desnuda.

—¿Qué sucedió después?

—Subieron a la cubierta superior. Yo oí sus pisadas sobre la tablazón. Pasado un rato, me pareció oír ruido de forcejeo, de lucha…

—Pido que se tome nota de las palabras «forcejeo» y «lucha» como conclusiones de la testigo —solicitó Mason.

—Concedido —dijo el juez.

—Precise usted lo que oyó —ordenó Scudder a la testigo.

—Oí lo que le he dicho a usted. No sé expresarlo de otro modo.

—¿Oyó ruido de pisadas sobre la cubierta superior?

—Sí.

—¿De qué naturaleza era aquel ruido?

—Eran una serie de rápidos restregones contra la madera, como el que hacen dos personas…

—No interesa eso —dijo Scudder—. Creo que el Tribunal comprende lo que usted oyó. Díganos ahora lo que hizo usted.

—Pasados unos minutos, me decidí a subir a la otra cubierta para ver lo que había sucedido. Me encontraba en mitad de las escalerillas cuando oí una detonación, y cuando llegaba a lo alto de las escaleras…

—Un momento —interrumpió Scudder—. Vayamos con orden. Usted subió por las escalerillas hacia la cubierta superior. ¿Estas escaleras a que usted se refiere son las mismas por las que subieron

míster y mistress Moar?

—Sí, señor.

—¿Había luces allá arriba?

—No, señor. La cubierta no estaba iluminada, pero había luces por la parte del hospital.

—¿Dónde estaba eso?

—Poco más allá del gimnasio. Las escalerillas están en la parte posterior del buque. Había dos, una en la parte de la derecha y otra en la de la izquierda. El gimnasio se encuentra al final de esas escaleras. Luego hay un espacio para jugar al tenis, y más allá la sección del buque destinada a celdas del hospital.

—¿Había luz en esa sección?

—Sí.

—¿Vio usted la luz por una puerta o por un ventanillo?

—Por ambas partes. Estaba abierto un ventanillo… quiero decir que no tenía echadas las cortinas… En cuanto a la puerta, estaba abierta.

—¿A qué distancia estaba usted de esa puerta, aproximadamente?

—¡Oh! A unos cincuenta pies.

—Muy bien; ahora diga al Tribunal todo lo que vio usted.

—Vi a mistress Newberry, es decir, a la acusada, de pie junto al cuerpo de su marido. Él estaba tendido sobre la cubierta, inmóvil.

—¿Y qué hizo la acusada?

—Se agachó y levantó el cuerpo.

—Un momento —interrumpió Scudder—. Cuando usted dice «cuerpo», ¿se refiere a la misma forma inmóvil tendida sobre cubierta de que acaba de hablarnos?

—Sí, señor.

—Prosiga.

—La acusada le cogió por debajo de los brazos, le levantó a medias y empezó a arrastrarle hacia la borda.

—¿Qué sucedió después?

—Cuando el buque se inclinó hacia la derecha, no pudo seguir avanzando. Pero cuando se inclinó hacia la izquierda, lo hizo rápidamente. En aquel momento la embarcación dio un brusco bandazo. La acusada arrastró el cuerpo hasta la borda, lo levantó, empuñó un revólver y disparó sobre él. Luego le dio un empujón y

le arrojó al mar.

—Y después, ¿qué?

—Corrió por la cubierta y la perdí de vista cuando dio la vuelta al saliente del hospital.

—¿Y usted qué hizo?

—Me puse a gritar.

—¿Sabe usted qué hora era?

—Lo sé exactamente.

—¿Qué hora era?

—Poco más de las nueve. Un momento antes de sonar el disparo había oído la campana de a bordo tocar dos veces. Dos campanadas durante la noche significan a bordo las nueve.

—Puede usted interrogarla, señor defensor —dijo Scudder.

—¿Cómo iba vestida en esta ocasión mistress Moar, la acusada? —preguntó Mason.

—Como les he dicho a ustedes —contestó Aileen Fell, con la rápida enunciación del que se cree ingenioso para las réplicas y está decidido a no dejarse embrollar—. Con un vestido de noche de color oscuro.

—¿Se celebraba a bordo la cena del capitán?

—Sí.

—¿Y cómo iba usted vestida?

—Ya lo he dicho, con un impermeable. Refugiada en las sombras como estaba, era virtualmente imposible que me vieran…

—No le pregunto por su impermeable —repuso Mason—. Quiero saber qué llevaba usted debajo de esa prenda.

—¿Que qué llevaba… debajo de mi impermeable?

—Exactamente —dijo Mason.

—Pues… no veo qué importancia pueda tener eso.

—Lo que me interesa saber es si usted llevaba también un traje de noche en aquel momento. ¿Lo llevaba usted?

—Sí.

—¿Un traje de seda estampado azul claro?

—Sí. Eso es.

—¿Se había usted vestido para la cena del capitán?

—Sí.

—¿Y después de la cena decidió usted subir a cubierta?

—Sí.

—¿Fue usted al camarote a ponerse el impermeable y el sombrero? ¿Se puso usted alguna prenda más?

—No.

—¿Está usted absolutamente segura?

—Sí.

—¿No recogió usted en su camarote más que el impermeable y el sombrero?

—Eso no es asunto de su incumbencia.

El juez Romley giró sobre su asiento para mirar severamente a la testigo.

—La testigo está obligada a contestar respetuosamente las preguntas del señor letrado —dijo—. Le ha preguntado a usted si recogió algo más en su camarote. ¿Lo recogió o no?

—No —contestó, ceñuda, Aileen Fell.

—Volvamos a lo que vio usted cuando estaba sobre cubierta —dijo Mason—. Usted ha afirmado, si no recuerdo mal, que míster Moar subió por la escalera descubierta hasta el puente superior. ¿No es así?

—Exacto.

—¿Y dice usted que él protestó cuando mistress Moar se dispuso a seguirle?

—Así fue.

—¿Consistió su protesta en un gesto hecho con el pie derecho?

—Bien… sí.

Alguien de la sala rió entre dientes. El alguacil reclamó orden.

—En otras palabras —dijo Mason—, ¿le pegó un puntapié?

—Supongo que sí.

—¿Por qué no lo manifestó así en su primer interrogatorio? —preguntó Mason—. ¿Es que estaba usted predispuesta en favor de la acusación y no quería que este Tribunal apreciase que mistress Moar pudo obrar en defensa propia?

—No tengo más prejuicio contra mistress Moar que el normal que toda mujer siente por una esposa que asesinó deliberadamente a su marido —replicó Aileen Fell, y se recostó en su asiento con la triunfante expresión del que acaba de dar un palmetazo a un abogado.

Mason continuó imperturbable:

—Dice usted también que el vestido que llevaba mistress Moar

no tenía espalda. ¿El vestido era muy ajustado?

—Sí.

—¿Y no tenía espalda?

—No.

—¿Era algo escaso de tela por delante?

—Muy escaso, a mi parecer —recalcó la testigo.

—¿Y se ceñía mucho a las caderas?

—Las moldeaba, sería más apropiado decir. Era un vestido que yo llamaría indecente.

—Muchos vestidos de noche son así, ¿no es cierto? —preguntó Mason.

—Eso depende del gusto y de la manera de llevarlo —replicó la testigo.

—Bien. ¿Mistress Moar siguió a su esposo a la cubierta superior?

—Sí.

—¿Hay una barandilla de hierro a lo largo de ambos lados de esta escalerilla?

—Así es.

—Y cuando mistress Moar subió por la escalera, ¿se agarró a la barandilla con ambas manos, es decir, colocó cada una de sus manos libremente sobre una distinta barandilla?

—Sí…, ¡es decir, no! —dijo enfáticamente la testigo, a la manera del que se resiste a dejarse atrapar—. Su mano derecha se apoyó en la barandilla de hierro. La izquierda la utilizó para recogerse la falda del vestido.

—¿Tendría usted la bondad de decirnos ahora —inquirió blandamente Mason— dónde podía llevar un revólver del treinta y ocho una mujer ataviada con un vestido sin espalda y una delantera demasiado escasa, ceñido de tal modo a las caderas que usted lo ha calificado de indecente, y que se agarraba con la mano derecha a una barandilla y con la izquierda se recogía la falda?

Aileen quedó inmutada de momento. La sala de audiencia se llenó de rumores al inclinarse hacia delante el auditorio para no perder una palabra.

—Lo llevaba en la mano izquierda —contestó al fin Aileen Fell.

—¿Afirma usted que llevaba el revólver en la mano izquierda y, además, sin ninguna dificultad, se recogía con ella la falda?

—Sí. El revólver lo llevaba bajo los pliegues del vestido.

—Así, pues, ¿era ese vestido transparente? —preguntó Mason.

—No es probable.

—Entonces, ¿cómo pudo usted ver el revólver a través de él?

—Bien… claro que no podía verlo.

—En otras palabras —dijo Mason—, que usted no vio realmente que mistress Moar llevase un revólver y que cuando pasó a muy pocos pasos de usted no vio ninguna arma en su poder, ¿es así?

—Bueno —dijo la testigo—, yo sé que tenía el revólver. Tenía que tenerlo.

—Y porque usted opine que tenía que tenerlo, ¿es razón suficiente para saber que lo tenía?

—Bueno… si lo interpreta usted de ese modo…

—No cabe otra interpretación, miss Fell —sonrió Mason.

La testigo apretó la boca y sus ojos llamearon de indignación.

—Veamos desde otro punto —continuó Mason—. Cuando estaba usted a mitad de las escalerillas, ¿oyó un disparo?

—Sí.

—¿Y cuando llegó usted a la cubierta, vio a mistress Moar junto al cuerpo inconsciente de su marido?

—Cuerpo sin vida —corrigió la testigo.

—¡Ah! ¿Era un cuerpo sin vida? —preguntó blandamente Mason.

—Sí.

—¿Está usted segura de ello?

—Sí.

—En otras palabras, ¿está usted segura de que míster Moar estaba muerto en aquel momento?

—Creo que sí.

—¿Lo cree o lo sabe?

El representante del fiscal se puso en pie.

—Protesto —dijo—. Ésta no es manera de interrogar. La testigo no podrá posiblemente decir tal vez…

—Protesto de que la acusación aleccione a la testigo —interrumpió Mason—. Miss Fell es una persona culta y completamente capacitada para defenderse en un interrogatorio. Ella ha dicho que mistress Moar estaba junto al cuerpo sin vida de su marido. Ha empleado las palabras «sin vida» para predisponer a Su Señoría contra mistress Moar, y yo voy a hacer que la testigo

retire esa afirmación. Voy a obligarla a confesar que no sabe si el cuerpo estaba sin vida o no.

—No logrará usted tal cosa —replicó airadamente Aileen Fell—. Dije que el cuerpo estaba sin vida, y estaba sin vida.

Scudder se sentó lentamente.

—¿Quiere decir que míster Moar estaba muerto cuando subió usted la escalerilla y llegó a cubierta?

—Sí.

—Entonces, cuando usted afirma que la acusada le arrastró hacia la borda y allí disparó de nuevo contra él, ¿quiere usted que el Tribunal entienda que hizo el disparo sobre un cadáver, y que tal disparo nada tiene que ver con el asesinato de míster Moar, por la sencilla razón de que míster Moar estaba ya muerto?

La testigo fue a decir algo, pero se contuvo y luego añadió con vehemencia:

—Supongo que mistress Moar querría asegurarse de que estaba muerto. ¡Esas mujeres son así! ¿Verdad?

—En otras palabras —repuso Mason, sonriendo—, que usted opina que mistress Moar, situada a un metro de su marido, no estaba segura de que estuviese muerto cuando le arrastró hacia la borda, mientras que usted, a quince o veinte metros de distancia, no tuvo más que echarle un vistazo y ya está dispuesta a jurar que estaba muerto. ¿Es así?

—Estaba muerto —insistió la mujer.

Mason continuó sonriendo.

—Ahora bien, un momento antes de que mistress Moar levantase el cuerpo de su marido hasta la borda, el buque se inclinó hacia la izquierda. ¿Es cierto?

—Sí.

—Una digresión —dijo Mason—. ¿No llevaba usted las medias rotas cuando descendió de la cubierta?

—Una de ellas, sí.

—¿Por qué causa?

—Se me despellejó la rodilla y se me desgarró la media al caer.

—¡Oh! ¿Se cayó usted? —preguntó Mason, solícitamente.

—Sí.

—¿Fue cuando el buque dio aquel bandazo hacia babor?

—Sí.

—¿Perdió usted pie, cayó al suelo y empezó a rodar?

—Casi salté por la borda.

—¿Cómo pudo usted refrenarse, miss Fell?

—Me agarré a la cubierta cuanto pude y al fin logré detenerme contra la borda.

—Debió usted pasar unos minutos muy apurados —comentó Mason.

—Mucho —confirmó la testigo.

—¿Y fue en el momento en que el buque daba el bandazo hacia babor cuando mistress Moar levantó a su esposo hacia la barandilla, le disparó el tiro y le arrojó al mar por encima de la borda?

—Sí.

—¿Usted rodó constantemente hacia la borda por la parte de babor?

—Rodé un par de veces; el resto del tiempo resbalé.

—¿Boca abajo?

—Sobre manos y rodillas.

—No obstante, no apartó usted sus ojos de mistress Moar, ¿pero la vio usted realmente levantar a su marido hasta la borda, disparar sobre él y arrojarlo al agua?

—Verá usted… —titubeó ella.

—¿No es un hecho —prosiguió Mason— que inmediatamente después de esta ocurrencia habló usted con la joven que compartía su camarote y le contó que cuando mistress Moar empezó a arrastrar el cuerpo de su marido hacia la borda, usted perdió el pie y no pudo ver lo que sucedió después, pero oyó el segundo disparo, y cuando recobró el equilibrio mistress Moar corría por la cubierta?

—Bueno, si ella no disparó sobre él y no le arrojó por la borda, ¿quién lo hizo? —preguntó la testigo.

—Eso —repuso Mason— es un punto que el Tribunal se encargará de aclarar. ¿No es también un hecho que usted no vio lo que ocurrió junto a la borda?

—Sí que lo vi —insistió miss Fell.

—¿Pero no afirmó usted, cuando el suceso estaba más fresco en su memoria, que no lo había visto?

—Es posible que lo dijera.

—¿Cuál es lo cierto? —inquirió Mason—. ¿Lo que dijo entonces o lo que dice ahora?

—Verá…

—Conteste la pregunta —insistió Mason, al ver que titubeaba.

—Bien —dijo ella—, pues no lo vi… es decir, no vi realmente con mis propios ojos que mistress Moar levantase a su esposo hasta la borda y lo arrojase al agua. Pero oí el disparo.

—¿Y no vio a mistress Moar disparar contra su marido la primera vez?

—¿Dice usted que si no vi…?

—Aquel disparo —le recordó Mason— que sonó cuando estaba usted a mitad de las escalerillas.

—Bien, no. No la vi dispararlo.

—Entonces, ¿usted no sabe por su propio conocimiento si ella hizo uno y otro disparo?

—Bueno, yo supongo que cuando una mujer…

—Por su propio conocimiento —interrumpió Mason—, ¿lo sabe usted?

—No lo sé de un modo absoluto.

—Dediquemos ahora unos instantes —dijo Mason— a cómo iba usted vestida en aquel momento. —El abogado se aproximó a la mesa donde reposaba su cartera, sacó de ella una foto, la ofreció a Scudder para inspección y luego la pasó a la testigo—. Ahí tiene usted algo que quiere ser una instantánea de un grupo en traje de noche, en el cual figura usted de pie, la segunda a partir de la izquierda. ¿Es éste el vestido que llevaba usted la noche en cuestión?

—Sí —contestó ella, contemplando el retrato—. Recuerdo cuando se tomó esta fotografía, pero no tenía la menor idea…

—Salvo única y solamente un sombrero y un impermeable, ésa es exactamente la manera en que iba usted vestida cuando míster y mistress Newberry pasaron al lado de usted sobre cubierta. ¿No es cierto?

—¡Oh… sí, claro que sí!

—¿Y esa fotografía la representa a usted exactamente como estaba con ocasión de la cena del capitán?

—Sí.

—Otra digresión, miss Fell —dijo Mason—. ¿Me permite usted ver sus lentes?

—No se lo permito —contestó con marcada brusquedad la

testigo.

—¿Qué se propone usted con ello, míster Mason? —preguntó el juez.

—Su Señoría —dijo Mason— acaba de oír a la testigo que esta fotografía la representa exactamente tal como estaba en su cena del capitán. Ha declarado también que fue a su camarote a recoger un sombrero y un impermeable, pero que no recogió nada más. Jura asimismo que esta fotografía la representa exactamente tal como iba vestida, salvo el sombrero y el impermeable, cuando míster y mistress Moar pasaron por su lado sobre cubierta. Ahora bien, si el Tribunal se fija en la fotografía…

Mason entregó la fotografía al juez Romley, quien la estudió un momento y luego dijo:

—Muy bien, miss Fell, tendrá usted la bondad de permitir que míster Mason examine sus lentes.

Con aire de ultrajada dignidad, la testigo se quitó los lentes y los entregó a Mason.

—¡Ah, sí! —dijo el abogado—. Ahora veo la causa. La razón de que no me pareciese antes tan buena fotografía es que usted no lleva lentes en ella. Creo que tiene usted la invariable costumbre de prescindir de sus lentes cuando se pone su traje de etiqueta, ¿no es cierto, miss Aileen Fell?

—Sí —contestó ella—. A mí me parece que una mujer no tiene un aspecto tan atractivo con lentes vestida para una fiesta. En mi caso, creo que mi aspecto…

—Exactamente —dijo Mason—. Y claro está que usted no llevaría sus lentes cuando subió a cubierta después de la cena del capitán.

—Le explicaré…

—Porque si los hubiese llevado —prosiguió Mason—, como la lluvia caía a torrentes, los cristales se habrían cubierto de humedad y no podría usted haber visto las cosas claramente.

—No —dijo ella con énfasis—, no llevaba lentes en aquella ocasión.

—Ya me lo figuraba —dijo Mason, reteniendo todavía el objeto entre las manos—. Ahora bien, miss Fell, ¿a qué distancia estaría de mistress Moar cuando subió usted por las escalerillas a la cubierta superior?

—¿Se refiere usted al momento en que la vi de pie junto al cuerpo de su marido?

—Sí.

—Pues estaría a unos quince o veinte metros.

Mason se alejó de la testigo y se colocó frente al representante del fiscal.

—¿A esta distancia? —preguntó.

—Ciertamente que no —contestó ella—. He dicho a quince o veinte metros. Usted no estará a más de seis metros de mí. De ese modo no puede usted acorralarme, míster Mason.

—Entonces yo estoy situado tan sólo a la tercera parte de la distancia a que usted vio a mistress Moar, ¿no es así?

—Sí.

—Bien. ¿Había tanta luz sobre cubierta como hay en esta sala? —preguntó Mason.

—Claro que no.

—¿Cuánta había allí?

—No mucha, pero salía la suficiente por la puerta del hospital para que se pudieran ver los objetos.

—¿Diría usted que una tercera parte de la luz que hay en esta sala?

—Probablemente no tanta.

—Muy bien. Usted ha identificado una fotografía que figura en autos como perteneciente al caballero que viajaba en el buque con el nombre de Newberry, esposo de la acusada. ¿Es cierto?

—Sí.

—Le enseñaré otra fotografía —dijo Mason— de míster…, míster… Nunca consigo acordarme del nombre… Paul, ¿dónde está esa fotografía?

Drake entregó a Mason un gran rollo. Mason continuaba todavía retador frente a Scudder.

—Esta es una fotografía de tamaño natural, miss Fell —dijo—. Vea si puede identificarla.

Mason desenrolló la fotografía, la mujer la contempló e hizo un gesto afirmativo.

—¿Es éste el individuo a quien usted vio que arrojaban por la borda?

—Sí.

—¿Y fue el cuerpo sin vida de este hombre el que usted vio tendido sobre cubierta, con mistress Moar, la acusada, a su lado?

—Sí.

El juez se inclinó para contemplar la fotografía y luego paseó su mirada de Mason a Scudder. Una burlona sonrisa fruncía la comisura de sus labios.

Scudder, al notar la expresión del rostro del juez, adoptó inmediatamente una actitud de desconfianza.

—Es costumbre —dijo—, y perdóneme el Tribunal, permitir que el letrado contrario examine las fotografías antes de interrogar a un testigo sobre ellas.

—Le ruego me perdone —dijo cortésmente Mason—. Se me había pasado por alto ese detalle. Pero da la casualidad, míster Scudder, de que la fotografía que tengo en la mano es una ampliación en tamaño natural de la de míster Donaldson P. Scudder.

Y Mason se volvió para que la fotografía fuese visible a Scudder y a todo el auditorio.

El alguacil golpeó en vano con su mazo reclamando silencio. El juez se esforzó por borrar la sonrisa de sus labios, mientras Scudder, enrojecido el rostro, gritó indignadas protestas que no fueron oídas.

Cuando se restableció el orden, Scudder, puesto en pie, consiguió hacerse escuchar.

—Protesto ante Su Señoría. Esta no es manera de interrogar. No hay derecho a aprovecharse de un defecto de la testigo. El letrado dijo claramente que iba a enseñarle una fotografía de tamaño natural del difunto míster Carl Walker Moar.

—El letrado no dijo tal cosa —replicó Mason.

—Creo que míster Mason tiene razón —intervino el juez—. Recuerdo particularmente que dijo: «Míster… míster…», y luego titubeó y añadió: «Nunca consigo acordarme del nombre». Claro está que fue una treta para atrapar a la testigo, pero, como el letrado tan acertadamente señaló, esta testigo es una persona culta y puede defenderse perfectamente en un interrogatorio. Su identificación de la fotografía no ha podido ser más rotunda.

Mason volvió a dirigirse a la testigo.

—¿Tendrá usted la bondad de explicar, miss Fell, cómo es que ha declarado ahora que fue a míster Donaldson P. Scudder,

comisario representante del fiscal del distrito, a quien usted vio tendido sin vida sobre cubierta, y luego arrojado al agua por la borda…?

—Usted tenía mis lentes —protestó airada la testigo—. Usted me mintió sobre esa fotografía, míster Mason, y yo me fié de su palabra.

—Pero usted no tenía sus lentes la noche en cuestión, miss Fell —replicó Mason, reteniendo todavía la fotografía—. ¿De qué palabra se fió usted para creer lo que sucedió entonces?

La testigo guardó silencio.

—Tenga, pues, la bondad de explicarnos cómo es que cuando yo le enseñé una fotografía a tamaño natural, colocada a un tercio de la distancia a que usted declara haber visto a la acusada sobre la cubierta del buque, en una sala que usted confiesa está tres veces mejor iluminada que aquella cubierta, bajo condiciones, por tanto, mucho más favorables que las que existían en aquella ocasión; ¿cómo es, repito, que es usted incapaz de distinguir entre una fotografía de tamaño natural de míster Scudder y una fotografía de míster Moar?

—Tenga usted la bondad de devolverme mis lentes, míster Mason —dijo la testigo.

—En otras palabras, miss Fell, que sin sus lentes no puede usted identificar los rostros a esta distancia, ¿no es eso?

—Puedo identificar figuras.

—Exactamente —dijo Mason—. Las identifica usted por la manera de estar vestidas. ¿Es cierto?

—En parte…, sí.

—En otras palabras —prosiguió Mason—, cuando míster y mistress Moar pasaron lo suficientemente cerca de usted por la cubierta inferior, pudo reconocerlos, pero cuando subió usted a la otra cubierta ya no estaba usted lo suficientemente próxima a ellos para reconocer sus rostros. Sólo vio usted figuras. Sólo pudo usted darse cuenta de que eran las figuras de un hombre con smoking y de una mujer en traje de noche de color oscuro. ¿Es cierto?

—Es todo lo que necesitaba saber en aquellas circunstancias —replicó la mujer.

—¿Pero es cierto lo que he dicho?

—Podía identificar aquellas figuras, míster Mason. Sabría que la

mujer era mistress Moar. No podía ser otra.

—¿Llevaba un vestido de noche de color oscuro? —preguntó Mason.

—Sí. Ya se lo he dicho dos o tres veces.

—¿Y no es cierto que alguien que llevase un vestido de noche de cualquier color oscuro, por ejemplo, azul oscuro, se le habría aparecido a usted en aquellas circunstancias como mistress Moar?

—Ellos eran los únicos que habían subido a cubierta…

—¿Pero había otros medios de llegar hasta ella?

—Había otras escaleras, sí.

—Y en la parte del hospital tuvo que haber alguna persona que diese la luz.

—Yo no sé quién la encendió.

—Un momento, míster Mason —intervino el juez, inclinándose para mirar a la testigo con expresión severa—. Miss Fell —dijo—, éste es un proceso por asesinato. Está usted ante un tribunal de justicia. No es éste un juego de ingenio en el que se trate de vencer al letrado de la parte contraria. Es un asunto muy serio. Al parecer su visión sin los lentes es muy deficiente. Es preciso que conteste usted a las preguntas de míster Mason.

—¿A qué pregunta? —inquirió la testigo.

—Si la única cosa que puede usted jurar en absoluto es que vio dos figuras sobre la cubierta superior, no es menos positivo que usted no pudo identificar ninguna de aquellas figuras.

—Las vi perfectamente cuando pasaron por mi lado en la cubierta inferior…

—No hablo ahora de la cubierta inferior —replicó el juez—. Me refiero a la cubierta superior.

—No —confesó la testigo, tras reflexionar un momento—. No pude identificar las figuras en la cubierta superior.

—Nada más, entonces —dijo Mason, entregando los lentes a la mujer—: Muchísimas gracias, miss Fell.

—Eso es todo —dijo Scudder, tras un momento de titubeo.

Aileen Fell se ajustó los lentes, lanzó una desafiadora mirada a Perry Mason y, con la cabeza erguida, avanzó por el pasillo hacia su asiento en la sala.

—Llame al siguiente testigo, míster Scudder —ordenó el juez.

—Capitán Joe Hanson.

El capitán Hanson, hombre corpulento, musculoso, de penetrante mirada, ocupó el estrado y miró fijamente a Mason.

—Estipularemos, para ahorrar tiempo —dijo el abogado—, que éste es el capitán del buque en que Carl Newberry o Carl Moar, como quiera llamársele, salió de Honolulú y que durante toda la travesía siguió siendo el capitán del buque; que conoció a Carl Moar, y que identificará la fotografía mostrada al anterior testigo como la del pasajero embarcado en su buque con el nombre de Carl Newberry, y que ocupaba el camarote número veintiuno.

—Muy bien —dijo Scudder—. Capitán, ¿puede usted decirnos el estado del tiempo en la noche del seis y hora aproximada de las nueve de la noche?

—Soplaba un fuerte viento del Sudoeste —contestó el capitán Hudson—. La lluvia caía a torrentes. La visibilidad era muy dificultosa.

—¿Cuál era la posición del buque a la hora citada? —preguntó Scudder.

—Estábamos justamente a la altura de las islas Farallón.

—¿A tres millas de esas islas?

—A milla y media.

—¿Cómo estaba el mar?

—Muy alborotado, y el buque con frecuencia daba fuertes bandazos.

—¿Había usted tomado algunas precauciones para retirar a los pasajeros de las cubiertas?

—Por la parte de barlovento, sí. El cabeceo del buque no era tan brusco que no permitiese a los pasajeros circular por la de sotavento. Todas las puertas del primer lado fueron cerradas y rodeados con cuerdas los lugares más batidos de las cubiertas.

—¿Tuvo usted ocasión de entrar en el camarote de la acusada poco después de las nueve?

—Ciertamente.

—¿Quiénes estaban presentes?

—El sobrecargo, la acusada mistress Moar, míster Perry Mason, miss Della Street y miss Belle Newberry, hija de mistress Moar.

—¿Hizo la acusada en aquel momento y lugar alguna declaración sobre la última vez que había visto a su esposo?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Un momento —intervino Mason, poniéndose en pie—. Me opongo a la pregunta por inoportuna, improcedente y falta de fundamento.

El juez Romley miró a Perry Mason por encima de sus lentes.

—No creo haber entendido su objeción —dijo—, particularmente lo de que la pregunta carece de fundamento.

—Sírvase recordar Su Señoría que es necesario que la acusación pruebe el *corpus delicti* antes de solicitar un testimonio que relacione a la acusada con la comisión del crimen. En otras palabras, en este caso, la acusación debe probar primero que Carl Newberry, o Carl Moar, como quiera llamársele, está realmente muerto. En segundo lugar, la acusación tiene que probar que la presunta víctima encontró la muerte como consecuencia de un agente criminal. Cuando se cumpla esto, la acusación podrá relacionar a la acusada con el crimen. Pero hasta entonces no puede recibirse testimonio alguno de confesiones o admisiones por parte de la acusada.

»Ahora bien, en este caso, lo más que la acusación ha conseguido demostrar es que un testigo oyó un disparo y vio dos figuras a unos veinte metros de distancia, sin que pudiera identificarlas.

—Pido la venia de Su Señoría para pronunciar unas palabras —dijo Scudder.

El juez concedió el permiso solicitado por el fiscal con un gesto.

—Esto es meramente un tecnicismo baladí —dijo Scudder—. Pero acompañaré al letrado en su propio terreno. Supongamos que nadie puede testificar que mistress Moar mató a tiros a su marido, pero sí que alguien arrastró a un hombre hasta la borda y lo arrojó al agua. Ahora bien, demostraré con el capitán Hanson que el estado del mar era tal en aquel momento, que un hombre no habría podido vivir diez minutos, ni aun siendo un experto nadador, en…

—Pero nadie ha declarado que fuese arrojado un hombre al agua —repuso Mason.

—Miss Fell vio…

Mason sonrió al ver que el representante del fiscal caía en repentino silencio.

—Es una situación peculiarísima, señor letrado —dijo el juez.

—Puedo despejarla de otro modo —sugirió Scudder—.

Permítame, Su Señoría, que haga al capitán Hanson unas cuantas preguntas más.

—Muy bien —concedió el juez—. Adelante. Siga el interrogatorio.

—¿Qué sucedió en el buque, que usted sepa por su propio conocimiento, poco después de las nueve de la noche del seis? —preguntó Scudder.

—La telefonista comunicó al puente que un hombre había caído al agua. Inmediatamente adopté las medidas necesarias para buscar al hombre y, de ser posible, salvarle. Hice dar la vuelta al buque para recorrer la ruta que había venido siguiendo. Lancé bengalas y boyas de salvamento luminosas. Continué explorando las aguas durante más de hora y media y luego reanudé la marcha hacia San Francisco.

—¿Hizo usted gestiones para averiguar la identidad de la persona que pudiera faltar del buque?

El capitán se rascó la cabeza.

—Las hice y no las hice —contestó.

—¿Cómo debo interpretar eso?

—Empezamos por pasar lista y ordenamos que todos los pasajeros permaneciesen en sus camarotes. Entonces se me acercó miss Fell y me dijo que…

—No importa lo que le dijera, capitán —interrumpió el juez—. Limítese a declarar lo que hizo usted.

—Bien —continuó el capitán—, antes de empezar a recorrer todos los camarotes, nos dedicamos a averiguar lo que había sido de míster Newberry, o Moar, como creo que era su verdadero nombre. No lo pudimos encontrar y como, en cambio, teníamos algunos indicios de que su esposa…

—No interesan ahora esos indicios —volvió a interrumpirle el juez—. Se trata ahora de probar el *corpus delicti*.

—No sé lo que significa eso —repuso pacientemente el capitán—. Yo sólo puedo contar lo que hice.

—¿Entonces no llegó usted a recorrer todos los camarotes para comprobar la presencia de los pasajeros según la lista?

—Realmente, no —confesó el capitán.

—Perdone Su Señoría que no termine aún —dijo Scudder, dirigiéndose al juez—. Aprecio la posición en que se encuentra la

acusación. Es una posición realmente única. Puedo decir, naturalmente, que como acusador no siento simpatía alguna por un criminal que pretende escudarse en una sutileza…

—Basta ya —interrumpió el juez—. Limite usted sus observaciones a la cuestión que se debate, señor letrado. Bien sabe Su Señoría que tales observaciones son improcedentes.

—Pido perdón al Tribunal —dijo Scudder—. ¿Puedo solicitar el aplazamiento de la vista hasta las tres de la tarde? Hay un testigo más, que espero poder presentar para aquella hora.

—La petición es algo desacostumbrada —repuso el juez—, pero las circunstancias son igualmente anómalas. El Tribunal acuerda la suspensión hasta las tres de la tarde.

Capítulo 15

Drake se abrió paso por entre los espectadores hasta llegar al lado de Mason.

—Bien, Perry —dijo—, creo que tenemos algo.

—¿Sobre Della? —preguntó Mason.

Drake hizo un gesto afirmativo.

Mason se inclinó sobre la silla en que estaba sentada mistress Moar.

—Su caso puede darse por resuelto —le musitó al oído—. El juez Romley no es partidario de continuar los procesos cuando juzga imposible conseguir una condena del Tribunal Superior. Aquí le dará a usted tantas garantías como si la causa se estuviese viendo ante un jurado, y la declaración de Aileen Fell no va a pesar mucho en el asunto. Todo lo que vio esa mujer fueron dos figuras luchando sobre cubierta, y las vio confusamente.

Mistress Moar rozó con gratitud la mano del abogado.

—Tengo que marcharme ahora mismo para un asunto importante —añadió Mason—. Nos veremos a las tres de la tarde. Vamos, Paul.

Belle Newberry le cogió la mano cuando se disponía a abandonar la sala.

—¡Dios le bendiga! —exclamó.

Mason sonrió bondadosamente y le palmoteo la espalda.

—Tendrá usted ahora la oportunidad —dijo— de entrevistarse con su madre unos minutos antes de que las matronas se la lleven. Nos veremos después, Belle.

Drake tenía un coche esperando frente a la audiencia.

—Perfectamente —preguntó Mason con avidez—, ¿qué ha descubierto, Paul?

—No lo sé, Perry —contestó Drake—. No quiero ser yo quien te

lo diga. Prefiero que lo veas por ti mismo.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Sube, Perry. No será cuestión de que pierdas mucho tiempo.

—¿Adónde vamos?

—Un poco más allá de Berkeley.

—En marcha, entonces —apremió Mason.

El auto cruzó Market Street y torció hacia la izquierda, para descender a toda velocidad por el bulevar que conduce al puente que cruza la bahía.

—Escucha, Paul —dijo Mason—, sólo vamos tres, y si vamos a tener lío con Eves…

—No vamos a tener líos con Eves —replicó Drake—. Entretanto, creo que sé lo que ocurrió con Eves.

—Adelante y escúpelo ya —apremió Mason—. ¿O te vas a poner también misterioso en esto?

—Tómalo con calma, Perry. Comprenderás mi situación cuando…

—Olvídalo —le interrumpió bruscamente el abogado—. Dime lo que quieras y no andes con rodeos.

—Bien, pues, se trata de Eves —dijo Drake—. Creo que estaba preparando un buen golpe, y este asesinato le echó a rodar todos los planes.

—Prosigue —dijo Mason impaciente.

—De las averiguaciones practicadas en Honolulú, resulta que Roger P.

Cartman sufrió un accidente de automóvil y salió de él con la fractura del cuello. Pero eso ocurrió hace tres meses. Era un rico turista del continente, y durante una excursión en automóvil…

Mason le interrumpió para decir al conductor:

—Por amor de Dios, saca un poco más de velocidad a este cacharro. Yo pagaré la multa.

El conductor pisó el acelerador. Drake miró aprensivamente por el espejo retrovisor y dijo:

—Parece que nos sigue un coche, Perry. Quizá sea del control.

—Me tiene sin cuidado —repuso Mason, irritado—. Ya he dicho que pagaré la multa. Estabas hablando de Eves y Cartman.

—Bien —continuó Drake—. Pues resulta que Cartman era un tío con muchísimo dinero. El doctor le colocó un armazón que le

mantenía la cabeza absolutamente rígida, y el herido emprendió el regreso al continente…

—Eso ya lo sé —interrumpió Mason.

—No lo sabes —replicó Drake—, porque Cartman llegó al continente hace seis semanas.

—¿Cómo dices? —preguntó Mason, mirando asombrado al detective.

—Que llegó al continente hace seis semanas y lo hizo en un *Clipper*.

—Entonces, ¿por qué volvió a Honolulú? —preguntó Mason.

—El jura que no hizo tal cosa —contestó Drake.

—¿Has hablado con él?

—Mi agente le localizó en un sanatorio particular. Dice que se encuentra allí desde que llegó, y, lo que es más, las enfermeras y los doctores juran todos que es cierto.

—Entonces, ¿no era el verdadero Cartman el que Evelyn trajo a su cuidado?

—No.

—Bien. ¿Qué se proponían? —preguntó Mason.

—Yo creo que tramaban un buen golpe —dijo Drake—. Pon una de esas armazones de acero en la cabeza de un hombre, añádele un gran par de gafas ahumadas, y viene a resultar como una careta. Cartman tiene dinero. No se puede mover y no le interesa la publicidad, y por eso procuró cuidadosamente ocultar su paradero. Sus amigos y socios, no obstante, sabían lo del accidente y que tenía que llevar la cabeza con esa armadura durante unos meses.

»Eves no fue a las islas a pasar su luna de miel. Envió allí a Evelyn Whiting a representar la farsa. Evelyn estaba encargada de hacer resaltar la presencia de Cartman en el buque y la suya propia como enfermera. Luego, cuando llegasen al continente, ella y Eves se proponían dar un golpe que les iba a proporcionar mucho dinero. Pero el asesinato en el buque, atrajo demasiado la atención, y decidieron agazaparse hasta que pasase el chubasco. Se dio también la desgraciada coincidencia de que ella conociera a Carl Moar, y éste la citó sobre cubierta para contarle sus cuitas. Nada pudo trastornarla más. Era precisamente lo que tenía que evitar. Luego, cuando tú descubriste que era un testigo y la buscaste en su escondite para entregarle la citación, comprendió que todo había

fracasado.

—Entonces, ¿por qué no obedeció y compareció ante el tribunal esta mañana? —preguntó Mason—. Pueden multarla por desacato…

—Porque el proyecto de estafa estaba tan adelantado, que no se atrevieron a dejarse ver. Eves quizá tuviera la intención de dejarle declarar cuando habló contigo ayer. Poco después de estudiar un poco la situación, se dio cuenta de que ello era como suicidarse, porque habría salido a relucir en el proceso que Evelyn Whiting había acompañado a Roger P. Cartman y que éste se había fracturado el cuello en las islas, cosas ambas que no dejarían de mencionar los periódicos. Y alguien que supiese que Cartman se encuentra en un sanatorio particular se habría encargado de poner los puntos sobre las íes. La policía investigaría entonces y…

Mason achicó los ojos dejando ver una hermosa red de arrugas.

—Ahora lo comprendo todo —dijo lentamente—. Pero necesito el testimonio de Evelyn Whiting. Es lo único que me falta para aclarar este caso.

—Bien —dijo Drake—, eso es lo que ocurre. Ahora puedes denunciarlo al tribunal si quieres.

—Preferiría localizar a Evelyn y obligarla a declarar —dijo Mason.

—¿Cómo sabías que miss Fell acabaría por deshincharse? —preguntó Drake.

—La estuve observando en el comedor del buque —dijo Mason—. Siempre que llevaba traje de noche prescindía de los lentes. Me fijé en ella particularmente porque me parecía una coquetería absurda en una mujer tan seria y reservada, que parecía completamente inmune a la emoción, y era ridículo suponer que sacrificara la comodidad de su visión para parecer más atractiva. Observé también, por su modo de andar, que ponía demasiado cuidado en ver dónde pisaba, y eso me hizo comprender que dependía por completo de sus lentes. Pero es una de esas personas testarudas que prefieren cometer perjurio a confesar que se han equivocado, y yo sabía que, a menos que pudiese mostrarle una fotografía en la que aparecía en traje de noche y sin lentes, ella seguiría jurando que los llevaba aquella noche.

—¿Y qué supones que vio realmente?

—Tuvo una borrosa concepción de unas figuras que luchaban.

Oyó disparos, pero no vio revólver alguno y no sabe con qué arma fueron hechos. Es testaruda y obstinada y no cede nunca en la discusión. Subió al estrado no como testigo, sino como adversaria. Todo su interés consistía en poder demostrar que ningún abogado por listo que se considere puede embrollarla. Tropezamos a menudo con testigos así, con gentes capaces de todo antes que confesar la posibilidad de haberse equivocado… Bueno, Paul, dime a dónde vamos. ¿Has encontrado a Della, o a alguien que sepa dónde está, o qué?

—Preferiría no hablar por ahora, Perry.

—¿Está herida?

—No, se encuentra en perfecto estado de salud.

—Si no está herida físicamente —dijo Mason—, algo le ocurre mentalmente, Paul.

Drake guardó silencio.

—¿No es cierto, Paul? —insistió el abogado.

—No lo creo.

—Bien, sigue con tu misterio entonces —dijo Mason en tono irritado—. ¿No puede correr más este coche? —le preguntó.

—Vamos a cincuenta por hora, míster Mason —contestó el conductor.

—Bien, pues ponlo a sesenta.

Drake lanzó una mirada por la mirilla posterior y dijo, alarmado:

—Es seguro que nos sigue un coche patrulla, Perry. Nos vamos a ganar unos meses de cárcel por ir a sesenta.

—Yo acepto la responsabilidad —dijo Mason al conductor—. Sigue adelante y pisa el acelerador.

Atravesaron veloces Berkeley, llegaron a los suburbios y el conductor viró bruscamente hacia la izquierda. Luego frenó hasta detener el coche frente a una larga línea de chozas. Un hombre saltó al estribo.

—¿De acuerdo? —preguntó Drake.

—De acuerdo —contestó el hombre.

—Muéstrame el camino —ordenó Drake.

—Es todo seguido. La segunda choza a la izquierda.

El conductor hizo avanzar el coche, luego lo detuvo frente a la casita indicada.

Mason saltó a tierra, corrió hacia la puerta y la abrió de un empujón.

Della Street estaba sentada en una mecedora de mimbre leyendo una revista. Levantó la mirada con expresión de temor y medio ahogó un grito:

—¡Jefe!

Sin pronunciar palabra, el abogado cruzó la habitación y abrió los brazos.

—¡Jefe! —dijo ella, apretándose contra él—. ¡Oh, jefe…! ¿Por qué me obligó a hacer esto?

—¿Obligar a qué? —preguntó Mason.

—¿No lo sospecha?

Mason hizo un gesto negativo.

—No vuelva a dejarme de ese modo, Della —añadió con voz emocionante—. La necesito…

—Pero, jefe, no tuve más remedio. No podía… ponerle a usted en un aprieto.

—¿Qué es lo que no podía usted, Della?

—Ir contra usted, jefe, aunque, después de todo, poco importaba en lo que al caso se refiere. Sabía que la ley no podía hacerme declarar, pero temía que los periódicos comentasen mi negativa…

—La ley *puede* obligarla a usted a declarar —afirmó Mason.

—Yo creí que la secretaria de un abogado estaba en la misma condición que él para actuar de testigo contra un cliente.

—Así es —confirmó Mason—, pero es únicamente en cuanto a las comunicaciones confidenciales. La ley no impide que la secretaria de un abogado declare respecto a cosas que ella misma ha visto. Bien sabe usted, Della, que soy enemigo de basar mis defensas en la ocultación de pruebas. Antes me retiraría de mi profesión. Ahora dígame qué es lo que vio usted.

Ella se colgó de su brazo.

—¡Jefe, cuánto lo lamento! No lo habría hecho de no haber creído que no podían hacerme declarar. Pero ya sabe cómo aprovechan esas cosas los periódicos. Yo no me he escondido de la ley, jefe. Me he escondido de los periodistas.

—Cada vez comprendo menos este asunto —refunfuñó Drake—. Es preciso que ustedes dos desciendan a la tierra y me digan, lo antes posible, de qué diablos están hablando.

—¿No comprendes, Paul, que ella es…?

Se oyó un intenso ruido de voces en el exterior de la choza.

—No puede usted pasar —dijo uno de los agentes de Drake.

—Échale un vistazo a esto, pollo —contestó la voz de un hombre.

Luego dos individuos entraron violentamente en la habitación.

Mason se volvió para hacerles frente.

—¿Qué vienen ustedes a hacer aquí? —preguntó.

—No se sulfure, Mason —dijo uno de los individuos enseñando una placa de policía—. Venimos a llevarnos a esta joven como testigo presencial en el proceso que se sigue contra Anna Moar, ciudadana del Estado de California.

El rostro de Mason expresó la más profunda consternación. Uno de los individuos cogió a Della Street por un brazo.

—Vamos, hermana —dijo—; va usted a divertirse mucho esta tarde.

El otro individuo, más corpulento, contuvo a todos con los brazos extendidos.

—Que nadie se mueva —advirtió.

—Ustedes no pueden hacer esto —protestó Mason.

—¿Que no podemos? Ahora lo verá. Esta joven es un testigo material. Se nos escabulló cuando tratábamos de entregarle una citación y desde entonces vive con nombre supuesto. Ahora nos la llevamos detenida. Si usted tiene algo que alegar, hágalo ante el juez, y si quiere hablar con ella, podrá hacerlo en el estrado de testigos de San Francisco.

Mason dio un paso con gesto amenazador.

—¡Por favor, jefe! —se interpuso Della Street—. No empeoremos más la situación…, no intente…

Los hombres la empujaron hacia la puerta. Drake miró a Mason.

—¿Qué dices, Perry? —preguntó—. ¿Quieres que se la quitemos?

Mason movió lentamente la cabeza.

—No hay remedio —dijo—. Dejemos, pues, que se la lleven.

Los agentes metieron a Della Street en un automóvil, que arrancó inmediatamente a toda velocidad. Mason se sentó desalentado en la silla que Della Street había ocupado un momento antes. Paseó la mirada por la casucha. Los muebles no podían ser

más míseros. Alguna ropa interior estaba puesta a secar en un cordel atado a uno de los extremos de la cama.

—No era un coche patrulla —murmuró Drake con amargura—. Nos vinieron siguiendo, y yo, como un imbécil, les enseñé el camino.

—El culpable de todo soy yo —dijo Mason lúgubremente—. ¿Por qué no me confiaría a ella?

—¿Qué supones que sabe, Perry? —preguntó Drake.

Mason apoyó la barba en las manos y los codos en la rodilla y fijó la mirada en el suelo.

—Ella es quien telefoneó al puente —dijo—. Debí comprenderlo antes.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Drake.

—Nada.

—Bueno, no te perjudicará mucho —dijo Drake—. No podrán sacarle una palabra.

—Dirá la verdad —afirmó Mason, poniéndose en pie—. Dirá la verdad —repitió—, porque yo se la haré decir. Si mi cliente es culpable de asesinato, será condenada por asesinato. No consentiré que Della suba al estrado de testigos y cometa perjurio por proporcionarme un triunfo. ¡Que no se te olvide, Paul!

—Conforme, Perry, no quiero discutir contigo. No he hecho más que preguntarte. Eso es todo.

—Perfectamente. Pues ya conoces la respuesta —dijo Mason.

Cruzó la habitación, recogió los objetos de aseo esparcidos sobre la cama y los guardó en el maletín que encontró sobre una silla.

—¡Vamos al despacho, Paul! —ordenó con voz ronca—. Averigua lo que Della debe por el alquiler de esto y págalo.

—¿Tendrás ocasión de hablar con Della antes de la vista? —preguntó Drake.

—No lo intentaré, Paul —contestó Mason.

—Podríamos haberla arrebatado a los policías —insinuó uno de los hombres de Drake.

—¡Y buena la habríamos armado! —replicó Mason—. Los periódicos publicarían el suceso con grandes titulares y su declaración causaría diez veces más sensación de la que ahora va a causar. El único recurso que me queda es demostrar que huyó de mí tanto como del fiscal.

—¿Crees que te perjudicará mucho, Perry? —preguntó Drake con avidez.

—Echará abajo toda mi defensa —afirmó lúgubremente Mason —. Sólo Dios sabe lo que vería en el buque… y lo que va a declarar.

Capítulo 16

Una multitud se apretujaba en la sala de audiencia cuando el juez Romley reanudó la vista a las tres de la tarde. Había trascendido del palacio la noticia de lo que iba a suceder, zumbaron los conductores telefónicos, y a las dos y media todos los asientos estaban ocupados. A las tres la gente llenaba los pasillos y se apretujaba contra las paredes.

El juez Romley, aparentemente ignorante de la causa de aquel repentino interés, paseó su curiosa mirada por la multitud y dijo a Scudder:

—¿Tiene Su Señoría algún nuevo testimonio que pruebe el *corpus delicti*?

Scudder se puso en pie con aire triunfal.

—Tengo —dijo— un testimonio que no sólo probará el *corpus delicti*, sino el crimen. Antes de hacer subir a ese testigo al estrado, no obstante, pido la venia para llamar a otro un poco fuera de orden. Es con el fin de establecer una base.

—¿Una base para qué? —preguntó el juez Romley.

—El testigo a quien espero llamar al estrado —anunció dramáticamente Scudder— es miss Della Street, secretaria de Perry Mason. Esta joven ha rehusado hacer la menor declaración acerca de cuál será su testimonio. Me es, por tanto, necesario traerla como a un testigo hostil, y, teniendo esto en cuenta, deseo sentar una base para las preguntas que tendré que dirigirle…

—Llame a su testigo —interrumpió el juez Romley.

—Miss Adela Adams —llamó Scudder.

Avanzó una elegante joven, levantó su enguantada mano, prestó juramento y ocupó el estrado de los testigos.

—¿Su nombre es Adela Adams? ¿Es usted telefonista, y en la noche del seis del corriente se encontraba desempeñando su

cometido a bordo del buque del que míster Joe Hanson es capitán y en el que viajaban como pasajeros un tal señor Carl Newberry y su esposa?

—Sí, señor.

—Llamo su atención sobre la acusada para que me diga si la ha visto alguna vez.

—Sí, señor; viajaba en el buque con el nombre de mistress Newberry.

—Recuerde ahora la noche del seis, aproximadamente a las nueve, y díganos si sucedió algo desacostumbrado a aquella hora.

—Sí, señor, una mujer llamó por la línea del salón y dijo…

—Un momento —interrumpió Mason—. Me opongo a que la testigo manifieste lo que oyó por teléfono, por ser algo imposible de comprobar.

—No deseo interrogarla sobre ninguna conversación que tuviera lugar fuera de la presencia de la acusada —replicó el representante fiscal—. Voy solamente a hacer unas preguntas, si la sala me lo permite, para establecer la identidad de la persona que hizo la llamada telefónica.

—El Tribunal no consentirá que la testigo declare lo que oyó —advirtió el juez.

—¿Reconocería usted la voz de la persona que hizo la llamada, si la volviera a oír? —preguntó Scudder.

—Sí, señor.

—¿La ha vuelto usted a oír?

—Sí.

—¿De quién era?

—¡Me opongo! —saltó Mason—. Inadmisible, impertinente, improcedente. Al parecer, todos estos preliminares tienen por objeto intimidar al testigo que el fiscal se dispone a llamar o a poner en tela de juicio su propia declaración.

—Se admite la objeción —declaró el juez.

—Muy bien —dijo Scudder de mal humor—. Puede usted retirarse, miss Adams.

—Si Della Street hizo la llamada telefónica —advirtió Mason con voz clara y firme—, no tendrá Su Señoría más que preguntárselo y ella dirá la verdad.

—No necesito su consejo —replicó Scudder en tono

malhumorado.

—Basta, señores —intervino el juez con voz cansada—. Si vuelven a discutir los letrados, la Sala se verá obligada a limitar sus observaciones a las que tengan que dirigir al Tribunal y al interrogatorio de los testigos.

—Miss Della Street —llamó Scudder, recalcando las sílabas.

Se abrió la puerta y un alguacil introdujo a Della Street en la sala. El rostro de la joven era inexpresivo. Su mirada rehuyó el encuentro con la de Perry Mason al prestar juramento.

—¿Se llama usted Della Street, está usted empleada por Perry Mason como secretaria particular y confidencial, y lleva usted desempeñando su empleo varios años? —preguntó Scudder.

—Sí —contestó Della.

—¿Acompañó usted a Perry Mason como secretaria en la excursión que hizo a Oriente para reunir datos sobre la organización de la policía en China y Japón?

—Sí.

—¿Y regresaba usted con Perry Mason en el mismo buque en que míster y mistress Moar salieron de Honolulú?

—Sí.

—¿Se relacionó usted con míster y mistress Moar, conociéndolos con el apellido de Newberry?

—Sí.

—He aquí una fotografía que figura entre las pruebas. ¿Puede usted reconocerla?

—Sí.

—¿De quién es?

—De míster Newberry.

—¿El mismo individuo que viajó en el buque con usted?

—Sí.

—¿Recuerda usted la noche del domingo, día seis de este mes?

—La recuerdo.

—¿Dónde se encontraba usted hacia las nueve de aquella noche?

—En la cubierta de paseo.

—¿Qué hacía usted allí?

—Buscaba a míster Mason.

—¿Míster Mason le había dicho que le buscase sobre cubierta?

—Sí. Míster Mason tenía una cita con mistress Moar a las nueve

y media, y me dijo que me reuniese con él a las nueve para tomar un licor.

—¿Y antes había estado usted en la mesa con míster y mistress Moar, o míster y mistress Newberry, como eran conocidos a bordo, Belle Newberry y un tal Roy A. Hungerford?

—Sí.

—¿Puede usted fijar la hora exacta en que apareció usted sobre cubierta?

—Sí. Eran aproximadamente las nueve.

—¿Cómo lo sabe usted?

—La campana del barco sonó dos veces unos momentos antes de que yo saliese a cubierta.

—¿Qué cubierta era?

—La inferior.

—¿Vio usted a alguien en ella?

Della Street titubeó un momento antes de contestar.

—Mirando hacia popa —dijo—, al sitio de donde arrancan las escalerillas hacia la cubierta superior, vi la falda de un vestido de mujer y unos pies femeninos. Aquella mujer subía por las escalerillas.

—¿Oyó usted algo después?

—Oí fuertes pisadas en la cubierta superior.

—¿Nada más?

—También un ruido muy fuerte.

—¿Sería un disparo?

—Supongo que sí.

—¿Qué sucedió después?

—Retrocedí hasta las escalerillas por las que había visto subir a la mujer. El buque daba fuertes bandazos. Poco antes de que yo llegase a las escalerillas se inclinó pesadamente hacia babor y yo resbalé sobre aquel suelo mojado.

—¿Qué hizo usted?

—Traté de recobrar mi equilibrio, me acerqué a un puntal de la parte de babor y me agarré a él.

—¿Qué vio usted desde allí?

—Vi algo allá arriba —contestó la joven—, algo que colgaba de la borda de la cubierta superior.

—¿Vio usted lo que era?

—Al principio lo vi como un objeto vago. No tenía mi mirada fija en él. Me dio la impresión de…

—No nos interesan sus impresiones —interrumpió Scudder—. ¿Concentró usted por fin su mirada en el objeto?

—Todo lo que pude, dadas las circunstancias, pues al mirar hacia arriba lo hacía directamente contra la lluvia, y el agua me cegaba los ojos.

—Pero usted vio algo. ¿Qué fue?

—Era un hombre —dijo Della Street, rehuyendo la mirada de Mason.

—¿Y aquel hombre colgaba de la borda?

—No lo pude comprobar.

—¿Estaba parcialmente inclinado sobre la borda?

—Sí.

—¿Y vio usted a alguien cerca de él?

—Sí. Una mujer.

—¿La acusada? —preguntó Scudder, señalando dramáticamente a Anna Moar.

—No lo sé —contestó Della.

—¿Por qué no lo sabe?

—Porque no la pude ver por completo. Vi un par de brazos desnudos y un trozo de vestido de color oscuro sobre el costado derecho de la mujer. La lluvia que caía estorbaba mi visión.

—¿Aquella mujer vestía un traje negro? —preguntó Scudder.

—Era de un color oscuro.

—¿Podía ser negro?

—Sí.

—A su juicio, ¿era probablemente negro?

—Negro o azul oscuro.

—¿Notó algo en los brazos de aquella mujer?

—En el derecho llevaba dos brazaletes.

—¿Pudo verlos claramente?

—No.

—¿Ni percibir su dibujo, su hechura, o su color y material?

—No. Vi únicamente que eran dos brazaletes.

—Bien. Usted ha declarado que estuvo en la mesa con mistress Moar, la acusada, a primeras horas de la noche.

—Sí.

—¿Llevaba en aquel momento brazaletes?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Dos.

—Volvamos a lo que vio usted en la cubierta superior. ¿Había algo en las manos de la mujer?

—Sí. Tenía un objeto en la mano derecha.

—¿No era un revólver?

—Creo que sí.

—¿Y la vio usted disparando sobre el cuerpo del hombre?

—Sí —contestó Della Street, con un suspiro.

—¿Y qué sucedió después?

—El hombre cayó al mar.

—¿Cayó por delante de usted?

—Sí.

—¿Cree usted que la mujer lo empujó al agua?

—Es posible.

—¿Pudo usted ver el rostro de aquel hombre?

—No.

—¿Vio cómo iba vestido?

—Vi que el traje era oscuro.

—¿Camisa blanca?

—Sí.

—¿Es un hecho cierto que la mujer disparó sobre él y luego lo empujó al mar?

—No puedo jurar que lo empujase.

—¿Qué hizo usted después de ver caer al hombre?

—Corrí al salón y telefoneé a la telefonista para que avisase al puente que había caído un hombre al agua.

—¿No dijo usted a la telefonista que un hombre había sido *empujado* al agua?

Della Street, titubeó, se humedeció los labios con la punta de la lengua y contestó:

—Sí, creo que fue así.

—¿Su impresión fue de que el hombre había sido empujado por encima de la borda?

—Sí…, eso me pareció.

—¿No pudo reconocer en él a míster Moar?

—No.

—¿Pudo reconocer a la mujer que disparó sobre él y luego le empujó como mistress Moar?

—No.

Scudder apuntó un dedo contra Della Street y le preguntó con energía:

—¿Vio usted algo en la figura de la mujer que disparó contra aquel hombre y empujó su cuerpo al mar, que le permita a usted jurar que la misma, *no* era mistress Moar?

Della Street guardó silencio un largo momento.

—No —contestó al fin.

—Esto es todo —anunció triunfalmente Scudder.

Mason se puso en pie en seguida para interrogar a la testigo.

—Della —preguntó—, ¿me comunicó usted a mí lo que vio?

—No se lo comuniqué a nadie.

—¿Por qué?

—Porque yo creía que, como secretaria suya, no podía ser citada como testigo. Creía también que el testimonio de Aileen Fell abarcaría todo lo que yo había visto y que, por tanto, era mejor que yo no dijera nada. Temía, además, que si los periódicos se enteraban de que yo había visto algo, lo exagerarían a causa de mi relación con usted, y quizás hicieran aparecer que usted prescindía de testimonios por no hacerme comparecer como testigo… Por eso me callé.

La joven volvió el rostro hacia el juez Romley.

—Real y sinceramente creí, señor juez —prosiguió diciendo—, que nadie podía hacerme declarar como testigo si yo no quería, porque tenía entendido que la ley determina que el secretario de un abogado no puede ser llamado a declarar contra un cliente de su jefe.

—Eso es sólo en lo que respecta a las comunicaciones privilegiadas —aclaró bondadosamente el juez Romley.

—Ahora lo comprendo —dijo Della Street—, pero antes no estaba enterada. Por eso guardé silencio.

Un individuo se abrió camino por el pasillo de la sala, se aproximó a Scudder y le cuchicheó algo al oído.

Scudder escuchó, se puso en pie con una sonrisa de triunfo y dijo al juez:

—Con la venia de la Sala, y como una prueba más del *corpus delicti*, esta acusación podrá presentar mañana a las diez el testimonio de los médicos que practiquen la autopsia al cadáver. Me acaban de avisar que ha sido descubierto el cuerpo de Carl Moar y que va a ser llevado a la Morgue.

—La sala se llenó de murmullos de emoción.

—En vista de las circunstancias —dijo el juez Romley—, se continuará esta vista mañana por la mañana a las diez.

Mientras los espectadores se precipitaban hacia las puertas, Della Street abandonó el estrado de testigos. Mason se abrió paso por delante de Scudder. Los fotógrafos de los periódicos asaltaron la barandilla de nogal que separaba la parte de la sala destinada a los abogados de la reservada a los espectadores.

—Jefe —dijo Della—, no sabe usted lo desolada que estoy.

Mason la atrajo hacia sí.

—¡Pobre chiquilla! —murmuró.

Un periodista gritó:

—¡Quietos un momento!

Destelló un fogonazo y la escena quedó registrada en una placa.

Capítulo 17

Mason se hizo servir la comida en su habitación. Cuando los camareros levantaron la mesa, el abogado hizo una mueca a Della Street.

—Nunca vuelva a hacer nada parecido, Della —dijo—. No sabe usted la preocupación en que me ha tenido.

—Y si no, que me lo pregunten a mí —intervino Drake—, que querías cortarme la cabeza cada vez que te dirigía la palabra.

—Lo lamento, jefe, pero temí que los periódicos exagerasen el asunto y que todo el mundo sospechase que me reservaba algo. —La joven señaló un ejemplar de la última edición de un periódico de la noche y añadió—: Por aquí podrá usted darse cuenta de lo que son los periodistas. Lea usted estos titulares:

LA SECRETARIA DEL ABOGADO AFIRMA QUE NO PUEDE IDENTIFICAR AL ASESINO

—Lo sé —dijo Mason—, pero todo es preferible a la incertidumbre. ¿Por qué no me lo contó usted antes, Della?

—Traté de hacerlo, jefe. Recorrí todo el buque a la caza de usted. Luego, cuando lo encontré, ya había usted convenido en entrevistarse con mistress Newberry. Puede usted creerme, jefe, que no sé si fue ella o no quien empujó al hombre por encima de la borda. Ni lo supe entonces ni lo sé ahora. Pero me di cuenta de que la gente iba a pensar que yo me reservaba algo y me hice el propósito de no hablar del asunto con nadie.

»Luego, cuando oí a Paul que el fiscal del distrito estaba sobre la pista del testigo que había telefoneado al puente, y que la telefonista afirmaba que podría reconocer la voz, tuve la seguridad de que tarde o temprano sospecharían de mí y que los periódicos

armarían un alboroto. Por eso creí lo mejor esconderme unos cuantos días hasta que pasasen los preliminares.

—¿Qué ocurre ahora, Perry? —preguntó solícitamente Drake—. ¿No te verás en un aprieto?

—Sospecho que sí —contestó Mason—, pero ya me he visto en muchos aprietos antes de ahora. ¿Cuándo crees que podrás proporcionarme un informe de la autopsia, Paul?

—Tan pronto como lo entreguen a la prensa. Mis hombres…

Se interrumpió al sonar el teléfono y añadió:

—Ahí los tenemos.

Se llevó el receptor al oído.

—Drake al habla. —Escuchó largo rato y contestó—: Muy bien. Es lo que necesitaba. Gracias por la actividad.

Colgó el receptor y se volvió a Mason.

—Bueno, Perry, aquí está. El cadáver no hay duda de que es el de Moar. Tiene un balazo en la espalda, un poco más abajo de la paletilla izquierda. La bala recorrió una trayectoria descendente y se alojó cerca de la cadera izquierda. La muerte, al parecer, no fue instantánea. Moar debió lograr mantenerse a flote durante algunos minutos. Se despojó de alguna ropa y nadó hasta uno de los salvavidas que le habían arrojado. Consiguió meterse en el interior del anillo y murió a los pocos minutos. La muerte fue causada por herida de arma de fuego y no por asfixia.

»Al parecer era un buen nadador, y se había quitado la americana, la camisa y los pantalones. No pudo desprenderse de las botas por causa de los cordones. El lazo de una estaba enredado como si hubiese tratado de deshacerlo. Evidentemente murió a los quince o veinte minutos de haber alcanzado el salvavidas. Es extraño que no le viesen desde el buque.

—Había una mar muy gruesa y era tan densa la lluvia que era imposible explorar bien —dijo Mason—. El buque bailaba sobre las olas como un corcho y caía el agua a torrentes. Hasta la luz de los reflectores parecía borrarse.

—Bien, aún hay algo más —dijo Drake—. Le mataron con una bala de calibre treinta y ocho, pero esa bala no fue disparada por el revólver que encontraron sobre cubierta.

Mason hizo un gesto de asombro.

—¡Que no fue…!

—El perito armero dice que no.

—¿Y sólo fue herido una vez?

—Nada más. Sólo presenta la herida de debajo de la paletilla. Ése fue probablemente el disparo que le hicieron mientras se balanceaba sobre la borda.

—Pero fueron dos los disparos —repuso Mason—. Aileen Fell dice que oyó *dos* disparos, y había en el revólver dos cápsulas vacías.

—Es cierto —convino Drake—, pero las balas de ese revólver no mataron a Carl Moar. Fue muerto por una bala disparada por otro revólver.

—Entonces, tuvo que haber *tres* detonaciones —observó Mason.

Drake asintió.

Mason se puso bruscamente en pie, se metió los pulgares en las sisas del chaleco y empezó a pasear por la habitación. Pasados unos minutos se quedó mirando pensativo a sus amigos.

—Se me ocurre una cosa que puede ser la solución —dijo—. Por otra parte, es lo único que tiene sentido. Pero no puedo estar seguro hasta que Eves y Evelyn comparezcan ante el tribunal.

—Me parece muy difícil —dijo Drake—. Mis hombres han agotado todas las pistas, Perry. No hay esperanza. Eves no es un aficionado. Se ha escondido porque sabe a lo que se expone. Se necesitarían los refuerzos concentrados de una policía organizada para dar con él.

—Jefe, ¿no podría usted dirigirse al fiscal para decirle lo que sucede y lograr que ponga la policía a su disposición? —preguntó Della Street.

—Sería casi inútil —contestó Mason—. Si Scudder piensa que con ello puede ayudar a desenterrar testigos que prueben la inocencia de mistress Moar, su falta de entusiasmo sería asombrosa.

—Pues buen entusiasmo puso cuando se trató de buscarme a mí —replicó Della.

Mason sonrió. De pronto parpadearon vivamente sus ojos.

—Della, me ha dado usted una buena idea —dijo.

—¿Cuál? —preguntó la secretaria.

—Haremos creer a Scudder que yo oculto a Eves y Evelyn Whiting.

Una vez se le meta en la cabeza esa idea, removerá cielo y tierra

para descubrirlos.

—¿Y cómo vas a hacerle creer eso? —preguntó Drake.

Mason consultó su reloj.

—¿Tienes un juego de llaves maestras, Paul? —preguntó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Drake—. ¿Para qué me metería yo en este asunto?

—Tráete tu equipo de ladrón, Paul —insistió Mason—. Vamos a hacer un trabajito de categoría para forzar unas puertas.

—¿Pero qué te propones?

—¿No se te ha ocurrido alguna vez —preguntó Mason— que en este asunto hemos pasado por alto el detalle más significativo?

—¿Cuál? —inquirió Drake.

—El que mencionó la mujer de la tienda de artículos fotográficos cuando dijo que Evelyn Whiting le había comprado un marco ovalado de sobremesa destinado a albergar una fotografía del tamaño ocho por diez que antes había sido cuadrada.

Della Street se agarró a su brazo.

—Jefe, ¿supone usted que fue ella quien…?

Mason hizo un guiño a Paul Drake.

—Otra vez empiezo a sentirme en mi elemento, Paul —dijo—. Scudder ha estado tan orgulloso y satisfecho durante todo este asunto, que ya es hora de que hagamos estallar una bomba de dinamita bajo su asiento.

—¿Debo entender que vamos a violar la ley? —preguntó Drake.

—La legalidad de nuestra posición va a ser más bien técnica, Paul —contestó Mason—. Vamos a forzar unas puertas y a entrar en una casa, pero no con el fin de cometer un delito.

—¿Con qué fin, entonces? —preguntó Drake.

—Con el de dejar un lindo surtido de huellas digitales —dijo Mason.

—¡Dios mío, Perry! ¡Si vieras lo tranquilos que estábamos cuando te encontrabas en Bali!

* * *

Mason trepó por las escaleras de madera que conducían a la parte posterior del piso del bulevar Stockton. Detrás de él, Paul

Drake era como una sombra silenciosa. Della Street, metida en un coche de alquiler, con el motor en marcha, esperaba en la próxima bocacalle a que terminaran.

—No me gusta nada esto, Mason —refunfuñó Drake—. Si nos cogen en un delito, y si llega el dueño del piso, va a haber una ensalada de plomo.

—Tienes una imaginación muy optimista, Paul —musitó el abogado. Contigo no puede uno por menos de animarse.

Llegaron a la escalera de servicio del tercer piso. Mason introdujo una llave maestra. Chasqueó la cerradura y se abrió la puerta.

—Si él estuviera ahí dentro, Perry… —murmuró Paul Drake.

Se extinguió su voz. Mason sacó una linterna eléctrica. Su haz luminoso trazó una larga pincelada blanca en las tinieblas. Estaban en una cocina con las ventanas herméticamente cerradas. Flotaba en la habitación un olor a guisotes y tocino rancio.

Mason, siempre adelante, pasó de la cocina a un comedor, de éste a un gabinete, y luego a un dormitorio. Su linterna mostró un sillón de ruedas.

—Ése es el sillón de Cartman, Paul —dijo Mason—. Te darás cuenta de que alguien se marchó de aquí apresuradamente. Observa lo atropelladamente que han sacado las cosas de los cajones. Los colgadores del ropero están vacíos. Sobre la cama se nota aún la huella de una maleta que colocaron encima.

—Recuerda —repuso Drake— que Eves tiene mucho equipaje y que su esposa ha estado en Honolulú durante mucho tiempo.

—Su esposa —dijo Mason— no vivía aquí con él. Vivía con su hermana. No eran suyas las ropas que faltaban de esos colgadores… ¡Eh! ¿Qué es esto?

El haz luminoso de la linterna se reflejó en un trozo de madera esmaltada y pulimentada como un espejo. El trozo tendría quizá pulgada y media de longitud, parecía astillado en los extremos y parcialmente curvado. Drake lo examinó con atención.

—Parece un trozo de moldura —dijo—. Probablemente…

Mason se puso bruscamente de rodillas y paseó el haz de su linterna por el suelo.

—Busco los trozos del cristal roto —explicó—. A ver si tú puedes encontrar…

—Aquí hay uno —dijo Drake, recogiendo un pequeño fragmento de cristal.

—Y aquí otro —dijo Mason.

—¿Qué piensas? —preguntó Drake—. Supones que ha venido hasta aquí y que…

—Echemos un vistazo al cubo de la basura, Paul —sugirió el abogado.

—Escucha, Perry —objetó Drake—, no me gusta eso, no sé lo que te propones, pero nos estás comprometiendo y…

Mason retrocedió hasta la cocina, llevándose la linterna. Drake le siguió por fuerza. Mason levantó la tapa del cubo, sacó varias latas de conservas abiertas, algunas cáscaras de naranja y luego una larga astilla de vidrio.

—Estamos en el buen camino, Paul —dijo, y un momento después mostró un largo segmento curvo de madera esmaltada y redondeada.

—Esto tiene que haber sido un marco —opinó Paul Drake.

Mason siguió hurgando en el cubo y pescó una fotografía arrugada y resquebrajada, de forma oval. La alisó. El rostro de Belle Newberry sonrió dentro del haz luminoso. En un ángulo de la fotografía se veía escrito en tinta: «A papá, con el cariño de Belle».

Mason volvió la fotografía al cubo, cogió a Drake por un brazo y le condujo hacia el interior del piso.

—Esto es todo lo que necesitamos, Paul —dijo—. Dejaremos unas cuantas huellas digitales y nos marcharemos.

—¿Por qué huellas digitales?

—Para que el fiscal se entere de que eres culpable de allanamiento de morada —contestó Mason—. Probablemente te acusará también de secuestro. Mira, aquí hay un buen sitio en el espejo del tocador. Tú puedes dejar algunas huellas sobre aquella mesa.

—Un momento, Perry. Si tú…

—Adelante —dijo Mason, apoyando la mano sobre el espejo del tocador.

Drake tocó el tablero de la mesa como si quemase. Mason se echó a reír, empujó a Drake y apagó su linterna. El detective, dando traspiés en la oscuridad, se agarró a la mesa para no caerse y luego a una silla.

Mason volvió a encender la linterna.

—¡Vamos, Paul, criminal empedernido! —exclamó—. Salgamos de aquí.

—Perry, ¿puedes decirme qué objeto tiene esta serie de atrocidades? —preguntó Drake.

—Espera a que oigas hablar al fiscal en la sesión de mañana —dijo Mason—. Vamos, Paul. ¿O es que quieres quedarte aquí?

—Quiero que nos larguemos cuanto antes —contestó Drake.

Mason se encaminó hacia la puerta de servicio, que cerró al salir.

—¿Conforme? —preguntó Della Street, al ver aproximarse a los dos hombres.

—Conforme hasta ahora —contestó Mason—. ¿Se ha aprendido usted de memoria lo que tiene que decir a Scudder? —preguntó, arrellanándose en el asiento.

—Maravillosamente —dijo ella, poniendo el coche en marcha.

Bajaron por el bulevar y se detuvieron frente a una droguería.

Mason cogió a Drake por un brazo y le empujó hacia la trastienda del establecimiento, donde había una cabina telefónica. Della introdujo un níquel por la ranura, marcó un número con ágiles dedos y dijo:

—¡Oiga… Oiga…! Quiero hablar con míster Scudder, en seguida. Es muy importante… Dígale que tengo cierta información para él… Es acerca del caso que se verá mañana.

»Oiga, míster Scudder. Le habla mistress Morgan Eves. Soy la verdadera mistress Eves, pero no quiero que diga a nadie que le he llamado. Mi marido es un delincuente profesional. Encontrará usted su ficha con el nombre de James Whitly o James Clerke… Espere un momento, no me interrumpa, por favor. Es algo sobre el caso en que interviene usted… Mi marido circula ahora con el nombre de Morgan Eves. Se va a divorciar de mí, pero de momento sólo ha conseguido un decreto interlocutorio. Aún no se ha dictado la resolución definitiva. Pero eso no le preocupa gran cosa. Ha tenido la desvergüenza de casarse con una enfermera. Se llama Evelyn Whiting. Tienen un piso en el número tres mil seiscientos dieciocho del bulevar Stockton. Evelyn Whiting es la enfermera que vino en el buque en que fue asesinado Carl Moar. Venía cuidando a un individuo llamado Roger Cartman, que tenía el cuello fracturado, y

presenció todo el asesinato… Sí, digo que lo presenció. Ella tenía que dar a su enfermo cierto tratamiento, y le subió al hospital, y allí estaba en su sillón de ruedas cuando fue muerto Carl Moar. Lo vio todo.

»Roger Cartman pagó a Evelyn Whiting para que le cuidase. No sabía que era casada. Ella le llevó al piso del bulevar Stockton y le dijo que lo había alquilado para él. Evelyn y Morgan pensaron poder sacar del enfermo bastante dinero. Luego se enteraron de que era un testigo y se pusieron al habla con Perry Mason, y Perry Mason les pagó cinco mil dólares para que se llevasen al testigo fuera del país. Cartman quería declarar, pero se encuentra imposibilitado. Sí, sé de lo que estoy hablando. Míster Mason y míster Drake, el detective, se presentaron en el piso y se llevaron a Cartman. Tiene el cuello fracturado y no puede valerse por sí mismo… En caso de que necesite usted un testigo que pueda declarar exactamente lo que sucedió, todo lo que tiene que hacer es buscar a míster Cartman, y si va contra la Ley el que míster Mason pague dinero por esconder a un testigo, mande detener a míster Mason también… Pero no mencione mi nombre porque me matarían.

Della colgó bruscamente el receptor y se encaró con Mason.

—¿Qué tal lo hice, jefe?

—Maravillosamente —dijo el abogado.

Drake movió la cabeza tristemente y exclamó:

—¡Dios mío, me estoy jugando el pescuezo!

—¿Qué figura a continuación en el programa? —preguntó Della Street.

—Hay que matar un par de horas —contestó Mason—. ¿Qué les parece una sesión de cine?

—Me agrada —dijo Della Street.

—¿No te gustaría una buena película de misterio, Paul? —preguntó Mason al detective.

—Esa es la primera cosa razonable que se te ha ocurrido en toda la noche, Perry —dijo Drake—. Supongo que tendrás algún plan en la imaginación, pero es más de lo que puedo figurarme. Pienso que te has vuelto loco de remate.

—No tanto, Paul —protestó Mason—. Hay cierto método en mi locura.

—Celebro que lo creas así. A mí me parece uno de esos sueños disparatados donde todo el mundo hace extravagancias. Puedes creerme, Perry, que cuando Della estaba telefoneando a Scudder yo esperaba que tú saltases en cualquier momento con el anuncio de un jabón y terminases por preguntar al fiscal si le había gustado la hora *amateur*.

Della Street los encaminó a un cinematógrafo cercano y estacionó el coche. Los tres entraron en el iluminado vestíbulo. Mason compró los billetes.

—Bien, por lo menos tendré unos momentos de tranquilidad —dijo Drake, y añadió apresuradamente—: ¡Qué mala suerte, Perry! Esta película ya la he visto y no me gustó nada.

* * *

Della Street estacionó cerca del hotel su coche de alquiler. Mason cogió a Della Street por el brazo y los dos empezaron a cruzar la acera, cuando oyeron que Drake decía: «¡Oh, oh!», y acto seguido, Mason sintió que se apoyaba una mano en su hombro. El abogado se volvió y se encontró con un individuo alto, que parecía de enormes proporciones dentro de su pesado abrigo negro. Unos lentes de cristales muy gruesos deformaban los ojos verde claro del individuo.

—¿Dónde han estado ustedes? —preguntó.

Mason se volvió de espaldas al hotel, con la mano del individuo apoyada todavía en su hombro.

—¿Quién lo quiere saber? —preguntó.

—El fiscal del distrito.

—Dígale que he estado en una sesión de cinematógrafo —contestó Mason.

Una rechoncha figura se destacó de la puerta del hotel y fue a ponerse al lado de Paul Drake.

—Inspector Bodfish —se anunció.

Mason cruzó inesperadamente hacia él, le cogió la mano derecha y se la sacudió cordialmente. Luego se volvió hacia el hombre corpulento y le preguntó:

—Y usted, ¿cómo se llama?

—Borge.

—Bonito nombre —dijo Mason, estrechándole también la mano.

—Nos podemos pasar sin sus rasgos de ingenio —rezongó Borge.

—Mucha gente se pasa sin ellos —se lamentó Mason—. Y lo malo es que yo no puedo. ¿Adónde vamos?

—El fiscal le está esperando.

—¿Sabe usted que sería una excelente idea hacerle desesperar?

—Se guardará usted muy mucho.

—¿Se trata de una detención? —preguntó Drake.

—Nunca dijo usted una cosa más acertada —contestó Bodfish.

—¿Puedo preguntar por qué causa? —inquirió Perry Mason.

—Por sospechas de asesinato.

Mason enarcó las cejas.

—Complicidad en el hecho, según creo —anunció el inspector Bodfish.

—Secuestro —añadió Borge.

—¿Nada más?

—Nada más por ahora. Quizá podamos añadir resistencia a la autoridad en el momento que le encerremos en la celda.

—¿Traen mandamiento? —inquirió el abogado, encendiendo un cigarrillo.

—No lo necesitamos.

—Muy bien —dijo Mason a Della Street—, suba a su habitación y espere allí, Della. Paul la acompañará. Yo no tardaré…

—Ellos también vienen —anunció el inspector Bodfish.

—¿Por qué causa?

—Por las mismas causas.

—¿Los tres?

—Terminemos cuanto antes —dijo Mason, bostezando.

Borge llamó un taxi. Viajaron en silencio. Mason, Della Street y Paul Drake en el asiento posterior, el inspector Bodfish y Borge en las dos banquetas plegables frente al trío. El coche entró en el bulevar Stockton, recorrió varias manzanas de casas y se detuvo.

—¿Vive aquí el fiscal del distrito? —inquirió Mason.

—De sobra sabe usted quién vive aquí —gruñó Borge.

—Me gustaría tener su opinión imparcial, inspector —dijo Mason a Bodfish—. ¿Cree usted que es necesario que las autoridades adopten este estilo tan grosero para ser enérgicas?

—Cállese —ordenó Bodfish.

—Está de acuerdo —dijo Mason, haciendo un guiño a Drake.

Borge, seguido del grupo, subió los escalones de la entrada, cruzó un vestíbulo, tocó un timbre, recibió la señal del zumbador en respuesta, y dijo, dirigiéndose a los detenidos:

—Arriba los tres.

Subieron las escaleras sin pronunciar palabra. Mason pasó por delante de Della Street para entrar el primero. Scudder, que se encontraba junto a una ventana, salió al encuentro de Mason y le dijo a guisa de saludo:

—Quizás usted pueda decirnos lo que ocurrió aquí.

—Oh, ¿ha ocurrido algo? —preguntó sorprendido el abogado.

—Bien lo sabe usted.

—¿Cuándo?

—Cuando estuvieron ustedes aquí.

—¿Y a qué hora fue eso?

—No hace mucho.

Mason observó el polvo esparcido sobre diversos objetos, y dijo a Paul Drake y Della Street:

—No toquéis nada, Paul, métete las manos en los bolsillos y tenlas bien quietecitas. Han estado registrando la casa en busca de huellas digitales. Esto es una encerrona. Desconfiemos.

El rostro de Scudder enrojeció de ira.

—No está usted en Los Ángeles ahora —vociferó—. Aquí se pagan estas jugarretas.

Mason se encogió de hombros.

—En esta casa estuvo un individuo llamado Roger P. Cartman —prosiguió Scudder—. Usted le ha hecho esconder en alguna parte. Necesito saber dónde.

—Usted está loco.

—Usted estuvo aquí a primera hora de la noche —insistió Scudder—. Usted y un individuo llamado Eves, decidieron esconder a Cartman para que no pueda declarar.

—¿Ha mirado usted debajo de la cama? —inquirió solícitamente Mason.

—Tomen sus huellas digitales —ordenó Scudder, furioso.

—¡Esto es un ultraje! —protestó Mason.

Borge se despojó de su abrigo, lo colocó sobre el respaldo de una

silla y se enjugó con un pañuelo el sudor de la frente. El inspector Bodfish se preparó por otro lado.

—¿Hacen ustedes así las cosas en San Francisco? —preguntó Mason.

Scudder no contestó.

Borge agarró la muñeca derecha de Mason. El abogado dio un tirón hacia atrás. Borge retorció el brazo de Mason hasta obligarle a abrir bien los dedos. Bodfish extendió tinta sobre las yemas de éstos y tomó una serie de impresiones.

—Alargue la otra mano —ordenó luego.

Mason obedeció.

El inspector tomó a continuación las huellas dactilares de los otros dos detenidos.

—Ahora necesitamos saber cuándo vio usted por última vez a míster Cartman —preguntó airado Scudder a Mason.

—Diga usted a sus esbirros que traten de hacerme hablar —le desafió altivamente Mason—. ¿O utilizan porras de goma en esta jurisdicción?

—¿Quiere usted decir que se propone no contestar a mis preguntas? —inquirió Scudder.

—Quiero decir que no logrará usted de mí ni una tierna mirada —contestó Mason.

—Quizás usted nos dirá algo —dijo Scudder, encarándose con Della Street—. Usted ya se ha comprometido gravemente en este asunto. La lealtad es una gran cosa, pero usted la ha llevado demasiado lejos.

—No conteste una sola pregunta, Della —ordenó Perry Mason.

—¿Recuerda usted a un individuo llamado Cartman que zarpó de Honolulú con ustedes?

—No conteste, Della —repitió Mason.

—¿No va usted a contestar?

La joven hizo un suave movimiento negativo con la cabeza.

Scudder se volvió a Drake.

—Se ha metido usted en un buen lío —dijo—. No le censuro. Mason es uno de sus clientes. Le da a usted todos sus asuntos. Usted, naturalmente, quiso ayudarle. Pero tiene usted que ganarse la vida, y le recuerdo que se retirarán las licencias de los detectives que…

—Puede usted ahorrarse el discurso, Scudder —interrumpió Mason—. Drake no va a hablar. Si usted hubiese llevado este asunto de un modo correcto, habríamos tenido mucho gusto en contestar a sus preguntas. Pero como no ha sido así…

Scudder miró a Mason con torva hostilidad.

—Mason —dijo—, está usted perdido. Tenía usted fama de triunfar rápidamente en sus asuntos por cualquier medio. Esta vez no lo logrará. Voy a terminar con sus procedimientos. Tengo en mi poder todas las pruebas que necesito y aún voy a conseguir más.

—Yo creí que era usted mejor abogado, Scudder —dijo Mason, encendiendo lentamente un cigarrillo—. Nunca podrá probar nada contra mí.

—¿Qué quiere usted dar a entender?

—Soy un abogado en activo. Los fiscales me aborrecen, pero tengo una buena reputación con el público. ¿Cómo va usted a conseguir que un jurado me condene por el testimonio de un expresidiario?

—Me parece que se engaña usted —dijo Scudder con ironía.

—Además —prosiguió Mason—, nadie puede ser condenado por el incorroborado testimonio de un cómplice. Grábese eso en la imaginación para que nunca en su vida se le olvide…

Scudder entornó los ojos para mirar a Mason.

—¿De manera que su cómplice es un expresidiario? —preguntó.

—Espere un momento —contestó Mason, instantáneamente cauteloso—. Vamos a aclarar esto. Yo no he confesado que tenga un cómplice. Me he limitado a citar cierta ley.

—Déjenlo, muchachos —ordenó Scudder.

—¿Quiere usted decir que lo soltemos? —preguntó incrédulo Bodfish.

—Sí, que los suelten, que los dejen salir de aquí. Los tres quedan libres.

Mason se inclinó ceremoniosamente.

—¿Me pueden devolver mis huellas dactilares? —preguntó.

Scudder no contestó. Borge se enjugó la frente y parpadeó a través de los gruesos cristales de sus lentes.

—Todavía no hemos terminado con este individuo —dijo.

—Cállese, Borge —ordenó Scudder—. Nada más, Mason, retírese.

Mason abrió marcha por los largos tramos de escalera que conducían a la calle. Camino del hotel se volvió a Drake y le dijo sonriendo:

—Bien, Paul, la cosa no ha sido tan mala como creías, ¿eh?

—No estoy conforme con tu gramática —replicó Drake—. Habrás querido decir: «Bien, Paul, la cosa no es tan mala como crees que va a ser».

—Estamos ya completamente libres de todo peligro —afirmó Mason.

—¿Cree usted que el fiscal desistirá? —preguntó Della Street.

—¡Oh, no! No ha hecho más que empezar. Ésta fue la idea que me impulsó a hacer lo que hice: conseguir que empezase el fiscal.

—Bien, pues ya le tienes en marcha —dijo Paul, con lúgubre acento.

Charles Whitmore Dail esperaba a Perry Mason en el hotel.

—¿Puedo hablar con usted unos momentos? —preguntó.

—Puede usted, si trae aquellos diez mil dólares —contestó Mason, sonriendo.

—Los tengo a su disposición —dijo Dail—, pero hay otro asunto sobre el que deseo hablar con usted.

—Subamos —invitó Mason.

Cuando estuvieron sentados en la habitación del abogado, Dail miró significativamente a Della Street y dijo:

—Además del arreglo con mistress Moar, quisiera discutir con usted otra cosa.

—Muy bien —dijo Mason—, siga adelante y discútalo. No tengo secretos para Della. Pero hablemos primeramente de esos diez mil dólares.

—¿Tiene usted preparado el acuerdo? —preguntó Dail.

Mason le entregó un pliego escrito a máquina que contenía la firma de mistress Moar. Dail lo estudió un momento, luego lo dobló, se lo guardó en un bolsillo, abrió la cartera, sacó diez mil dólares en billetes y los entregó a Mason.

—Adelante —dijo el abogado.

—Se trata de mi hija Celinda.

—¿Qué le pasa?

—La han citado como testigo. Es más bien un asunto sin importancia. Acertó a ver a mistress Newberry corriendo escaleras

abajo desde la cubierta superior. Mistress Newberry llevaba un cinturón en la mano y su vestido chorreaba agua.

—¿Cuánto tiempo había pasado desde que la sirena lanzó las cinco pitadas? —preguntó Mason.

—Celinda no lo recuerda claramente —contestó Dail.

—¿Para qué quería usted verme? —preguntó Mason—. Si el fiscal ha citado a Celinda, debe hablar con él, no conmigo.

—Quiero hablarle del temperamento de Celinda —dijo Dail—. La muchacha es algo nerviosa. Nunca ha comparecido ante un tribunal, y ha leído en los periódicos algo de su vigoroso interrogatorio a miss Aileen Fell. Creo, míster Mason, que podríamos llegar a un acuerdo en virtud del cual Celinda no estaría sujeta a tan molesto examen.

—¿Qué acuerdo se le ocurre a usted? —preguntó Perry Mason.

—El asunto es un poco delicado y no quiero que usted interpretase mal lo que tengo en la imaginación, pero creo haber entendido que cinco mil dólares del dinero que acabo de pagarle corresponden a sus honorarios, y otros cinco mil son para mistress Moar. Ahora bien, me parece que la hábil defensa que está usted haciendo de mistress Moar le hace a usted acreedor a unos honorarios más elevados. Y como esa señora fue nuestra compañera de viaje en el buque, no tiene nada de particular que yo esté dispuesto a interesarme también algo por ella.

—¿Hasta el punto de aumentar mis honorarios? —preguntó Mason.

—Sí —contestó Dail.

La boca de Mason se retorció en una mueca despectiva.

—Creo que le comprendo a usted perfectamente, Dail —dijo—, y no sabe lo que me alegra que su hija vaya a comparecer como testigo.

—¿Por qué? —preguntó Dail—. Opino que el detalle de haber visto a mistress Moar llevando aquel cinturón podría…, bueno, podría ser peligroso.

—Eso no tiene importancia —dijo Mason—. Cuando Celinda suba al estrado, yo tendré ocasión de demostrar, por medio del interrogatorio, su predisposición manifiesta contra mi representada.

»Da la casualidad de que sé que Celinda descubrió por Belle que ésta se había graduado en la Universidad de Southern California y

que entonces envió un radiograma a Rooney, pidiéndole que averiguase los antecedentes de una tal Belle Newberry, graduada en la Universidad de Southern California. Con tales datos, Rooney no tardó mucho en descubrir que el padrastro de Belle era Carl Moar. Celinda quería humillar a Belle Newberry y creyó que la mejor manera de lograrlo era hacer que la policía esperase a míster Moar en la pasadera para detenerle. Tengo razones para pensar que ella hizo todas las gestiones. Ahora bien, en el interrogatorio yo tendré derecho a citar todo esto con objeto de demostrar la parcialidad por parte de la testigo.

—No veo qué va usted a salir ganando con eso —repuso Dail—. Después de todo son minucias que no afectan a mistress Moar.

—No —dijo Mason—, pero afectan a Belle. Cuando Roy Hungerford se entere de que Celinda pasó en el buque por amiga de Belle y planeaba al mismo tiempo humillarla al desembarcar, demostrando que su padre era un estafador, el joven tendrá una linda idea de lo que su hija considera obrar con nobleza.

—¡Oh, eso es golpear por debajo del cinturón! —protestó Dail, enrojeciendo.

—Cuando yo lucho por un cliente —repuso Mason—, golpeo donde puedo hacer más daño. Puede usted comunicar a Celinda lo que le espera en el interrogatorio.

—Me agradaría muchísimo evitar eso —insinuó Dail.

Mason se puso en pie y cruzó la habitación hacia la puerta.

—Estoy completamente seguro de que le agradaría —dijo—, pero tengo aún un clarísimo recuerdo de la encantadora urbanidad con que usted se negó a discutir un arreglo monetario con Moar. Conociendo los planes que usted tenía entonces en la imaginación, puedo solamente llamar su atención hacia el viejo proverbio que habla de los pollos que vienen a casa a que los asen.

Dail trató de retirarse de una manera digna. Al llegar al umbral se volvió y dijo:

—No podrá usted salirse con la suya, Mason. Se convencerá de que puedo muchísimo más que usted. ¡Buenas noches!

Cerró la puerta de golpe.

Mason hizo una mueca a Della Street.

—No debió usted hacer eso, jefe.

—¿Por qué no?

—Celinda se pondrá en contacto con Roy Hungerford y se sincerará con él esta noche. Es astuta y le quiere. Esto la hace temible.

—Eso es exactamente lo que yo me figuro que hará —dijo Mason—. Ahora bien, yo sé que de todas las cosas que Roy Hungerford detesta, su abominación favorita es para la mujer que exterioriza sus sentimientos. Desde que usa pantalones largos no ha hecho otra cosa que tropezar con muchachas insinuantes. Si titubea entre Celinda, que es de su clase, y Belle, que no lo es, Celinda perderá todas sus posibilidades de triunfo si trata de precipitar las cosas.

Mason abrió la puerta de comunicación con las habitaciones de Paul y asomó la cabeza.

—Paul, tengo algo para ti —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Drake.

—¿Dijiste que Morgan Eves fue absuelto de asesinato hará dos meses en Los Ángeles?

—Sí.

—¿Y le defendía Baldwin van Densie?

—Sí.

—Bien, pues, Moar formó parte de un jurado en Los Ángeles, hará dos meses. Era un caso de asesinato. Van Densie lo defendía. Moar cogió aborrecimiento a Van Densie porque le creía vendido a la parte contraria, y con este motivo tuvo una gran discusión con los otros jurados en la sala de deliberaciones. Me interesa que tu oficina de Los Ángeles averigüe si el jurado en que figuró Moar fue el que juzgó a Morgan Eves.

El detective arrugó la frente.

—O yo no discurro —dijo—, o si tal fue el caso, Eves tendría que estar ligado a Moar por una deuda de gratitud, y si Evelyn Whiting fue amiga de Moar durante algún tiempo, debía tener… Ahora caigo, Perry. Lo que tú piensas es que si ella se enteró de que Moar figuraba en el jurado que había de juzgar al hombre que amaba, ejerció toda clase de presiones sobre su antiguo amigo para conseguir la absolución.

—Veo que vas progresando, Paul —dijo riendo Mason—. Adelante y haz esa llamada. Entretanto yo me voy a presentar en la Morgue, donde proclamaré ruidosamente que el cadáver que se

encuentra allí no es el de Carl Moar.

—¿Crees que se han confundido de cadáver al identificarle? —preguntó Drake.

—Tan es así —repuso Mason— que voy a conceder una entrevista a la prensa en la que negaré positivamente que el cadáver sea el de Carl Moar.

—¿Habrá allí periodistas? —preguntó Della Street.

—¡Los habrá antes de que yo empiece a hablar! —afirmó el abogado.

—¡Debieras haberte quedado en Bali! —exclamó Drake, descolgando el teléfono.

—¡Eso quisieras tú, querido cobardote!

Capítulo 18

Donaldson P. Scudder entró en la sala de audiencia con el aire de un cruzado, armado por la causa del derecho y dispuesto a derrotar a las fuerzas del mal. El juez Romley ocupó su sitial. El alguacil pronunció la fórmula acostumbrada para declarar abierta la sesión.

Scudder se puso en pie tan pronto como estuvo constituido el Tribunal, se aclaró la garganta y dijo con la clara entonación del que ha pesado cuidadosamente sus palabras:

—En las últimas horas ha llegado a mi conocimiento que existe otro testigo del asesinato, cuya vista preliminar estamos celebrando. Este testigo estaba a corta distancia de la acusada cuando ésta hizo su primer disparo. Me he esforzado por localizarle, pero he fracasado. Aunque no puedo prometer nada, espero sinceramente poder presentarle a la Sala dentro de cuarenta y ocho horas. Puedo asegurar a Su Señoría que las circunstancias que me obligan a presentar esta moción son de las más extraordinarias. Por tanto, solicito que se aplace la vista por dos días.

El juez dirigió la mirada a Perry Mason.

Mason se puso en pie y dijo con gestos indignados y voz tonante:

—No solamente me opongo a la moción y protesto de ella, sino que califico su presentación de desacierto gravísimo. Califico también las afirmaciones hechas sobre ese misterioso testigo de pura propaganda destinada al consumo de los periódicos, y comparable en todos los aspectos a la declaración entregada ayer a la Prensa, de que el cadáver de Carl Moar ha sido descubierto.

Scudder respiró profundamente, se puso en pie muy tieso y declaró:

—Tengo el honor de participar a la Sala que la única razón de que yo no pueda presentar ahora mi testigo es que Perry Mason lo

ha escondido. Hasta tengo motivos para creer que lo está en contra de su voluntad.

Mason se puso en pie de un salto.

—¡Ésta es la más cobarde acusación que puede ser hecha contra un letrado en ejercicio! —clamó—. El abogado fiscal…

—Un momento, míster Mason —le atajó el juez con voz enérgica —. Deseo dirigir a míster Scudder unas cuantas preguntas. Señor representante del fiscal, ¿se da usted cuenta de la grave acusación que implican sus manifestaciones?

—Perfectamente, Señoría.

—¿Está usted dispuesto a sostenerlas?

—No sólo estoy dispuesto a ello, sino que deseo la oportunidad de hacerlo. En este momento no puedo presentar las pruebas que mi oficina espera reunir más tarde, cuando se sustancie la acción criminal contra el letrado de la acusada, pero puedo, al menos, presentar las pruebas suficientes para justificar que Su Señoría acuerde el aplazamiento de esta vista.

—¡Y yo pido que se presenten tales pruebas! —gritó Mason.

—Muy bien —dijo el juez—. La Sala toma en consideración la prueba en apoyo de una moción presentada por el fiscal, para que la vista de la causa contra Anna Moar se aplace por cuarenta y ocho horas. Prosiga con su prueba, señor abogado fiscal.

—Que suba Mabel Foss al estrado —ordenó Scudder.

La mujer que había despachado y entregado las fotografías a Perry Mason, se adelantó y prestó juramento.

—¿Reside y tiene usted un pequeño negocio en una tienda del número tres mil seiscientos dieciocho del bulevar Stockton? —le preguntó Scudder.

—Sí, señor.

—¿Conoce usted a Perry Mason, el abogado aquí presente?

—Sí, lo he visto antes de ahora.

—¿Cuándo?

—Anteayer.

—¿Hizo usted alguna transacción comercial con él?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—Míster Mason me pidió unas fotos dejadas para revelar por un tal míster Morgan Eves. Dijo que era su vecino y amigo.

—¿Y quién es Morgan Eves?

—Un inquilino del tercer piso.

—¿De la misma casa en que tiene usted su establecimiento de fotografía?

—Sí, señor.

—¿Cuánto hace que conoce usted a Morgan Eves?

—Unos dos meses.

—Voy a enseñarle una foto y a preguntarle si es un retrato de Morgan Eves.

Scudder sacó un tarjetón impreso, en el que se veía el rostro de un hombre de frente y de perfil. El pecho del individuo mostraba un número de presidiario. Debajo aparecían una serie de impresiones digitales.

—Me opongo —dijo Mason—. No hay necesidad de introducir de esta manera indirecta la tacha criminal de un individuo.

—Denegada la objeción —dijo el juez—. Estoy dispuesto a llegar hasta el fondo del asunto.

—¿Conoce usted al individuo que figura en esta fotografía? —preguntó Scudder.

—Oh, sí, es míster Eves. No tenía idea de que estuviese…

—¿Es ése el individuo que conoce usted como Morgan Eves, el hombre que vive en el tercer piso de la casa número tres mil seiscientos dieciocho del bulevar Stockton? —insistió Scudder.

—Sí, señor.

—¿Míster Mason visitó su establecimiento para recoger las fotos que dejó para ser reveladas la esposa de míster Eves?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted a un tal Roger P. Cartman?

—Le he visto —contestó la mujer—. Vino de Honolulú con mistress Eves. Ella es enfermera. El pobre señor tenía el cuello fracturado.

—¿Y fue sacado de una ambulancia y subido al piso habitado por míster Eves?

—Sí.

—Nada más —dijo Scudder.

—Nada que preguntar —anunció Mason.

—Mi testigo siguiente es Christopher G. Borge —dijo Scudder.

Borge, con aspecto decididamente aburrido, levantó de la silla

su gran humanidad, se aproximó al alguacil, prestó juramento, se acomodó en el sillón de los testigos, cruzó las rodillas y miró al representante del fiscal.

—¿Su nombre es Christopher Borge y está usted relacionado como criminalista con las fuerzas de policía de esta ciudad?

—Sí, señor.

—¿Cuál ha sido su preparación para tal puesto? —inquirió Scudder.

Mason hizo un gesto de sorpresa.

—¿Puedo preguntar si se propone usted calificar a este hombre como perito? —preguntó.

—¡Sí! —contestó bruscamente Scudder, sin volver la cabeza.

Borge no dedicó la menor atención al comentario del abogado. Miró indiferente hacia la mesa de los periodistas, donde un taquígrafo hacía volar la pluma sobre el papel y contestó:

—He estudiado química, dactiloscopia, medicina forense, toxicología, balística, quirografía, fotomicrografía y otras materias similares.

—¿A qué se refiere usted cuando dice que estudió dactiloscopia? —preguntó el representante del fiscal.

—A que seguí un curso regular de tal materia en todas sus fases; estudié los métodos de obtención y clasificación de huellas dactilares y la manera de identificar a las personas por ellas; aprendí a revelar lo que se llaman huellas dactilares latentes comprobándolas y comparándolas.

—Llamo su atención sobre la fotografía que fue identificada por la testigo que le precedió como de Morgan Eves. ¿Puede decirme si ha visto alguna vez a ese individuo?

—Sí, señor.

—¿Le reconoce usted?

—Sí, señor.

—¿Quién es?

—James Whitly, conocido también por el nombre de James Clerke.

—¿Tiene antecedentes criminales?

Mason se puso en pie con la energía del que se ve acorralado y lucha desesperadamente.

—Protesto —dijo—. Esto es inadmisible, impertinente e

inoportuno.

—Se trata solamente de un moción dirigida a la Sala que necesito justificar con estos datos preliminares —dijo Scudder.

—Denegada la objeción —decretó el juez.

Borge sacó del bolsillo un pañuelo de seda, se enjugó el sudor del rostro y del cuello y contestó con voz cansada:

—Sí, tiene antecedentes criminales.

—¿Cuáles son?

—Dos veces en San Quintín por escalo. Una vez en Folsom por agresión armada. Fue detenido tres o cuatro veces y procesado por asesinato en…

—Protesto —volvió a intervenir Mason—. Cualquiera puede ser detenido.

—Aceptada la objeción —decretó el juez.

—¿Tomó usted las impresiones digitales de ese individuo? —siguió preguntando Scudder.

—Sí.

—¿Cuándo?

—En mil novecientos veintinueve, en mil novecientos treinta y cuatro y en mil novecientos treinta y cinco.

—¿Las tiene usted ahí?

—Sí, señor.

—Tenga la bondad de mostrarlas.

Scudder tomó un tarjetón que le entregó míster Borge, y dijo:

—Solicito que estas impresiones digitales figuren entre las pruebas.

—Sin objeción por mi parte —dijo Mason.

—Vamos a tocar otro punto, míster Borge —prosiguió Scudder —. ¿Estuvo usted anoche en un piso alquilado por Morgan Eves?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo usted allí?

—Me opongo por improcedente —saltó Mason con viveza.

—Es meramente un preliminar —alegó Scudder, sin levantarse de su asiento.

—Desestimada la objeción —dictaminó el juez.

—Utilicé varios polvos sobre diversos objetos, con el fin de revelar las huellas latentes que pudieran encontrarse en ellos.

—¿Y las descubrió usted?

—Sí.

—¿Las fotografió?

—Sí.

—¿Tiene usted ahí las pruebas?

—Sí, señor.

Borge sacó del bolsillo un grueso paquete de fotografías.

Scudder se puso en pie y empezó a hablar lentamente, para que el auditorio no tuviese dificultad en apreciar el significado de su pregunta.

—Dígame, míster Borge, entre esas huellas latentes que usted reveló y fotografió, ¿encontró alguna del individuo cuyos antecedentes criminales acaba usted de mencionar?

—Sí, señor.

—¿Dónde las encontró usted?

—En los sitios más diversos: en el cuarto de baño, en la mesa, en un espejo, en el tirador de una puerta y en una hoja de afeitar.

—¿Fotografió usted esas huellas?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted las fotografías ahí?

—Sí.

—Solicito que pasen a figurar entre las pruebas acusatorias.

—Por mí, sin inconveniente —dijo Mason, mientras Scudder entregaba al alguacil el paquete de fotografías.

—¿Encontró usted algunas otras huellas en el piso? —siguió preguntando el representante del fiscal.

—Sí, señor.

—¿De quién eran?

—Me opongo a la pregunta —saltó Mason—. Es improcedente, inoportuna y…

—Denegado —dijo el juez.

Borge hizo una mueca a Mason.

—Encontré las huellas digitales de Perry Mason —declaró con énfasis—. Encontré las huellas digitales de Paul Drake, un detective empleado por Perry Mason. Encontré un sillón de ruedas, y sobre él las huellas del individuo que evidentemente lo utilizó. También encontré huellas de una mujer.

—¿Y las fotografió usted todas y marcó sobre cada fotografía el sitio en que fueron encontradas?

—Sí, señor.

—Solicito que se incorporen a las pruebas.

Mason se recostó sobre su asiento con aire de vencido.

—Como, al parecer, no hay objeción —dijo el juez—, todas esas fotografías figurarán entre las pruebas.

—Dígame, míster Borge —prosiguió Scudder—. ¿Estaba usted presente en aquel piso, a las diez cincuenta aproximadamente de la noche, en ocasión de encontrarse también en él Perry Mason, Paul Drake y una tal Della Street, el inspector Frank Bodfish y yo?

—Sí, señor, estuve presente.

—Y en tal hora y en tal lugar, ¿me oyó usted acusar a Perry Mason de haber hecho desaparecer al llamado Roger P. Cartman, que había ocupado temporalmente aquel piso? ¿Y acusé, también al citado Perry Mason de haber secuestrado al llamado Roger P. Cartman, reteniéndole donde no pudiera ser encontrado por el representante del fiscal, y ser llevado ante los Tribunales para declarar como testigo presencial de la causa contra Anna Moar, conocida también por Anna Newberry?

—Estuve allí y le oí a usted hacer esas acusaciones —declaró Borge.

—Y en tal hora y en tal lugar, ¿qué afirmación hizo el llamado Perry Mason relacionada con ellas?

Mason se puso en pie con la brusquedad de la desesperación.

—¡Protesto! —exclamó enérgicamente—. Esto nada tiene que ver con…

—Desestimada la objeción —le atajó el juez.

Borge miró a Mason y contestó:

—Declaró que usted nunca podría conseguir que le condenasen porque su cómplice era un expresidiario y ningún jurado declararía su culpabilidad basándose en tal testimonio, que usted no podría corroborar por otra parte.

—Puede usted interrogar al testigo —ofreció Scudder a Mason.

Mason esperó a que Borge terminara de enjugarse el sudor de la frente con su pañuelo.

—¿De cuántas personas lleva usted tomadas las huellas dactilares, míster Borge? —preguntó.

—No veo que esto tenga importancia —objetó Scudder, indiferente.

—Sólo se trata de comprobar si se puede considerar al testigo como perito en dactilografía —insistió Mason con aplomo.

—Creo que la pregunta está perfectamente justificada —declaró el juez—. El letrado tiene derecho a hacer un razonable número de preguntas encaminadas a comprobar las calificaciones del perito. Queda desestimada la objeción de la parte fiscal.

—No puedo decirlo exactamente —contestó Borge—. Llevo tomadas las huellas dactilares de millares de personas.

—¿Quién fue el primer individuo a quien sometió usted a tal operación?

—No puedo recordarlo.

—¿Cuándo fue?

—Ni siquiera puedo decirle eso… Probablemente hará quince años. No lo recuerdo.

—¿Quién fue su último sujeto?

—El último sujeto —dijo, haciendo una pausa dramática mientras dirigía una mirada de triunfo al representante del fiscal— fue Carl Moar. Le tomé las impresiones digitales a las dos de la madrugada en la morgue de esta ciudad, poco después de que usted dijera a los periodistas que el cadáver no era el de Moar, sino el de alguna otra persona.

Mason titubeó durante algunos angustiosos segundos. Luego preguntó:

—¿Afirma usted positivamente que aquel hombre era Carl Moar?

—Claro que sí. El cadáver estuvo en el agua un par de días, pero yo pude tomarle las huellas digitales sin ninguna dificultad. Las huellas de un hombre nunca cambian, ni aun después de muerto. Son medios infalibles de identificación que, dada su completa exactitud, no dejan lugar a dudas.

—¿No pueden confundirse las huellas digitales de una persona con las de otra?

—No —contestó Borge con sorna—. Hasta los chiquillos de la escuela saben eso.

El juez golpeó la mesa con un martillo para impedir comentarios.

—El testigo se limitará a contestar las preguntas —dijo el juez—. El testigo está siendo interrogado respecto a sus calificaciones como

perito. El Tribunal no consentirá que el interrogatorio se prolongue indefinidamente, pero si el letrado desea convencerse de las calificaciones del testigo como perito, tiene perfecto derecho a ello y el testigo observará una respetuosa actitud al contestar a sus preguntas.

—Entonces, tuvo usted que tomar las huellas dactilares de Carl Moar —prosiguió Mason—. Es decir, tuvo usted que tener algo con qué comparar las impresiones dactilares del cadáver.

—Las tenía. Moar fue afianzado por una sociedad de crédito cuando trabajó para un banco hace quince años. La compañía exigió que se archivasen sus impresiones dactilares junto con la solicitud formulada para obtener la fianza.

—¡Oh! —dijo Mason, como si aquellos detalles echasen por tierra todos sus planes.

—¿Va a seguir el interrogatorio? —preguntó el presidente.

Mason avanzó lentamente, cogió el sobre con fotografías depositado sobre la mesa del actuario y dijo al perito Borge:

—¿Trae usted encima algunas fotografías de las impresiones dactilares de Carl Moar, difunto?

Borge introdujo la sudorosa mano en su voluminoso bolsillo y sacó inmediatamente un nuevo sobre con fotografías.

—Están todas marcadas —dijo entregándolo a Mason—. Véalas usted por sí mismo.

Mason estudió las fotografías unos minutos. De pronto, eligió una y preguntó al testigo:

—¿A quién pertenecen estas huellas dactilares, míster Borge?

—Esas —contestó el testigo— son de Morgan Eves. Encontré muchas sobre diversos objetos de un piso: botellas, vasos, en el cuarto de baño, en la maquinilla de afeitar, en el espejo… Las que tiene usted en la mano las tomé del cristal de una ventana. Había toda una colección allí, dejadas indudablemente, por Eves al levantar el cristal.

Mason dejó las fotografías a un lado.

—¿Y éstas? —preguntó.

—Esas son de Carl Moar, tomadas cuidadosamente de su cadáver.

—¿Y éstas?

—Las de la mujer que sirvió de enfermera a Roger P. Cartman.

—¿Y éstas?

—Esas las tomé del sillón de ruedas. Supongo que pertenecerán a Roger P. Cartman.

—Al parecer —dijo Mason—, basa usted su testimonio, no en lo que estas huellas realmente son, sino en las diferentes notas que ha escrito usted al pie de cada fotografía.

—Naturalmente —replicó Borge—, tuve que valerme de algún medio para clasificar las fotografías. Pero con una lente de aumento podría identificar cualquiera de esas huellas.

—¿Podría usted hacerlo ante el Tribunal? —preguntó Mason.

—Por supuesto.

Mason sacó de un bolsillo una hoja de papel, practicó en ella un agujero y la colocó sobre una de las fotografías de modo que sólo fuese visible el espacio ocupado por las huellas.

—Muy bien —dijo triunfalmente—, tomamos esta fotografía, cubierta de modo que no pueda ver lo que hay escrito a su pie, y esta otra —Mason hizo otro agujero en un nuevo trozo de papel y cubrió igualmente la fotografía—, y ésta, y veamos si puede identificar las tres huellas dactilares.

—Llevará un poco de tiempo hacer todo eso —objetó Borge.

—Tómese todo el que quiera —anunció triunfalmente Mason.

Borge sacó del bolsillo una lente de aumento y se inclinó para estudiar las fotografías.

—Tengo que consultar ciertos datos que conservo en mi cuaderno de notas —dijo al fin—. Dos de estas huellas son idénticas. Creo que son las de Roger P. Cartman, no estoy seguro.

—Siga adelante —dijo Mason.

El testigo consultó su cuaderno de notas, sacó del bolsillo una escala graduada y luego miró al juez, haciendo gestos afirmativos.

—Estas dos —dijo indicando dos fotografías— corresponden a la impresión del dedo índice de la mano derecha del individuo que supongo era Roger P. Cartman, puesto que las encontré sobre aquel sillón de ruedas.

—¿Quiere usted marcarlas, para no confundirlas, con una cruz en tinta? —propuso Mason.

El testigo sacó una pluma estilográfica y marcó con una cruz las dos fotografías.

Mason retiró entonces el papel y dijo en tono triunfal:

—Vamos a ver, míster Borge, ya que está usted calificado de perito, y puesto que dice que un chiquillo de la escuela sabe que es imposible confundir las huellas dactilares de dos personas diferentes, ¿tendrá la bondad de decirme cómo es que ha identificado una huella dejada por el dedo índice de Carl Moar, difunto, calificándola de idéntica a la producida por el mismo dedo del individuo que usted supone ser Roger P. Cartman? ¿Podría aclarármelo?

Borge contempló con incrédula mirada las anotaciones de las fotografías.

Scudder se puso en pie y corrió al lado del testigo. El juez miró a Mason con expresión de asombro.

—¿Debo entender, míster Mason, que ha logrado usted demostrar que el testigo ha confundido las dos fotografías? —preguntó.

—No —dijo Mason, sonriendo—, lo que Su Señoría debe entender es que cuando mi ilustre amigo, el representante del fiscal, descubra el verdadero significado del testimonio de este testigo, retirará la acusación contra Anna Moar. De otro modo, la acusación tendrá que enfrentarse con la necesidad de explicar al jurado cómo es que el individuo asesinado por mi representante en la noche del seis del corriente dejó sus huellas dactilares en un piso de San Francisco en la tarde del día siete.

—Aquí hay una estratagema —insinuó Scudder.

—Si el letrado tiene interés en descubrir en qué consiste, le daré dos pistas. Una es que cuando Della Street subió a cubierta en la noche del seis, se situó inadvertidamente casi en el mismo lugar donde había estado Aileen Fell antes de subir a la cubierta superior. La segunda es que cuando el difunto Moar se disponía a abandonar Honolulú, alguien abrió su maleta y sustituyó por un retrato de Winnie Joyce, a quien miss Newberry se parece enormemente, una fotografía de Belle Newberry. En cuanto a lo demás, el letrado tendrá que discurrirlo por sí mismo.

Scudder se inclinó para cuchichear con Borge. Luego, con voz que denunciaba bien a las claras su desconcierto, dijo:

—¿Puedo solicitar de la Sala una breve suspensión de la vista? Necesito comprobar ciertos hechos.

—Dadas las circunstancias —contestó el juez—, estoy

completamente seguro de que míster Mason no tendrá objeción alguna que hacer a esta propuesta.

—No lo haré, en efecto —dijo Mason—, pero con una condición. El representante del fiscal me ha acusado de ocultar un testigo. Por otra parte, tengo razones para creer que el fiscal tiene detenido uno de los citados por mí personalmente. Me refiero a una tal Evelyn Whiting, que actuó de enfermera de Roger P. Cartman. Pido que se examine a ese testigo.

El juez miró a Scudder.

—¿Tiene usted tal testigo en custodia? —preguntó con energía.

Scudder se desconcertó visiblemente.

—Se lo explicaré a Su Señoría —dijo—. He estado buscando a miss Whiting. Fue detenida por los agentes hará poco más de una hora. Está en mi despacho. La he estado interrogando, pero hasta ahora con poco resultado. No tenía la menor idea de que fuese testigo de míster Perry Mason.

—Puede usted enterarse de que fue citada debidamente —dijo el abogado—. Así consta, además, en el registro del actuario de este Tribunal. En vista de las circunstancias, pido que se me dé la oportunidad de interrogar a esa testigo antes de que se suspenda la vista.

—¿Alguna objeción? —preguntó severamente el juez a Scudder.

—Ninguna —contestó el representante del fiscal—. Sólo me permito repetir que no tenía la menor idea de que esta mujer fuese una testigo de la defensa.

—¿Cuánto tardarán en traerla aquí? —preguntó el juez.

—Unos momentos. Ahora se encuentra en la sala de testigos. Creo que el alguacil la podrá traer inmediatamente.

Mientras el alguacil iba en busca de Evelyn Whiting, el juez miró unos momentos a Mason con expresión de curiosidad.

—¿Debo entender, míster Mason —preguntó—, que ha pretendido usted demostrar que el cadáver encontrado ayer e identificado como de Carl Moar no es realmente el de Carl Moar?

—No hay tal cosa —contestó Mason—. Concedí anoche una entrevista a la Prensa en la que afirmé que el cadáver no podía ser el de Carl Moar. Pero hice esto solamente porque quería obligar a la acusación a utilizar todos los medios posibles para conseguir las impresiones dactilares de Moar.

—Entonces, si aquél era el cadáver de Moar, ¿cómo explica usted el hecho de que sus huellas dactilares aparezcan también en el sillón de ruedas del piso y en otros diversos objetos?

—A menos que el testigo que esperamos pueda explicarnos el asunto —contestó Mason—, creo que tendré que dejar a mi ilustre amigo, el representante del fiscal, la tarea de hacerlo. Después de todo, es su obligación y no puede desatenderla.

—El ministerio fiscal —dijo Scudder— acogerá gustoso cualquier información que arroje alguna luz sobre este misterioso asunto.

El juez Romley iba a replicar algo, cuando el alguacil introdujo en la sala a Evelyn Whiting. Después de prestar juramento, ocupó el sillón de los testigos, reflejada claramente en su rostro la tensión nerviosa en que se encontraba.

—Creo —dijo Mason— que si la sala me permite lo que quizá pueda parecer una forma desacostumbrada de interrogatorio, podremos aclarar este asunto rápidamente. Miss Whiting, acaba usted de prestar un juramento que la obliga a decir la verdad. ¿Se da usted cuenta de que, de no hacerlo así, puede verse procesada por perjurio?

—Sí.

—¿Ha vivido usted con un individuo, a quien conoció como Morgan Eves, durante algún tiempo?

—Sí.

—¿Sabía usted que tenía antecedentes criminales?

—Sí —contestó la joven, tras titubear un momento.

—¿Había usted conocido con anterioridad a Carl Moar durante un considerable periodo de tiempo?

—Sí.

—¿Le había pedido a usted, al menos en una ocasión, que se casase con él? —Sí.

—¿Fue Morgan Eves detenido en Los Ángeles y juzgado por asesínalo?

—Lo fue y salió absuelto —contestó rápidamente la testigo.

—¿Formó Carl Moar parte de aquel jurado? —siguió preguntando Mason.

—Sí… creo que sí.

—Y cuando usted vio que Carl Moar formaba parte del jurado,

¿pensó usted que podía hacer un buen servicio al hombre que amaba acercándose a Carl para pedirle que hiciera todo lo posible para conseguir un veredicto de inculpabilidad?

La joven titubeó.

—¿No ofreció usted a Carl Moar una recompensa? —siguió preguntando Mason—. Vamos, miss Whiting, los hechos son comprobables. Su conducta fue algo delictiva. Mejor será que diga la verdad.

—No —contestó la testigo—, no le ofrecí nada.

—Bien —prosiguió Mason, con toda calma—; después de que Moar desempeñó su misión en aquel jurado y después de salir absuelto Morgan Eves, míster Moar se encontró en posesión de unos veinticinco mil dólares. Se trasladó entonces a las islas Hawai y disfrutó de unas vacaciones en Honolulú. Mas por desgracia, míster Moar era algo ingenuo en ciertos aspectos y no hizo esfuerzo alguno para ocultar su repentina riqueza o justificarla. Se limitó a cambiar de nombre y a emprender una nueva vida.

»Ahora bien, míster Van Densie, el abogado que representó a Morgan Eves, se encontró sometido a una investigación por sospechas de soborno al jurado. El fiscal del distrito la dirigió por sí mismo con toda energía. Míster Van Densie, así como míster Eves, consideraron entonces indispensable que el gran jurado llamase a míster Moar como testigo. El intento de míster Moar de adoptar una nueva identidad fue suficiente para mantener el incógnito entre las personas que le rodeaban, pero difícilmente habría resistido a la investigación de detectives experimentados. En consecuencia, fue usted comisionada para ir a Honolulú y acordar con míster Moar una desaparición mucho más efectiva. Para explicar el viaje a su hermana, le dijo usted que iba a pasar su luna de miel. Míster Eves, con quien se casó usted secretamente, se encontraba muy ocupado por el momento, ayudando a míster Van Densie a burlar a los investigadores. Él, realmente, embarcó en el buque con usted, pero después de abandonar los muelles se descolgó por una escala y regresó a tierra en una lancha rápida. Usted fue a Honolulú, explicó la situación a míster Moar y acordó con él una desaparición completa.

»Este plan había sido cuidadosamente preparado por Van Densie, Morgan Eves y, quizás en parte, por usted. Usted sabía que

un tal Roger P. Cartman había sufrido un accidente de automóvil, resultando con la fractura del cuello. Adquirió usted entonces un pasaje a nombre de Roger P. Cartman para el mismo buque en que viajaba míster Moar con el nombre de Carl Newberry. De vez en cuando, míster Moar visitaba subrepticiamente su camarote. Le colocaba usted entonces un armazón de cuero sobre los hombros, de manera que le tapase gran parte del rostro, le ponía unas gafas negras que le ocultaban los ojos y le sacaba a pasear por cubierta en un sillón de ruedas.

»En la noche del día seis, usted, que se había familiarizado con la costumbre de Aileen Fell de pasear por cubierta inmediatamente después de cenar, y convencida de que aquella era una ocasión propicia a causa del temporal, se decidió a simular el suicidio de míster Moar, haciendo aparecer que se pegaba un tiro y se arrojaba al agua. Esperaba usted que las detonaciones atraerían la atención de miss Fell, para que pudiera ver lo que aparentemente era el cuerpo de un hombre luchando desesperado entre las olas.

»No obstante, la curiosidad de miss Fell la llevó a la cubierta superior, por lo que en lugar de aparecer Moar como un suicida se le consideró víctima de un asesinato, del que fue acusada su esposa.

»Después de la supuesta zambullida de Moar, éste se dirigió al camarote de la testigo, donde se transformó en Roger P. Cartman, el inválido, y bajo esa falsa personalidad fue sacado del buque en un sillón de ruedas y llevado inmediatamente con gran cuidado, al piso del bulevar Stockton.

»Desgraciadamente, el supuesto suicidio de míster Moar, que habría pasado como un suceso de poco relieve, adquirió notoriedad al convertirse en supuesto asesinato, y la situación se complicó aún más cuando yo volé a Los Ángeles y probé que míster Moar no había desfalcado dinero alguno a la «Products Refining Company». En consecuencia, míster Eves decidió que era mejor abandonar el piso del bulevar Stockton, por si la policía realizaba algún minucioso registro en el mismo para encontrar a Roger P. Cartman.

»La llevó, pues, a usted a una casita de Santa Cruz de Mountains. Pero lo que no sabía usted, miss Whiting, es que después de dejarla allí él regresó al piso del bulevar Stockton, que dijo a míster Moar que había encontrado un escondite mejor, que le hizo subir a un yate, que le llevó hasta la altura de las islas Farallón y que se dedicó

a recorrer aquellas aguas hasta dar con uno de los salvavidas arrojados desde el buque la noche antes. Entonces mató a míster Moar de un tiro, le despojó de sus ropas, colocó su cadáver dentro del salvavidas, y le dejó flotando sobre el océano, sabiendo que sería descubierto de allí a uno o dos días.

Mason hizo una pausa, y Evelyn Whiting, atenazando los brazos del sillón con sus manos enguantadas, se humedeció los labios y no dijo nada.

—Usted tuvo que darse cuenta de lo sucedido —continuó Mason— cuando leyó que había sido encontrado el cadáver de Moar. Ahora bien, miss Whiting, una cosa es sobornar a un jurado para proteger al hombre que se ama, y otra muy diferente verse envuelta como cómplice en un caso de asesinato. Creo que es el momento oportuno para que nos diga la verdad.

La joven se levantó a medias del sillón, pero volvió a dejarse caer en él, mirando desesperadamente a su alrededor y haciendo gestos afirmativos. Luego, levantó la mirada hacia el juez y dijo con voz trémula:

—Es cierto. Creí que Morgan era inocente cuando le juzgaron en Los Ángeles. Creí que se trataba de una conspiración contra él e hice todo lo que pude para salvarle. Míster Van Densie dijo que si Morgan resultaba condenado, el fiscal podría investigar las actividades de los compañeros de negocios de Morgan. Me dijo también que esos hombres habían constituido un fondo para ayudar a mi marido y que darían cinco mil dólares por conseguir un desacuerdo en el veredicto o veinticinco mil por una franca absolución. Yo expliqué la situación a Carl, le di mi palabra de que Morgan era inocente, y él se las arregló para convencer al jurado. Yo siempre creí que la acusación era una calumnia levantada contra Morgan y logré que Carl Moar pensase lo mismo.

—Toquemos otro punto —dijo Mason—. ¿Compró usted el día siete un marco para un retrato?

—Sí —confesó la testigo—. Carl estaba muy encariñado con su hijastra. Para evitar que le llamasen como testigo fue necesario que fingiese un suicidio, y sabía que pasarían años antes de que pudiese volver a ver a Belle. Quería llevar siempre con él su retrato. Pero era preciso que su mujer no se enterase de que lo había sustraído, para evitar que entrase en sospechas sobre el suicidio. Por eso

cambió las fotografías en el marco. Por desgracia, mistress Moar descubrió el cambio casi inmediatamente después de haberlo hecho Carl.

—¿Y usted fue la que envió a Carl Moar la nota en la noche del seis? —preguntó Mason.

—Sí. Lo teníamos todo planeado. Armamos un pelele para arrojarlo por la borda y lo escondimos en el departamento destinado a hospital. La noche del seis yo esperé a que miss Fell saliese a cubierta. Entonces envié aviso a Carl. Con arreglo a lo convenido, subiría a cubierta, arrastraríamos el muñeco hasta la borda y dispararíamos un par de tiros de revólver para atraer la atención de miss Fell. Luego teníamos que arrojar el pelele por la borda y dejar el revólver de Carl en un sitio de la cubierta donde pudieran encontrarlo. Carl bajaría a continuación a mi camarote, se metería en la cama y se pondría las gafas y las aparatosas vendas, lo que le haría casi imposible de reconocer.

—¿Y cómo se le enganchó a usted el vestido en una de las cornamusas? —preguntó Mason.

—Mistress Moar cometió una equivocación dejando sus ropas mojadas donde pudieran encontrarlas —contestó la joven sin titubear—. Con ello se demostró que había estado sobre cubierta. Si hubiesen registrado mi camarote, no me hubieran encontrado las mías, porque arrojé mi vestido de noche por el ventanillo. En aquel momento el viento soplaba muy fuerte y me arrebató el vestido de las manos, y supongo que una parte de él quedó enganchada en la cornamusa y el resto se desgarraría e iría a parar a gran distancia de aquel punto, empujado por el viento.

»Miss Fell me vio arrastrando el muñeco por la cubierta, y dio la casualidad de que su secretaria, miss Street, se hubiera detenido en la cubierta de abajo. Ella miró hacia abajo y me vio cómo arrojaba el pelele al agua y hacía el segundo disparo. Después me enteré de que había corrido a telefonear que un hombre había caído al agua y comprendí que, tarde o temprano, la harían declarar lo que había presenciado. Miss Street levantó la cabeza contra la lluvia y, por tanto, no pudo ver mis facciones; pero yo, que miraba hacia abajo, pude ver las suyas. La lluvia le caía a ella en los ojos, pero no en los míos.

»¡Compréndanme! —suplicó la joven—; yo quería ayudar al

hombre que amaba, porque creí que era inocente. Pero esta mañana, cuando leí los periódicos, comprendí por qué me había llevado a la montaña. Había querido quedar libre para engañar a Carl y llevarle a la muerte. Se imaginó que así impediría para siempre el testimonio de Carl y que se atribuiría el asesinato a mistress Moar. Creí volverme loca. Le amaba… todavía le amo… y no puedo protegerle ahora. Le veo tal como realmente es, pero aun así, no puedo renunciar a él. Dígame, míster Mason, usted que parece saberlo exactamente todo, ¿mató Eves a Carl?

Sus ojos suplicantes, ansiosos de esperanzas, se posaron en el rostro del abogado.

—Sí —dijo Mason—, y cometió la fatal equivocación de dejar las botas en el cadáver de Moar. Recordará usted que cuando Carl Moar fingió arrojarse al agua, iba vestido de smoking. Todo el mundo lo sabía. Por eso, tan pronto como vi las botas en el cadáver, me di cuenta de lo que había sucedido. El hecho de que la bala encontrada en el cuerpo no correspondiese al revólver de Moar fue otro detalle luminoso. Lo siento, miss Whiting, pero eso es lo que sucedió. Y yo no estoy completamente libre de censura. Debí deducir la verdad mucho antes. Sabiendo yo que Moar había formado parte de un jurado en Los Ángeles y que su intervención había sido decisiva para la absolución del acusado; sabiendo que Baldwin van Densie, notorio sobornador de jurados, fue quien representó al acusado; sabiendo, en fin, que Carl había entrado en la inexplicable posesión de veinticinco mil dólares inmediatamente después de dictado el veredicto, debí comprender que tenía todo lo que necesitaba para dar con la verdad, particularmente si se añade el hecho de que el retrato de Belle Newberry había desaparecido de una maleta de la que sólo míster Moar tenía la llave, y que la cerradura no mostró señales de que se hubiese manipulado en ella. Temo, miss Whiting, que la peculiar manera en que se ha desenvuelto este caso, me apartó de la verdadera pista, impidiéndome, pese a mis deseos, salvar la vida de Carl Moar.

Ella asintió. Le temblaban los labios.

—Amaba a Morgan —murmuró—. Creí en él… confiaba en él.

Rompió en sollozos. La voz de Mason vibró llena de simpatía por la infortunada:

—Solicito del Tribunal que, por piedad, acuerde la suspensión —

dijo.

Capítulo 19

Mason, Della Street, Paul Drake, mistress Moar, Belle Newberry y Roy Hungerford se encontraban reunidos en las habitaciones de Mason en el hotel. Copas de champaña sobre la mesa, el cuello de una botella sobresalía ceremoniosamente de un cubo de hielo machacado.

—Lo que no comprendo —dijo Hungerford— es cómo diablos lo descubrió usted.

—Será siempre un motivo de humillación para mí no haberlo logrado antes —contestó Mason—. Marian Whiting nos dijo que su hermana había visto a Carl en la calle, en Los Ángeles, Evelyn Whiting afirmó, por el contrario, que no le había visto desde hacía años, hasta que le reconoció en el buque. Cuando se entrevistaron sobre cubierta, él le dijo que iba a suicidarse. Della Street me comunicó que le había sorprendido saliendo del camarote de Evelyn Whiting. La misma mistress Moar descubrió que siempre que Evelyn Whiting aparecía sobre cubierta con su paciente en el sillón de ruedas, a Carl no se le veía por ninguna parte. Usted, Belle, me contó que su padrastro había formado parte de uno de los jurados de Van Densie en Los Ángeles y había logrado que sus compañeros dictasen un veredicto de inculpabilidad. Dijo usted que aquello había ocurrido hacía dos o tres meses y fue precisamente por aquella época cuando empezó a dar muestras de repentina prosperidad. Pero, sobre todo, yo debí reconocer la verdad cuando Morgan Eves me advirtió que había un testigo sorpresa que comprometería mi caso. Luego, cuando descubrí que este testigo era Della, debí comprender en seguida lo sucedido. Eves pudo solamente saber la existencia de tal testigo por medio de Evelyn Whiting, y ésta, a su vez, porque miró hacia abajo y vio a Della Street junto a la barandilla de la cubierta inferior.

»Carl Moar trató de seguir el camino más fácil, que como ocurre con frecuencia, resultó el más difícil. Sin embargo, no debemos juzgarle demasiado severamente. Tenía confianza en Evelyn Whiting. Era un pensador, casi un soñador. Carecía de lo que llamamos mundología. Vivía en un mundo artificial, poblado por sus propias ideas y regido según sus ideales. A Evelyn Whiting no le fue difícil convencerle de que Morgan Eves era inocente. Y la dificultad fue todavía menor, porque ella misma estaba convencida de ello. A Moar le pareció, por tanto, una estupenda ocasión para realizar un acto justo y, al mismo tiempo, reunir suficiente dinero para dar a Belle su oportunidad…

—Yo le quería —dijo Belle, con los ojos llenos de lágrimas.

Mistress Moar rehuyó la mirada de su hija.

—Yo también le quería a mi modo —dijo—. Creo que no supe apreciar debidamente su carácter. Estuve demasiado pronta a creer que había desfalcado aquel dinero. Pero no se me ocurrió nunca otra explicación. Carl quería a Belle. A mí no creo que me amase. Había sido solterón demasiado tiempo para acostumbrarse a la vida matrimonial. Lo que hizo por Belle, para darle la oportunidad de viajar, de tratar gente de diferente clase… Fue una terrible equivocación, pero él creyó que obraba bien.

Mason apartó su silla de la mesa.

—Bien —dijo—, no quiero apresurar las cosas, pero Della y yo tenemos que marcharnos. Mi oficina de Los Ángeles me telefoneó hará una hora. Un cliente me espera impaciente para hablarme de un asunto de la mayor importancia. Vamos a volar hacia Los Ángeles en un aeroplano particular. ¿Está usted preparada, Della?

La secretaria hizo un gesto afirmativo.

—Un momento, si hacen el favor —intervino Hungerford—. Tengo que anunciarles una cosa. No se hará pública hasta pasado algún tiempo debido a las trágicas circunstancias que nos han rodeado, pero… Bien…

Della Street levantó su vaso.

—No necesita usted decirnos el resto, Roy —le interrumpió riendo—. Es un brindis que a no dudar nos saldrá del corazón.

* * *

En el aeroplano que volaba hacia el Sur, Della Street se arrimó mimosa a Perry Mason y dijo, deslizando una mano en la suya:

—¿No le pareció encantadora, jefe?

—¿Belle? —preguntó él.

—Sí. ¡Le brillaban tanto los ojos, y parecía tan radiante, tan tranquilamente feliz, tan segura de su amor… y del de su prometido!

—Sí, es una joven verdaderamente encantadora —confesó Mason—. Sólo conozco una que la aventaje. Espero que alguna vez será…

La joven retiró la mano.

—Espere, jefe —protestó—. No nos pongamos demasiado sentimentales. Usted sabe tan bien como yo que odiaría el hogar si lo tuviese. Usted es un inquieto petrel que vuela de un caso de asesinato a otro. Si usted tuviese una esposa, la instalaría en un hermoso hogar… y la dejaría en él sola. Usted no necesita una mujer, sino una secretaria que corra los riesgos que usted… Y ya le está esperando otro caso en Los Ángeles.

Los ojos de Perry Mason contemplaron el espacio, pensativos.

—Tengo curiosidad por saber de qué se trata —dijo—. Jackson me comunicó que es algo extraordinario que no puede por menos que interesarme.

—¿Qué será? —concluyó Della.